

Algo que ocultar

Ana Zarauza



Lectulandia

Cuando Raquel y Álex deciden trasladarse a vivir a Llanes con sus tres hijos y reformar el hotel la Casona de Indianos que recibieron en herencia, no se podían imaginar que se verían envueltos en asesinatos, traiciones, pasiones, engaños y desengaños que devastarán por completo su futuro.

Miguel, el contratista que lleva a cabo la reforma, es descubierto por Raquel moribundo en una de las habitaciones del hotel. Tras un fuerte golpe en la cabeza, la amnesia impedirá que Raquel recuerde lo ocurrido.

El pasado pesa más de lo que parece. Algo ha sucedido en el hotel que revive los peores sentimientos humanos.

El sargento Javier De La Fuente de la Policía Judicial de Gijón, y la cabo Julia Posada, del cuartel de Llanes, serán los encargados de llevar a cabo la investigación. Su complicada relación desde el inicio envuelve a Posada en una tormentosa situación.

Todos tienen algo que ocultar y su secreto les hace culpables.

Nada es lo que parece.

Lectulandia

Ana Zarauza

Algo que ocultar

De la Fuente y Posada - 1

ePub r1.0

Titivillus 30.05.2018

Título original: *Algo que ocultar*

Ana Zarauza, 2015

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Pelayo y a Alicia, por su ilusión.

Agradecimientos

Son tantas las personas a las que tengo que agradecer que este libro vea la luz que, sinceramente, me siento dichosa. La lista es larga, solamente espero que no se me olvide nadie y si es así, espero que me disculpe.

Vaya mi primer y sincero agradecimiento para mi editora, Marta Magadán. Cuando me presenté en su despacho con el libro en la mano y el corazón desbocado por el gran paso que iba a dar, me recibió con los brazos abiertos y una sonrisa que no olvidaré.

Mil gracias a mis primeros y queridos lectores: Ignacio Arjona, María F. Olalla y Marta Tagarro. Ellos lo han leído según salió de mi cabeza, sin correcciones y fueron mi primer impulso para seguir adelante.

Y como no, a mis amigas-correctoras: Anusca Concha, Eva Martín y María Alonso, que con sus aportaciones han convertido este libro en lo que es. Su entusiasmo casi supera el mío.

A mis amigos: Ana Maneiro, Javier Álvarez, Mada Colodrón, Manuel Balmori, Mar González, Marta Noriega, Paula Gómez, Sandra Iglesias y Tere Fernández. Poco a poco, según iban leyendo, iban alentando mi espíritu escritor. Ha sido genial e imprescindible contar con vuestras opiniones.

A María J. Olay por su sabiduría en medicina y su ilusión por esta novela. Y a Carlos y a Carus, que pertenecen al cuerpo de la Guardia Civil. Con sus conocimientos me han aclarado muchas dudas en cuanto a la forma de actuar de la Policía Judicial.

Ángeles Rocés y Jorge González, merecen una mención muy especial. Sus sugerencias y su aliento desde que les conté que me había embarcado en esta aventura, fueron esenciales para creer que era posible.

A mis padres les debo gratitud eterna por la cantidad de horas que, sobre todo en vacaciones, se ocuparon de los niños mientras yo me dedicaba a escribir encerrada en el despacho. Y por supuesto al resto de mi familia: mis hermanos, mis cuñadas, mis tías,... por vuestro apoyo incondicional.

Por último y no por ello menos importante me quedan mis tres compañeros de viaje: mis dos hijos Pelayo y Alicia, y mi marido, Julio. Gracias por todo el tiempo que os he robado y que habéis sabido entender. Y por supuesto gracias por esa magnífica foto, Julio. Gracias de corazón.

No sabía cuándo, pero tenía el convencimiento de que el momento de su venganza estaba cerca. Por fin podría apaciguar el ardor y el odio que a lo largo de tantos años, se había ido acumulando y se repartía por todo su ser.

Cuando lo supo, no lo pudo evitar. La sed de venganza había arraigado en su interior alimentándose con el transcurso de los años hasta convertirse en su dueña. Toda su existencia cobraba sentido en torno a ese instante. La excitación por su proximidad invadió su cuerpo hasta el punto de tener que liberar un estruendoso alarido.

Pronto, muy pronto llegaría el día en que su alma descansase y esa insoportable quemazón le abandonaría. Antes de lo que podía imaginar...

A primera hora de aquella invernal mañana de domingo, Raquel había quedado con Miguel. La noche anterior, él la había llamado al móvil. Quería verse con ella. Su voz era intranquila, incluso nerviosa y eso no era propio de él. Cuando se lo comentó a Álex, su marido, por un momento temió verse envuelta en otra de sus interminables discusiones. Sin embargo, tras unos segundos de tirantez, él transigió pese a que no le entusiasmaba la idea.

Ese día se levantó temprano alentada por su cita; le intrigaba la impaciencia de Miguel por verse con ella. Después de ducharse y de tomar un ligero desayuno, subió apresurada las escaleras del adosado hasta llegar al dormitorio. Allí se detuvo durante unos segundos delante del armario con las puertas abiertas de par en par. Tardó poco tiempo en decidirse; necesitaba ropa cómoda para moverse con facilidad por la obra que estaban acometiendo y, además, tenía prisa. Se decantó por unos vaqueros excesivamente desgastados que se ponía en contadas ocasiones, una camiseta térmica de manga larga, un jersey azul de lana gruesa y cuello alto y sus viejas zapatillas de deporte. A esas horas de la mañana el frío invernal penetraba por cualquier resquicio, por lo que resolvió completar su atuendo con el cálido plumífero que le habían regalado sus padres recién iniciado el otoño y una bufanda enrollada alrededor del cuello. Con todo, se sentía acalorada y bastante ceñida, aunque, por otro lado, sabía que sería insuficiente para combatir la frialdad de los muros del desangelado hotel aún por finalizar.

Mientras Raquel terminaba de prepararse, Álex había aprovechado para escaparse a por la prensa a un bar ubicado en la carretera general, casi enfrente del hotel. A su vuelta, ya estaba lista para marchar. Se despidió de él obsequiándole con un beso en la mejilla que él aceptó de buen grado abrazándola tiernamente. Echaba de menos los impulsos cariñosos que ella siempre había tenido; la quería con toda su alma y ya no sabía qué hacer para recuperarla.

—¿Tienes que ir? —preguntó a la desesperada con la esperanza de que dijera que no, cogiendo dulcemente su mano.

—Sí. Ya habíamos hablado de este tema Álex... —le reprochó ella soltándose.

—Lo siento. Vete tranquila —replicó resignado con una sonrisa que disipó cualquier atisbo de duda.

Mientras se marchaba, se quedó pensativo observándola. Durante un buen rato permaneció de pie, inmóvil, con la cabeza en otro lugar. Aún ensimismado decidió recostarse en su sillón preferido y olvidar. Desde ahí lo tenía todo controlado. Mateo y Sara ya desayunados y vestidos estaban viendo un capítulo de «*Phineas y Ferb*». Ana, aún en pijama, jugueteaba a su alrededor mientras él ojeaba el periódico.

Raquel salió de casa convencida de que el ambiente quedaba bastante tranquilo, lo que apaciguó, en cierta medida, su espíritu, maltrecho desde hacía unos cuantos meses. Percibió en la cara el gélido viento del temporal que azotaba la costa en esos rezagados días de invierno, ya próxima la primavera. Curiosamente, cualquier otro domingo estaría en ese mismo lugar preparándose para correr con Rosa, su recién e

inseparable amiga desde su traslado el pasado julio. Pero tras la llamada de Miguel había cancelado su cita semanal con ella. Aún en el porche, aspiró una bocanada de aire que inundó sus pulmones del frescor y de la tranquilidad de la mañana de Póo, un hermoso pueblecito costero muy próximo a la villa de Llanes. Caminó por los adoquines color caldera, recordando fugazmente los últimos meses. Esos pensamientos atormentaban su mente. Rememoró apesadumbrada su primera cita con Nacho Ferrán, psicólogo y amigo desde sus tiempos universitarios. Agonizante era la palabra que mejor la definía. Habían acudido a él en busca de ayuda para salvar su matrimonio y tras varias sesiones, les había aconsejado que se fueran a vivir a una zona rural alejados de Oviedo y de cualquier ciudad. Así se distanciarían de la caótica vida que llevaban y por supuesto de Natalia, la chica con la que Álex había mantenido su aventura y a la que veía todos los días en el trabajo para exasperación de Raquel.

Y allí estaban. Enfrascados en la reforma de la Casona de Indianos que Raquel había heredado de su abuela. Antaño había soñado, en secreto, convertirla en hotel. Pero nunca se había atrevido a proponérselo a Álex hasta que el consejo de su buen amigo Nacho comenzó a calar en su mente. Tenía que llamarlo para agradecerle todo lo que había hecho por ellos, se dijo.

Cerró tras de sí la verja que daba paso a la urbanización. Caminó escasos metros hasta llegar a la carretera general. Giró a la izquierda y continuó por la acera que bordeaba las casas que limitaban con la calzada y que se ensanchaba y estrechaba caprichosamente.

El comienzo en Llanes había resultado bastante menos complicado de lo que se había imaginado pese a las profundas heridas que aún permanecían abiertas y que lastraban su relación con Álex. Y eso alentaba la idea de que la decisión de irse a vivir a Póo, había sido un acierto. Tales pensamientos la animaron, alejando por un momento la oscura sombra que se cernía sobre ellos.

Ese día, Juan se levantó antes de tiempo a pesar de que era su único día de descanso. Su excitación era más que evidente, pero como vivía solo desde su divorcio hacía ya un año, no tenía que ocultarse de nadie. Por fin había puesto contra las cuerdas a Miguel y le había arrancado la promesa de que le pagaría una parte de lo que le debía. Lo necesitaba. Su exmujer lo acosaba constantemente y ya no atendía a excusas de ningún tipo. Aunque tampoco era de extrañar. Llevaba tres meses sin pasarle la manutención de sus hijos, y tres meses era mucho tiempo. Sobre todo para ella, que nunca llegaba a final de mes. A él le daba igual si no tenía para comer, poco le importaba. Pero sus hijos... No lo podía consentir. Eran carne de su carne y haría lo que fuera por ellos. Ella, rencorosa, le echaba en cara la necesidad que sus hijos pasaban. Y, además, había cumplido su palabra: ya no le permitía verlos. En su última discusión le había asegurado que no los vería hasta que le pasase la pensión alimenticia. Y eso, para Juan, era insoportable. Cada vez que lo pensaba le hervía la

sangre. Pero ese día, por fin podría entregarle todo lo que le debía y ver a los niños. Por fin la haría callar.

Sin nada que hacer daba vueltas por la casa, deseoso de que pasara el tiempo. Imaginó el reencuentro con sus hijos; ellos eran la razón de su existencia. Pensó en comprarles algún regalo. Con el dinero que le iba a pagar Miguel, podía permitírselo, soñó alborozado. A ella le compraría un bonito vestido a juego con unos zapatos. Quería verla como a una de esas niñas que disponían de un armario repleto de vestuario. Al chaval, aún no lo tenía claro. Lo que él quisiera, seguro que algo electrónico. La idea avivó su nerviosismo.

Estaba tan alterado que no veía la hora de verse con Miguel. Y aunque aún era pronto y la distancia corta, decidió salir de casa y acabar con aquello lo antes posible. Temía que Miguel le viniese con alguna de sus excusas y esa incertidumbre le corroía, aunque de ser así no le serviría de nada. Estaba decidido a hacer lo que fuera para conseguirlo. Se lo debía a sus hijos y eso era sagrado. Además, se había adelantado a los acontecimientos y había quedado con su exmujer después de ir a la iglesia. Entonces saldaría su deuda. Él le había propuesto esa hora a sabiendas de que llevaba a la niña a catecismo y a continuación a misa y que, al menos a ella, por unos minutos, podría verla. No había marcha atrás...

Cuando Raquel llegó, la herrumbrosa y ornamentada verja la recibió abierta de par en par. No le sorprendió ver en el interior del recinto la furgoneta de Miguel. Estaba aparcada frente a la entrada principal del palacete con las portezuelas de atrás entreabiertas. Ya había llegado, concluyó. Y a su semblante asomó una avivada sonrisa. Ese hombre le transmitía mucha tranquilidad y optimismo; le encantaba estar a solas con él, y sobre todo, escuchar sus explicaciones mientras lo seguía por la obra.

Observó sobrecogida los jardines de la casa. Se podía encontrar todo tipo de desperdicios imaginables: latas de refrescos vacías, bolsas de supermercado, envoltorios de chocolatinas, y por supuesto restos de los materiales que se estaban empleando en la obra; todo ello entreverado con alguna que otra planta que lograba sobrevivir y, por supuesto, con los centenarios árboles que coexistían por todo el jardín. Obvió aquella anarquía. Rodeó la furgoneta y accedió por la escalinata al vestíbulo del hotel. Entretanto, se recogió el enmarañado pelo con una goma que acostumbraba a llevar a modo de pulsera, paliando el desastroso efecto que la galerna le había provocado en su media melena.

Llamó alegremente a Miguel convencida de que estaba esperándola. No obtuvo respuesta. Se adentró en el edificio con la certeza de que estaba en alguna zona desde la que no podía oírla. Lo llamó de nuevo, pero tampoco en esa ocasión hubo respuesta. Un ruido lejano llamó su atención y la distrajo de sus pensamientos. Aguzó el oído sin éxito alguno. Llamó de nuevo a Miguel. Nada. Fue avanzando recelosa por lo que sería la recepción hasta llegar a la entrada del salón verde, al que ya habían bautizado por el color con el que iba a ser pintado. Observó el notable ventanal de

tres cuerpos, que se abría al exterior y que daba a una hermosa terraza en el lateral izquierdo del edificio. A través de él penetraba una luz tenue. Se acercó unos pasos y ante sus ojos se dibujó un cielo color plomizo que presagiaba el temporal de viento y agua que habían anunciado en las noticias. Únicamente unos tímidos rayos de sol se filtraban por entre las espesas nubes. Un soplo de aire frío la estremeció. Observó que la ventana que daba salida a la terraza, situada más a la izquierda, estaba abierta. Resuelta, se acercó y la cerró. Un temblor recorrió su cuerpo. De pronto tuvo la sensación de que algo que le era imposible precisar se le antojaba familiar y cercano. Sin embargo, su cerebro olvidó esa imagen al escuchar de nuevo el mismo ruido. Parecía algo que golpeaba repetidamente contra una pared. Un ruido que por algún motivo la estremecía. Todo su ser se orientó hacia el lugar de donde provenía. Su cuerpo, su mente, hasta su expresión se centraron únicamente en ese incesante golpeteo. Procedía de la planta de arriba. De eso estaba segura. La impresión de que algo extraño pasaba la invadió de tal manera que por un momento no se atrevió a moverse. Evitaría delatar su presencia, pensó aterrada.

Resolvió avanzar sigilosa poco a poco hacia el lugar de donde provenía. Miguel no respondía y ese ruido... Por su cabeza pasaron miles de dramáticas y espeluznantes imágenes, resucitadas de los centenares de películas de terror que había visto. Álex tenía razón cuando le insinuaba que renunciara a ver esas películas. Sin embargo, a ella le encantaban. A su mente acudió el recuerdo de una de ellas. Tenía quince años. Había ido al cine con su amiga del alma a ver «*Los chicos del maíz*». Realmente aterradora. No habían parado de gritar en toda la película. En el momento lo pasaba terroríficamente mal y mientras duraba la proyección se prometía renunciar a las películas de miedo. Pero cuando ya había finalizado, le invadía el ansia por volver a sentir la adrenalina recorriendo todo su cuerpo. Un nuevo estruendo la devolvió a la realidad.

Contuvo la respiración estimulando todos sus sentidos para captar algo más, pero le era imposible. La penumbra que se adueñaba sobre muchos de los recodos de la casa, a pesar de los amplios ventanales conservados de su arquitectura primitiva y el incesante ulular del viento, dificultaban su percepción. Y aunque intentó afinar el oído, no escuchó nada, pues su respiración agitada y su corazón palpitando a una velocidad fulminante tampoco ayudaban. Percibía cómo la sangre le circulaba pesada por el cuerpo y el miedo le provocaba una conmoción que le impedía pensar. En un momento de lucidez decidió tranquilizarse. Al menos lo intentó. «¿Por qué me pongo así? ¿Qué me puede pasar?». Estamos en un pequeño pueblecito muy tranquilo en el que la noticia más pretenciosa no deja de ser un humilde cotilleo. Carece de sentido lo que me estoy imaginando. Demasiadas películas de terror, concluyó poniendo los ojos en blanco. Momentáneamente había conseguido tranquilizarse, pero al oír otra vez ese ruido, las alarmas se habían vuelto a disparar. No valía de nada convencerse de lo contrario. Estaba terriblemente asustada.

Podía echar a correr y salir de la casa sin mirar atrás. Era lo más prudente. Pero algo le impedía darse la vuelta y salir por la puerta. No podía irse sin comprobar qué era lo que estaba ocurriendo y sin saber por qué Miguel no respondía a su llamada. ¿Qué quería contarme?, ¿tan urgente era para vernos un domingo?, ¿y por qué no me responde? Decenas de preguntas sin respuesta se agolpaban en su mente. Las dudas empezaban a atormentarla. Aún así, avanzó lentamente hasta el nacimiento de la majestuosa escalera de la casona. Puso un pie en el primer peldaño con la esperanza de que el crujir del suelo de madera de castaño no delatara su presencia. No fue así. Anunció su ubicación nada más apoyar el pie como si dispusiera de un sensor especial. El crujido le provocó un acto reflejo que la obligó a cerrar los ojos. Se encogió de hombros y frunció toda la cara como si eso impidiese que alguien, el que fuera, la escuchara o la viera. Tenía miedo, mucho miedo...

Esperó unos segundos. Se concentró intentando averiguar desesperadamente qué era lo que estaba pasando. Nada. Solamente ese golpe exasperante, una y otra vez. No sabía qué hacer. Estaba confusa. Sin quererlo, se sorprendió poniendo el otro pie sobre el segundo escalón de la noble escalera. Procuró subir pegada a la barandilla convencida de que la madera crujiría menos. O quizá necesitaba sujetarse... Sus deducciones eran inciertas. El golpeteo de su corazón contra el pecho la impresionó. Lo sentía tan fuerte...

A medida que iba avanzando por las escaleras, los golpes se agudizaban. Al llegar a la primera planta, tuvo la certeza de que el ruido provenía del ala izquierda del pasillo, incluso apostaría a que el ruido provenía de la habitación más cercana a las escaleras. Al menos se trataba de la zona más luminosa de la planta gracias a que el lucernario del tejado filtraba un tenue resplandor emitido por las ensombrecidas nubes. El miedo que la embargaba le provocaba una respiración entrecortada, descontrolada, dejando de ser una tarea mecánica para convertirse en una ocupación que debía recordarse. Recelosa, respiró profundamente en un conato de valentía por avanzar hacia lo que entendía como su cometido. No sabía lo que se iba a encontrar y tampoco si estaría preparada para ello. Sólo tenía la certeza de que algo estaba ocurriendo y una infinidad de preguntas sin respuesta. Paralizada durante unos segundos, su semblante se estremeció. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Sudaba en frío. La tensión que le provocaba el miedo le levantó un profundo dolor de cabeza. Aún así, optó por avanzar. Cuando llegó a la altura de la habitación posó su mano temblorosa en la antigua manilla de herraje de forja que, tras su restauración, brindaba un fundado esplendor a la puerta, también restaurada y de aspecto señorial. Le temblaba todo el cuerpo. Accionó la manilla pausadamente, poco a poco. Hasta que decidida lanzó la puerta contra la pared mientras pegaba un salto hacia atrás como para protegerse de algo o de alguien. Por unos segundos contuvo la respiración. Tras ellos un inesperado resoplido salió de su boca liberando parte de la tensión acumulada al comprobar que, el golpe, era provocado por una de las ventanas de la habitación agitada persistentemente por el viento. Ese gélido viento que había

inhalado de camino al hotel la zarandeaba. Avanzó hacia ella a través de la espaciosa habitación. Por el camino, sorteó un desgastado tablero alzado sobre dos caballetes que estaba situado en paralelo a los cuatro ventanales. En él se podía ver un plano desplegado en toda su extensión. Indudablemente Miguel había estado allí. Con las manos aún temblorosas cerró la ventana. Seguramente Miguel o algún obrero la habrían olvidado abierta, especuló. Apoyó sus manos en la repisa de madera envejecida para sostener su cuerpo y evitar desplomarse. La cabeza le iba a estallar. Notaba el bombeo de la sangre en las sienas. Alzó su mirada hasta observar a través de la ventana cómo el viento removía las ramas de los árboles y las agitaba desordenadamente. Las impenetrables y sombrías nubes avanzaban cubriendo el cielo con una espesa manta de algodón grisáceo. Pese a lo que pudiera parecer, una ola de bienestar arrolló su ser. Le encantaba disfrutar de los días de tormenta, viento y lluvia. Se imaginaba bajo el calor del hogar con la leña chisporroteando, acomodada en su sillón orejero de cuadros azules y *beiges*, típico de las casas de la campiña inglesa o de la Provenza francesa, observando cálidamente el temporal. Resopló. Con una renovada serenidad, se dio media vuelta y se encaminó de nuevo al pasillo. Entonces lo vio. Un grito ahogado surgió de lo más profundo de su garganta sin dar crédito a lo que sus ojos veían. Un líquido aparentemente espeso, de color intenso, asomaba a través de la puerta entreabierta del baño ubicado en la habitación presagiando alguna fatalidad. Se acercó. Apoyando únicamente las yemas de los dedos, empujó la puerta con sumo cuidado, palmo a palmo, corroborando que el líquido se esparcía e inundaba una buena parte del suelo. Algo que no podía ver desde el ángulo en el que se encontraba detuvo el avance de la puerta. Su corazón volvía a estar desbocado. En sus oídos escuchaba su pulso acelerado. Balanceó lentamente el cuerpo para sostenerlo sobre el lado izquierdo. Temerosa, bordeó la puerta hasta visualizar lo que le impedía abrirla. Allí estaba Miguel. Desangrándose en el suelo. Con la mirada vacía, sin vida, perdida en algún lugar difícil de determinar, en la nada. Un reguero que partía de su cabeza se había deslizado hasta llegar a formar un ingente charco escarlata. La sangre llevaba algún tiempo derramada teniendo en cuenta el espesor, aunque no lo suficiente como para que estuviese reseca. Un azaroso alarido surgió de su interior. Quedó inmovilizada por unos segundos con el cuerpo agarrotado. El terror se reflejaba en el rostro. Sus ojos rehusaban la dramática imagen que veían. Sintió pánico y, sin saber cómo, salió precipitadamente de la habitación corriendo hacia las escaleras. Sus piernas no podían ir tan rápido como su mente deseaba y en los últimos peldaños, donde más se curvaba la escalera, tropezó y cayó rodando por los que aún le quedaban por bajar. El tremendo golpe en la cabeza que vino después la dejó inconsciente en el suelo...

Julia Posada llevaba más de cinco años trabajando en el cuerpo, cuatro de ellos en el cuartel de Oviedo. Vivía una tormentosa relación con su pareja, Carlos, desde su traslado a Llanes, hacía algo más de un año. Cuando Carlos finalizó la carrera de

económicas y regresó a su Llanes natal para dirigir el negocio familiar, su relación comenzó a tener problemas. Entonces, solamente se veían los fines de semana siempre y cuando ella no tuviese guardia. Acostumbrados como estaban a verse a diario en el piso que Carlos tenía alquilado en Oviedo junto con dos compañeros, el cambio no les había favorecido. Casi por desesperación, al poco tiempo, decidieron aventurarse a vivir juntos confiados en que las cosas volverían a ser como antes. En aquellos tiempos, su relación era envidiable, pero objetivamente, tras un año de convivencia, no iba cómo cabía esperar. No obstante, Julia no se rendía. Estaba enamorada de él y persistía en darse las oportunidades que hicieran falta. Vivían en uno de los edificios recién construidos que daban al otro lado del pueblo, en la entrada oeste. El alquiler era algo más caro de lo que deseaban, pero cuando vieron el apartamento les cautivó y no se lo pensaron. Además el estudio en el que vivía Carlos en Llanes era demasiado pequeño para los dos y el nuevo apartamento disponía de dos habitaciones.

Julia poseía una belleza natural, aunque seguramente su falta de sofisticación le impediría ser elegida para una de las portadas de alguna revista de moda. Su pequeña nariz, sus marcados labios y sus moteados ojos verde-uva completaban favorablemente su aspecto. Su mirada inocente a ratos y experimentada en otros, dejaban entrever una mujer sincera y confiada, gustosa de su forma de ser. Eso potenciaba su belleza natural. Habitualmente llevaba su lacia melena avellana recogida en una cola de caballo por la comodidad que le permitía en su trabajo. Rondaba el uno setenta de estatura, lo que le daba gracilidad a su cuerpo a pesar de que usaba una talla más de la que ella deseaba. No estaba gorda, pero sus marcadas caderas la obligaban a cuidar mucho su alimentación por el infortunio de que todo lo que comía se situaba precisamente ahí.

1922

Agarrada vigorosamente con su mano derecha a la verja de hierro forjado, observó maravillada el singular palacete que con su esplendor se alzaba por encima del resto de los tejados. Decidida, empujó la pesada verja sin prisa, admirando todo cuanto sus luminosos ojos verdes le descubrían por primera vez. Avanzó lenta pero segura por el camino empedrado que, rodeado de un espléndido jardín, finalizaba en el primer paso de las solemnes escaleras de piedra del palacete. Admirada ante la suntuosidad de la villa, no se percató de la presencia de Flor, una doncella que estaba atareada con la limpieza del porche.

—¿Desea algo? —le dijo asomándose por encima de una de las barandillas que flanqueaban la escalera.

—Sí. Quisiera hablar con el ama de llaves —contestó girándose hacia aquella dulce voz.

—Es por aquí —le indicó con un gesto para que la siguiera.

Elena la acompañó. Bordearon el palacete y se adentraron por una pequeña portezuela que daba a la cocina. En ella se hallaba D^a. Manuela organizando la abarrotada despensa.

—Disculpe D^a. Manuela —dijo la doncella.

D^a. Manuela se giró sobre su cuerpo y con una mirada más gélida que el propio hielo, se dirigió a la doncella en silencio.

—Esta señorita quiere hablar con usted —le dijo con un hilo de voz.

D^a. Manuela, viró sus ojos hacia Elena y con ellos recorrió su cuerpo lentamente hasta posarlos en los de ella.

—¿Qué se le ofrece? —le espetó con el tono más rudo que jamás había escuchado en una mujer.

—Me llamo Elena Garaña, y estoy buscando trabajo como doncella —explicó tímidamente.

—¿De los Garaña de Ardisana?

—Sí, señora. Mi padre es Felipe Garaña, pero todo el mundo le conoce como Pipe, el cojo.

—¿Y qué sabe hacer?

—Desde que mi madre falleció, hace ya diez años, he llevado la casa y cuidado de mi padre y de mis cuatro hermanos.

—Bien. Ha tenido suerte —respondió secamente. Le daré una oportunidad, no la desaproveche —sentenció D^a. Manuela sin dar más explicaciones—. Compartirá habitación con ella —dijo con un movimiento de cabeza hacia la doncella—. Llévela hasta el cuarto y en cuanto esté instalada, bajen. Hay mucho por hacer —dispuso D^a. Manuela mientras les daba la espalda para continuar con su tarea.

Pese a la frialdad con que la habían recibido y tratado, Elena estaba eufórica. En pocos minutos el ama de llaves la había contratado para cubrir el puesto vacante, a sabiendas de que pertenecía a una familia conocida del concejo con fama de honrados trabajadores. El anhelado sueño de emplearse como doncella, desde que preparó un hatillo con sus escasas pertenencias y se marchó de casa de su padre, se estaba cumpliendo. Allí, sobraba desde que su hermano mayor se había casado y, Nieves, su mujer, le había usurpado el puesto de ama de aquella casa. Había decidido emprender una nueva vida. En la casona, no es que pagasen muy buen sueldo, pero le aseguraba comida caliente y una cama donde dormir. Quizá la vida le sonreía...

El nerviosismo de Juan al verse ante aquella situación era palpable. Era un cobarde y eso le impedía enfrentarse a las circunstancias con serenidad. Huir era la mejor opción. Pero cuando salió despavorido del interior del hotel y se encontraba en el porche a pie de las escaleras, se topó de narices con la mirada de aquella anciana. Le había visto, estaba seguro. Lo miraba desafiante desde el otro lado de la carretera. Él temía que lo reconociese. Quedó paralizado ante la diminuta figura pensando en sus opciones. Tenía que alejarse. Sí, eso es. Podía escabullirse por algún resquicio del cerramiento de la quinta, pensó durante escasos segundos. Seguramente su visión no sería muy buena y, llegado el caso, sería su versión contra la de la anciana. Pero de sobra sabía que los muros de las Casonas de Indianos eran de piedra excesivamente altos y gruesos, salvo en la parte delantera, en la que dominaba la intención de que se admirase el esplendor de la casa. Esa elección no era válida. Y si avanzaba hacia la furgoneta, la opción era peor. Tendría que salir por el portón de entrada para llegar hasta ella. Y entonces, estaría lo suficientemente cerca para que la anciana lo identificase sin lugar a dudas. Seguramente le seguiría con la mirada. Además, era imposible que se le escapase el imponente rótulo rojo de «Pinturas Juan» que lucía la furgoneta en ambos laterales y en la parte posterior. Si la anciana estaba en sus cabales y era una posibilidad, nadie creería que a una distancia tan corta se hubiese equivocado. Lo reconocería. Acobardado, dio media vuelta y regresó junto a la mujer. No se atrevía a tocarla porque el miedo se aferraba a su pusilánime carácter. ¿Y si estaba muerta? ¿Qué pasaría? Su mente luchaba por persuadirlo para que comprobase si aún respiraba. Si era así, tenía que ayudarla. Pero no podía. Angustiado, meditó por

unos minutos lo que debía hacer. Su cobardía era tan fuerte que finalmente ganó la batalla. Si quería salir airoso, la única escapatoria era comunicar el desgraciado accidente. Sí. Esa era la solución. Él diría que se la había encontrado así, tirada en el suelo y ellos se encargarían de ella. Llamó al 112 y dio aviso, mientras de lejos podía observar cómo la anciana se mantenía vigilante. Se giró huyendo de aquella acosadora mirada. Al otro lado de la línea le hicieron innumerables preguntas, pero no supo contestarlas. Ni quería. Con la mano con la que sujetaba el móvil aún temblorosa, miró detenidamente el cuerpo inerte de la chica. Había hecho lo correcto, se decía en un intento por apaciguar su conciencia. Seguro que le daban la razón. Si estaba viva, moverla podía ser peligroso. Y si estaba muerta, ya poco importaba.

De súbito se acordó de la anciana. Se dio media vuelta y, dando la espalda a la chica, avanzó hasta abordar el zaguán. Allí oculto tras la puerta de entrada, lujosamente tallada a mano, se cercioró de que la anciana ya no estaba. ¿Lo habría soñado? No. Estaba seguro de que la había visto. Pero bien pensado, el trecho entre el edificio y la cerca era amplio, y a eso había que sumarle la distancia hasta el otro lado de la carretera. Probablemente la anciana no llegó a verlo. Y si lo vio, con tanta distancia, seguramente sería incapaz de identificarlo, se repetía perturbado. Incluso albergó la idea de que ni siquiera se había fijado en él. Fuera lo que fuese, había desaparecido y eso le daba un respiro.

Algo más sereno, detuvo la mirada en la furgoneta de Miguel; estaba aparcada delante de sus narices. Una descabellada idea le pasó por la cabeza. Pensó de nuevo en sus hijos. ¿Y si pasaban hambre? Una punzada atravesó su pecho. La simple idea de que así fuera, le dio el empuje que le faltaba. «Lo haría», se dijo. Estaba por apostar que Miguel había guardado el dinero, «su dinero», en la guantera de la furgoneta. Años atrás cuando lo acompañaba a las obras, en aquellos lejanos tiempos en los que la relación era sólida y fraternal, había visto cómo extraía el dinero para los pagos de una especie de cartera para documentos. Era de piel negra y siempre la llevaba en la guantera. Lo haría, se repitió. Solamente iba a tomar lo que legalmente era suyo, o casi podía decirse que de sus hijos. Atropelladamente bajó los robustos peldaños de la escalera de piedra y se acercó a la puerta derecha de la furgoneta. Estaba abierta. Se introdujo en el asiento del copiloto y, tras unos momentos de vacilación, abrió la guantera y..., allí estaba. Quedó unos segundos obstaculizado, mirándola fijamente. El pulso se le aceleró, era tan fuerte que inconscientemente presionó una mano contra el pecho como para frenar su ritmo desbocado. Esperanzado cerró los ojos y respiró tan hondo como pudo. Después de todo, no le fallaría a sus hijos. Raudo tomó la cartera, la abrió y extrajo el dinero que había en ella. No tenía tiempo para contarle así que lo cogió todo. Apresuradamente lo guardó en el bolso del pantalón, dejó la cartera en donde estaba y salió de la furgoneta con el corazón enloquecido por la tensión del momento. Instintivamente, se giró hacia el exterior de la casona. Un escalofrío de terror recorrió todo su cuerpo al verse sorprendido de nuevo por la anciana. Atemorizado, pensó en echar a correr, pero era

demasiado tarde para tomar esa decisión. El ulular de la ambulancia le confirmaba que estaba llegando. Además había llamado desde su móvil. Estaba atrapado.

En el Cuartel de la Guardia Civil de Llanes se respiraba un ambiente relajado y distendido. En aquella época del año no solían tener excesivos problemas. Algunas multas de tráfico, altercados entre borrachos (sobre todo al caer los fines de semana), robos de poca monta y algún que otro problema con las lindes de las parcelas eran los temas más acuciantes.

En esos momentos, Posada estaba enfrascada en el tedioso papeleo de la tercera denuncia por intento de robo que la obsesiva Loreto González, propietaria de una finca ubicada en San Roque, había presentado. Sentía una desagradable sensación de pérdida de tiempo. Estaba convencida de que la señora en cuestión vivía una realidad paralela ante la falta de pruebas que reiteradamente acompañaban sus denuncias. Cuando sonó el teléfono de su mesa, aliviada, se apresuró a cogerlo:

—Dime Pili —dijo segura de quién tenía al otro lado.

—Te paso. Es Alfredo del 112.

Posada era más activa que el resto de sus compañeros. Repudiaba los interminables días de oficina y sin embargo, agradecía cualquier salida que hubiera que hacer por insignificante que fuera. Prefería bregar en la calle, incluso con la penetrante invernada de aquellos días, a quedarse empapelada o a parlotear sobre cuestiones en su gran mayoría sin sustancia y triviales. Formaba parte del reducido equipo de la Policía Judicial de Llanes. Su jefe se encontraba de baja por enfermedad y hasta su reincorporación, ella era la responsable de la unidad en funciones.

—Hola Julia, buenos días.

—Hombre Alfredo, ¡cuánto tiempo! —contestó animadamente— cuéntame.

—¡Estás al cargo de la unidad! —le dijo con admiración.

—Sí. García está de baja desde hace dos semanas. Tiene una úlcera sangrante y va para largo. Así que, mientras tanto, estoy al frente. ¿Qué es lo que pasa Alfredo? —preguntó ansiosa por descubrir de qué se trataba.

—Hemos recibido una llamada de un tal Juan a través del 112. Se encontró con una señora inconsciente en Póo, donde están haciendo el nuevo hotel. ¿Te das cuenta?

—Sí. Conozco la casona a la que te refieres...

—He intentado que este hombre, al menos, comprobase si respiraba, pero ha sido inútil... No la quiere ni tocar. Dice que puede estar muerta —continuó—. En principio, no le he prestado mucha atención porque no me ha transmitido ninguna confianza —contestó algo atorado—. Estaba histérico y me pareció que más bien era fruto de su imaginación —puntualizó—. Seguramente no será nada, pero me he quedado intranquilo... ¿Os acercáis para echar un vistazo?

—Sí, sí por supuesto. Vamos para allá.

—Nosotros estamos llegando —aclaró.

Feliz por obviar el papeleo con el que estaba enfrascada, se puso en marcha. Dirigió una mirada hacia la mesa de su compañero de patrulla, el guardia Roberto Guzmán mientras cogía el anorak del respaldo de la silla.

—Guzmán vamos. Tenemos un aviso del 112 por una señora que apareció inconsciente en las obras del nuevo hotel de Póo.

Él no se lo pensó dos veces. Se levantó y la siguió. Confiaba en ella plenamente y no le molestaba en absoluto recibir órdenes suyas.

Ella cogió las llaves de uno de los coches del tablero. Como siempre que podía, eligió las del todoterreno. Bajaron al garaje y accionó el mando a distancia para identificar rápidamente de cuál se trataba. Salieron del cuartel, avanzaron los pocos metros que lo separaban de la calle principal y giraron a la derecha. En la rotonda, decidió atravesar el pueblo en vez de tomar la circunvalación. Acercarse a Póo no les llevaría más de cinco minutos, y de esa forma aprovecharía para confirmar que todo estaba en orden. Al pasar por la calle Nemesio Sobrino, donde estaba ubicada la Comisaría de Policía, recordó que el protocolo del 112 también obligaba a avisarlos a ellos, seguramente los vería allí, pensó.

La actividad de la villa un domingo y a esas horas era aún escasa. Apenas se cruzaron con una docena de presurosos viandantes que habían osado acercarse a la panadería a comprar pan recién hecho para el desayuno o al quiosco a por la prensa del día. Ataviados con sus prendas de abrigo, intentaban amortiguar el glacial viento y las bajas temperaturas cercanas aún a los cero grados.

Las casas que se arremolinaban al final de la calle principal daban cuenta del crudo invierno que ya estaba a punto de finalizar. Su aspecto, poco vistoso, mostraba paredes humedecidas y jardines repletos de arbustos desprovistos aún de vegetación. Únicamente una espléndida y solitaria mimosa amarilla y alguna camelia por aquí y por allá, anunciaban la inminente primavera.

Desde la lejanía, al final de la recta por la que estaban circulando, observaron cómo se arremolinaban los pocos vecinos que se habían percatado de la presencia de la ambulancia y previsiblemente de la Policía Local.

—¡Qué rápido se difunden las malas noticias! ¡Si no hemos tardado ni cinco minutos desde que recibimos el aviso!

—¡Y qué lo digas! —contestó Guzmán sorprendido.

El guardia Guzmán tenía tal lealtad hacia Posada, que aceptaría con los ojos cerrados cualquier comentario que ella hiciese por muy irracional que fuera.

Roberto Guzmán llevaba en el cuerpo pocos meses más que ella. A pesar de que superaba la treintena, su experiencia se limitaba al cuartel de Llanes, primer y único destino de por vida. Había nacido en Pancar, un pueblecito muy cercano a Llanes, y no tenía intención de trasladarse a ningún otro destino. Su aspecto en sí era muy cuidado. Aunque no era musculoso, tenía el cuerpo perfectamente definido. De hecho, era la envidia de sus compañeras. Medía un metro setenta y ocho. Llevaba el pelo cortado al uno a juego con su perilla. Lucía un luminoso moreno durante todo el

año, que era la comidilla del cuartel, pues a pocos les parecía natural. Sus amarrados ojos de largas pestañas eran expresivos y de mirada profunda, otorgándole un soplo de misterio. Posiblemente eso incrementaba la atracción que ejercía sobre las mujeres dentro y fuera del cuartel. Su practicidad le llevaba a pensar que la vida era demasiado corta como para desaprovecharla con cuestiones triviales, por lo que nunca planteaba problemas y facilitaba la convivencia a todos. Su carácter era afable, pero también impenetrable. Ningún compañero, salvo Julia, había logrado intimar con él.

Posada, señaló su intención de girar a la derecha para entrar en el recinto del hotel, pero los presentes no se inmutaron. La curiosidad por descubrir el tipo de emergencia de que se trataba, les hizo permanecer inmóviles obviando al coche patrulla, haciendo que Posada se viera obligada a utilizar las luces de emergencia para que se apartaran.

—Guzmán —dijo— intenta despejar la zona y, si es necesario, cierra la portilla para que la gente se mantenga al margen. Ella no esperó respuesta a sabiendas de que él cumpliría con el cometido disciplinadamente. Él respiró hondo e intranquilo se dispuso a cumplir sus órdenes.

1922

El ama de llaves estaba encantada con Elena, pese a que la frialdad de su corazón le impedía mostrárselo. Resultó ser honrada, trabajadora, ordenada y nunca ponía en duda las órdenes que se le daban. Era perfecta, pues cumplía con todas las exigencias que la rectitud de D^a. Manuela requería. Además tenía buena presencia, por lo que, con un poco de instrucción, podría, sin duda, contar con ella para servir en alguna de las fiestas que organizaban los señores.

De vez en cuando, el ama de llaves la enviaba a atender a D^a. Mercedes, esposa de D. Enrique, uno de los muchos llaniscos que a edad muy temprana emigró con sus padres y sus cuatro hermanos a México para hacer las Américas. Con el tiempo, incluso le permitió acompañar a las visitas de D^a. Mercedes hasta el salón de recibir, aunque en menos ocasiones de las que Elena hubiera deseado, ya que se trataba de una tarea encomendada casi en exclusiva al ama de llaves. D^a. Manuela le había tomado cariño, pero era una mujer desconfiada que le costaba darse a las personas.

Su físico le facilitaba las cosas. Aunque no era muy alta, tenía un cuerpo muy proporcionado; ni gorda ni excesivamente delgada. Sus almendrados ojos verdes de rizadas pestañas y su boca ciertamente sensual, de labios gruesos muy bien definidos, eran el complemento perfecto para su rostro de piel fina y delicada, pese a los años que se había dedicado a trabajar en el campo. Cuando Enrique Valverde, hijo, primogénito de la familia, vio por primera vez a Elena, se quedó prendado de su belleza. Conocía muchas chicas hermosas y adineradas del Concejo, pero ninguna tan bella como ella.

Para Enrique, conocer a Elena supuso una alteración de su envidiada situación, carente hasta el momento de preocupaciones... Sus padres tenían el convencimiento de que había llegado a la edad de cortejar a alguna muchacha de buena familia que incrementara su poder, ya que su fortuna estaba asegurada. Pero, a pesar de que él lo intentaba y de que luchaba desafortunadamente contra sus sentimientos, las continuas citas que le concertaban no tenían demasiado éxito. Sabía que su amor por Elena era imposible, pero estaba perdidamente enamorado de ella. Eso le suponía un grave problema que venía a perturbar su tranquila existencia, ya que ni sus padres lo consentirían, ni tampoco tenía todas las de ganar con ella, pues no había mostrado

ni una pizca de interés por él. Convencido de la dificultad que entrañaba su enamoramiento, durante un tiempo, se había autoimpuesto no amarla. Finalmente, se dio por vencido, le era insoportable renunciar a ella, la quería con tal intensidad... En su fuero interno, tenía la esperanza de que ella, algún día se fijase en él y que el simple hecho de pertenecer a clases sociales diferentes, no fuera un impedimento para ella, porque para él no lo era. Soñaba con que ella se enamorase de él como él lo estaba de ella.

Él, por su parte, era realmente atractivo. Su padre, se había casado con una beldad mexicana de la que Enrique había heredado toda su belleza. Su complexión delgada estilizaba su figura. El hermoso rostro ensalzado por la tez morena, los ondulados cabellos negros y los brillantes ojos oscuros, le hacían merecedor de todos los elogios. Un caballero de porte y de estatus, tomado en consideración por muchas familias de buen nombre, cuyos padres anhelaban que su hija fuera la elegida y que, secretamente, muchas de ellas también lo ansiaban.

La llegada de la ambulancia había sido muy inoportuna, justo cuando acababa de hacerse con el dinero. Y, para su desgracia, el que parecía estar al mando de la situación, le había ordenado que no se marchara. Lo peor de todo era que la culpabilidad se reflejaba en su rostro. Estaba seguro de que para los demás era evidente. Su ajetreada respiración lo delataba, pero por más que lo intentaba no conseguía moderarla. Se ahogaba como si la capacidad de los pulmones hubiese quedado a media carga impidiendo que el aire penetrase en ellos. Se repetía hasta la saciedad que tenía que aparentar normalidad o sospecharían de él, pero no lo lograba.

Con la mano en el bolso del pantalón, Juan sujetaba el dinero sintiéndose acorralado. El miedo le llevaba a pensar que los demás verían el relieve marcado en su vaquero y adivinarían lo que ocultaba. Estaba tan nervioso como nunca recordaba haberlo estado. Tenía que serenarse, se repetía insistentemente. Intentaba distraer sus pensamientos, pero nada le parecía tan imposible de alcanzar. Se sentía sin escapatoria. Recordaba una y otra vez el resto de su plan, a sabiendas de que aliviaba su carga. Y por insignificantes momentos conseguía sosegarse. Pero eran del todo insuficientes. Sabía que tenía que calmarse, pero ¿cómo podía conseguirlo? Tras muchas cavilaciones, decidió pensar únicamente en sus hijos. Eso a buen seguro le daría la fortaleza necesaria para superar ese atormentado momento. Su existencia cobraba sentido por ellos. No tenía nada más.

Al bajarse del todoterreno, mientras se ponía el chaleco amarillo reflectante que la identificaba como Policía Judicial de la Guardia Civil, admiró la grandiosidad y hermosura del edificio que se mostraba ante sus ojos. A Posada no le extrañaba que los propietarios quisieran convertirlo en hotel. El primer fin de semana que libró, recientemente trasladada a Llanes, Carlos, su novio, la había llevado al Museo-

Archivo de Indianos en Colombres. Allí, había disfrutado de una pormenorizada exposición de las Casonas de Indianos en el oriente de Asturias. Aquella casa era una de las que más le había gustado. Quizá porque le asombraba que un arquitecto de principios del siglo xx, hubiese sido capaz de diseñar un edificio modernista como aquel. Su estructura en forma de L con las dos alas confluyendo en un hermoso porche, debió ser la envidia del momento, pensó. En él se ubicaba la entrada al edificio protegida por una amplia terraza superior, magistralmente sustentada por dos pilares y dos columnas. La fachada tenía una ornamentación atrevida; las ventanas-balcón, alargadas hasta el suelo, estaban recercadas de piedra abujardada en la parte superior, como muestra ineludible de la riqueza de sus originarios propietarios. Y culminando el edificio, aquella singular torre mirador, bordeada por una terraza aún más amplia que la del primer piso. En la barandilla, sobre el remate de la cubierta, dominando el edificio, se veían las iniciales del indiano. Prodigiosa, pensó. A Posada, le resultaba difícil imaginar un lugar más apetecible para disfrutar de unas vacaciones.

Avanzó por el camino que conducía hasta la entrada de la casa, dejando a un lado la furgoneta de Miguel y la ambulancia. De ella surgió un auxiliar con una camilla plegable. Al verlo, aceleró el paso, subió la escalinata de dos en dos para alcanzar rauda la entrada ubicada en el centro del edificio, entre los dos porches laterales, y cruzó el zaguán hasta llegar al *hall*. Una vez más se sorprendió. Se trataba de un vestíbulo a dos alturas más espacioso de lo que ella se había imaginado; tenía el tamaño de un salón de grandes dimensiones, con balcones abiertos desde la planta superior, que se inclinaba sobre él, desde los que se podía observar la grandiosidad del salón. El primero con el que se tropezó fue con Paco, uno de los policías de Llanes; su intuición no le había fallado. Se saludaron con un movimiento de cabeza y un sencillo «qué tal» de los que nunca se espera respuesta. Continuó hasta las escaleras del fondo de la estancia, donde se encontraba Alfredo, uno de los médicos que trabajaba en el servicio de urgencias de Llanes y responsable de activar el protocolo por el que todos se encontraban allí. Su avanzada calvicie, su abombada frente y sus grandes ojos saltones destacaban sobremanera en un escuálido y pequeño cuerpo desaliñado de pies a cabeza. Su ruda apariencia escondía, sin embargo, a una persona culta y formada.

—Hola Alfredo ¿Qué tal? ¿Cómo está la señora? —dijo Posada al llegar.

—Aún no lo sé. Acabamos de llegar —dijo a modo de disculpa—. Sigue inconsciente. Siento haberte molestado —continuó— pero ese tal Juan, el que llamó me ha hecho pensar que, quizá, erais necesarios —justificó.

—Sí, sí. No te preocupes. Hiciste muy bien en avisar, ¿y ella? ¿Cómo está? —apremió.

—Se ha dado un golpe en la cabeza que le ha provocado el estado de inconsciencia en el que está inmersa. Estamos desinfectando la herida y, si te fijas, se

observa una buena contusión. A tenor del hematoma y de la brecha que tiene en la cara, tuvo que sufrir un golpe tremendo. Aún no he terminado de examinarla ni de curarla, pero lo que sí es seguro es que hay que trasladarla al Hospital de Arriendas. Tienen que hacerle un examen exhaustivo para descartar posibles complicaciones. De todas formas, déjanos acabar con el examen previo y las curas y te cuento algo más —contestó dando por finalizada su conversación.

Alfredo era una de esas personas gustosa de ser escuchada sin interrupciones. Procuraba contar todo lo necesario, evitando que le acosaran a preguntas. Y una vez dada por finalizada su explicación, esperaba que no fuesen necesarias más aclaraciones. Si bien, con Posada era diferente, no le importaba que le hiciese cuántas preguntas considerase oportunas. Le caía bien.

—¿Qué crees que ha pasado?

—Todo parece indicar que se ha caído por las escaleras. La hemos encontrado boca abajo, con parte del cuerpo en los últimos peldaños. Por eso le hemos colocado el collarín, la caída pudo provocarle una lesión cervical —aclaró.

—¿Dónde está el que dio el aviso?

—Ahí —contestó Alfredo—, es ese que está en la esquina paseándose de arriba abajo. ¡Pobre infeliz! se llevó un susto de muerte. Le he dicho que no se vaya; suponía que querías hablar con él. Se llama Juan —informó.

—Bien, gracias Alfredo. Estás en todo. Luego hablamos —contestó esbozando una sonrisa para satisfacción del doctor.

Posada descargó su atención sobre la persona que había dado el aviso, Juan, recordó que lo había llamado Alfredo. Su aspecto era desastroso. Llevaba unos pantalones vaqueros caídos de la cintura y roídos por los bajos, y un anorak de color azul. Tenía el pelo ensortijado, algo largo y despeinado, barba de al menos dos días y unas ojeras bastante profundas alrededor de unos ojos oscuros con los párpados caídos. De compleción era normal, aunque era difícil de determinar por el grosor de su anorak. Tenía la figura encorvada hacia delante, lo que le restaba algún centímetro más a su mediana estatura. No parecía tener nada que ver con la víctima y, sin embargo, se mostraba ciertamente preocupado, nervioso. Paseaba de un lado a otro en menos de un metro cuadrado sin objetivo alguno más que el desahogo de la zozobra que no podía tan siquiera disimular. Tengo que hablar con él —meditó Posada intrigada.

—¿Alguien avisó a la familia? —preguntó en alto todavía con la mirada fija en él.

—Nosotros no —aclaró Alfredo.

Posada buscó el móvil en la bandolera de piel marrón, que había visto tirada a los pies de la chica. Lo encontró en un bolsillo lateral en el que encajaba a la perfección. Esperanzada, rogaba para que no tuviese contraseña y que hubiese tenido la precaución de utilizar el consejo de la Cruz Roja para casos de accidente. Hubo suerte, accedió a la agenda con suma presteza y, efectivamente, encontró un «AaÁlex». Lo pulsó. Al tercer tono sonó una voz.

—¿Sí? —respondió cariñosamente.

A Julia le gustó la voz de aquel hombre. Sentía tremendamente tener que darle tan malas noticias, pero la chica seguía sin despertar y alguien debía informar a la familia.

—¿Álex? —dijo Julia simplemente.

—Sí. Soy yo. ¿Quién es? —preguntó, ciertamente desconcertado.

—Soy Julia Posada, cabo de la Guardia Civil de Llanes. Estoy en las obras de un hotel en Póo con una mujer que ha tenido un accidente. Estoy llamando desde su móvil y usted está identificado para que lo avisemos. ¿Reconoce este móvil? —pregunto cauta.

—Sí... Es... el de mi mujer —musitó.

—¿Podría acercarse al hotel?

—¿Pero está bien? —logró articular con bastante esfuerzo. Posada intentó esquivar la respuesta. No podía darle esa información por teléfono.

—La están examinando —le tranquilizó—. Necesito que se acerque lo antes posible.

—Sí, sí, voy para allá. Pero antes tengo que llamar a alguien para que se quede con los niños —alegó.

—Bien. Le esperamos. No tarde —le apremió.

Entretanto, el auxiliar, el enfermero y Alfredo, habían maniobrado hábilmente para colocar el cuerpo de la chica, arrastrando por el suelo la camilla hasta colocársela bajo el cuerpo. Ataron las fijaciones alrededor de la mujer y elevaron la camilla hasta que, sujeta por las patas extensibles, quedó a una altura cómoda para que los de Emergencias continuaran con su trabajo. Posada observaba con detenimiento las maniobras. Cuando finalizaron, se detuvo en el rostro de la mujer. Rondaba los 40 años, con rasgos suaves y una piel con un tinte aceitunado. Sus ojos no eran ni grandes ni pequeños, pero se perfilaban rasgados. Gran parte de su pelo, de abundante melena con reflejos caoba, ondeaba a los lados, el resto permanecía sujeto por una goma. Un considerable brote de sangre reseco se expandía por buena parte de su rostro y de su pelo enmarañándolo. El fuerte impacto amoratado se extendía a lo largo de su semblante, enmarcando una profunda brecha que mediría unos cinco centímetros.

Álex quedó paralizado por unos segundos. Sin embargo en poco tiempo se sorprendió presuroso buscando en contactos el móvil de Rosa. Fue la primera persona en la que pensó. No podía dejar a los niños solos y, aunque él no la tenía en gran estima, tenía que reconocer que era la mejor opción. Se había hecho muy amiga de Raquel y los conocía muy bien. Ellos no la extrañarían.

Rosa era la propietaria de una floristería del centro de Llanes. Rondaba los cincuenta y muchos aunque no los aparentaba pese a su complexión fuerte. Era de

esas personas que sabía mantenerse joven con el paso del tiempo. Quizá el secreto radicaba en su pelo: llevaba un corte moderno y asimétrico, teñido de pelirrojo, con un largo flequillo que en ocasiones lograba sujetar tras la oreja. El contorno de su rostro era redondeado y su tez sonrosada, lo que encajaba a la perfección con el color de pelo. Sus afiladas cejas enmarcaban unos ojos marrones que, junto a la nariz puntiaguda y a los labios finos pero bien perfilados, le daban un aire reservado. Su forma de vestir era desenfadada, con grandes blusones y largas chaquetas, aunque, por otro lado, resultaba algo estrafalaria por su costumbre de llevar grandes fulares alrededor del cuello y excesiva bisutería de todo tipo. Además nunca le faltaba algún adorno realizado por ella misma con flores naturales, y que solía llevar prendido a la chaqueta o a la camisa. No estaba casada ni tenía hijos. Sin embargo le encantaban los críos. No faltaban las ocasiones en las que obsequiase a Mateo y a Sara con alguna chuche o con alguna moneda para que ellos mismos la compraran. Era fácil percibir cuánto le gustaban y apreciaba. Y ellos, por supuesto, la adoraban.

A pesar de que era domingo, sabía dónde localizarla. Podía llamarla al móvil o a la floristería. Y como tenía una empleada, no tendría problema en ausentarse. Abría todos los días, aunque los domingos se permitía hacerlo algo más tarde. Álex probó primero con el móvil.

Mientras sonaban los tonos del teléfono, Álex ahondaba en su desacuerdo con ella. Era de esas personas que presumen de sabias. Invariablemente se creía en posesión de la verdad. Siempre decía la última palabra, normalmente para darle la razón a Raquel aunque no la tuviera. Lo exasperaba. Le hacía parecer el malo de la película sin que Raquel fuera consciente de ello. Además, ejercía una influencia sobre ella que le molestaba especialmente.

Al tercer tono sin respuesta, colgó. No tenía demasiada paciencia. Estaba excesivamente ansioso. Al colgar, vio la ventana de «enviar mensaje» y decidió probar con el *WhatsApp*. Al menos mientras la localizaba, tendría un mensaje urgente de él en la pantalla de su móvil. Dio a enviar y se dispuso a volver a contactos, cuando recibió su respuesta: «Ok. 5 min.».

Se calzó apresuradamente y se enfundó el primer abrigo que encontró. Meditó sobre cómo explicarles a los niños la situación, pero como estaban totalmente abstraídos con la tele, pensó en decirles únicamente que volvía enseguida. No necesitaban saber más.

Posada se acercó al misterioso hombre que continuaba esperando. Estaba algo más tranquilo pese a que su cara era el reflejo de lo poco atractivo de la situación.

—¿Fuiste tú quien dio el aviso? —preguntó sin más.

—Sí —respondió secamente.

A simple vista, no había motivo para que se abriera una investigación, pero Posada estaba preocupada. Y sabía que esa preocupación no desaparecería hasta que descubriese el motivo de esa inquietud. Siempre era así. Su mente le enviaba alertas

que le generaban una fatigosa desazón hasta que descubriría el porqué. Y en ese caso podía asegurar que su inquietud venía dada porque tenía un mal presentimiento. Ansiaba echar un vistazo a la parte de arriba del hotel. Estaba segura de que allí encontraría la respuesta.

—¿Qué fue lo que pasó? —le preguntó con tono imparcial.

—Llegué y me la encontré tirada en el suelo, inconsciente —aclaró— y me asusté. No se movía —intentó contestar lo más tranquilo que pudo.

—¿La conoce?

—No. No la conozco. Supuse que sería la propietaria del hotel, pero hasta hoy no la conocía. Me han hablado de ella porque soy el pintor que Miguel contrata habitualmente para las obras que realiza.

—¿Quién es Miguel? —preguntó Julia arqueando las cejas.

—El contratista —espetó pareciéndole demasiado obvia la pregunta.

—¡Ah! —Dejó escapar Julia—. Y usted, ¿a qué ha venido?

—Había quedado con Miguel para tratar ciertos asuntos pendientes de la obra, mintió. Como iba a reunirse con la propietaria, aprovechamos para vernos —contestó inquieto.

—¡Un domingo! —a Posada la explicación le pareció bastante inverosímil.

—Sí —contestó dándose cuenta de lo improbable de su respuesta.

—¿Está seguro de que no la conocía?

—Sí, estoy seguro —contestó suspicaz—. ¿Qué es, que no me cree? —dijo desesperado.

—No estoy diciendo que no le crea. Pero acordará conmigo que esto es algo extraño ¿no le parece?

Algo no le encajaba en la contestación que le había dado Juan. Le martilleaba en la cabeza, pero desconocía de qué se trataba. Amén de que tampoco podía prestarle demasiada atención. Su cabeza estaba centrada en el piso de arriba.

—Ya le he dicho que no la conocía —contestó con una mezcla de miedo y desesperación.

—Bien. Puede irse —consintió Julia. No había ningún motivo para retenerle—. Aún así —decidió matizar— si necesitásemos hablar de nuevo con usted ¿dónde lo puedo localizar?

—Tengo un almacén en el Polígono de Bricias. «Pinturas Juan». No hay pérdida —contestó algo desganado.

—¿Le importaría darme su móvil?

Juan se lo dio. No podía negarse, pero la expresión abatida de su rostro, no pasó desapercibida para Posada.

—Gracias. Estaremos en contacto —zanjó.

Juan se dio media vuelta un tanto aliviado y se encaminó hacia su furgoneta para marcharse de aquel lugar. No quería saber nada más de ese hotel ni de Miguel. En esos momentos, únicamente deseaba alejarse cuánto pudiese y dejar pasar el tiempo.

Cuando Guzmán logró mantener un poco de orden en el exterior, se encaminó hacia el interior del edificio. Al entrar se topó de lleno con la desagradable visión. Alfredo estaba finalizando la cura colocando unas grapas en la brecha de la chica y además sus guantes de látex estaban salpicados de sangre.

—Posada —llamó Guzmán. Ella lo miró y rápidamente advirtió lo que pasaba.

En los aproximadamente catorce meses que llevaban de compañeros había tenido ocasión de conocerlo a la perfección. Era muy sensible a la sangre, tanto que no soportaba su visión. En algunas ocasiones, Posada se preguntaba cómo habría sucumbido a ser Guardia Civil y a pertenecer a la Policía Judicial; al fin y al cabo, por desgracia, esa cuestión podía estar muy vinculada a su trabajo. Ella, como siempre, le echó un cable, aunque era consciente de que no engañaba a ninguno de los allí presentes.

—Guzmán, por favor, ¿puedes ir a echar un vistazo alrededor de la casa?

—Sí, cómo no —contestó él realmente aliviado. Alfredo y sus compañeros se quedaron extrañados mirando como el Guardia Civil salía por la puerta.

Roberto bajó las escaleras de la entrada al hotel agradeciendo el apoyo de su compañera. Tendría que superarlo, se dijo apesadumbrado. Salió del edificio y giró a la derecha. Sacó la cajetilla del bolsillo superior delantero junto con el mechero. Encendió el cigarrillo (algo que también tendría que superar) y se dispuso a caminar liberando la tensión acumulada, mientras exhalaba una bocanada de humo. No esperaba encontrar nada, en principio no había motivos para ello pero, aún así, echó un vistazo por los alrededores. Al menos le serviría para disimular.

Durante su paseo por los jardines del hotel, meditó sobre su vida y sobre su trabajo. Pero sobre todo reconoció que tenía un arduo problema. En la adolescencia le habían diagnosticado hematófobia, lo que se traduce en fobia a la sangre, a los cortes, a las heridas y a las jeringuillas. Pensó que con el tiempo iría a menos. O, simplemente, que lo superaría sin más. Pero su equivocación era evidente. Llevaba mucho tiempo postergándolo y ahora había llegado el momento de enfrentarse a su problema y resolver ese asunto de una vez por todas. Al menos ese, porque el otro no tenía solución. Si no fuera Guardia Civil... se lamentaba. Una vez más meditaba sobre el dilema que rodeaba su vida. Él no quería ser Guardia Civil, lo era por contentar a su familia. O más bien a su padre que veneraba las fuerzas del orden público. En aquel entonces, cuando tomó la decisión, anhelaba su aprobación. La necesitaba. Desde aquel mismo instante soñó con que el tiempo le ayudase a superar su problema y a aceptar su sino. Pero no fue así. A la postre, su padre tenía lo que quería, pero él no. Y para colmo, su fobia parecía haberse agravado. Se equivocó. Su vida estaba enfocada en la dirección incorrecta, pero cambiarla se le hacía quimérico. Reconocía que no había marcha atrás, pero le costaba aceptar que fuera así. Cuando se enteró de que una mujer había pedido el traslado a Llanes, se ofreció a ser su compañero sin pensárselo dos veces. Con López no le iba del todo mal, pero eran tan diferentes... Había tenido mucha fortuna con su compañera. Hasta ahora había

conseguido eludir sus problemas, pero algo le decía que su suerte iba a cambiar. Estaba ensimismado en estos pensamientos, cuando a sus oídos llegó una dulce melodía. La identificó inmediatamente como una de esas tan conocidas por todos, entendidos o no de la música clásica. Pero fue incapaz de ponerle autor. Tuvo que admitir que era un ignorante en ese tipo de composiciones. ¿De dónde provenía?, se preguntó. Apartó estos pensamientos de su mente cuando escuchó que Posada lo llamaba. Olvidándose de todo, se precipitó hacia la entrada del hotel.

—Dime —le dijo al llegar.

—Su marido está al llegar. Avísame en cuánto sospeches quién es. Antes de que vea a su mujer, tengo que hablar con él.

—Perfecto. Estaré vigilante —respondió.

Rosa se había retrasado algo más de lo previsto. Mientras la esperaba, el ansioso estado de Álex se transformó en neurasténico. Solo cuando llegó, se tranquilizó en cierta medida. En segundos salió por la puerta sin casi dar explicaciones. No quería perder ni un minuto. Y menos con ella. Llegó al hotel sin aliento y extremadamente nervioso. Su excitación se fue agudizando a medida que descubría a través de las barras verticales de hierro forjado y de la vegetación que discurría por el jardín, el despliegue de medios ubicados en el recinto del hotel: ambulancia, Guardia Civil y Policía Local. No faltaba nadie. El escenario anunciaba algo más preocupante de lo que se había imaginado.

Guzmán lo identificó de lejos. Corría por la angosta acera próxima al hotel con la cara desencajada. No había duda de que se trataba de él. Apresurado entró en el hotel para avisar a su compañera. Ella consciente de la idea que Álex podía llevarse al ver el espectáculo que en poco tiempo se había organizado alrededor de su mujer, salió a su encuentro. Además tenía interés por hacerle algunas preguntas. En cuánto se asomó por la gran portalada de la entrada, Posada ya estaba al final de la escalinata de piedra de la entrada principal.

—¿Álex? —preguntó ella con una expresión amigable.

—Sí. Soy yo. ¿Dónde está? ¿Cómo está? ¿Qué pasa? —preguntó atropelladamente con los brazos extendidos por su incomprensión ante el despliegue de medios.

—Tranquílcese —respondió Posada—. En estos momentos están terminando de examinarla. Pronto sabremos algo.

Él avanzaba a buen paso hacia el hotel sin atender las explicaciones de Julia. Quería verla, necesitaba verla. Sólo le importaba eso. Posada procuró apaciguarlo sin éxito. Se abalanzó sobre las escaleras de la entrada principal saltando varios peldaños a la vez y, corriendo, atravesó el zaguán. Alfredo y el enfermero habían terminado de realizarle la cura y de inmovilizarle una de las muñecas. Tras la exploración habían detectado una fuerte inflamación, lo que les hacía sospechar que podía haber una fractura. Sin embargo, tras varios intentos infructuosos, no habían conseguido

despertarla. Las constantes eran buenas, pero tenían que llevarla al hospital de forma urgente.

Álex se detuvo a escasos centímetros de ella. La impresión de ver a Raquel con las correas sujetándola a la camilla lo desmoronó. Se tornó hacia Posada y le espetó con acritud:

—Mi mujer está inconsciente, ¡a qué están esperando para llevársela al hospital! —vociferó señalándola.

Todos se volvieron en silencio hacia él, enojados en cierta medida. Consideraban injusto el reproche. Era evidente que Álex estaba aterrorizado. Posada intentó tranquilizarlo cuánto pudo. Sujetándolo por los antebrazos y mirándolo fijamente a los ojos, procuraba infundirle sosiego. En ese instante Raquel musitó algo ininteligible. Álex, alertado, se desligó de Posada para abalanzarse sobre ella. Alfredo, situado al otro lado, alzó la mano en señal de silencio para poder escucharla. Parecía que quería despertar. Intentó levantarse, pero las correas se lo impidieron. Alfredo la disuadió.

—No, no. No puede moverse. Tranquila. Todo irá bien. Vamos a llevarla al hospital para que la examinen —le aclaró.

Ella elevó las cejas en un intento por forzar la apertura de sus pesados y cargados párpados. Con gran esfuerzo, lo consiguió. Sin embargo no lograba centrar la mirada. Parecía como si sus ojos quisieran ocultarse de lo que sería una desgraciada realidad. Pasaron unos desalentadores segundos antes de que lo lograra. Los miró desconcertada reclamando una cara conocida. Álex la llamó en un intento vano por tranquilizarla. Pero Posada necesitaba conocer los hechos, por lo que obviando a Álex acaparó la poca atención de Raquel.

—¿Puede contarme lo que ha pasado? —le dijo con tono amable.

El persistente dolor de cabeza de Raquel le impedía mantener abiertos los ojos. Estaba mareada y aún no lograba dilucidar dónde se encontraba.

—¿Recuerda algo de lo que ha pasado? —insistió Posada.

Raquel pareció comprender, aunque con retardo, lo que la cabo le estaba preguntando. Hizo un esfuerzo por centrarse y recordar. Sin embargo, no pudo articular palabra. Su mente había olvidado la expresión precisa para contestar. Parecía como si en su cerebro se hubiese producido una disociación de la imagen con el concepto, relegando el habla al olvido. Algo en un principio tan sencillo se le antojaba tremendamente complejo. Una aguda desazón se apoderó de ella y en su rostro asomaron las lágrimas que había intentado contener. Álex estaba impresionado, entorpecido y sin ánimo. Pero cuando la vio llorar recobró el dinamismo. Se acercó a ella, le cogió la mano y se inclinó para besarla en la delicada mejilla. Inspiró profundamente y el perfume de *Loewe* avivó su devoción por ella.

—No pasa nada —le susurró—. Tranquilízate, por favor. No llores, suplicó desesperado —la quería tanto...

Alfredo se acercó a Álex. Con voz serena, le comunicó que se la tenían que llevar.

Él asintió sin separarse de su lado. No soportaba estar lejos de ella.

1922

El ocho de junio los Sres. Valverde tenían que ausentarse. D. Enrique tenía una reunión de negocios ineludible en la capital. Por primera vez sus hijos, Enrique y Francisco, no les acompañarían. D. Enrique quería involucrar a su primogénito en la administración de sus bienes y ese día era tan bueno como cualquier otro para comenzar. Por ello, lo dejó al frente del palacete.

La mañana transcurrió con normalidad. El cartero había llevado un par de cartas. Una era de México. La otra exhibía el escudo de una de las familias más poderosas del Concejo. Cumpliendo órdenes, Manuela se las entregó a Enrique a la espera de indicaciones. Al verlas, resopló imaginándose el contenido de la carta de la familia Sobrino; una ilustre familia con la que seguramente su padre andaba negociando su matrimonio. Él no tenía ni el más mínimo interés. Había llegado al convencimiento de que la mujer a la que él amaba nunca podría ser suya. Y le importaba bien poco ser infeliz con una o con otra. Así que aceptaría sin oposición lo que su padre decidiese. Pero Enrique ignoraba que su destino sería otro muy diferente...

Ese día, D^a. Manuela había decidido que, Elena, comenzara a practicar los conocimientos que tan escrupulosamente le había inculcado; ella serviría el almuerzo. Cuando ambos hermanos estaban sentados a la mesa y Elena hizo su aparición, Enrique no cabía en sí de regocijo. Al menos, podría disfrutar de su presencia e incluso mirarla de cuando en cuando sin temor a que sus padres se percataran de ello. Su corazón estaba enloquecido.

El servicio no fue nada bien, aunque no por culpa suya. Más bien todo lo contrario. La fatalidad la acompañó cuando Francisco comenzó a escenificar con su cuerpo de forma un tanto exacerbada como había cabalgado a su yegua favorita. En ese preciso instante Elena se acercaba silenciosa para servir. Las exultantes manos de Francisco tropezaron con su bandeja haciendo que se tambaleara. Ella consiguió enderezarla, pero derramó parte de la sopa por su chaqueta. La reacción no se dejó esperar. Bramó y gritó cuanto pudo, no tenía consideración con nadie... y menos con una simple sirvienta.

—¡Idiota! ¡Cómo te permites tirarme la sopa por encima! ¿Quién diablos ha

contratado a esta? —exclamó despectivo.

—Perdón señor —rogó Elena asustada.

El ama de llaves, alertada por el escándalo, apareció por la puerta que daba acceso directo al salón desde la zona de servicio. Lamentaba que el suceso hubiese sido precisamente con Francisco. De todos era conocida su mezquindad. Manuela le pidió disculpas y para tranquilizarlo, le aseguró que la sirvienta sería severamente amonestada.

—¡No! —Acertó a decir en ese momento Enrique en un tono excesivamente alto — la culpa no es de ella, sino de mi hermano. ¡No merece ser reprendida! —dijo ciertamente alterado.

—¿Cómo? —dijo Francisco—. Me da igual de quién sea la culpa. Me ha tirado la sopa por encima y ¡exijo que sea castigada! —chilló iracundo.

—Padre me ha dejado al mando del palacete. Tendrás que aceptar mi decisión —zanjó. Elena, cabizbaja, no se atrevió a mirar a Enrique, pero en su fuero interno agradeció infinitamente su generosidad.

—¿Desde cuándo tienes en consideración a una criada? —protestó con un tono aún más despectivo—. Simplemente están para servirnos y, si no hacen bien su trabajo, deberían estar mendigando por la calle.

—No se hable más. La decisión está tomada —atajó Enrique con aplomo.

Francisco lo miró con desprecio y levantándose de la mesa cruzó el salón a grandes zancadas cerrando tras de sí la puerta de un sonoro portazo.

Enrique no se alegró de que su hermano se hubiese marchado, pero por otro lado lo agradecía; no podía pensar en comer con él. Era tal su vileza que a veces dudaba seriamente de que fueran de la misma sangre.

El resto del almuerzo fue servido por el ama de llaves. Enrique no quiso mostrar lo afectado que estaba, por lo que no comentó más el tema y siguió comiendo a pesar de que había perdido por completo el apetito.

Al finalizar, salió del comedor utilizando la puerta que daba al vestíbulo. Caminó los escasos pasos que lo separaban de la parte privada del palacete y se introdujo por la zona de servicio con la sola idea de encontrarse con Elena. Quería pedirle disculpas por el despreciable comportamiento de su hermano. Necesitaba imperiosamente hablar con ella y esa era una oportunidad única.

Soñaba con ella.

Alfredo y el enfermero intentaban mantener despierta a Raquel, pero ella no conseguía permanecer con los ojos abiertos y, por lo poco que sabía Álex, era mal síntoma. Los esfuerzos por resistirse al poderoso sueño que pesaba sobre ella eran vanos. Los párpados le pesaban como losas. Álex iba sentado en una camilla fija tipo *chaise longue*. Desde su incómoda posición, iba acariciando la mano de Raquel intentando con ello aliviar su pesada carga. Su expresión era descorazonadora. Los

cristales translúcidos, el poco espacio de la ambulancia y lo sobrecargada que estaba de todo tipo de material médico, lo acorralaban entre ella y sus pensamientos. Estaba angustiado. No quería ni imaginarse que a Raquel le sucediera algo, pero su cerebro le traicionaba obligándolo a pensar en ello. Ciertamente no las tenía todas consigo.

En su desesperación, Álex recordó su engaño. Ahora que tenía miedo a perderla para siempre, se daba cuenta de lo mucho que la quería y del daño que le había causado. Liarse con Natalia había sido una estupidez. Sus remordimientos afloraron y, con ellos, recordó cómo había comenzado todo. Al principio no podía creerse que una chica como ella, a sus veintisiete años y con todo lo que quisiera a su alcance, se hubiera fijado en él. Ella le sedujo y él se dejó embaucar. Pensar que a sus cuarenta todavía tenía atractivo para llevarse a una belleza de veintisiete... Cayó rendido en sus brazos. En casa las cosas iban de mal en peor. Ella era su válvula de escape. Solo eso. Pero sin darse cuenta cometió el error de acostarse con ella. No lo había pretendido, tampoco imaginado, ni organizado, pero así había ocurrido.

Ambos trabajaban en *Bureau Consulting*, una empresa de consultoría y formación. El director les había asignado el proyecto que *Distribuciones Disert*, uno de sus principales clientes, había encomendado a la consultora. Él, como experto en Recursos Humanos y organización de equipos directivos. Ella, con aún poca experiencia pero con un excelente currículum y muchas ganas de trabajar y aprender. Ese era el mensaje que había transmitido al director para que le asignara el proyecto formando equipo con Álex. La habitual sutileza de Natalia y la facilidad para manipular a los hombres eran incuestionables (sobre todo cuando se ponía ese ceñido vestido negro que tan buen resultado le daba con el sexo opuesto).

El proyecto tenía como finalidad mejorar el rendimiento del equipo comercial de la empresa para incrementar sus ventas. Lo primero que hicieron fue concertar una cita con el director comercial de *Disert* para conocer más a fondo los objetivos del programa. Casi instantáneamente, Natalia y Álex necesitaron reunirse para concretar las acciones que iban a llevar a cabo con el cliente y estudiar detalladamente cada uno de los componentes del equipo según la información que el propio Director Comercial les había proporcionado. En una de esas reuniones, Álex se mostró ausente y bastante alterado, una vez más había discutido con Raquel. Natalia aprovechó para poner en marcha su plan soberbiamente diseñado. La finalidad era engatusar al hombre del que se había encaprichado hacia ya algunos meses. Solamente le hizo falta poner su cara más dulce y comprensiva, acompañada de un meloso y sugerente tono de voz. En breve, él se explayó con los detalles más nimios de su matrimonio. Ella lo serenó de tal manera que Álex logró olvidarse de cuál era el tema de discusión. En aquel entonces él desconocía a la experta manipuladora de hombres que tenía delante y su falta de escrúpulos para conseguir cuanto anhelase.

Los resultados del proyecto fueron espectaculares. Tanto, que el más que satisfecho cliente les había recomendado a otra empresa del grupo ubicada en Zaragoza. Como consecuencia, el jefe les había encomendado organizar una visita a

la empresa para explicarles los pormenores y vender el proyecto. Álex había cerrado la cita con el Director de Recursos Humanos de Zaragoza. Tenían que estar el veintiocho de marzo a las diez de la mañana. El viaje estaba programado para el día antes por la tarde. Parecía que el destino los empujaba irremediabilmente a su aventura.

Llegado el momento, después de comer, Álex preparó su equipaje: una muda, una camisa a juego con la corbata lila que tanto le gustaba y el neceser. El traje que llevaba puesto le serviría para el día siguiente. Ese día Raquel no fue a comer en casa. Estaban en plena campaña de Semana Santa y en la agencia de Viajes tenían mucho trabajo. Álex se felicitaba por la suerte que estaba teniendo, prefería evitar la mirada de Raquel al despedirse de ella. Tenía miedo de que descubriera sus deseos. Antes de salir por la puerta rumbo a la oficina, la llamó para despedirse. Su conciencia quedó más tranquila con esa breve llamada en la que simuló lo poco que le apetecía el viaje. Ella no le prestó excesiva atención pues necesitaba finalizar un presupuesto para antes de las cuatro si quería que las cosas no se le complicaran a la salida. Álex agradeció el poco caso que le hizo, facilitándole así una justificación para colgar enseguida. Aquel día todo su ser estaba pensando en otra mujer.

A lo largo del día había sentido una corriente danzando por todo su cuerpo como cuando descubrió el amor por primera vez. Esa sensación de desasosiego le mantenía intranquilo. Y también le excitaba. Le hacía sentirse vivo y con ganas de comerse el mundo.

Por la tarde, al llegar de nuevo al trabajo, se abandonó a su admiración por Natalia. Estaba irresistible, se dijo a sí mismo y un cosquilleo repasó su cuerpo al imaginarla. Desconocía lo que ella opinaba de él. Y aunque anhelaba que estuviera tan fascinada como a él le ocurría, se resistía a pensar que fuera así. Coincidentemente, para Natalia no había hombre más atractivo que Álex. De mediana estatura pero lo suficiente para ser más alto que casi cualquier mujer, de cuerpo delgado, barba de pocos días con reflejos plateados, con su perlada dentadura intachablemente alineada y ese irresistible mechón de pelo que siempre caía sobre sus ojos de color miel. Todo un seductor.

A media tarde, tal y como estaba programado, Álex y Natalia iniciaron su viaje rumbo a Zaragoza. Su júbilo era palpable. Aunque ninguno de los dos sospechaba el sentir del otro, sí tenían claro la buena sintonía que había entre ambos. Y además tenían muchas horas por delante para disfrutar de su mutua compañía. El viaje resultó fascinante. Ambos se esforzaron por deslumbrar al otro. Pero, sobre todo Natalia, que flirteó todo lo que pudo. No tenía nada que perder y sí mucho que ganar. Al llegar al hotel se citaron en la recepción media hora más tarde para ir a tomar algo antes de cenar. Ninguno de los dos quería estar demasiado tiempo alejado del otro; una oportunidad así había que aprovecharla. Álex intentaba tranquilizar su conciencia. Se convencía de que el azar era el causante de que ambos estuvieran en un viaje de trabajo. Buscaba una justificación plausible para él y para el resto del mundo, como si

tuvieran una inevitable y obligada cena de trabajo —se decía—. Una cita consentida que nadie podría criticar. O eso quería creer.

Natalia se había adueñado de la situación reservando una mesa en un restaurante. El recepcionista del hotel le había recomendado muy amablemente uno de nivel. Y no lo dudó ni un segundo en el momento en que le argumentó que estaba certificado en calidad. Cuando se encontró con Álex en la recepción, no le quiso decir donde lo llevaba. La intriga provocaría a buen seguro, un aliciente extra. Bromearon, tontearon y se toquetearon durante el camino hacia el restaurante igual que podía hacer cualquier pareja en su primera etapa de enamoramiento. La cena fue cautivadora. Intercambiaron risas y miradas sin percatarse del paso del tiempo y sin echar de menos a nadie. Cenaron con vino, un Sierra Cantabria del 2008. Al salir del restaurante se encaminaron al hotel. No dudaron hacia donde dirigirse a pesar de que nada se había hablado. Ambos ansiaban el momento de llegar. Sus cuerpos ejercían una atracción irresistible a su control que les hacía caminar muy cerca el uno del otro, rozándose, arrastrándolos hacia el hotel. Se sentían distendidos por el efecto inhibitorio del vino. Al llegar, cruzaron la recepción hasta llegar a los ascensores. Él la acompañó a su habitación. Estaba ubicada dos puertas más allá de la suya. Sentía el corazón enloquecido como un adolescente. Sus estímulos libidinosos enviaban insistentes mensajes a su insensato cerebro. Ambos alargaron conscientemente su despedida en el pasillo. Sus cuerpos se negaban a finalizar. Querían más. Los atrevidos roces de sus pieles desataban un deseo mayor del que pudieran imaginar. Ella intuyó su erección. Mirándole a los ojos con un deseo mayor del que cualquier hombre pudiera resistir, lo cogió de la mano y con gran habilidad abrió la puerta y le hizo entrar. Álex la besó efusivamente estrechándola entre sus brazos. Ella comenzó a desvestirlo con suma destreza. De un impulso extrajo la camisa del interior del pantalón y sumergió las manos en su cuerpo, acariciando el torso con el que tantas veces había soñado. Había fantaseado innumerables ocasiones con aquel hermoso cuerpo y ahora, por fin, era suyo. Se estremeció de deseo ante la sensación que le producía. En unos segundos estaban desnudos haciendo el amor enloquecidos. El consiguiente sopor del vino les sumergió en un profundo sueño.

Los remordimientos llegaron a las pocas horas. Álex se despertó, aún embriagado por el alcohol, sobresaltado. La racionalidad había vuelto a su ser tan dañina que agujoneaba su conciencia. Eran cerca de las cinco de la mañana. Se levantó procurando no despertarla. Necesitaba alejarse de ella. Buscó su ropa dispersa por toda la habitación y un desasosiego acudió a su mente al recordar la fogosidad de la noche. Ni tan siquiera se había fijado en la estética de la habitación. Aunque al fin y al cabo era como tantas otras. Nada destacaba. Se enfundó los pantalones como pudo, cogió el resto de su ropa y los zapatos y se fue de la habitación, confiando en que a esas horas no se tropezaría con nadie por el pasillo. Al llegar se metió en la cama, pero no logró conciliar el sueño. Solo podía pensar en Raquel y en los niños y en el riesgo de perderlo todo. El ansia por poseerla le había enloquecido, no le había

dejado pensar. Pero la sensación de vacío que le embargó al día siguiente era superior al deseo que había experimentado acostándose con ella. ¿O quizá era que había obtenido lo que ambicionaba y una vez alcanzado, ya no se quería complicar más? Entonces, si era así, podía asegurar que los hombres eran unos cabrones y él era uno de ellos, se recriminaba. Él nunca se había considerado de esa manera. Ni lo había visto bajo ese prisma. Pero ¿qué diferencia había entre él y los que utilizaban a las mujeres para acostarse con ellas? ¿Podía ser que realmente la naturaleza de los hombres fuera egocéntrica, como estaba demostrando ser? Los remordimientos eran incesantes. La cabeza le daba vueltas y la opresión que percibía en el pecho era insoportable. No estaba seguro de por qué lo había deseado tanto y ahora tenía esa sensación de agobio, pero de lo que sí estaba seguro era que no lo había orquestado maliciosamente. Había sentido un deseo irrefrenable por ella, pero su intención no había sido la de hacerle daño ni la de aprovecharse. Aunque eso no hacía que se encontrara mejor.

Tenía claras dos cosas. La primera: él no quería nada más con ella, al menos en el terreno personal. Y la segunda: por lo que había visto en sus ojos, ella no iba a opinar lo mismo que él, lo que le auguraba un problema bien grande.

En su mente revivía la imagen de Raquel y la de los niños como si se tratara de una película de superocho en la que la única escena era su familia con la acusación marcada en el rostro. Había traicionado a Raquel y se había traicionado a sí mismo. Se había dado cuenta tarde de su error y de lo que estaba arriesgando por mantener alto su ego. Estaba arrepentido, pero quizá era demasiado tarde.

Al día siguiente, en la reunión, Álex estaba ausente. Tuvo que ser Natalia la que salvara la situación con sus excelentes dotes comerciales y su persuasión. Gracias a ella, consiguieron el proyecto. El viaje de regreso fue atronador. Discutieron. Natalia no entendía el cambio de humor de Álex y se sentía utilizada. Él le pidió perdón y le dejó claro que entre ellos no iba a haber nada. Pero ella no lo aceptaba. Nunca había sido rechazada...

Volvió en sí de sus pensamientos cuando la ambulancia aminoró la marcha al desviarse de la general por el primer acceso a Arriondas. Atravesaron el pueblo recorriendo la calle principal hasta llegar al otro extremo. Tras pasar por la rotonda que los desviaba directamente al recinto hospitalario, atravesaron el aparcamiento y subieron por la rampa de acceso al servicio de urgencias. El auxiliar detuvo la ambulancia con las luces aún encendidas frente a la puerta. Dos celadores los estaban esperando para hacerse cargo de Raquel. Dentro, Alfredo seguía insistiendo en mantenerla despierta, aunque a duras penas lo conseguía. Y Álex sufría una presión difícil de describir.

La expectación que se había formado alrededor de la ambulancia era la acostumbrada tanto para los celadores como para el equipo médico. Sin embargo, en los rostros de los familiares y amigos a la espera de noticias de los suyos se reflejaba una tensión que inducía a la preocupación.

En segundos, casi sin pensarlo, entre todos, técnicos y celadores, descargaron la camilla de Raquel y velozmente atravesaron la recepción de Urgencias hasta llegar al único de los *boxes* que quedaba libre en ese momento.

Un celador detuvo a Álex en su desenfrenada carrera por acompañar a su mujer.

—Lo siento. No puede entrar. Tiene que esperar fuera. Debe de dar sus datos en la ventanilla para registrarla —le dijo toscamente como un autómeta.

—Pero... si es mi mujer —justificó con una expresión desconcertante en su rostro.

—Lo siento, son las normas —replicó el celador.

Posada, decidió echar un vistazo a la primera planta. Tenía una extraña sensación que le hacía estar alerta. Por supuesto, se había planteado la posibilidad de que el accidente de Raquel no fuera más que eso: un accidente. Pero no perdía nada por echar un vistazo. Además, Alfredo aseguraba que se había caído por las escaleras. Y ella lo creía, por lo que no era una idea tan descabellada. Obedeciendo a su instinto, caminó hasta el fondo y subió pausadamente apoyándose en la barandilla. Parecía robusta pero se trataba de una escalera en curva y en voladizo. Y eso le provocaba cierta inestabilidad, sobre todo tratándose de un edificio en obras.

Al llegar al primer piso, se detuvo por unos instantes. Observó a ambos lados del pasillo. Allí confluían de nuevo las dos alas del edificio reproduciendo la disposición de la planta baja, por lo que esa extraña estructura no le permitía una visión completa; había muchos recovecos. Frente a las escaleras, había una balconada. Cruzó hacia ella con la curiosidad corriendo por sus venas; quería descubrir qué se observaba desde allí. La asombrosa visión del amplio salón ubicado en el *hall* de la entrada de la casona la deslumbró. Sobre todo imaginándose el esplendor de antaño en aquella estancia. Volviéndose de espaldas, escrutó lo que sus ojos veían con detenimiento. Desde su posición no se observaba nada en especial, así que decidió avanzar cautelosa. Escogió al azar el lado derecho. Avanzó sigilosa bordeando la balconada hasta alcanzar la estancia que le quedaba más cercana. Se trataba de una espaciosa habitación con mirador, formado por tres ventanas adosadas que bañaban de luz la estancia pese a la oscuridad del día. En uno de sus laterales había una chimenea de leña. En el otro un espléndido armario de madera de roble tallada, encastrado a la pared. Se acercó al mirador y descubrió que se trataba de una de las habitaciones que daba a la terraza, seguramente la principal. Desde allí, admiró la maravillosa vista al jardín, que aunque destartalado, tenía un encanto acogedor. Se volvió y entró en el baño. Allí tampoco encontró nada que le llamase la atención. Salió, cruzó el pasillo y se dirigió justo a la que estaba enfrente. Nada más asomarse vio el charco de sangre que provenía del baño en el lado izquierdo de la habitación. Se acercó hasta visualizarlo por completo. Recorrió con la vista el cuerpo del hombre que estaba inerte en el suelo. Pudo observar, que la sangre provenía de la cabeza y le cubría parte de la cara, bajaba por el cuello y se extendía por la cazadora *beige* de paño que

llevaba puesta. Tenía la cabeza ladeada hacia la derecha, por lo que la sangre había caído por ese lado hasta formar un ingente charco reseco en el suelo. Había perdido mucha sangre. Se acercó con cautela y se agachó hasta quedar muy próxima al cuerpo. Le buscó el pulso en el cuello posando los dedos índice y anular, anhelando un pequeño soplo de existencia. Tristemente, solo pudo cerciorarse de la evidencia que sus ojos le mostraban. Estaba muerto.

Algo desanimada pensó en el hombre que se había encontrado. ¿Quién será este pobre hombre? ¿Será el tal Miguel que mencionó Juan el pintor? ¡Juan! Estaba ciertamente nervioso y en ese momento ella pensó que se debía a la ingrata experiencia que acababa de vivir al encontrarse con la propietaria inconsciente. Es más, pensó que era uno de esos hombres con poco o ningún espíritu. Pero... ¿y si su nerviosismo se justificaba porque él era el presunto homicida de Miguel? Esa era la primera cuestión a resolver, pero antes debía informar al cuartel.

1922

No tardó en encontrarla. Caminando por la zona de servicio, escuchó su desconsuelo a través de una puerta. Decidido, la abrió. Su alma experimentó el dolor al observar la tristeza y aflicción en unos ojos tan bellos como los de ella. Estaba llorando desconsolada, acurrucada en una esquina del cuarto de planchar, con la cara anegada en lágrimas. D^ª. Manuela, a pesar de las indicaciones de Enrique, había reprendido severamente a Elena, hasta el punto de hacerla llorar; ella no había podido reprimir el llanto en su presencia. Avergonzada huyó hasta encontrar un refugio en el que desahogarse oculta de los demás.

—¿Le importa que pase? —preguntó cauto.

Ella sorprendida de nuevo y acobardada ante su presencia, se incorporó rauda negando con la cabeza. Él se acercó a ella mirándola a los ojos. Con suma delicadeza enjugó sus lágrimas pasándole el pulgar, tierna y suavemente por la mejilla. Se la quedó mirando con la mano aún en su cara, disfrutando de su belleza. Y sin planearlo pero obedeciendo a un impulso surgido de lo más profundo de su ser, acogió el rostro entre sus manos y la besó con tal pasión que ella fue incapaz de renunciar a ese momento. Ella se dejó llevar por su corazón a pesar de que sabía que no debía hacerlo. Se fundieron en uno solo con tal ardor que por sus cuerpos corrió una descarga de deseo que los estremeció. Pero en las miradas, con el corazón aún desbocado, reconocieron un amor inalcanzable. Ella, desconcertada por lo que acababa de ocurrir, se soltó despavorida y corrió hacia la puerta alejándose de lo imposible. Él no pudo más que reposar su cuerpo contra la pared mientras la veía marcharse. Con el corazón golpeando desbordado contra su pecho, se preguntaba si su sueño se habría hecho realidad. Deseaba que así fuera, pues la amaba tan profundamente...

Álex se detuvo a observar por escasos segundos. El revuelo del personal del hospital fácilmente reconocible por sus atuendos blancos o verdes era desolador. La imagen de un sinfín de gentío con los rostros afligidos, arruinó aún más el menguado ánimo de Álex.

Siguió las indicaciones del celador. Se aproximó sin fuerzas, desconcertado, a la ventanilla que exhibía el cartel de ingresos. La auxiliar que la atendía había sido testigo de todo lo ocurrido. Era una chica madura con muchos años de experiencia en ese puesto. El tiempo vivido en aquel hospital había endurecido su corazón lo suficiente como para no verse afectada por dramatismos de esa índole. Sin embargo, por algún motivo incomprensible para ella, decidió facilitar a Álex cuánto pudo.

—¿Me deja la tarjeta de la Seguridad Social de su mujer? —le dijo, evitándole la explicación.

—Lo siento. No la tengo —contestó con un hilo de voz.

Había sido todo tan precipitado que solo recordaba fragmentos de lo sucedido una hora atrás. Y dónde estaba el bolso de Raquel era una de las cuestiones que ignoraba. Se habrá quedado en el hotel, conjeturó. O puede ser que la Policía o la Guardia Civil se hubieran hecho cargo de él. En realidad, le daba igual. Rehusó pensar en ese tema. Borró esa cuestión de su cabeza confiando en que no tuviera que arrepentirse. En esos momentos lo único que le preocupaba era Raquel. Ni las tarjetas de crédito ni el dinero ni nada que no fuese Raquel.

—No se preocupe. Intentaré acceder a sus datos. Con un poco de suerte, no será necesaria. ¿Cómo se llama?

—Raquel Castro Fernández.

La auxiliar tecleo la información. Durante unos segundos manipuló el ratón hasta llegar a la pantalla que necesitaba.

—Aquí está —confirmó casi con una sonrisa.

Álex resopló aliviado. La auxiliar confirmó los datos con él y los modificó con los de su nueva residencia. Parecía grotesco, pero para Álex aquello supuso la confirmación inequívoca del cambio de vida tan brutal que había experimentado en pocos meses. Por un momento añoró, Oviedo, la ciudad, la familia, el trabajo, los amigos... Su ánimo decayó unos peldaños más. Aunque a Raquel parecía sentarle bien el cambio él, sin embargo, no estaba del todo adaptado.

—Puede sentarse en la sala de espera —le señaló la auxiliar con un movimiento de cabeza—. En cuanto sepan algo le avisarán —le dijo tan alentadoramente como su curtido corazón le permitió.

—Bien. Gracias —atinó a decir desmoronado.

Entró en la sala y se sentó en uno de los fríos e incómodos asientos de plástico tan característicos de los hospitales. Cubrió su cara con las manos en un intento por ignorar y que le ignorasen. Solo podía pensar en Raquel y en su aflicción. Si le pasaba algo cómo lo iba superar... Qué sería de él sin ella...

Guzmán continuaba inspeccionando los amplios jardines de la casona, pero en cuanto Posada se comunicó con él ordenándole que acudiera a la entrada principal, dio media vuelta y regresó de inmediato. La divisó cuando ya estaba dirigiéndose hacia el todoterreno.

—Posada. ¿Qué pasa? —le preguntó de lejos desconcertado. Ella le relató lo que había descubierto—. ¿Estás segura de lo que estás diciendo? —inquirió totalmente trastornado.

—Sí Guzmán. Estoy segura. Muy segura. Puedes subir si quieres —dijo con una mirada desafiante. Estaba convencida de que no iba a hacerlo, pero erró en su deducción. Su asombro fue indescriptible cuando él se encaminó escaleras arriba como si lo llevara el diablo. Ella lo siguió de cerca atónita.

Al llegar a la habitación, Guzmán se detuvo. Tenía que hacerlo. Tenía que verlo con sus propios ojos. No podía dar marcha atrás. Tenía claro que era lo más difícil a lo que se había enfrentado en toda la vida y posiblemente en lo que le restaba de ella. Pero tenía que hacerlo. Apoyó sus manos en el marco de la puerta para buscar una sujeción. O quizá para utilizarlo a modo de descarga de la adrenalina que fluctuaba por su cuerpo. Se asomó lentamente y en cuanto vio el rostro de la víctima, no lo soportó más. Se precipitó escaleras abajo hasta alcanzar un lateral del jardín donde expulsó todo lo que tenía en el estómago.

Posada lo siguió movida por el recuerdo de su primera vez. Rememoraba pocos momentos tan vergonzosos. Aunque bien es cierto que, en aquel caso, su reacción estaba muy justificada. En su primer destino tuvo que presenciar el levantamiento de un cadáver de una mujer que había sido mutilada por su pareja. Las náuseas regresaron por un momento junto aquel recuerdo, pero se contuvo tragando repetidamente. Alguno de los dos debía mantener el tipo y le correspondía a ella. Durante un buen rato se mantuvo cerca de su compañero. Observó los estragos que en él estaba haciendo la desagradable visión de la sangre enquistada en el cadáver de aquel hombre. Todo su cuerpo convulsionaba. Lograba mantener la decencia a duras penas, con ambas manos apoyadas en la pared y los pies lo suficientemente separados el uno del otro para no salpicarse. Esperó con él unos minutos más hasta que se fue tranquilizando. Entre ellos, las palabras eran innecesarias. Se entendían sin necesidad de explicaciones. Finalmente, lo dejó apoyado en una de las paredes de la casa, desvaído, ausente, para acercarse al todoterreno y alertar al cuartel del desgraciado suceso. Era inaudito. Nunca en la historia de Llanes, esa tranquila y hermosa villa, había ocurrido nada similar. Con la espalda pegada a la pared, Guzmán se dejó arrastrar hasta quedar en cuclillas. Reclinó la cabeza hasta posar la frente en los brazos que tenía cruzados sobre las rodillas. Se encontraba mareado. Todo le daba vueltas.

Posada cogió el móvil y, pese a que lo tenía guardado en contactos, marcó de memoria el teléfono del cuartel. San Román descolgó el teléfono.

—¿Un muerto? —le dijo su compañera turbada.

—Sí. No hay duda. Le he tomado el pulso y está muerto —confirmó.

—¡Dios mío! —contestó despavorida—. Pues... llamaremos a la juez —consiguió decir—. Enseguida estamos ahí —le aclaró como si ella fuera a presentarse aunque ambas sabían que si había alguien que no se movía del cuartel, esa era ella—.

Se lo comunicaré al capitán —confirmó.

Ella, entre tanto, rodeó el todoterreno. Abrió el maletero y se hizo con una de las bobinas de cinta blanca con rayas verdes que rezaba «Guardia Civil. No pasar» para acordonar la zona. Recordó con añoranza su primer destino. Estaba a gusto en la comandancia de Oviedo. Su solicitud no tenía nada que ver con que le asustara el trabajo. Pidió el traslado a Llanes para estar más tiempo con Carlos y enderezar su tocada relación. Él no podía; su trabajo en la asesoría de la familia se lo impedía. Algún día él heredaría la empresa y, según sus palabras, no podía arriesgarse y echar a perder un negocio que, por ahora, estaba resultando fructífero. Lo que implicaba que el esfuerzo le correspondía a ella. Pero ahora le remordía la conciencia por haber antepuesto su vida personal a su carrera profesional. Se descubrió dudando por primera vez sobre su decisión: dejarlo todo para vivir con Carlos quizá no había sido la decisión más acertada...

—Posada —llamó Guzmán sobresaltándola— me encargo yo —dijo abatido señalando la cinta.

Ella lo miró a los ojos indecisa. Su tono de voz, sus ojos, la palidez extrema en su habitual rostro bronceado..., todo parecía indicar que estaba más afectado de lo usual, pero estaba hablando de Guzmán, y él era como era.

—Bien, gracias. Iré arriba a echar un vistazo —explicó segura de que era innecesaria tal explicación—. ¿Estás bien?

Tenía la convicción de que Guzmán no estaba bien. Su rostro y su expresión se lo decían. Pero por otra parte, estaba segura de que le vendría bien hacer el esfuerzo que se proponía por actuar con normalidad.

—Sí, sí, no te preocupes —mintió sin el ánimo necesario para persuadir a su compañera.

Ella se dio media vuelta para extraer del maletero el equipamiento necesario para la recogida de pruebas. Involuntariamente, echó de menos a su jefe dándole órdenes. Estaba algo insegura y alterada, pues era la primera vez que encaraba la responsabilidad en un caso de homicidio. Pero, por otro lado, de nada servía agobiarse. Él estaba de baja y ella era la responsable en ese momento. Algo más animada se preparó y se encaminó al edificio.

Una ráfaga de viento se coló por el hueco que quedaba entre su estilizado cuello y la parka provocándole un escalofrío. Aunque en el interior del hotel hacía frío, era preferible al desagradable viento racheado del exterior. Encogiéndose de hombros, aceleró el paso.

En su cabeza había saltado un resorte, como un *click* que la predisponía a observar muy detenidamente todo cuánto envolvía la escena del crimen. Había regresado tiempo atrás, al momento en que se había estrenado en la escena del delito y su superior la instruía. Subió lentamente por la escalinata de la entrada principal. Por desgracia, ante el desconocimiento de lo que había ocurrido, no se había preservado la planta baja y por aquel lugar había circulado un sinfín de gente sin

precaución de ningún tipo. La zona estaba totalmente contaminada, se lamentó, así que desistió de comenzar por allí. Continuó por las escaleras interiores hasta llegar a la entrada de la habitación. Allí se detuvo. Ágilmente se agachó para observar más de cerca las múltiples pisadas del suelo. Algo llamó su atención unos centímetros más allá, ya dentro de la habitación. No se distinguía fácilmente, pero sus ojos o su cerebro querían ver dos pequeñas líneas serpenteantes que discurrían paralelas de no más de cinco centímetros. Se orientaban hacia el baño. Sacó un billete de diez euros de su cartera y lo colocó al lado de una de las huellas. Palpando en el bolsillo izquierdo de su parka, buscó la pequeña pero precisa cámara de fotos que había tenido la precaución de coger del todoterreno. Las fotografió con el billete al lado. Avanzó con sumo cuidado. Más adelante, advirtió que una de ellas parecía continuar ya muy próxima al cadáver. Una fugaz idea pasó por su cabeza. Dio un paso atrás hasta alcanzar las primeras huellas que había visualizado. Cogió su móvil. Pulsó la aplicación de la cámara, la cambió a modo vídeo y grabó la distancia entre ambas.

Entró en el baño y se detuvo observándolo impasible, pues su mente había descartado el sentimentalismo para centrarse en lo que era su objetivo: detectar cualquier indicio que pudiera desvelar la autoría del crimen.

Organizó mentalmente el proceso a seguir. Cerró los ojos para agudizar su poder de observación. Con la mente recorrió la escena palmo a palmo. Aparentemente no se veía el arma del crimen, pero excusa decir que hasta un inexperto podía afirmar que había sido golpeado en la cabeza con un objeto pesado. A tenor de la cantidad de sangre acumulada en la parte posterior derecha del cráneo, había sido atacado por detrás y, por supuesto, por un diestro. El cuerpo estaba apoyado contra la pared, por lo que había sido asesinado en otro lugar. De alguna manera, pensó, lo atrajo hasta la habitación o ya estaba en ella y escondido en el baño lo sorprendió y le asestó un golpe mortal con algún objeto contundente. En su desvanecimiento lo agarró por detrás y lo arrastró hasta el baño, dejándolo oculto. Posiblemente para ganar tiempo.

A los lados del cuerpo se observaban múltiples pisadas. La dificultad radicaba precisamente ahí. El polvo de la obra se acumulaba por todas partes y las pisadas podían pertenecer a cualquiera de los obreros, de los instaladores o de los empleados de las empresas que hubiesen vendido algún material para la obra. Entre ellas, por supuesto, estaban las del presunto homicida. Sería prácticamente imposible analizar todas y cada una de ellas e investigar a cada uno de los que por allí habían pasado. Es decir, a su entender, una aguja en un pajar. Abrió los ojos, cogió la cámara y se quedó mirando a través del visor. Sacó fotografías y vídeos para preservar imágenes de la escena del crimen. Cuando finalizó, desde la puerta del baño observó detenidamente la improvisada mesa de trabajo. Se acercó a ella. Un plano de tamaño A1 desplegado en toda su extensión, sobrevolaba por encima de la mesa ocupando prácticamente toda la superficie. Entendía muy poco de planos, pero a la vista de la reseña impresa en el encabezado izquierdo, ese correspondía a la planta primera. Justo en la que estaba. Le llamó la atención la evidencia de que una de las habitaciones estaba

rodeada con un rotulador de color rojo. Probablemente se trataba de la habitación en la que estaba. Suponía que, con tiempo, no sería difícil adivinarlo, pero ahora no disponía de ese tiempo. Y el hecho de que una habitación estuviese destacada lo convertía en suficientemente atractivo como para dedicarle un esfuerzo.

Su intuición la empujó a fotografiarlo, pese a las dificultades añadidas por captar algo tan grande con algo tan pequeño. Le llevó un buen rato sacar fotos parciales para que recogiesen los detalles suficientemente amplios y que compusieran el total del plano. Luego, lo dobló intentando seguir los pliegues ya hechos y lo introdujo en una de las bolsas de recogida de pruebas. Seguidamente, sacó fotos de cada una de las herramientas que inicialmente estaban ocultas bajo el plano y que ahora quedaban a la vista. Todas ellas eran de escaso tamaño, salvo un consistente martillo. Ese podía ser el arma del crimen, pensó. Guardó cuidadosamente cada una de ellas en una bolsa para enviarlas al laboratorio.

Recorrió el resto de la estancia, pero salvo la ingente cantidad de pisadas que el polvo permitía ver a simple vista, no encontró nada más.

Lo mismo ocurría con las ventanas. Allí las huellas se multiplicaban por doquier, por lo que tampoco serían útiles. Dio por finalizada la concienzuda inspección de aquella habitación para continuar con el resto del edificio, pero antes, bajó hasta el todoterreno para guardar las pruebas que había recogido.

De nuevo en el interior del edificio, en la primera planta, inspeccionó cada una de las habitaciones. Eran todas muy espaciosas, tanto que cada una podría disponer de una pequeña zona de estar. En total había ocho. Todas ellas con chimenea y un armario gemelo al de la habitación principal. Cuando finalizó, subió a la segunda planta. Allí las habitaciones eran bastante más pequeñas. Ocupaban la cuarta parte de la planta y era evidente que en el edificio original aquellas habitaciones no existían como tal. Continuó por las escaleras que daban a la torre, ubicada en el ángulo posterior del edificio. Por una de sus cuatro ventanas, se podía observar que, la torre, estaba enmarcada en otro cuadrado atechado y abierto por completo al exterior como si se tratase de un cenador u observatorio; a su alrededor nada se le imponía. La torre daba a una inmensa terraza que ocupaba la totalidad de la planta del edificio, salvo el espacio que ocupaban los abuhardillados de las nuevas habitaciones. Se asomó a través de todas las ventanas, sin detectar nada que llamase su atención.

Posada, quedó impresionada por las amplias dimensiones interiores. Eran previsibles dada su envergadura, pero también difícil de imaginar si no se recorrían al completo. No encontró nada fuera de lo común, aunque era lo esperado, pues había mediado demasiado tiempo entre el aviso y su inspección. Si en algún momento había alguien más en el hotel, aparte de la chica y el muerto, había tenido tiempo más que suficiente para escapar. Desde esa perspectiva no empezaban bien las cosas...

De pronto, oyó el ruido de un motor que le sonó familiar. Seguramente eran sus compañeros, conjeturó. Rauda, bajó las escaleras y se allegó a la entrada principal; quería tener controlada la situación, entre otras cosas, temía que Guzmán no estuviese

recuperado aún y quedase en evidencia ante los demás. Se sentía en la obligación de encubrirlo.

Juan estaba alterado. La ansiedad lo seguía acompañando. Acelerado, guardó en el garaje la furgoneta con movimientos imprecisos y salió corriendo calle arriba hasta alcanzar el edificio donde vivía. Ya en el portal, abrió tembloroso la puerta y subió de tres en tres los peldaños de las escaleras hasta desembocar en el descansillo de su piso. Con el manajo de llaves en su temblorosa mano, giró el cerrojo. Abrió la puerta y entró torpemente en la sobria vivienda. Se dirigió al salón sofocado pese al espantoso frío que había pasado en el hotel. Sacó bruscamente el dinero del pantalón como si le quemase, lo colocó sobre la mesa y se quedó mirándolo absorto. Al cabo de unos minutos, se dispuso a contarlo. Tuvo que repetir la operación en varias ocasiones. Quizá porque estaba desconcentrado imaginándose el reencuentro con sus hijos. Tres meses era mucho tiempo. Y más para él, que si había aguantado los desplantes de su ex durante años era por ellos, recordó con desprecio. Pero al final el recuento daba lo que daba: justo la mitad de lo pactado. No le importaba: era suficiente para saldar la deuda con su ex y recuperar el régimen de visitas.

Miró su deteriorado reloj digital. Hacía ya cinco años que sus hijos se lo habían regalado por el día del padre. Le tenía mucho cariño y, aunque estaba descolorido, no le importaba. Llegó la hora, pensó. Y con más determinación de la que había tenido en los últimos tiempos, se levantó para acudir a su cita.

1922

Enrique soñaba con volver a encontrarse a solas con ella. Nunca había besado a una chica y lo que menos sospechaba era la tensión que provocaba el simple roce con sus delicados labios. Enloquecía solo de pensar en sentir aquello que había alterado de tal manera su cuerpo. Quería tenerla en sus brazos y besarla hasta la extenuación. Hasta entonces, desconocía que se pudiera percibir algo tan intenso y ahora no concebía nada más placentero para un hombre que lo que había experimentado en aquel instante. Su problema residía en que, había descubierto lo que era el deseo y no quería renunciar a él. Sintiendo lo que sentía por Elena, le era imposible imaginarse en brazos de otra mujer. Y la insistencia de su padre porque eligiera alguna de las damas que le presentaban para cortejarla, era acuciante.

Con el paso de los días su avidez por ella se acrecentó. Había pasado casi un mes desde su fortuito encuentro y estaba enloqueciendo. Los días se le hacían eternos. La veía, la tenía al alcance de su mano y, sin embargo, no la podía tocar. La desazón que le oprimía era insoportable. Su cabeza bullía pensando en como reunirse con Elena. D. Enrique y D^a. Mercedes no habían vuelto a marcharse y eso le impedía disfrutar de la libertad necesaria para atreverse a quedar con ella. Debía ser cauto, pues temía la reacción de su padre si se enteraba. Era muy estricto y, si descubría lo que sentía por Elena, haría lo que fuera con tal de impedir la deshonra que suponía que un hijo suyo, un Valverde, amase a una simple sirvienta. Y para añadirle más dificultades, ella nunca se encontraba sola, casi siempre estaba acompañada de la otra doncella, Flor, con lo que las posibilidades de verse con ella a solas sin que nadie los viese, eran reducidas. Tendría que pensar en algo...

El primero en encaminar la reducida expedición, para asombro de Posada, era el capitán Vicente Naves. No era habitual en él acudir al lugar de los hechos, pero este era un caso insólito en Llanes. Y además estaba muy preocupado. Tenía la seguridad de que a Posada, como responsable en funciones, le venía grande el puesto, por lo que en lugar de quitarle un problema de encima, tenía otro por añadidura. Lo que más lamentaba Naves era que aquel desgraciado suceso hubiese ocurrido precisamente en

el momento en que su Jefe de la Policía Judicial, Emilio García, estaba de baja. Y según el parte médico, iba para largo. Su gran amigo y mano derecha, al que siempre acudía cuando su autoestima rozaba el suelo, estaba fuera de servicio... Justo en el momento en que más lo necesitaba. La rabia se imponía en él sin que pudiera evitarlo.

—Mi capitán —saludó Posada.

El capitán Naves era uno de esos hombretones alto y grueso. Él insistía en considerarse fuerte, pero exageraba. Las extremidades eran eternas. Y los dedos y las manos tan grandes que, con una de ellas, podía sostener un balón sin necesidad de utilizar la otra mano. La expresión seria de su rostro permanecía inalterada incluso cuando, en alguna ocasión, soltaba algún chiste, habitualmente sin gracia. Era capaz de que la risa saliera de la garganta sin que los ojos ni la boca gesticularan. Tenía la nariz bastante prominente, pero encajaba perfectamente en el rostro a tenor de su colosal cabeza. Incluso se podría decir que aparentaba moderada. Los labios describían una línea fina casi imperceptible y los ojos eran de lo más común, salvo por esa expresión vacía persistente en su rostro. Hacía tiempo que había escogido Llanes para ocupar su puesto de capitán por la seguridad y tranquilidad de sus gentes. Y este súbito contratiempo le molestaba en demasía, agravando su habitual mal humor. Y más sin García a su lado para asesorarlo, que era en verdad quién dirigía el cuartel en la sombra.

—¿Qué cojones es eso de que hay un muerto? —bramó como enfadado con Posada por atreverse a insinuar tal circunstancia.

—Mi capitán, yo tampoco daba crédito a lo que estaba viendo, pero es así.

—¡Joder! ¿Sabe lo que eso significa?

Posada no contestó. Conocía lo suficiente al capitán como para adivinar sus pensamientos. Y más en aquella situación. Además no estaba segura de que él esperase una respuesta. Y, por supuesto, no la esperaba. Su relación era bastante fría y distante, pese a que en las dos últimas semanas habían intercambiado más impresiones debido a la responsabilidad que ella había asumido recientemente.

—Cuénteme con detalle lo que sepa —ordenó malhumorado y con los brazos cruzados impaciente por acabar cuánto antes con aquella pesadilla.

Mientras Posada lo ponía al día de los acontecimientos, Naves manoseaba monótonamente su ensortijado y poblado aunque corto cabello. Siempre lo hacía cuando algo le preocupaba y este era un tema alarmante. En cuánto el suceso trascendiese a los medios, tendría que enfrentarse a una situación que descompensaría su frágil equilibrio interior. Le disgustaba verse en boca de todos o criticado por sus decisiones y barruntaba que eso era exactamente lo que iba a ocurrir. De sus entrañas, resurgiría el miedo al fracaso... De eso estaba seguro.

—¿Se sabe quién es la víctima? —quiso saber.

—Es posible que sea Miguel, el contratista de la obra. Según la declaración de Juan, el que dio el aviso, la propietaria y él se habían citado esta mañana. A la

propietaria se la llevaron hace casi una hora al hospital —aclaró Posada.

—Bien, entremos a echar un vistazo —ordenó ansioso, dando paso a Julia con la cabeza.

El reducido grupo encabezado por Posada y seguido por Naves, López (que había llegado con el capitán) y Guzmán, entraron en el silencioso edificio. Únicamente se escuchaban las pisadas de sus fornidas botas enfundadas en los calzos de plástico. Subieron las escaleras y atravesaron el escaso pasillo que distaba hasta la habitación, siguiendo a Posada. Ella se detuvo en el umbral.

Mientras subían por las escaleras, el capitán imaginó lo que su buen amigo García haría si él estuviera al mando.

—Recordad no contaminar la zona ni destruir pruebas. Poneos los guantes y abrid bien los ojos. No quiero problemas, ¿entendido? —gritó como si los que tuvieran que oírle estuvieran al otro extremo de la casa. Sus palabras rebotaron en las paredes por la ausencia de muebles, volviéndolo todo más rudo. Su mal humor envolvía toda la estancia. Nadie contestó. Se daba por hecho que todos lo habían captado.

Posada se hizo a un lado. El capitán entró en la habitación y los demás lo siguieron en silencio.

—¡Joder! —dijo el capitán dándose media vuelta por la ingrata imagen que se desvelaba.

—Es Miguel, el albañil —sentenció López nada más entrar y ver el cuerpo—. Miguel Rodríguez. Mi mujer conoce a la suya. Vive en *Las Malvinas*. Tiene una empresa de construcción con otro socio... Manolo creo que se llama.

Naves lo miró con expresión de sorpresa. Pero en seguida reaccionó.

—Bien. Echad un vistazo a ver que encontráis. Aunque la juez y la forense ya están avisadas, tardarán en llegar. Vamos a ir adelantando trabajo. Las primeras cuarenta y ocho horas son cruciales para resolver un crimen —aclaró pretendiendo sorprenderlos sin conseguirlo—. Posada, usted encárguese de esta planta y de la de arriba. López, Guzmán, a la de abajo. La furgoneta también es cosa vuestra.

—Señor, ya he realizado la inspección en la habitación y recogido pruebas —reseñó Posada tímidamente.

—¿Me quiere decir con eso que cuatro pares de ojos ven menos que uno? ¿Es eso lo que me quiere decir? —bramó.

—No señor. Por supuesto que no.

—Pues entonces quiero que revisen el hotel de arriba abajo como si esta fuera la primera vez. ¡Y sobre todo esta habitación! ¿Queda claro? —vociferó.

—Sí señor, por supuesto —respondió Posada.

—¡Hostia! Movimiento señores, que no hay tiempo que perder —comentó ante la parálisis general.

El cabo Pepe López era un hombre con buen cuerpo y no mucha talla. Llevaba el pelo cortado al uno con las patillas muy recortadas y un afeitado impecable, aún así mostraba una tupida sombra negra. Los ojos de color marrón oscuro, destilaban una

mirada de picardía poco espontánea; la había ensayado miles de veces ante el espejo hasta dar con ella, pero sólo la dejaba ver cuando se separaba de sus gafas estilo aviador con cristales de espejo que le daba el aire justo de chulería que a él le gustaba. Acorde a todo él, poseía unos andares rítmicos y acompasados. Se integraba en lo que consideraba la imagen perfecta de un Guardia Civil. Estaba orgulloso de serlo. Solamente tenía un defecto: desdeñaba aquellos casos que consideraba chorradas de poca monta. Se había preparado para ser Guardia Civil y actuar como tal. No para dedicarse a bajar gatitos de un árbol. Ese día estaba irritado y lo reflejaba en su rostro. Cuando Guzmán le comentó que se iba a ofrecer como compañero de la nueva, estaba eufórico. El azar se había puesto de su lado. Estaba a gusto con Guzmán, pero el cambio le colocaba como compañero del jefe. Y, por tanto, inevitablemente estaría involucrado en los casos más jugosos. Ahora, con él de baja, era el último mono del cuartel. ¡Hasta Guzmán se enteraba de todo antes que él! Y eso le molestaba más que nada. La envidia le corroía. Así que iba a obedecer las órdenes del capitán y fisgar todo lo que pudiese.

Por su parte, Guzmán estaba realizando verdaderos esfuerzos por superar la situación. No podía permitirse que los demás se dieran cuenta de lo afectado que estaba. Pero por más que lo intentaba, una fuerza sobrehumana se lo impedía. Todo le daba vueltas. Y de nuevo notaba la acidez a punto de explotar. Se obligó a salir airoso de la situación sugiriendo echar un vistazo al exterior. Al fin y al cabo, solo él y Posada sabían de lo recurrente de su propuesta. Y ella le cubriría.

—Bien. Así me gusta. Iniciativa, ¡joder! —respondió el capitán gratamente sorprendido.

López se quedó perplejo. No solía ser una actitud propia de Guzmán. Sin embargo, a Posada no le sorprendió en absoluto. Sabía lo que pasaba. Lo miró de reojo escrutando su estado con preocupación, llegando a la clara conclusión de que aún estaba bajo los efectos de la primera vez. La expresión del rostro se lo decía.

Agradeciendo la suerte que acababa de tener, se dirigió con falsa determinación hacia las escaleras. En cuánto desapareció de la vista de los demás, aceleró el paso en busca de una bocanada de aire fresco que le asentara la cabeza y el estómago. No estaba preparado para esto y nunca lo estaría, reflexionó cabizbajo. Un impulso le hizo llegar al exterior antes de que el vómito saliera insistente por la boca.

En su precipitada salida se topó de bruces con Merche García, la forense de Llanes. Ella presenció el espectáculo de principio a fin.

—Tranquilo —le dijo burlescamente—. ¿Es tu primera vez? —Guzmán la miró fríamente, pero obvió los comentarios.

La guardia San Román había contactado con la forense, Merche García, hacía menos de media hora. Y no teniendo cosa mejor que hacer, regresó de su paseo por los abruptos acantilados adyacentes a su casa, se quitó la ropa de montaña y se puso lo primero que alcanzó en el armario para allegarse a la dirección que la guardia le había dictado.

Merche García era una mujer siniestra a la que le gustaban más los muertos que los vivos. Era poco sociable y solo pensar en la inevitable relación con los pacientes escuchando sus dolencias, se le erizaba el vello. Le parecía un infierno. Sin embargo, le gustaba tanto la medicina, que en cuanto tomó la decisión hacía ya algo más de treinta años, resolvió que sería forense. Como los muertos no hablan, esa especialidad le pareció la opción perfecta.

Vivía en una pequeña pero hermosa casa alejada del pueblo, ubicada en la proximidad de un acantilado en Cue, al otro lado de Llanes, con la única compañía de un pastor alemán de pura raza. Rondaba los cincuenta años y su aspecto no era precisamente atractivo. Unas enormes y marcadas ojeras, adornaban a perpetuidad sus enormes ojos azules. Sus abundantes canas plateadas le añadían unos cuántos años más. Estaba algo gruesa y no se arreglaba nunca. Pero eso a ella poco le importaba. Su mundo era el de los muertos... y esos poco entendían de belleza y cuidados.

—¿Dónde está...? —comenzó a decir.

—En la primera planta —rugió Guzmán sin dejar que acabara de preguntar. Quería librarse de ella.

En cuánto se deshizo de la forense, buscó un rincón en el que esconderse. Necesitaba unos minutos para serenarse. Alejado de la casa, en su anterior incursión por motivos similares, había divisado al fondo del jardín, un seto que sería perfecto para ocultarse mientras se tranquilizaba. Se dirigió presuroso hacia allí.

Al rebasarlo, se sobresaltó. Inesperadamente se topó con una caseta de madera magistralmente camuflada tras el seto. Se apoyó en una de sus paredes sintiendo la humedad que emanaba de la rancia madera con la que estaba fabricada, y que denotaba el paso de más inviernos de los que se pudieran contar. Volvió a meditar sobre su terrible realidad: ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a ocultar su secreto? Sus compañeros se enterarían de su verdad más íntima y después ¿qué?, ¿qué sería de él?

Afligido se derrumbó pensando en ese maldito domingo en que su existencia había cambiado de por vida.

1922

Por fin llegó ese momento tan deseado. Sus padres habían fijado la fecha de la fiesta estival que celebraban todos los años para mediados de julio. Estaban invitadas cerca de un centenar de personas, entre las que se encontraban las más poderosas y representativas de la sociedad llanisca. Un número bastante nutrido estaba formado por familias de indianos que al igual que ellos habían emigrado en su momento a México, labrando verdaderas fortunas. Sin embargo, D. Enrique, estaba más interesado en un reducido grupo de poderosos linajes locales. En especial en los Sobrino, con los que ante la indecisión de su hijo Enrique, esperaba acordar un matrimonio de conveniencia con la mayor de sus hijas, Leonor. En cuánto confirmaron su asistencia, D. Enrique y D^a. Mercedes, se reunieron con sus dos hijos, para explicarles sus intenciones. Mientras sus padres se recreaban en los detalles, Enrique estaba radiante y dichoso, pero por otro motivo muy diferente... No le interesaba gran cosa lo que ellos querían contarle, ni por supuesto, compartía su entusiasmo por la conveniencia de su matrimonio. Estaba alborozado porque en su cabeza estaba fraguando un plan para verse con Elena. Y en su corazón sentía que resultaría. Entre el revuelo de gente, nadie se daría cuenta si, mientras servía el cóctel de bienvenida, le entregaba una nota. En ella le propondría citarse a escondidas. Estaba seguro de que aceptaría, porque después de analizar mil veces el fugaz beso que se dieron, estaba convencido de que ella le había correspondido y aunque en sus ojos leyó una relación imposible, eso no lo iba a echar para atrás. Ella le había besado y abrazado tan ardentemente como él a ella. Como buen hijo, aceptaría todo lo que sus padres designaran para él en la fiesta, pero después, tendría a Elena, su gran amor, en sus brazos. Por fin, en pocos días, podría verse con ella... Solo de pensarlo, su corazón se había desbocado. A Enrique, el tiempo hasta ese día se le antojaba una eternidad...

A las doce en punto del mediodía Juan salió de su casa para acudir a la cita que tenía con su exmujer en la Basílica de Llanes. Contaba con aproximadamente diez minutos para llegar hasta allí. Esperaba que, en otros cinco, pudiese por fin abrazar a su hijita. Seguro que estaba preciosa. Apostaba a que, durante esos meses, habría pegado un buen estirón, se decía alegremente.

Caminó veloz por entre las calles de la villa con el alma en vilo por la excitación del momento. Consigo llevaba el dinero que había guardado cuidadosamente en un sobre de los que le llegaban del banco. Para que no se desparramara, lo había atado con una goma, pues los meses de retraso habían hecho que se acumulara una buena suma. Deseaba tanto que las cosas volvieran a la normalidad, que todo cuánto había hecho le parecía bien empleado. El amor por los suyos era más fuerte que los

remordimientos.

Al llegar, se encontró con unos pocos parroquianos arremolinados en el exterior, aguardando a que finalizase la misa. Sólo esperaba que, por una vez, don Celestino no se enrollase y acabase a tiempo. No podría soportar mucho más.

El desapacible viento que soplaba gélido no importunó a Juan. Sus sentidos estaban insensibles reservándose para el ansiado momento del reencuentro.

Los golpeteos desaforados contra su pecho se iniciaron en cuánto comenzó a salir el gentío. Escudriñando en la oleada de rostros buscó a su ex. No porque tuviera ganas de verla, sino porque la vería antes. Y una vez localizada, vería a la niña. Al momento, una melena rubia artificial ondeó destacando del resto de los feligreses. Una mueca de desagrado asomó a su rostro al confirmar que iba acompañada de un hombre: el pintoresco Sergio Busta. Lo conocía. Era el propietario de una tienda de baratijas, al que le había tocado la lotería. Últimamente exhibía su dinero con trajes horteras irracionalmente costosos y grotescas joyas poco apropiadas para un hombre. Pero... ¡La niña!, ¡su hija!, ¡Silvia!, ¡iba de su mano!, reprobó enrabiado. La imagen le abrasó la carne encolerizándolo. Al ver a su padre, Silvia se deshizo de la enjoyada mano que la cogía y corrió en su busca.

—¡Papá!, ¡papá! —llamaba incansable.

—¡Cariño! —surgió de su desgarrada garganta por la presión de la rabia.

Ambos se abrazaron vivamente haciendo único ese momento. Olvidó la ira hasta hacerla desaparecer aplacada por la ternura de su hija.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó sensiblemente emocionado.

—Muy bien papá, ¡no sabes las ganas que tenía de verte!

Esas palabras bastaron para reafirmarse en que por ella sería capaz de abrazar al mismísimo Satanás, se dijo estrechándose más a ella.

—¿Te gusta mi vestido nuevo? Me lo ha comprado el novio de mamá. Me dijo que me iba a comprar todos los que quisiera —le explicó mientras se desabrochaba el abrigo orgullosa de lo bonita que se veía.

Un profundo dolor le perforó el pecho como si le clavaran un cuchillo incandescente. ¡Ese impresentable pretendía ocupar su lugar! ¡Quería comprar a su preciosa hijita!

Entretanto, su exmujer, acompañada de aquel infeliz, se situó a su vera con aires de grandeza.

—Silvia vete a jugar. Celia te está esperando —mintió su madre señalando hacia el otro extremo de la plaza con el ánimo de alejarla de allí.

—¡Genial! Luego te veo papito —le dijo sin sospechar que no lo volvería a ver más ese día.

Ambos esperaron prudentemente a que Silvia se alejara para evitar que los oyera. Era el único acuerdo que habían alcanzado. Mientras ella se distanciaba, Juan había tenido tiempo suficiente para retroalimentarse con su ira.

—¿Tienes mi dinero? —preguntó su exmujer despectiva cuando consideró que la distancia era suficiente.

—No. Tu dinero, no. Tengo el dinero de mis hijos —contestó furioso con el odio marcado en su mirada.

—Llámallo como quieras. ¿Lo tienes o no?

Él metió la mano en el bolsillo del plumífero, extrajo el sobre y se lo tendió desganado ante la mirada insulsa del acompañante.

—Espero que esté todo y que no se repita más —apuntó desdeñosa—. Adiós, dijo dándose media vuelta.

—¿Cuándo voy a ver a mis hijos?

—Ya los has visto, ¿no? A Silvia acabas de verla. Y a Lalo lo has visto en el instituto la semana pasada ¿o no? —señaló desafiante elevando las cejas.

Era verdad. El miércoles pasado se había acercado a escondidas a verlo. Sabía que en el descanso de la mañana podía salir del instituto. Esperanzado, se hizo el contradizo en uno de los bares a los que solían ir los de su edad. Pero... Él le juró que guardaría el secreto. Y le creía. ¿Cómo se había enterado?

—Sabes perfectamente que tengo derecho a dos fines de semana al mes —alegó abatido.

—Ya hablaremos... Vamos —ordenó a su acompañante. Y con las mismas tiró de él. Recogió a la niña y se alejó con paso firme.

De nuevo la cobardía lo había vuelto a dominar. No había sabido reaccionar. Tenía que haberse impuesto a su exmujer y obligarla a cumplir con el régimen de visitas dictaminadas por el juez. Pero él era débil y cobarde. Las lágrimas afloraron por la furia que crecía devorándolo.

La espesa lluvia disipó al gentío en un instante. Él quedó tan solo como se sentía. Empapado. Con las gotas de lluvia entremezclándose con sus lágrimas permaneció inmóvil durante un tiempo difícil de determinar. Entretanto, se lamentaba de su suerte. Todo lo que había hecho por recuperar a sus hijos había sido en vano. La ira le abrasaba el alma.

No podía permitir que todo saliera a la luz y menos en ese momento, se repetía Guzmán algo más calmado. Tenía que apañárselas para ocultar su secreto. Abatido, desconocía hasta cuándo podría esconderlo. Inhaló y exhaló repetidas veces. Quería tranquilizarse. Tenía que tranquilizarse. Contaba con el favor de Posada, y el recuerdo le alentó. Ahora era el momento de estar lo más sereno posible. Y más aún, aparentarlo. Debía de mantenerse frío y no levantar sospechas. Con las mismas se dispuso a finalizar la inspección, estimulado porque su espontánea propuesta diera resultados.

Giró alrededor de la caseta buscando la puerta de entrada. Para su asombro, estaba abierta. La empujó hasta abrirla cuanto pudo. La irregular superficie del suelo la atascó a poco más de medio camino. La oscuridad interior, regada tan solo por la

exigua luz que penetraba por la entrada y los ridículos destellos que se filtraban por entre las juntas de algunos tablones, nubló su vista cegándolo. Receloso, buscó en el lateral algún interruptor. Quedó sorprendido cuando dio con él y recobró la visión. El habitáculo era bastante más amplio de lo que aparentaba: almacenaba todo tipo de herramientas y maquinaria de jardinería y mantenimiento. Se adentró con la intención de examinarlo detenidamente. Parecía imposible permanecer allí el tiempo suficiente como para que la mesa de trabajo, ubicada al otro extremo, tuviera utilidad. El olor a rancia humedad que impregnaba toda la estancia era repugnante. En su avance, tropezó con la esquina de una alfombra ligeramente doblada hacia dentro. Era de lana con dibujos geométricos repetitivos. Antaño debió de ser una de esas exclusivas alfombras que adornaban el suelo de la casona. Pero el uso o la vejez la habían despojado de todo su esplendor. Posó su mirada en los laterales cubiertos de estanterías en dudoso equilibrio. Todas ellas tenían estantes de madera desiguales. En ellos se almacenaban materiales de repuesto en su mayoría corroídos por la penetrante humedad. Maquinaria de jardinería, alguna seguramente en desuso, completaban huecos por aquí y por allá. Su pituitaria se había acostumbrado al insoportable hedor que emanaba del cuartucho, pero el frío se había colado en sus huesos. Aquella caseta era nada más que eso: una caseta donde almacenar herramienta que carecía de interés para la investigación. Desistiendo en su intento por descubrir algo digno de mención, giró sobre sus talones y salió al exterior. Bordeó el seto, observó la quinta y, algo más tranquilo, regresó al hotel.

Llegó a tiempo para recibir a Carolina González, la juez. La saludó cortésmente y la acompañó hasta la puerta de entrada al edificio.

—La están esperando en la primera planta —le dijo.

En otras circunstancias hubiera subido con ella hasta el piso de arriba. Esa había sido su primera intención, pero pensándolo mejor, prefirió mantenerse alejado. No quería arriesgarse.

—Gracias —contestó ella sin miramientos.

Era domingo, lo que implicaba que tenía todo el día por delante para dedicarse a la jardinería, su verdadera pasión. Carolina no quería desaprovechar ni un minuto más de lo estrictamente necesario.

Tenía cuarenta y dos años. Divorciada hacía ya tiempo, vivía con su madre y con su hijo, un adolescente a punto de finalizar el Bachillerato. Oriunda de Llanes, únicamente había permanecido fuera en su primer destino. La plaza de la Villa estaba cubierta, entonces, por otro juez, pero hacia diez años que había quedado libre y desde entonces era su plaza en propiedad. A raíz de su divorcio, se impuso poner tierra de por medio entre ella y su exmarido y la oportunidad llegó en el momento justo. De aspecto frágil y delicado, no lo era tanto en su trabajo. Se había ganado el respeto de sus conciudadanos por el buen hacer que la caracterizaba.

—Buenos días —saludó segura de sí misma al divisar al capitán.

—Buenos días —contestó el capitán Naves acercándose a ella con una insólita y

agradable sonrisa.

La juez era atractiva para más de uno, pero en él, despertaba un revuelo que no podía reprimir. Siempre le habían gustado las mujeres con poder. Suponía que a eso se debía la fuerza de atracción que ejercía sobre él. Curiosamente el capitán, con sus colosales medidas, no dudaría en dejarse dominar por aquella diminuta mujer.

Ella le estrechó la mano rápidamente sin prestarle excesiva atención. Tenía todo lo que quería sin necesidad de complicarse la vida con un hombre.

—¿Sabemos de quién se trata? —preguntó sin más preámbulos.

—Sí —contestó resuelto el capitán—. Es Miguel, el contratista de la obra.

Mientras la juez permaneció en el hotel, el humor del capitán se había transformado. Salvo Posada, que deambuló cerca de ellos, ningún otro miembro de la unidad fue testigo de los efectos que Carolina ejercía sobre Naves. Estaba tan embobado con la juez, que llegaba incluso a ser cómico a ojos de un tercero. Sin embargo, el deleite del Capitán duró poco tiempo. Después de cruzar algunas palabras más y un concienzudo estudio de la situación, la juez dispuso el levantamiento del cadáver y su traslado al Instituto de Medicina Legal de Oviedo para que le practicasen la autopsia. Y sin más miramientos, se despidió tan rápidamente como llegó. Naves la acompañó en un alarde de caballerosidad hasta su coche. El flamante TT de color negro antracita aparcado en el portón de entrada encajaba a la perfección con su tamaño y elegancia. En cuánto se marchó, Naves recuperó el semblante acostumbrado y el malhumor a una velocidad inusitada.

La forense que aún pululaba por allí sin prisa alguna, conjeturó sobre el *modus operandi* al igual que lo hiciera Posada en la inspección. Confirmó su teoría: el presunto homicida había sorprendido a Miguel. Lo había atacado por la espalda con un arma contundente asestándole un golpe mortal. Emocionada por la oportunidad de ejercer sus extensos conocimientos que practicaba imaginariamente a través de los múltiples seriales policiales que seguía con afición, se despidió ansiosa por reencontrarse a solas con el muerto y comenzar con el trabajo.

Desbordado por la situación, Naves decidió liberar parte de su carga solicitando ayuda a la Comandancia de Gijón. No era de extrañar que pidiera apoyo. La baja de García podía justificarlo perfectamente.

—Voy a comunicar a la Comandancia de Gijón la situación. Este asunto está por encima de lo que nosotros podemos alcanzar sin García —anunció mientras se encaminaba al exterior para mantener la conversación en privado.

Según se alejaba gesticulaba y hablaba en voz alta en un tono perfectamente audible para los demás. Pese a que la intención no era precisamente esa, a nadie le impresionó. Era una costumbre bastante habitual en él.

Posada lo observó dolida. Hasta ella misma reconocía que el caso le sobrepasaba. Pero una cosa era pensarlo y otra escucharlo de boca de un superior. Al menos podía haber tenido la delicadeza de no mencionarlo en voz alta, se dijo desmoralizada.

El capitán buscó en la agenda del móvil el teléfono del comandante Morán. Hacía

tiempo que no hablaba con él, pero se conocían desde hacía mucho tiempo y él había sido su máximo apoyo en aquel fatídico momento en el que su carrera se vio truncada. Esperaba que con el tiempo no hubiese cambiado, pero aunque así fuera le importaba bien poco. Necesitaba ayuda, sobre todo después de lo que había pasado en el dos mil tres en Mieres.

La conversación con el comandante fue más bien escueta. En cuánto superaron los oportunos saludos y algún que otro comentario sin relevancia, Naves pasó a describirle los hechos; recordaba muy bien que era un hombre de pocas palabras. El comandante escuchó pacientemente el relato del capitán y, en cuánto finalizó, le hizo saber que un sargento de la Judicial se personaría en Llanes a primera hora de la tarde, para hacerse cargo de la investigación de forma inmediata. Sobrepasándose en su cometido, pero seguro de con quién se la estaba jugando, el comandante ordenó al capitán las instrucciones que debía dar a su gente. El capitán resopló aliviado por compartir el peso de la responsabilidad con otro. Carecía de confianza en sí mismo, pero además le preocupaba Posada. No es que no tuviera confianza en ella, simplemente el caso estaba por encima de sus posibilidades.

Viendo la eficacia de su llamada, Naves, empapado por la llovizna que había comenzado a caer tras una pequeña tregua, giró sobre sí mismo algo más relajado, para irrumpir en la recepción del hotel donde estaba el equipo a la espera de órdenes.

—He hablado con el comandante Morán. Nos va a enviar un experto para dirigir la investigación. Llegará en breve. Así que López —nombró dirigiéndose a él— va a quedarse aquí apostado en la entrada del hotel hasta que llegue el de la judicial de Gijón.

—Sí, mi capitán —contestó López fingidamente agradado.

—Posada, prepare un informe detallado de todo lo sucedido. El experto de Gijón no va a tardar más de lo que supone la carretera, así que le sugiero que se ponga con ello inmediatamente. Lo quiero encima de mi mesa a las tres. Si es necesario, que Guzmán le eche una mano. Quiero un informe completo y preciso —comentó con severidad elevando las cejas desafiante.

Hasta él mismo estaba sorprendido del aplomo con que se había dirigido a sus subordinados, pero no se engañaba. Él, podía dirigir el cuartel perfectamente siempre y cuando no se viese involucrado en una situación fuera de lo habitual. Y esa lo era. Ante un homicidio, el capitán se desmoronaba. Su inseguridad y su falta de autoestima resurgían con fuerza. Y con ellas el temor de tener que salir huyendo de nuevo porque una vez más había fracasado. Tales pensamientos lo hundieron y la firmeza que había tenido, desapareció al imaginarse en la cuerda floja. Desconfiaba del sargento antes de conocerlo. Y en general de todos. Únicamente confiaba en su mano derecha: García. Los demás no eran más que alimañas que a la mínima se le echarían encima sin compasión. Tenía que estar alerta. Naves confinó a un momento posterior el resto de decisiones que tenía que tomar. Primero tendría que hablar con García. Necesitaba liberar parte de la angustia que sentía y de paso reforzar su ego.

Por su parte, Posada estaba apesadumbrada. Soñaba con que el capitán le hubiese asignado el caso. Le devoraba el deseo de averiguar las circunstancias que habían envuelto el crimen. Por contra, lo único que le habían atribuido era precisamente lo más tedioso: realizar el informe para entregar al sargento que viniese... ¡Ya podía olvidarse de la investigación! Pensó en hablar con el capitán pero de sobra sabía que sería inútil. Quería hacerse un hueco en este mundillo tan de hombres y no lo tenía fácil. Tras varios minutos cavilando, llegó a una conclusión: no se rendiría. Escribiría el mejor informe que fuera capaz, riguroso y con un exhaustivo estudio de las circunstancias preliminares. Al menos eso tendrían que valorarlo y, con un poco de suerte, comenzarían a ver la necesidad de contar con ella en las investigaciones.

Algo más animada se dispuso a salir del hotel cuando un fugaz recuerdo pasó por su mente: ¡Carlos! ¡Había quedado con él para comer y una vez más tenía que saltarse la cita! Estaba segura de que se lo iba a tomar bastante mal. Uno de los temas que más tensión provocaba en la pareja eran las fortuitas horas extras e imprevistos. Él reprobaba su trabajo. Ni tan siquiera entendía por qué después de estudiar la carrera de Derecho y con su expediente, había decidido opositar para acceder al Cuerpo. Podía prepararse para juez o fiscal sin ir más lejos. Mientras estudiaba, él no había insistido confiado en que con el tiempo desistiría. Lograría convencerla de que lo suyo no era la Guardia Civil. Pero en contra de lo previsto, persistió hasta que se examinó y obtuvo su plaza en propiedad. Él no terminaba de comprender que, como mujer, quisiera pertenecer a un cuerpo militar. Un mundillo donde las órdenes no se cuestionan, te gusten o no. Aborrecía la llamada que tenía que hacer, reflexionaba agobiada. Sin embargo cuánto antes se la quitara de encima mejor. Ignoraba cómo iniciar la conversación y cómo enfocar el tema. Su tono de voz la delataría, de eso estaba segura. No sabía fingir un estado de ánimo contrario al que sentía. Y en esos momentos se confesaba muy preocupada y nerviosa. Se le hacía un mundo pensar en tranquilizar a Carlos, cuando ni tan siquiera ella lo estaba. Era el fin.

1922

El gran día había llegado y en el Palacete Valverde se observaba más actividad de lo normal. Aquel día se percibía el nerviosismo en el ambiente, pero destacaba sobremanera la ansiedad de Enrique. Todos se habían dado cuenta de su alterado estado de ánimo. Sin embargo, para sus padres, era lo esperable. Cualquiera joven estaría nervioso si le fueran a presentar a una de las chicas que más probabilidades tenía de ser su futura esposa. Ninguno sospechaba que la inquietud fuera otra.

Los invitados empezaron a llegar alrededor de las ocho de la tarde. La familia Valverde al completo estaba preparada para recibirlos. Enrique con la nota a buen recaudo en el bolsillo del pantalón, no veía el momento de entregársela a Elena.

Durante un buen rato, Enrique permaneció, junto al resto de la familia, al pie de las escaleras de la entrada principal, recibiendo a las personalidades invitadas y agradeciendo los presentes que muchas de ellas les entregaban para agasajar a sus anfitriones. Aunque intentaba disimular su acaloramiento, le era prácticamente imposible. Su corazón rebotaba en su pecho con tal fuerza que desequilibraba todo su ser, haciéndole perder el dominio de sí mismo, mermando incluso sus sentidos. Por un lado le disgustaba sentirse así ante lo evidente de su extraño comportamiento, pero por otro, estaba dichoso de percibir la excitación que recorría su cuerpo. El momento más nebuloso, llegó con la presencia de la familia Sobrino. Cuando, tras el protocolario saludo, su padre le presentó a Leonor, todas las miradas se centraron en él, y él, no fue muy acertado en sus primeras palabras con ella.

Finalizada la recepción de los invitados, se disculpó ante los asistentes con los que intentaba infructuosamente mantener una conversación, más nervioso de lo que quería evidenciar, para ir en busca de su amada. Le llevó poco tiempo encontrarla con una bandeja repleta de bebidas. Se acercó discretamente, cogió una de las copas sin prestar atención a su elección y tras echar un rápido vistazo alrededor confirmando que nadie los miraba, puso en marcha su plan.

—Coge la nota por favor —le susurró.

Ella miró hacia abajo. Vio que en su mano portaba un pequeño papel. Se lo cogió de la mano y se lo guardó rápidamente en el bolsillo de su immaculado delantal.

El nerviosismo se apoderó de ella. Su enloquecido corazón la desestabilizó y un

espontáneo temblor se adueñó de su cuerpo. Temió tropezarse y caer ante los invitados. Necesitaba serenarse, por lo que decidió alejarse por unos segundos. En su empeño se condujo a grandes zancadas por el jardín.

—¿Pero que le ocurre? —la interceptó el ama de llaves— ¡va a toda velocidad! ¡Espacio por favor! ¡Acérquese pausadamente a los invitados para que tengan tiempo de elegir la bebida!

—Lo siento —replicó ella avergonzada.

Tardó algo más de lo que deseaba en leer la nota. Cuando lo hizo, su cara se iluminó y la felicidad se apoderó de ella. Desde el momento en que la besó, cada noche en el catre de la habitación, recordaba en silencio aquel instante, que con el tiempo se le antojó como una quimera.

Enrique había tenido que cumplir con Leonor, ya que, finalmente, resultó ser la elegida por sus padres como esposa. Reunía todas las condiciones que ellos estaban buscando. Y el padre de la chica, orgulloso, había dado su consentimiento para que Enrique la cortejara.

Leonor era bastante agraciada. Su pelo de color rubio ceniza y su tez blanca como la nieve le otorgaban una delicada belleza poco usual. Estaba extremadamente delgada, lo que pronunciaba aún más su afilada nariz. Sus ojos de color miel y su alegre expresión le proporcionaban un buen resultado final. Pero a él poco le importaba. Ni tan siquiera podía centrarse en la conversación. A pesar de los esfuerzos que hacía, carecía de la lucidez necesaria y su corazón permanecía angustiado por la espera. Le había propuesto citarse en la torre después de la fiesta, cuando todo el mundo se hubiese marchado y en la casa todos estuviesen dormidos. No había fijado una hora en concreto. Enrique la esperaría todo lo que fuese necesario.

Terminadas las tareas que el ama de llaves le había encomendado, hizo ademán de retirarse al pequeño cuarto ubicado en el sótano. Pero su verdadera intención era subir a la torre para reunirse con Enrique. Tuvo mucha precaución de que no la vieran. Subió por las escaleras de servicio hasta la primera planta. Salió al pasillo y con suma cautela avanzó hasta alcanzar el paso posterior a las escaleras de acceso a la primera planta. Desde ese pasadizo interior se accedía a las escalerillas que daban a la torre. En cada avance, el suelo de castaño la delataba, pero confiaba en que el ruido no llegase a oídos de nadie.

Él la estaba esperando. Cuando la vio, se acercó rápidamente a ella y la besó apretándola contra su pecho para sentir todo su cuerpo. El corazón le latía con tanta fuerza que pensó que se volvería loco de amor. La respiración era acelerada y en cada bocanada de aire se percibía su agitación. Ella, algo tímida, lo rodeó indecisa con sus brazos. Estremecidos, sintieron su deseo. Se besaron apasionadamente y, obedeciendo a un impulso irresistible, comenzaron a desnudarse. Desconocían lo que tenían que hacer. Pero el instinto les empujaba y también el deseo de que sus cuerpos se entrelazaran sin más impedimentos que su propia carne. Querían ser solo uno,

absorbiendo el placer por todos los poros de la piel. Esa noche hicieron el amor apasionadamente.

Cuando finalizaron un remanso de paz acudió a sus mentes. Deseaban que el mundo se paralizase para preservar ese estado de placidez infinita. No les importaba quedarse así y desaparecer de este mundo colmados de felicidad. Poco a poco, el sueño se apoderó de ellos. Permanecieron dormidos el uno al lado del otro, calentándose mutuamente con sus cuerpos desnudos.

Durante el camino de regreso a casa, la furia iba creciendo. Al llegar se dejó caer en el sofá. Empapado, se mantuvo así largo tiempo hasta que su cuerpo comenzó a temblar. Rememoró la maldad de su exmujer... Le había hecho creer que sus hijos pasaban hambre, que malvivían. Y era mentira. Ella se aprovechaba del dinero de ese hombre con el que seguramente se acostaba. Recordaba el vestido de Silvia, pero también el lujoso abrigo que llevaba ella. Ni ella ni ellos pasaban hambre. Más bien todo lo contrario. Y él lo había arriesgado todo pensando en que sufrían. Y ahora sabía que su acto había sido inútil por completo. Innecesario. Miguel estaba muerto. Y le había robado por una extrema necesidad que no existía. Se sentía mal. Muy mal. Su exmujer era una arpía. No podía consentir que un alma tan dañina como la de ella educara a sus hijos. Pero solo se le ocurría una forma de evitar que fuera así. Y no quería ni pensar en ella. Al menos por ahora...

Su estupor fue indescriptible. Por una vez, Carlos había sido comprensivo ante la repentina cancelación. ¡Inconcebible!, se repetía Posada. ¿Se habrá convencido de que no puedo hacer otra cosa?, ¿de que este es mi trabajo, le guste o no?, se decía confusa. Fuera lo que fuese, podía respirar tranquila. Agradecía evitar otra de sus múltiples discusiones y disponer de tranquilidad y tiempo para realizar el informe que el capitán le había solicitado. Finalmente se relajó.

Recogió a Guzmán en el exterior y ambos regresaron al cuartel. Él se sintió realmente agradecido. No quería mostrar impaciencia por desaparecer, pero era lo más conveniente dadas las circunstancias. Durante el desplazamiento hasta el cuartel, Posada observaba por el rabillo del ojo la melancólica expresión de Guzmán. A pesar de que buscó insistentemente las palabras más adecuadas, fue incapaz de decidirse por alguna de ellas. No sabía cómo empezar ni cómo expresar los ánimos que quería infundirle. Optó por proponerle redactar el informe ella sola, sin su colaboración. Él podría finalizar su turno y marcharse libremente, olvidándose del trabajo por unas horas. Al llegar se tropezaron con el capitán. Su semblante era diferente. Menos ceñudo. La conversación con García lo había colocado en su sitio. Su espíritu estaba fortalecido. Él era el capitán del Cuartel de Llanes, se repetía. Incluso había tomado la determinación de ser él quién informara de la triste noticia. Durante por lo menos media hora de conversación al teléfono, García había conseguido que su autoestima

volviera a su posición. Y ahora se sentía en la obligación de ser él, como alto mando en Llanes, quién lo comunicara a la familia. No podía delegar esa responsabilidad o se lo merendarían. Su recelo le llevaba a ejecutar tareas que en realidad, si no tuviese la presión de pensar en la codicia de otros por su puesto, delegaría en cualquiera de sus subordinados. Ante esa, se enfrentaba con disgusto. Decidió solicitar ayuda por lo que pudiera ocurrir; se podía deducir fácilmente la reacción de la viuda. Estaba seguro de que Alfredo no tendría inconveniente en acompañarlo, si es que ya había regresado del Hospital de Arriondas. Él sí estaba acostumbrado a situaciones similares, a propósito de fallecimientos por enfermedades. Y, por otro lado, era lo más sensato. Bien podía ocurrir que la mujer entrase en estado de *shock* o algo parecido, y se viera en un problema bien gordo. Carecía totalmente de conocimientos en primeros auxilios, y tampoco tenía interés por tenerlos. No eran de su incumbencia.

Naves quedó con Alfredo en el Centro de Salud. Cuando llegó a recogerlo, ya estaba esperándolo en el exterior del edificio con su inseparable maletín. A pesar de las circunstancias, el capitán se sonrió para sus adentros al estudiar detenidamente al improvisado compañero. Se asemejaba a una caricatura de un dibujante callejero; con esa gigantesca parka amarilla fluorescente con tiras reflectantes, en la que figuraba en un azul intenso, las palabras «SAMU» «ASTURIAS 112». Por lo menos era una o dos tallas más grande que la suya. Las mangas le cubrían la mano completamente, de manera que el maletín surgía artificialmente como hilvanado en la manga. De largo le llegaba casi hasta la rodilla, pareciendo más pequeño de lo que el tallímetro marcaba. Una pareja cuánto menos peculiar. Él, con su gran tamaño, y su acompañante de medidas reducidas. El punto y la i. Se saludaron cortésmente. Hacía muchos años que se conocían y, aunque no tenían una especial amistad, alguna vez habían compartido una botella de sidra. Además, sobraban los miramientos.

Naves condujo por entre las calles de Llanes hasta la dirección que San Román le había proporcionado. Sumidos en un tortuoso silencio, daban vueltas a la escena de la que en breve serían protagonistas indiscutibles. No tardaron en dar con la vivienda de Miguel. Estaba situada en la franja este, en el barrio de *Las Malvinas*. Quizá una de las zonas menos turísticas de la Villa, por lo que no había problemas de aparcamiento incluso frente a la entrada principal de la casa.

Las plomizas nubes que recubrían el cielo por completo, amenazaban con descargar una copiosa tormenta, en no mucho tiempo. Por lo que se bajaron presurosos del coche y se acercaron a la entrada de la casa. La portilla estaba ligeramente entreabierta, pero Naves pulsó en el telefonillo exterior sin entrar en la parcela. Quería darles la oportunidad de predisponerse a escuchar malas noticias. Casi al instante se oyó una voz con un tono adusto y excesivamente alto.

—¿Sí?

—Buenos días. ¿La señora Rodríguez estará?

—Sí. Soy yo.

—Soy el capitán Naves de la Guardia Civil. ¿Podría abrirme? Tengo que hablar con usted...

En esos momentos, Naves experimentó la penosa sensación de ser el mensajero de la desgracia. De hecho, percibía el bombeo de la sangre con mayor intensidad de lo habitual. No se esperaba reaccionar de esa forma tan intensa, pero últimamente notaba el peso de los años más de lo que deseaba; se estaba haciendo viejo y eso le incomodaba. Inicialmente se lo había planteado como una obligación, una tarea más de su cargo; era su responsabilidad. Pero viéndose en situación, deseaba no haber sido tan celoso de su autoridad y haber encargado esa tarea tan desagradable a otro. Le estaba entrando una congoja difícil de disimular.

—Sí, sí pase. Le abro. La voz denotaba cierta inquietud. Había desaparecido todo matiz soberbio. El timbre de apertura de la puerta retumbó estridente a pesar de que no estaba cerrada. El gruñido que surgió del enmohecido portón les pareció agradable en comparación con la noticia que tenían que comunicar.

Ante ellos se presentó una vivienda unifamiliar pintada de rojo inglés que pretendía darle un toque de modernidad con poco éxito. En su época debió de ser una de las casas más innovadoras del concejo. Pero con el paso del tiempo se había vuelto rancia. Esa arquitectura hacía mucho que no se utilizaba, pensó Naves observándola. El capitán Naves primero, seguido de Alfredo, se adentró por el camino de empedrado grisáceo que accedía a la casa. Un sin número de camelias de color rosado, rojo y blanco se alternaban, bordeando el sendero.

La mujer los observaba a hurtadillas por entre los visillos de la habitación que daba a esa parte de la casa. Era fácil reconocer a Naves por su uniforme. «Lo más seguro es que traiga malas noticias y más si lo acompaña alguien del Centro de Salud», especuló. Una pareja cuánto menos preocupante a los ojos de doña Rosario, que preveía algún tipo de desgracia. Abandonando su escondite se apresuró a llegar hasta el rellano de la puerta de entrada para recibirlos.

—¡Joder!, menudo marrón —dijo Naves a media voz. ¿Quién cojones me habrá mandado meterme en este lío? —Alfredo no contestó.

En la planta baja, se vislumbraba un portón que a ciencia cierta debía ser la cochera, aunque seguramente haría las veces de trastero. Un poco más allá surgía una escalera de baldosas veteadas en tonos salmón, gris y negro sobre fondo blanco con una barandilla negra de hierro forjado. A través de ella, se accedía a la vivienda ubicada en la primera planta. Alcanzaron perezosamente las escaleras que finalizaban en la entrada principal de la primera planta donde ella les estaba esperando. A medida que ambos se acercaban la mujer fijaba la vista en la expresión afligida de los rostros. Ella intentaba deducir el mensaje que le darían; con el paso de los días, se reprochó su simpleza. Al capitán le dio lástima; la expresión asustadiza de la cara reflejaba el miedo recorriendo todos los poros de la piel. Sus pequeños ojos oscuros se habían engrandecido, mostrándose exageradamente abiertos, temerosos.

—Doña Rosario, buenos días —dijeron casi al unísono.

—Buenos días contestó ella con un tono bastante bajo para lo que debía ser el habitual. Llámenme Charo, por favor —solicitó dirigiéndose al capitán, pues aborrecía su nombre de pila.

Charo percibía los latidos sacudiendo su corazón. Permaneció petrificada en el recibidor de la casa, infranqueable, como si así impidiese que la desgracia penetrase en su hogar. Instintivamente se sujetada con una mano al pomo de la puerta y con la otra al marco de madera.

—¿Ocurre algo? —se atrevió a preguntar un tanto apremiante ante el silencio y la triste expresión de la visita.

¡Joder!, menudo marrón —se lamentó de nuevo el capitán para sus adentros.

—Bueno... En realidad, sí... le traigo malas noticias... comenzó el capitán, bueno, acertó a decir... le traemos... Naves era incapaz de arrancar y Alfredo se mantenía en un profundo silencio. Impasible. Como una estatua de sal.

Naves caviló por unos instantes. No había forma humana de anunciar el fatal suceso sin causar dolor, por lo que terminó por decidirse y no dilatar la agonía que reflejaba el rostro de la viuda. Aún así, ambos apostarían el sueldo a que estaban viendo el mejor semblante que mostraría en mucho tiempo.

—Su marido ha muerto. Se ha encontrado el cadáver en el hotel donde trabajaba. Lo siento.

Charo enmudeció, no podía creerse lo que estaba escuchando. Con los años descubriría su rechazo hacia la crudeza de esas palabras, quedando grabadas en su recuerdo para siempre. Con la mirada fija en el capitán, comenzó a percibir cómo su organismo se alteraba provocándole una insuficiencia respiratoria. Se vio obligada a inspirar con mayor frecuencia, pero ese esfuerzo le impedía combinar la necesidad de oxígeno con el habla. Todo su ser intentaba asimilar la noticia. Se sentía mareada. Alfredo se percató de que estaba hiperventilando y se abalanzó sobre ella.

El capitán celebró para sus adentros la extraordinaria idea de haberse llevado a Alfredo. Hasta el momento no había servido de mucho, pero en cuánto vio la reacción de la viuda, se acercó a ella y la sujetó fuertemente rodeándola con sus pequeños pero fornidos brazos. Miró hacia el interior. En el recibidor descubrió un banco de madera de artesanía asturiana. Empujándola suavemente, la obligó a sentarse.

—¿Hay alguien más en casa? —preguntó Naves. Pero no obtuvo respuesta. Si lo había o no, tendría que averiguarlo—. Quédate con ella —ordenó Naves—. Voy a echar un vistazo.

Y con las mismas avanzó por el interior de la casa. El pasillo estaba pintado de color mostaza y adornado con reproducciones de pintores famosos. Caminó por él hasta llegar a la primera estancia que surgía a la izquierda. Se adentró en un salón con un gran ventanal unido a una angosta portezuela también de cristal. La tormenta, que había iniciado su virulenta descarga, parecía haberse concentrado en ellos salpicándolos de infinidad de gotitas de lluvia. Al otro lado había una terraza

orientada al norte de las que nunca se usan. En el interior, un enorme sofá modular en forma de ele, de piel marrón bastante desgastado, se ubicaba prodigiosamente para delimitar la zona de estar en la parte izquierda próxima al ventanal. El mobiliario de esa zona se completaba con una pequeña mesa de centro con la encimera de mármol rosáceo y un vetusto mueble ambivalente, que aparentaba ser de buena madera. Sus estanterías estaban repletas de diversas colecciones de enciclopedias encuadernadas en tonos granates, marrones y verdes de las que sirven únicamente para adornar. Además, disponía de un espacio para la televisión de plasma, una consola y varios periféricos de los que el capitán desconocía la utilidad que podían tener. Todo en animosa convivencia pese al acentuado contraste entre la electrónica y el mobiliario. Al otro lado había una mesa de comedor a juego con el mueble de la zona de estar. Sus seis sillas estaban tapizadas de la misma piel monocorde del sofá. Encima figuraban, a modo de adorno, una decena de marcos de fotos, casi todos ellos de plata, con instantáneas, en su gran mayoría, de un chico. En la más reciente aparentaba unos quince años. Naves cogió una de ellas y la llevó hasta la entrada donde Charo y Alfredo seguían prácticamente en la misma posición en la que los había dejado. Se acercó a Charo para mostrársela y confirmar el parentesco con el de la foto. Entonces ella reaccionó. El impacto de ver a su hijo en una instantánea con su padre y sopesar la desgracia de quedarse sin él a tan temprana edad la sacó del estado en el que se había sumergido con excesiva brusquedad. Arrancó el portarretratos de las manos del capitán y con él pegado al cuerpo, abrazándolo, liberó su dolor. Los lastimeros gritos, el llanto y la desolación ensordecieron el ambiente mostrando una de las imágenes más desgarradoras que jamás pudieran imaginar.

Los gritos despertaron a Raúl. Se levantó como una exhalación tambaleándose aún por la rapidez de sus movimientos. O quizá por el exceso de alcohol de la noche anterior, lo que le provocaba sin duda ese insoportable dolor de cabeza al que ya estaba acostumbrado. Apareció en el recibidor desorientado. Al principio pensó que se trataba de alguna de las telenovelas que habitualmente veía su madre, pero se sentían demasiado reales como para proceder de una pantalla. Al verla llorando agarrada a un portarretratos supo que la desgracia había recaído en ellos. Por un momento quiso negar la evidencia, pero la realidad era tan innegable que enseguida comprendió. Naves le dio la triste noticia.

—Lo siento chico. Logró decir Alfredo. ¿Estás bien?

Raúl no les prestó ni la más mínima atención. Se arrodilló ante su madre y se fundió en un abrazo con ella. Hacía demasiado tiempo que no se abrazaban así, casi desde que siendo aún pequeño se abalanzaba alegremente a sus brazos simplemente porque era su madre. La distancia entre ellos se había acrecentado a medida que la rebelde adolescencia se apoderaba de Raúl, pero ahora las amargas circunstancias los unían, quizá para siempre. Durante lo que pareció una eternidad madre e hijo siguieron abrazados embargados en un llanto irrefrenable. Raúl fue el primero en reaccionar. El impacto había sido tan brutal que no se habían interesado por los

detalles. Pero él anhelaba que el resto de la historia disminuyera el dolor que le oprimía el pecho. En un intento por comprender, arrojó atropelladamente todas las preguntas.

—¿Cómo ha ocurrido? ¿Qué le pasó? ¿Dónde está?

Naves miró al chico a los ojos. Sabía que la verdad no iba a mermar su dolor, más bien todo lo contrario.

—No disponemos de la totalidad de los datos, pero... todo indica que se trata de un... homicidio.

—¿Cómo? —grito Raúl incrédulo—. ¡No puede ser!

Raúl se levantó de un salto y empezó a caminar de acá para allá sin rumbo fijo, pasándose la mano una y otra vez por su media melena. Ocultaba su rostro para que los demás no se dieran cuenta de que estaba sollozando, mientras sorbía las lágrimas que arrollaban por su mejilla. Charo lloraba desconsoladamente. Su cuerpo parecía que se desvanecía. Alfredo se arrodilló rápidamente frente a Charo. Se había acercado a la cocina para hacerse con un vaso de agua con el que poder administrarle un tranquilizante. Con el chico estaba inseguro. Si la noche anterior había tomado algo más que alcohol, lo que era probable por su comportamiento y las huellas que se dibujaban en el rostro, no podía arriesgarse a recetarle ningún medicamento. No sin saber a ciencia cierta lo que había consumido. El capitán Naves se percató de ello, pero eludió hacer comentario alguno. Aunque se lo preguntara, el chico no se lo iba a decir. Charo se dejó tomar la tensión en cuánto Alfredo se lo propuso. La cabeza le daba vueltas y notaba una palpitación preocupante en la sien derecha que le obligaba a mantener los ojos cerrados. Él le pidió que se postrara en el banco del que no se había movido. Raúl no accedió. Su desasosiego era tal que no podía pensar en mantenerse quieto ni tan siquiera por unos segundos. Además temía el resultado.

Cuando el tranquilizante sedó a Charo, pudo ejercer un efecto aplacador sobre Raúl. Eso apaciguó al capitán. Necesitaba que al menos Raúl mantuviese la compostura. Uno de los dos tendría que acompañarlos al anatómico forense para reconocer el cadáver. Aunque estaba claro de quién se trataba, el protocolo se lo exigía, y el estado de la madre no era el más apropiado.

Para sorpresa de todos, en un momento de lucidez e inesperada demostración de madurez, consciente de su responsabilidad ahora que faltaba su padre, se hizo cargo de la situación. En un santiamén se había convertido en el patriarca de la familia y eso le confirió la suficiente fortaleza para afrontar el destino. Sin mediar palabra con los presentes, pero con los ojos anegados aún en lágrimas y el dolor corriendo por sus venas, se puso en marcha, contactó con los vecinos colindantes para dejar a su madre bien atendida hasta su regreso, y se dispuso a acompañar al capitán para ver a su padre por última vez.

1922

Al amanecer, un resplandeciente rayo de sol penetró a través de una de las ventanas de la torre. Fue el despertar más maravilloso que nunca hubieran soñado. Tal era la felicidad que les embargaba que no podían imaginar una vida sin tenerse el uno al otro. Se besaron anhelando una vez más que el mundo se detuviera.

—Tengo que marcharme —dijo Elena apesadumbrada—. He de presentarme ante el ama de llaves antes de que note mi ausencia o tendré problemas.

Él asintió.

—¿Cuándo vuelvo a verte? ¿Esta noche? —le preguntó vehemente.

—Sí —respondió ella sin vacilar mirándole tiernamente a los ojos.

Sus pensamientos todavía estaban sumidos en los recuerdos de la noche que habían pasado. Salieron juntos de la torre y, por un minuto más, amparados en la seguridad de su secreto, se besaron olvidándose de la realidad de su existencia. Pero alguien, sin pretenderlo, los vio bajar. Primero a uno y luego al otro.

Elena bajó hasta la primera planta apresuradamente. Pensó en su inseparable compañera. Seguro que la había echado en falta. Se introdujo por las escaleras de servicio para acceder al sótano. Atravesó la zona de servicio y entró en su habitación para asearse y arreglarse antes de presentarse a trabajar. Flor, que se había convertido en su amiga del alma desde casi el primer instante en que se conocieron, estaba a punto de salir. No fue necesario hablar. En su rostro se reflejaba la dicha. A ella no la podía engañar, la conocía demasiado bien.

Elena pasó el día eufórica. Estaba enamorada de Enrique y para su felicidad, esa noche lo volvería a ver. Pero para Enrique el día sucedió muy diferente... Estaba preocupado por dos motivos. El primero: se había enamorado de una chica a la que sus padres nunca aceptarían, y él no podía ni quería renunciar a lo que sentía por Elena. Y el segundo: le atormentaba pensar en el disgusto que iba a dar a sus padres si rechazaba casarse con Leonor. Y le era imposible, no podría ni tocarla. Ante la situación, en su cabeza comenzaba a rondar la descabellada idea de renunciar a todo y huir con Elena, quizá a México, su país natal y, allí comenzar una nueva vida como lo había hecho antaño su querido abuelo. La idea, aliviaba la carga de su corazón.

Desde el momento en que el comandante le había asignado el caso sabía que disponía de tres días tras los cuales debía preparar un informe detallado. No era mucho tiempo, pero estaba acostumbrado a trabajar contrarreloj. Aún así necesitaba aprovechar cada uno de los escasos minutos de los que disponía. Para estas situaciones tenía una exquisita organización que le permitía no cometer errores y ponerse en marcha de forma inmediata utilizando el menor tiempo posible. Tardó menos de veinte minutos en subirse al coche con todo lo necesario. Quince de ellos los gastó en hacer su equipaje: un polo o camiseta, un vaquero, una muda y un equipo completo de ropa de deporte. Todo ello multiplicado por los días que previsiblemente le llevaría la investigación. Y por supuesto el neceser con lo indispensable para afeitarse y una prenda de abrigo. Hacía tiempo que en sus investigaciones, prescindía de usar el uniforme. La experiencia le decía que llevarlo suponía un impedimento en su trabajo, aunque en esta ocasión y por la premura haría una excepción. Sus preparativos quedaban al completo con un maletín. En él llevaba todo lo que necesitaba: una cámara de fotos, un portátil, una diminuta pero muy práctica impresora de fotos...

El sargento De la Fuente llegó pasadas las tres de la tarde al Cuartel de Llanes. Pese a que era la primera vez que visitaba ese municipio, se dirigió como si fuera su lugar habitual de trabajo ayudado, eso sí, por el GPS. Se asombró del tamaño y modernidad de sus instalaciones; era evidente que el edificio estaba casi recién inaugurado. Todo el recinto estaba rodeado de un vallado en color blanco de aproximadamente dos metros de altura. El edificio estaba cubierto por una losa de color gris medio hasta el primer piso de altura. A partir de ahí la pared estaba pintada de color blanco. Frente a la entrada principal, encima del garaje donde estaban aparcados los coches patrulla, había una galería de vigilancia. De la Fuente atravesó el vallado de entrada y el parking público, y aparcó su coche en la plaza aledaña a la entrada. Estaba ansioso por comenzar con el caso y conocer todos los detalles. De hecho, por su cuerpo corría una actividad a modo de impulsos eléctricos que había alertado todos sus estímulos. Sin demora, subió las escasas escaleras. Según entró por la puerta se topó con un mostrador atendido por una guardia, la misma que había visto en la galería de vigilancia. Pilar San Román se levantó de la incómoda silla de oficina como un resorte que acabasen de activar al observar al apuesto sargento. Los galones que lucía en su chaqueta la habían alertado. Se cuadró ante él. De la Fuente le correspondió. Se presentó y solicitó entrevistarse con el capitán de forma urgente. San Román, cogió el auricular más torpemente de lo que hubiese deseado y comunicó al capitán la llegada del sargento Javier De la Fuente. Todos lo estaban esperando. Cumpliendo con sus órdenes lo acompañó gustosa hasta su despacho. Ambos se detuvieron delante de la puerta en la que un cartel rezaba: capitán Vicente Naves. Pili llamó a la puerta y seguidamente la abrió dando paso al sargento.

Por experiencia, De la Fuente, sabía que un mal comienzo podía truncar futuras relaciones, deseaba que este no fuera uno de esos casos. La colaboración era crucial

en su trabajo y aunque el capitán no era oficialmente su jefe, seguía siendo su superior. Y mientras se mantuviese en sus dominios estaba a sus órdenes. Deseaba empezar con buen pie y para ello su esmerada educación siempre le daba buenos resultados.

—Buenas tardes mi capitán, se presenta el sargento Javier De la Fuente.

—Buenas tardes sargento —dijo con tono distante el capitán— puede pasar. Siéntese —le dijo mostrando una de las sillas al otro lado de la mesa.

El despacho del capitán era sencillo. Las paredes estaban pintadas de blanco y de ellas colgaban algunas fotos que debían ser muy probablemente de la inauguración del cuartel. El resistente material del suelo, de un color grisáceo, era una continuidad a lo largo de toda la planta. En la esquina opuesta a la puerta de entrada había una mesa de despacho de madera clara y, haciendo juego, un poco más allá, un armario de cuatro puertas. El mobiliario quedaba completo con una mesa para reuniones con cuatro sillas. Todo estaba tan perfectamente ordenado, que parecía que allí no trabajase nadie.

—¿Ha tenido tiempo de almorzar? —le preguntó cortésmente aunque con su seriedad habitual.

—Sí, mi capitán —mintió abiertamente. Cuando empezaba con un caso sentía cierta presteza por comenzar y más cuando el tiempo apremiaba. En esos momentos, tenía claras sus prioridades y comer no era una de ellas.

—Bien, en ese caso si le parece vamos al grano sargento —atajó Naves.

A primera vista le gustaba el chico. Había investigado su historial y tenía que reconocer que era espléndido. Mejor, pensó. Necesito alguien que resuelva este caso lo antes posible y me quite este muerto de encima. Y nunca mejor dicho. Suponía que estaría a la altura, pero no obstante, no se iba a dejar impresionar por un universitario guaperas por mucho que su curriculum dijese, meditó renuente.

El capitán no quiso quedarse sin el placer de contarle todo lo que había ocurrido. Posada le había entregado un minucioso informe minutos antes. Se lo había empollado literalmente para que la historia fuese lo más precisa y completa posible. Tenía que mostrar dominio de la situación, aunque no fuese del todo cierto. Por lo demás, el registro al lugar de los hechos y la visita a la viuda de Miguel le daban todo el derecho a saberse el más ilustrado y, por tanto, el más apropiado para informar al responsable de la investigación. Únicamente se había saltado el protocolo de acompañar a Raúl al anatómico forense para que identificara el cuerpo. Para ese trabajo no era necesaria su presencia. Cualquiera podía hacerlo. Por ese día ya había realizado bastantes esfuerzos.

De la Fuente escuchó pacientemente la versión de los hechos que el capitán le detallaba, mientras realizaba algunas anotaciones en un cuadernillo del que no solía separarse.

—¿Quién encontró el cadáver? —preguntó el sargento en un respiro del capitán.

—El cabo Posada —anunció—. Ha redactado un exhaustivo informe para ponerlo al día —dijo honestamente a pesar de la incómoda interrupción del sargento.

—Muchas gracias capitán —contestó De la Fuente.

El sargento había captado en su tono de voz que la interrupción no había sido de su agrado. Permaneció en silencio hasta que dio por finalizada su exposición, tras la que formuló un par de preguntas más bien de cortesía. Le interesaba la versión de ese cabo y no la del capitán, aunque por respeto mantendría las formas.

Aclaradas las dudas y con el capitán aparentemente satisfecho, De la Fuente se dispuso, con guante blanco, a tratar la escabrosa y no siempre fácil cuestión de la organización de la investigación. La colaboración entre personal de distintas Comandancias no siempre resultaba efectiva y en más de una ocasión se llegaba a confrontaciones personales.

—Capitán, si me lo permite, me gustaría contar con la participación del equipo de la Judicial del cuartel. Es imprescindible disponer de su apoyo para resolver el caso...

—Me agrada lo que acaba de comentar. Como sabe, el motivo de que usted esté aquí no es otro más que la baja de nuestro jefe de la judicial —recalcó—. Pero puede usted contar con el resto del equipo para lo que necesite.

El ofrecimiento del capitán no era tan honrado como podía parecer. Más bien se trataba de la oportunidad de seguir controlando la situación y por supuesto, al sargento. Además de disponer de información cuando y como quisiera a través de su personal. Pero a De la Fuente eso no le importaba ni lo más mínimo.

—Muchas gracias mi capitán —respondió De la Fuente amablemente—. Si no es mucha molestia, me gustaría hablar directamente con el cabo que descubrió el cadáver, independientemente de que su informe me será de gran utilidad. Y, si es posible —se atrevió a decir— y no le supone inconveniente me gustaría que me acompañase al lugar del crimen y en el resto de la investigación. Su cooperación es fundamental en el esclarecimiento de los hechos. Además, desconozco la zona y me facilitaría mucho tener una persona de soporte.

La ingente satisfacción del capitán ante la solicitud de apoyo y colaboración que el sargento la había solicitado fue de tal magnitud, que inmediatamente liberó a Posada. Además, puso bajo sus órdenes al equipo de la Policía Judicial del cuartel, formado por tres personas más. Ambos querían colaborar y acabar con el caso lo antes posible, aunque por motivos bien diferentes. El capitán anhelaba que su villa volviese a la normalidad, y retornase a su día a día sin sobresaltos ni preocupaciones añadidas. El sargento simplemente por la satisfacción del trabajo bien hecho.

Pese a que el sargento le había agradado tanto como su planteamiento, por su mente no dejaba de circular la idea de que tenía que estar alerta. Bien podía ser que esa buena voluntad tuviera una doble intención oculta, se decía Naves suspicaz.

El capitán descolgó el teléfono para contactar con San Román.

—Mi capitán...

—Que Posada venga a mi despacho —ordenó con tono adusto.

—Sí, mi capitán —contestó San Román.

A Javier no le gustaba perder el tiempo y la verdad es que estaba deseoso de escuchar al cabo que había participado desde el principio. En su interior brotó una sensación de bienestar que pronto desaparecería.

En escasos segundos Posada llamó a la puerta del despacho.

—Pase —ordenó Naves.

—A sus órdenes mi capitán —formuló tal y como se esperaba de ella. Y se cuadró esperando indicaciones.

—Cabo...

De la Fuente estaba estupefacto. ¡Se trataba de una mujer...! La cabo, no «el» sino «la». ¡Y para su desgracia había insistido! De haberlo sabido, no hubiera puesto tanto interés en que le acompañase en la investigación... Pero ahora ya estaba hecho y tendría que acarrear con ello. La forma neutra que había utilizado el capitán, no le hizo sospechar ni por lo más remoto que se trataba de una mujer. ¡Piqué como un imbécil! se decía. Su decepción fue notoria, pero se recompuso ágilmente del bajo golpe que involuntariamente acababan de asestarle. Posada, aunque no sabría detallar de qué se trataba, percibió claramente la contrariedad del sargento.

—Cabo le presento al sargento Javier De la Fuente. Es el experto que ha venido desde Gijón para investigar el caso. Ambos consideramos que debería acompañarlo y ponerlo al día sobre lo ocurrido. Estará usted a sus órdenes mientras dure la investigación —explicó el capitán haciendo descaradamente suya la propuesta.

—Buenas tardes sargento, a sus órdenes —se escuchó decir a Posada satisfecha porque finalmente no iba a estar apartada de la investigación.

—Buenas tardes, cabo.

Posada quedó asombrada. El sargento De la Fuente era uno de esos hombres a los que merecía la pena contemplar. Alto, de aproximadamente metro noventa, con un cuerpo perfectamente formado, escultural. A través del uniforme se podía vislumbrar una musculatura bien torneada. El tórax marcaba un claro triángulo invertido, con anchos hombros y cintura estrecha. Las piernas aparentaban atléticas a través del pantalón que le quedaba lo suficientemente ceñido como para intuir las. Tenía el pelo lacio y castaño, con un esmerado corte en la zona de la nuca y algo más largo por delante. Sus intensos ojos azules eran como un imán a la vista de cualquiera. La barbilla dibujaba un hoyuelo y su boca perfectamente definida y enmarcada por dos arrugas en la comisura de los labios, le otorgaba cierto aire de picardía pese a la seriedad con que se mostraba. Le pareció irresistible. Un inesperado calor abordó sus mejillas sorprendida por la intensidad con la que lo estaba examinando. ¡Mierda!, soltó en silencio. Solamente esperaba que no hubiera sido tan evidente para los presentes como lo había sido para ella. ¡Qué vergüenza!, se reprendió. ¿Qué diablos estaba haciendo? Dio gracias a que el sargento interrumpió su conversación interior en el momento oportuno y, sobre todo, a que su descarado análisis había pasado inadvertido.

—Me gustaría ir cuanto antes a ese hotel, si no le parece mal capitán Naves... — comentó sin dirigirse a ella.

—Por supuesto. Cuando usted diga —confirmó el capitán.

Con las mismas, De la Fuente y Posada salieron del despacho encaminándose al parque móvil para recoger un coche.

En la soledad de su despacho, Naves se sintió abatido. Y aunque aún no era ni media tarde, exhausto. Seguramente por la tensión que había soportado. La visita a la viuda de Miguel y el mordaz y continuo runrún de su cabeza a propósito de la insistente lucha con fantasmas del pasado, a la que se veía sometido, lo tenían agotado. Postrado en su silla giratoria, extenuado y mirando sin mirar, se sentía vencido por primera vez desde hacía mucho tiempo. En su mente escuchaba sus lamentos y, esa sensación no le era desconocida. Hacía nueve años que su firmeza se había desplomado y, desde entonces, le costaba remontar su ánimo. Fue incapaz de evitar que aquel desquiciado hombre desahuciado, sin trabajo, sin ingresos y sin nada que llevarse a la boca, matase a sus hijos como consecuencia de su deplorable situación. Eso había marcado el principio del fin de su carrera. Y aunque intentaba disimularlo, él ya no tenía la seguridad, el coraje y la templanza que poseía antes de aquel suceso. Había caído en desgracia y como si se tratara de un peón cualquiera en una partida de ajedrez, su superior, le invitó a pedir el traslado. Era prescindible. Eso, había herido su ego, hundiéndolo aún más. Por aquel entonces, vencido, buscó un destino tranquilo, sin complicaciones y que pudiera manejar sin dificultad. Y Llanes era ese destino. Para conseguir la plaza, había tenido que mover muchos hilos y pedir muchos favores con los que a buen seguro hoy no podría contar. Y ahora, después de tantos años, se veía envuelto en una situación que no se sentía capaz de resolver; temía verse obligado a solicitar el traslado una vez más. Estaba tan convencido de que en un descuido le arrebatarían su apacible puesto, tal y como le había ocurrido en el pasado, que ese pensamiento le provocaba una presión difícil de soportar. Analizando la conversación que había mantenido con el sargento, le parecía demasiado bonito para ser cierto. Tanta predisposición... Lo vigilaría muy de cerca, se decía insistentemente. Sin embargo, no existía ningún motivo para sentirse amenazado, más que su traidora mente.

1922

Por fin llegó la noche. Finalizadas las tareas, Elena se encaminó hacia la torre plena de gozo. Se dirigía hacia su ansiado encuentro. Subía las escaleras con el corazón alborotado golpeando sin cesar. Sabía que su amor era imposible y por ello le costaba hacerse a la idea de su dicha, sin embargo, le amaba locamente y deseaba vivir unas horas más con Enrique sin pensar en el mañana. Sólo ellos dos.

Al llegar sin resuello al descansillo que daba a la torre se detuvo por unos instantes para recuperar el aliento. Abrió la puerta y lo llamó. Pero no obtuvo respuesta. Sin embargo, percibió su presencia en la terraza. Entusiasmada se acercó presurosa. Le gustaba la idea de contemplar aquellas maravillosas vistas con su gran amor. Gozosa, con la respiración agitada, se asomó por la puerta, buscándolo, sin ocultar su deseo. Él se encontraba entornado, mirando hacia el crepúsculo. Algo le pareció diferente cuando se acercó por detrás y lo abrazó. Él se giró hacia ella. Y un inmenso asombro se dibujó en la cara de Elena. No era Enrique, sino Francisco. Por un instante la expresión de Francisco se turbó al ver el horror dibujado en el rostro de Elena. Pero velozmente recuperó la compostura con un malicioso brillo en los ojos.

—¿Sorprendida? No lo estés. Hoy me toca a mí —le dijo lascivo.

Una oleada de pánico recorrió el cuerpo de Elena. Aterrada, dio un paso hacia atrás alejándose de él. Percibió un punzante nudo en la garganta y con él las ganas de echarse a llorar. Elena no entendía lo que estaba ocurriendo.

—¿Y él? —acertó a preguntar sin poder mencionar su nombre.

—Está con mi padre —respondió arqueando las cejas—. Me las he ingeniado para que mantengan una conversación larga y tendida respecto a su futuro matrimonio con Leonor. ¿Lo sabías, no? —dijo perverso.

La desolación arrolló a Elena. Segura de que, por su condición, no podía ser amada por Enrique, se echó a llorar despreciándose por su ingenuidad. Tenía que haberlo imaginado, se reprochó. Pero había sido tan real... Y él parecía tan enamorado...

—No llores. Yo le sustituiré. ¿No te importará, verdad? —dijo sardónico.

Se acercó a ella con paso decidido, la agarró fuertemente por los brazos y la

empujó violentamente hacia el interior del edificio. Apretándola contra su cuerpo la besó bruscamente en la boca. Ella intentó zafarse, pero él la tenía fuertemente cogida.

—¡No, por favor! —pudo decir ahogadamente—, suéltame. ¡Te lo suplico!

—Te lo suplico, te lo suplico —se burló—. Seguro que con mi hermanito no suplicabas lo mismo. Deberías estar orgullosa de que dos distinguidos como nosotros nos prestemos a estar contigo. ¿Qué te dio él que no pueda darte yo, eh? —gritó encolerizado.

Tras comentar esas palabras le dio media vuelta y la lanzó contra el suelo. Antes de que pudiera reaccionar, estaba encima de ella, inmovilizándola. Tuvo que pelear durante unos instantes, pues se retorció y no conseguía dominarla. Sin dudarlo, le propinó un derechazo que la dejó semiinconsciente. Por fin, consiguió sujetar sus manos apretándolas fuertemente contra el suelo. Ya no se movería más, se dijo. Le levantó el uniforme como pudo y le arrancó la ropa interior. Le separó las piernas haciendo presión con las suyas y la violó.

Posada cogió las llaves de un todoterreno y se dirigió al garaje. Mientras, el sargento se acercó al parking público, donde había dejado aparcado el coche, para hacerse con su maletín. Ella lo esperó paciente en el asiento del piloto con las llaves en el contacto.

—Cabo Posada ¿no? —dijo él mientras se subía al coche.

—Sí, cabo Julia Posada —confirmó ella con el mismo tono seco y distante que había empleado él.

—Bien. Quiere por favor contarme su versión mientras vamos de camino.

Parecía una pregunta, pero no lo era; su superior le estaba dando una orden clara y concisa. Posada esperaba tener una relación más de equipo y no tan jerarquizada; sobre todo si tenía en cuenta que durante unos días estarían trabajando codo con codo. Obvió esos pensamientos y se dispuso a cumplir la orden. Le relató los hechos ajustándose a la realidad. Él, entretanto, permaneció en silencio, prestando atención a cuántos detalles le esgrimía. El desencanto de Posada se iba acrecentando a medida que avanzaba en sus explicaciones; él no se había parado a mirarla en todo el trayecto, ni a mediar un triste comentario, ni ligera expresión, ni asentimiento. Sentía como si estuviese hablando con un compañero imaginario. Aunque, por otro lado, había que reconocer que la distancia entre Llanes y Póo era muy pequeña y bien podía tratarse de un acentuado rasgo de timidez. Esos pensamientos la tranquilizaron.

Cuando terminó de contarle lo sucedido habían llegado. Introdujo el coche en el recinto del hotel y lo dejó aparcado despreocupadamente a un lado del extenso jardín, junto a la ennoblecida palmera. El silencio del sargento se tornó espeso enrareciendo el ambiente. Era como si no hubiese quedado satisfecho con el informe que había sido capaz de desarrollar en diez minutos de conversación con él. Bueno, más bien de

monólogo, pensó Posada; ella se sentía ciertamente incómoda.

No había dejado de llover y el viento arreciaba incansable. La palpable tristeza de los árboles acompañaba la desdichada situación; algunos desprovistos de hojas, otros languideciendo por el peso que soportaban sus ramas debido a la ingente cantidad de agua acumulada.

Decidida, salió del coche ágilmente corriendo hasta la entrada principal para guarecerse del temporal y quizá, ¿por qué no?, huyendo de la compañía. Una extraña sensación se apoderó de ella. Sentía como si llevase toda la vida subiendo por aquellas escaleras de piedra. Le sorprendió la familiaridad que había alcanzado en tan solo un día.

—¿Qué tal López?

—¿A ti qué te parece? Supongo que ahora que ya habéis llegado, podré marcharme ¿no?

Posada se encogió de hombros. Viendo cómo estaba el ambiente no se atrevía a tomar ninguna decisión sin consultarla previamente con el sargento.

Él cogió su maletín y la alcanzó en la entrada al hotel.

—Ya no es necesaria su presencia. Puede marcharse —ordenó a López. Era evidente que había escuchado su reparo.

—Gracias sargento.

De la Fuente apoyó el maletín en el suelo extrayendo de su interior guantes y calzos. Posada cogió los suyos sin vacilar. Al menos no le daría motivos para incrementar la ya complicada relación que se avecinaba, tenía una sensación extraña con él. De alguna manera (y no sabía por qué) sentía que no le había caído en gracia. Eso o realmente era la persona más rara con la que se había tropezado en su vida. Lamentándose de su suerte, elevó las cejas resoplando abrumada. Su ilusión por participar en la investigación se había evaporado.

Cuando observó que él había finalizado con los preparativos, Posada lo condujo hasta el primer piso. Ya en la planta, antes de entrar en la habitación, él la agarró fuertemente por el brazo y la detuvo. Dio un paso atrás tirando de ella y comenzó a sacar fotos. Ella permaneció inmune, expectante. Cuando concluyó, entraron en la habitación donde se había encontrado el cuerpo sin vida de Miguel.

—¿Y el cuerpo? —preguntó con el ceño fruncido aunque imaginaba perfectamente donde estaba.

—Se lo han llevado. La forense certificó su muerte y la juez ha dictaminado el levantamiento del cadáver. Se lo llevaron hará unas dos horas al anatómico forense de Llanes.

La expresión del sargento era tan iracunda que Posada no necesitó escuchar los comentarios que a buen seguro rondaban por su cabeza para saber lo que estaba pensando. Si ella estuviera en su lugar, también estaría encolerizada. Pero la juez tenía prisa. Y ella es la que manda en estos casos, se dijo. Además, la Policía Judicial de Llanes había recogido las pruebas. Ella misma había sacado las fotos necesarias.

No se había incumplido el proceso en ningún momento. Durante un buen rato él prolongó un silencio que a Posada se le antojaba eterno y prodigiosamente incómodo. Además tenía una mirada ceñuda. Estaba claro que era un hombre de pocas palabras y con un carácter difícil.

Mientras observaba cómo el sargento continuaba inspeccionando minuciosamente la habitación, se sintió confusa. El sargento la tenía desconcertada. No podía pensar en otra cosa más que en la actitud que él había tomado con ella. Sus pensamientos estaban muy lejos de donde realmente tenían que estar. Segundos más tarde, los remordimientos la obligaron a despejar la mente e intentar concentrarse en lo objetivamente importante. Decidió no dejarse influenciar y actuar tal y como era sin que le afectara la frialdad con la que él la trataba. Para relajar la situación, pensó en romper el silencio que se había instalado entre ellos. Pero la fortuna no estaba de su lado. En el preciso instante en que de su boca pretendían salir las palabras, él desapareció. Regresó al poco tiempo dispuesto a continuar con el meticuloso reconocimiento. Posada aprovechó la oportunidad sin dilación.

—He sacado fotos y grabado varios videos. Hice una copia para enviarlas a revelar, pero las he conservado en la cámara —explicó mostrándosela—. Pensé que al que viniese le gustaría disponer de ellas —continuó—. Hasta mañana es probable que no las tengamos —se justificó—. Los vídeos los he grabado en mi móvil.

El sargento se giró y sin pretenderlo arqueó una ceja sorprendido ante la audacia de Posada. Ella se percató rápidamente de su movimiento. Era una excelente observadora. Además tenía muy desarrollado un sexto sentido para el lenguaje no verbal que inconscientemente se transmite con el cuerpo. Eso le facilitaba considerablemente su trabajo. Pero en este caso el sargento la descolocaba de tal manera, que le dificultaba la interpretación de ese lenguaje subliminal. ¿Lo había sorprendido o quizá era un ademán despectivo sobre la escasa o nula confianza en los agentes de las fuerzas de seguridad locales? Ciertamente se estaba volviendo loca con tanto análisis a todas luces innecesario. No entendía por qué le preocupaba tanto su opinión. Quizá estuviese relacionado con su inconsciente admiración hacia el sargento, al fin y al cabo se trataba de «un experto» de Gijón. O quizá se sentía abrumada. Obvió esos absurdos pensamientos. Había tomado la decisión de ser ella misma, y lo haría. Eso siempre le daba buen resultado.

Evidentemente De la Fuente no lo esperaba. Habitualmente, en situaciones similares, los de la zona, se limitaban a llamar a su comandancia buscando apoyo y poco más. Posada había conseguido despertar su interés, aunque él no dejaría entrever su asombro, ya que lo que menos le apetecía era tener que trabajar con ella. El sexo femenino le había dado muchos problemas y lo quería lo más lejos posible.

Se acercó sin más y tomó la cámara que ella le ofreció. Las fotos eran buenas, muy significativas. Tuvo que reconocer que tenía talento para la investigación. Estaban realizadas desde diferentes ángulos y muchas de ellas recogían detalles, pequeñeces, que en principio podían pasar desapercibidos, pero que a la larga podían

ser cruciales en la investigación. Miguel era lógicamente el gran protagonista. Y a falta del examen que acostumbraba a realizar al cuerpo, al menos, las fotos le daban mucha información. Aún así decidió sacar sus propias instantáneas. No disponía de tiempo en esos momentos para revisarlas y era imprescindible que recogieran todos los detalles, por nimios que pudieran parecer. Claro que iba a necesitar las de Posada, pero luego se ocuparía de eso. Durante más de una hora el sargento realizó una exhaustiva inspección sin descubrir nada nuevo. Estaba intranquilo. Por lo que le había contado Posada, faltaba algo verdaderamente importante.

—¿Se ha encontrado algún indicio en el exterior? —preguntó en tono grave.

—No. Nada —respondió ella.

—El presunto homicida tuvo que haber escapado por algún sitio, ¿no le parece?

—Sí. Pero no hemos encontrado nada —respondió resuelta.

—Vamos —dijo elevando las cejas despectivamente.

Pese a que estaba diluviando, ambos salieron del edificio. Durante largo rato inspeccionaron el contorno más cercano al edificio sin detectar ninguna evidencia. O había escapado por la puerta principal, o se había volatilizado. Sin embargo a De la Fuente no le encajaba que su escapatoria hubiese sido por la entrada. Aunque era domingo y a una hora muy temprana, cualquiera podría verlo. Salvo que el suceso hubiera sido en la oscuridad de la noche. Pero según las explicaciones de Posada, Miguel no parecía que llevase mucho tiempo muerto; la forense tendría que determinarlo. Entretanto buscaría una salida que no fuera la entrada principal.

Hacia rato que se habían insensibilizado a la lluvia que los empapaba, hasta que, de improviso, se vieron envueltos en una virulenta tormenta que les impedía concentrarse en su objetivo. Las ráfagas de viento azotaban incansables provocándoles una desagradable sensación. Un trueno no muy lejano les intimidó. Pese a todo continuaron. El sargento no se amilanó y Posada no iba a ser menos. Sin embargo, al poco iniciaron los relámpagos acentuando la intensidad de la tormenta. La tierra se estremecía con cada trueno, pero el sargento decidió ampliar la zona de rastreo avanzando hacia lugares más alejados de la casa. Era del todo improbable que se tropezasen con alguna pista; si en el perímetro de la casona no habían encontrado nada, muy probablemente es que no lo había. Además, en tal caso, el rastro habría desaparecido con la lluvia. Pero él no se rendía. De pronto un nuevo trueno seguido de un relámpago cayó muy cerca de ellos. La tormenta se aproximaba. Inesperadamente se oyó la llamada de un móvil. Era el del sargento. Lo sacó de la parka y observó la pantalla. Se trataba de un número oculto, pero su trabajo le había acostumbrado a recibir llamadas de desconocidos. Descolgó.

—De la Fuente —se oyó decir.

—¡Sargento! —gritó Posada por encima del estruendo del trueno que aún se escuchaba— ¡el móvil! —vociferó señalando el aparato.

Él lo miró detenidamente. En un acto reflejo colgó y se lo guardó en el bolsillo. Ambos echaron a correr hacia el coche para refugiarse de la tormenta. Se subieron

raudos a tiempo de divisar cómo un rayo atravesaba el cielo iluminándolo a su paso hasta tomar tierra al otro lado del muro. La inoportuna llamada podía haberles acarreado muchos problemas. Sin embargo, el sargento estaba molesto porque había tenido que colgar y ahora no sabía de quién se trataba. ¿Y si estaba relacionada con el caso?, se preguntaba. Durante un buen rato observaron la bravura de la tormenta. El suelo se estremecía. El sargento, desganado, ante aquella cruenta tormenta, dio por finalizada la inspección.

—A la chica se la llevaron al hospital de Arriondas ¿no? —quiso confirmar sin más preámbulos.

—Sí —asintió ella. Van a dejarla ingresada al menos hasta mañana. Mientras estaba reunido con el capitán, llamé al hospital para interesarme por ella —aclaró.

A De la Fuente le gustó su iniciativa. Posiblemente sirva para algo más que para hacer de chófer, meditó, aunque verdaderamente le bastaba con que lo llevara ágilmente de acá para allá y le facilitase el conocimiento de la zona.

—Lléveme a ese hospital —le ordenó secamente.

Posada se puso en marcha. Estaba desanimada y empapada. El sargento se lo estaba poniendo muy difícil. Parecía estar continuamente de mal humor y eso sobrecargaba un ambiente ya de por sí enrarecido. Le debía obediencia militar por ser su superior en rango y cumpliría con esa parte. Pero le hubiera gustado que la relación entre ellos fuera diferente.

Álex ocultaba el rostro tras sus varoniles manos mientras descorazonado esperaba en aquella fría sala de hospital. Su mente evocaba lo que inevitablemente se había visto obligado a hacer. Sus dudas se habían acrecentado reconcomiéndole, abrasándole, provocándole una angustiosa comezón que le usurpaba el aire, ahogándole como si tuviese el cuerpo rodeado de una espesa capa de cemento tornando absurdo el simple ejercicio de respirar. Le provocaban un daño tan intenso que percibía cómo se propagaba por todo su ser destruyéndolo. Tenía que saberlo. Debía saberlo. Y, por su bien, se vio obligado a actuar.

Conoció casualmente a Beni en «La Mazuga», un bar ubicado en la carretera general de Póo en el que paraba prácticamente todo el pueblo. Apoyados en la barra del bar ambos tomaban un *Gin Tonic*. A la tercera copa, él le contó lo de su invalidez. Trabajaba en una empresa de seguridad hasta que una noche de borrachera, se cruzó con un tren en un paso a nivel. La embriaguez era de tal calibre que no lo advirtió hasta que su cuerpo impactó con la carrocería delantera de la locomotora. Según su criterio, estaba insuficientemente señalizado. Durante veinte largos e interminables días estuvo entre la vida y la muerte. Podía haber sido peor. Al final salvó su vida, pero su pierna quedó inutilizada. La minusvalía le impidió volver a trabajar. Y ahora la fotografía era su entretenimiento. Su vida. En ese mismo instante una idea comenzó a rondar por la cabeza de Álex. Poco a poco, le dio forma. Era perfecto: vigilante de seguridad y aficionado a la fotografía. Lo contrataría para seguirla, se

dijo. Necesitaba un chivo expiatorio que lo mantuviese al día sobre sus movimientos. Raquel había cambiado desde que le contó su aventura. Al principio, era comprensible. Pero con el paso del tiempo permanecía alejada de él. Y en cambio cada vez que estaba con ese hombre la notaba relajada, distendida, feliz... Estaba volviéndose loco de celos. La quería tanto... Se arrepentía tanto... Necesitaba saber que ella lo seguía queriendo. Que no estaba con otro. Quería recuperar a Raquel, recuperar su vida con ella... Raquel le había insinuado que si querían resolver sus problemas conyugales debían seguir el consejo de Nacho; ella confiaba plenamente en la opinión de su amigo. Por eso había accedido a trasladarse a vivir allí. Había sacrificado mucho. Y nadie ni nada le impediría recuperarla.

Su atropellada reunión con Beni se lo había confirmado. El sábado a mediodía se ausentó de casa a hurtadillas. No le había llevado ni media hora. Beni le había entregado un amplio surtido de fotos. Los protagonistas eran Raquel y Miguel. Era evidente que disfrutaban de su mutua compañía y seguramente de algo más. Sospechaba lo que ella sentía en aquellas fotos. A simple vista no había nada que indicase que eran amantes. Pero a él no le engañaban. Era cierto que no había ninguna foto comprometida. Pero la invisible electricidad que emanaba entre ellos y que la lente de la cámara había captado, era suficiente para decirle claramente lo que pasaba. Él sabía leer entre líneas. Y lo que allí pasaba no dejaba dudas. Cada vez que las veía, una oleada de celos se apoderaba de todo su ser. Esos momentos le correspondían a él y no a Miguel. A él y solo a él. Hacía mucho que no la veía tan radiante. Verla así le hacía recordar los momentos que había vivido con Natalia. Y solo de pensar que Raquel pudiera sentir ese deseo irrefrenable por otro hombre, como él lo había sentido en su correría, le volvía loco... De todas ellas, únicamente en una había una tercera persona. Desconocía quién era. Tendría que preguntarle a Beni. Seguro que él sabía de quién se trataba. Su tristeza se acrecentó al advertir que hasta en esa foto se la veía feliz. La envidia le devoraba. Raquel era suya. No de él. El sábado de tarde, de regreso a su casa, mientras remiraba las fotos una y otra vez, el fuego que albergaba en sus entrañas crecía sin control.

De pronto, un estruendoso tono de altavoz interrumpió sus ponzoñosos recuerdos. Estaban llamando a los familiares de Raquel Castro. Ese era él. No sabría especificar cuánto tiempo había transcurrido, suponía que bastante. Se levantó de un salto y se aproximó a la misma ventanilla en la que había sido atendido a su llegada.

—Me han llamado —explicó alterado.

—Pase por esa puerta. Le estarán esperando al final del pasillo.

—Gracias —contestó con un hilo de voz.

Álex avanzaba presuroso hacia la persona que lo esperaba al final de pasillo; suponía que era el doctor que estaba tratando a su mujer. Mientras caminaba, percibió sus nervios alterados. La sensación de desasosiego recorriendo todo su cuerpo lo angustió.

—Su marido, supongo —comentó el doctor seguro de que lo era.

El doctor Gómez tenía la costumbre de consultar con los auxiliares o celadores sobre los familiares de los pacientes, asegurándose de que daba la información a la persona adecuada. En una ocasión, hacía poco más de un año, había informado del embarazo de una paciente a su marido en pleno proceso de divorcio. Hábilmente había llamado interesándose por su estado. Eso le había servido a aquel hombre para ganar el juicio contra su mujer por infidelidad. La posibilidad de que el niño fuera suyo era nula. Y a él, la mujer, le había acusado de incumplir la ley de protección de datos, derivándose en serios problemas con su jefe.

—Sí, sí. Soy su marido.

—Soy el Dr. Gómez, especialista en neurología y a cargo de su mujer —se presentó—. Necesitamos que nos conteste algunas preguntas. Ella está... desorientada. La explicación no era del todo cierta; él se veía en la obligación de descartar que no se trataba de un caso de malos tratos.

—Pero ¿está bien? —tartamudeó.

—Es pronto para decirlo. Es crucial la evolución de las primeras 24 horas. Pasado ese tiempo, podremos decirle algo más concreto. ¿Qué le ha ocurrido? —inquirió retomando el dominio de la conversación.

—No lo sé con exactitud. No estaba con ella. Estamos rehabilitando una casona en Póo, ella se iba a reunir allí con el contratista —aclaró—. A mí me avisó la Guardia Civil. Según me comentaron, parece ser que se cayó por las escaleras. No le puedo decir más. Lo siento.

La experiencia del Dr. Gómez le decía que en breve tendría una visita de la Benemérita, por lo que renunció a hacerle más preguntas. Dejaría que ellos hicieran su trabajo.

—Por las contusiones que tiene en varias partes del cuerpo y sobre todo en la cabeza, parece claro que se cayó y rodó por varios peldaños —concluyó—. En principio, todo parece indicar que tiene las secuelas del fuerte golpe que se ha llevado y la conmoción propia del momento. No recuerda qué le pasó —le dijo suavemente mirándole a los ojos—. Es posible que tenga amnesia durante unas horas, quizá días. No lo sabemos con exactitud. —La expresión de Álex reflejaba desconcierto y, sobre todo, incredulidad. El Dr. Gómez continuó con sus explicaciones—. Para nosotros es muy importante la reacción que tenga con usted. Pero tiene que estar preparado para cualquier manifestación; puede ocurrir que no lo reconozca. No se asuste ni reaccione de manera que la pueda contrariar. Tampoco la obligue a recordar; el cerebro humano es impredecible. Recordará cuando esté preparada para ello. Acompañeme, le llevaré a verla.

Y sin esperar respuesta se giró para acceder a los *boxes* de urgencias. Álex lo siguió sintiendo una fuerte opresión en el pecho. Estaba muy nervioso. Aborrecía verla sufrir. Y la imagen de Raquel postrada en una cama de hospital le impresionaba enormemente. Deseoso de abrazar a su mujer, caminó a buen paso tras él.

Recorrieron un ancho pasillo impersonal de color verde agua con una luz fluorescente que mostraba más de lo que el ojo humano podía percibir a simple vista. A lo largo del camino se disponían los *boxes*. En su gran mayoría estaban ocultos por pequeñas cortinillas blancas, en cuya parte inferior más extrema rezaba «Hospital del Oriente de Asturias» en un tono verde agua acorde con el de la pared, junto con su anagrama. El doctor giró en el último de ellos y, al descorrer la cortina, apareció Raquel. Al verla un escalofrío recorrió su cuerpo. Su aspecto era deplorable: el color amoratado que rodeaba la profunda brecha del rostro se había intensificado abarcando parte del ojo, el collarín que sujetaba el cuello impedía que el pijama de hospital le encajase adecuadamente, la sábana blanca que la tapaba estaba bastante desgastada y con las letras desteñidas hacia un tono lila verdoso por el reiterado uso de la lejía, y, además estaba ese rítmico bip que emanaba de la máquina a la que estaba conectada. La impresión de ver a Raquel en ese estado transmitió en Álex una vívida sensación de lástima. Los hospitales eran tan fríos y tan poco íntimos... Le apetecía llorar, pero por decencia o por vergüenza se reprimió.

—¿Qué tal, cariño? —le preguntó con la congoja a punto de explotar.

Su voz salió más débil de lo que él hubiera deseado. No quería mostrar la preocupación que tenía para no asustarla. Pero le fallaban las fuerzas. Ella levantó la mano para coger la suya. Por su mejilla arrolló una lágrima que empapó la almohada sobre la que estaba apoyada. Se había esforzado por ser valiente y no dejarse vencer. Pero incapaz de dominarse por más tiempo, su barbilla comenzó a temblar liberando el nerviosismo y la congoja acumulada. Un agudo dolor le presionaba la garganta impidiéndole hablar. Dejó que la oleada de lágrimas arrollara por su aceitunada tez. Tragó saliva e intentó tranquilizarse. Pero la angustia que sentía empujaba con fuerza y no podía librarse de ella. Y ahora que ya tenía a Álex a su lado, no quería reprimirse más. Necesitaba desahogarse llorando para liberar su cuerpo de esa angustiada sensación. Él consiguió serenarse a sabiendas de que ella le reconocía. No lo había olvidado como al triste suceso de esa mañana de domingo. Hizo acopio de fuerzas e intentó apaciguarla.

—Tranquila —le dijo—. No pasa nada. Tienes que calmarte —insistió en un tono excesivamente ansioso mientras la abrazaba.

Ella lo miró a los ojos. En su mente se había forjado un muro infranqueable. No recordaba lo que había sucedido. Pero en su cabeza persistía la idea y la preocupación de que algo grave había pasado. Y eso la desesperaba. A pesar de los esfuerzos de Álex por aplacar su zozobra, ella continuaba llorando desconsoladamente. Las lágrimas rodaban ininterrumpidamente por su rostro en un vano intento por llevarse con ellas el pesar que tanto la afligía. Sus ojos sensiblemente enrojecidos destilaban, aún así, una belleza que lo embelesó.

—Ya sé que no recuerdas nada, pero a mí sí me recuerdas. Y eso ya es un paso importante —dijo torpemente.

Con su insistencia, Álex provocó en ella el efecto contrario. La desafortunada

reacción en cadena fue inmediata. El electrocardiograma evidenció sin demora el peligroso aumento del latido de su corazón. La tensión y las pulsaciones se dispararon.

—¿Qué ocurre? —preguntó Álex alarmado.

—Salga, por favor —le indicó el doctor lanzándole una mirada de reproche—. Acompáñelo fuera —ordenó a una enfermera que se había aproximado desde el control.

—Pero... —intentó protestar Álex.

—Lo siento —le dijo la enfermera agarrándolo por el brazo.

Álex comprendió que no era el momento de poner trabas. Obedeció las órdenes encaminándose hacia el exterior, no sin antes enviar una mirada tranquilizadora a su mujer. La quería tanto... y lo sentía tanto...

Un médico pasó a grandes zancadas y entró en el *box* donde estaba Raquel. Álex se desesperó.

—Vaya a la sala, por favor, —le dijo otra enfermera al pasar a su lado—. Y Álex, obediente se encaminó a la sala arrastrándose en silencio.

1922

Enrique entró apresuradamente en la torre. Atónito observó la escena final. ¡Su hermano estaba jadeando encima de ella! ¡Su amada! Elena aún atontada por el golpe que le había propinado Francisco permanecía inerte. Solamente podía llorar y gemir angustiosamente. Se sentía mareada y sin fuerzas y no podía moverse por el intenso dolor que sentía en su cuerpo y en su alma.

Enrique se lanzó contra su hermano descabalgándolo de ella. Su furia era tal que estaba dispuesto a todo. Elena se zafó de su violador, se arrastró como pudo y se apretujó contra la pared sin moverse, dolorida y humillada. Él y su hermano se enzarzaron en una pelea rodando por el suelo. Ambos eran fuertes y estaban muy igualados en la lucha. A pesar de la rabia de Enrique, Francisco no tenía piedad con él. Los puñetazos y golpes sonaban con desesperación en los oídos de Elena, atemorizada, bloqueada. Enrique se puso en pie y, agarrando a Francisco por la pechera, tiró de él tambaleándose, dispuesto a continuar. Oleadas de furia le envolvían recordando la imagen de su hermano encima de Elena con la respiración aún acelerada. Según se lo imaginaba, se acrecentaba su cólera. En un despiste de Enrique, Francisco lo empujó con toda su energía, aplastándolo contra la pared. Sonó un grito ahogado, surgido de lo más profundo. Por un momento le faltó la respiración. Francisco aprovechó la momentánea debilidad de su contrincante para propinarle un puñetazo que Enrique logró esquivar a medias. Rodaron por la pared dándose violentos empujones y puñetazos hasta que salieron por una de las ventanas de la torre que daban a la terraza. Francisco, en su delirio, quiso empujar a su hermano por el balcón para dar por finalizada su desmoronada valía como segundón que era. No le resultó fácil, pero finalmente lo consiguió. Enrique, en un último intento por salvarse, se agarró desesperadamente a la solapa de la chaqueta de su hermano, arrastrándolo en la caída. Ambos se desplomaron al vacío. Los cuerpos se toparon con el suelo en la entrada principal de la casa. Uno primero y otro después. Tanto Enrique como Francisco quedaron inmóviles...

Durante todo el trayecto la lluvia les acompañó repiqueteando en el parabrisas sin

cesar. Los truenos ya habían cesado y, con ellos, los relámpagos. En la calzada se habían tropezado con varios argayos que, a simple vista, carecían de importancia. Aún así, Posada alertó a sus compañeros de tráfico, segura de que irían a más si continuaba descargando como ese momento. Y si así ocurría, era factible que se multiplicaran los accidentes alarmantemente. Sobre todo si las condiciones de la carretera empeoraban tan drásticamente como en la riada del dos mil diez ocurrida precisamente en aquella zona; la ingente cantidad de agua caída había desbordado el Sella, anegando todo lo que encontraba a su paso. Toda precaución era poca teniendo en cuenta el temporal que el hombre del tiempo había pronosticado en las noticias. Al menos para los primeros días de la semana.

Con todo, a pesar del deplorable estado de la carretera, no tardaron en llegar al Hospital de Arriendas. Él llevaba un plan perfectamente trazado. Comprendía que iba a ser harto difícil hablar con Raquel, pero lo consideraba prioritario en su investigación. En este caso cabían demasiadas dudas razonables. Y estaba convencido de que hablar con ella lo iba a poner en el rumbo adecuado. Sacaría a relucir su lado más persuasivo.

Una sensación de intranquilidad embargó a Posada nada más llegar al hospital como seguramente les ocurría a muchos de los que se veían caminando azarosos en sus idas y venidas por el recinto sanitario. El desánimo se apoderó de ella enraizado en sus recuerdos. Hacía ya algunos años, un complicado infarto casi se llevó a su padre tras una fuerte discusión con ella. Al acabar la carrera de Derecho, ella le comunicó que quería ser Guardia Civil. Él, orgulloso de su brillante hija, soñaba con una abogada de éxito en uno de los mejores bufetes de Madrid. Nada más lejos de la realidad. Parecía mentira que no la conociese, se repitió durante mucho tiempo. Para ella encerrarse en una oficina doce horas al día no era precisamente haber alcanzado el éxito. La endeble salud de su padre se resintió. Y durante una interminable semana permaneció hospitalizado hasta que los médicos lograron estabilizarlo.

Ensimismada en sus pensamientos, eligió un aparcamiento al azar. Sin prestar atención a su circunspecto acompañante, se bajó del todoterreno y se encaminó hacia el gran letrero rojo de «Urgencias», seguida de cerca por De la Fuente. Había dejado de llover. Pero el frío invernal se estaba dejando notar causándole permanentes escalofríos que empeoraban su estado de ánimo. Aún tenía la ropa empapada.

Era sorprendente el efecto que su uniforme provocaba en la gente. Todos: el celador, el guarda de seguridad, la auxiliar de atención al público y varias personas que paseaban apáticos cerca de la entrada, se habían quedado mirándolos expectantes.

—Buenos días, soy Javier De la Fuente, sargento de la Policía Judicial —reseñó a la auxiliar de la ventanilla de ingresos—. Esta mañana —continuó— ha llegado en ambulancia una chica, Raquel Castro. Necesitamos hablar con su médico. ¿Sería tan amable de avisarlo por favor?

Posada estaba asombrada. El sargento se había dirigido a la auxiliar con un tono

de voz tan deleitoso y educado que la azoró por un momento. Prácticamente no lo conocía, de hecho, escasamente habían compartido unas pocas horas, pero esa versión era... nueva, diferente. Estaba convencida de que con ese talante conseguiría todo lo que se proponería. Y (pensándolo fríamente) de eso debía tratarse, concluyó. Recordó la indiferencia que empleaba con ella y la desazón la golpeó pertinaz. Tuvo que reprenderse a sí misma. No estaba siendo ella. Se estaba dejando llevar por una situación que no podía permitirse. En la vida se había enfrentado a grandes dificultades, entre las que estaba su elección de ser Guardia Civil. En aquel entonces, había luchado por lo que quería enfrentándose a todos sus seres queridos, incluido Carlos. Si había superado eso, podría superarlo todo. No podía dejarse amedrentar por nada ni por nadie, tenía que ser fuerte. Animada, se recompuso ágilmente; era su trabajo y la investigación no duraría eternamente. Podría resistirlo.

La auxiliar no lo dudó ni un segundo. Descolgó el teléfono y contactó con el área de urgencias.

—El sargento... —perdón—. ¿Cómo me ha dicho?

Ella no había retenido su nombre. Su cabeza estaba como en una ensoñación; únicamente podía pensar en el imponente físico que tenía ante sus narices y en las pocas ocasiones en que había estado en presencia de un adonis como aquel. Estaba anonadada.

—Sargento Javier De la Fuente, contestó con una sonrisa arrolladora y un arqueado de ceja que dejó a la auxiliar temblando.

—¡Ah sí! El sargento De la Fuente quiere hablar con el doctor que atiende a Raquel Castro, la paciente que vino en ambulancia esta mañana —atinó a decir. Durante unos segundos estuvo atenta a las indicaciones que le daban desde el otro lado de la línea—. Bien. Gracias —contestó. Viene enseguida —contestó—. ¿Quieren esperar, por favor, en la sala? —le indicó embobada mirándole fijamente a los ojos con una fórmula que esperaba fuese lo suficientemente educada como para estar al nivel—. Su marido también la está esperando —informó consciente de que era una información que le interesaría saber a ciencia cierta.

—Gracias —respondió De la Fuente sonriéndose para sí mismo ante el efecto que había causado en esa mujer.

Posada resopló ante el espectáculo que acababa de presenciar y poniendo los ojos en blanco avanzó hacia donde les había indicado. Esto confirmaba su teoría, especuló. Él podía conseguir lo que quisiera con esa actitud. Y lo sabía. Bueno, con esa actitud, con esa cara y con ese cuerpo. Todo en su conjunto era perfecto. Tenía muy claro su objetivo y no dudaba en utilizar sus habilidades o sus dones para conseguir su propósito. Muy listo, se dijo resoplando una vez más desdeñosa.

La frialdad de la sala a pesar de los animosos mensajes que colgaban de las paredes era estremecedora. Las baratas sillas de plástico de color naranja alineadas de tres en tres recorrían el perímetro de la sala dificultando la intimidad que en esos momentos suelen anhelar los impacientes familiares. Dos máquinas expendedoras de

café y de *snacks* completaban el impersonal espacio. Posada observó los rostros uno a uno lamentando la expresión de inquietud de la mayoría hasta reconocer a Álex. Su rostro permanecía oculto bajo sus manos. Posó su mano sobre el brazo del sargento, elevando ligeramente la cabeza hacia donde estaba sentado. Él lo comprendió sin más. Ambos se acercaron a él.

De la Fuente se hizo rápidamente con la situación. Se sentó al lado de Álex, se presentó formalmente y le sugirió la idea de que lo acompañase al exterior. Aquel no era el sitio más apropiado para mantener una relajada conversación sin que nada los molestara. Y eso era crucial para observar su reacción y descartarlo o no como sospechoso.

Él accedió alarmado pero simuló su estupor. Se levantó y se encaminó hacia la salida, seguido de la peculiar pareja, sintiéndose observado por varios de los presentes.

—Es el bolso de su mujer, le dijo Julia entregándole una bolsa mientras salían del edificio.

—¡Ah! Gracias —contestó sinceramente.

—¿Se sabe algo? —se interesó Posada.

—Poca cosa. Tiene amnesia y no recuerda lo que sucedió. En estos momentos están intentando estabilizarla. Se emocionó en exceso al verme y las constantes se descontrolaron —dijo apenado.

Posada no dudaba de que estuviera realmente afectado por el estado de su mujer. Para ella era incuestionable que la quería. Pero De la Fuente no se dejaba llevar por las apariencias. Su experiencia le impedía fiarse de las demostraciones emocionales y por mucho que sus ojos quisieran convencerlo, él no se dejaba persuadir fácilmente. Tenía que descartar cualquier posibilidad por ínfima que fuera. Era su deber. Mientras caminaban le daba vueltas a diferentes alternativas. En un escenario como este cualquier situación era verosímil, se dijo. Aunque con lo poco que sabían las teorías más plausibles quedaban reducidas a tres: la del marido celoso, problemas de negocios o la de la amante despechada; al fin y al cabo, ella se había citado con él. Y por su experiencia, el culpable suele encontrarse en un elevado porcentaje entre familiares y allegados; en dos de ellas figuraban como sospechosos Álex o Raquel.

Salieron del hospital por la puerta de Urgencias y giraron por el lateral izquierdo. Avanzaron en fila de a uno pegados al edificio para protegerse del viento que provocaba una sensación térmica más baja de lo que mostraban los termómetros. Sin embargo, desistieron de protegerse de la lluvia que de nuevo había comenzado a caer con virulencia. El efecto de la ventisca la desordenaba haciendo imposible predecir por dónde arreciaba. Llegaron a un patio posterior techado que se comunicaba con el interior del edificio a través de una puerta de color rojo. Encima de ella figuraba la leyenda «Salida de emergencia» en letras blancas reflectantes sobre fondo verde. De la Fuente la había fichado mientras Posada aparcaba el coche. Allí se detuvieron.

A De la Fuente le gustaba dirigir los interrogatorios como si se tratara de una

charla informal, desenfadada. Creía que si los interrogados se relajaban lo suficiente, podía obtener de ellos mucha más información de la que en un principio quisieran contar. Le gustaba hacer el papel de poli bueno.

Álex se apoyó contra la pared y con la mirada fija en el suelo y los brazos cruzados se dispuso a escuchar lo que tenían que decirle.

—Así que Raquel no recuerda nada ¿no? —preguntó De la Fuente desenfadadamente.

—No. Nada —dijo apesadumbrado—. Tiene amnesia y no recuerda lo sucedido —aclaró.

—¿No recuerda nada ni a nadie?

—A mí sí me recuerda —apuntó.

—Eso es un paso muy importante. Se supone que entonces la amnesia no será muy severa. Pronto lo reconstruirá todo —comentó Posada con doble intención.

De la Fuente concentró todos sus sentidos en observar a Álex ante el astuto comentario de Posada. Si él temía que ella supiera algo, su reacción se dejaría ver. Desde luego no hubo una repercusión clara y evidente. Sin embargo a Posada le pareció ver un ligero apretón en la única mano que tenía a la vista.

—¿Qué tal va la obra? —preguntó De la Fuente para entrar en materia.

—Bien. Algo retrasada, pero va bien. Miguel ha puesto más obreros para finalizarla a tiempo. Esperamos que el hotel esté finalizado para el verano.

—¿Ha llevado más obreros al hotel? —inquirió perplejo.

—Sí. No íbamos bien en plazo y realmente somos buenos clientes. No tiene queja, pocos hay como nosotros. Le pagamos puntualmente en cuánto nos presenta una factura. En el último mes, sin ir más lejos, nos pidió un adelanto de diez mil euros para el pago de materiales. Eso fue un jueves, y el mismo viernes le entregué el dinero —aclaró—. Creo que por eso nos ha correspondido aumentando la mano de obra. La verdad es que procuramos ahorrarle problemas para que avance a buen ritmo. Es prioritario si no queremos perder esta temporada.

—¿Sabe para qué habían quedado Raquel y Miguel? —continuó De la Fuente.

—No exactamente. Raquel me comentó que Miguel quería verla para algo importante, pero ella tampoco sabía el motivo.

—Siendo así, ¿cómo es que no fueron los dos?

—¡Alguien tenía que quedarse con los niños! —justificó Álex—. Aquí no tenemos familia y la obra requiere una fuerte inversión. Así que evitamos tener los gastos extras que supone una cuidadora. A ser posible, nos apañamos entre nosotros. Acordamos que ella iría a ver a Miguel mientras yo me quedaba con los críos —aclaró—. Álex parpadeó repetidamente. Obvió a propósito comentar la insistencia de Raquel por asistir sola a la cita. Sara y Mateo podían haberse quedado en casa de unos vecinos. Y a Ana podían haberla llevado con ellos en su sillita. De hecho, él estaba ciertamente escamado y no le había hecho ninguna gracia haber cedido en ese punto.

—Es extraño, ¿no le parece? —opinó el sargento—. No sé, un domingo...

—No es tan extraño —contestó altivo—. Vamos retrasados, así que supongo que era lo propio —acertó a decir despreocupadamente, pero en su interior se revolvía algo que lo incomodaba cada vez más—. Estamos muy contentos de cómo está respondiendo con la obra y la verdad es que es un alivio —comentó con el ánimo de distender un poco la situación—. Nos ayuda a decidir sobre las diferentes opciones. Y con tantas decisiones como hay que tomar, nos viene bien una ayuda.

—¿No hubiera sido más fácil quedar un día entre semana...? estando sus hijos en el colegio, por ejemplo...

Álex se azoró ante la pregunta de De la Fuente. Sus intentos por desviar la conversación no estaban dando fruto. Se notaba nervioso. Él también lo había pensado, pero Raquel había insistido en que era algo importante. Y él, bueno, él realmente no sabía qué pensar y lo dejó pasar ante su insistencia.

—Quizá, pero hay tanto por hacer que no tiene sentido retrasar las cosas. —Álex parpadeó.

—Ya —comentó De la Fuente incrédulo—. Siento tener que hacerle esta pregunta Álex, pero comprenderá que es necesaria. ¿Cree que su mujer podía tener algo más que una relación profesional con Miguel?

—¿Por qué me pregunta eso? —vociferó en un tono adusto.

Su subconsciente lo delató. Sin quererlo, la expresión de su cara había cambiado. La fuerza que estaba empleando al contestar era tal que percibió como se dilataba su carótida y le circulaba la sangre por ella. Estaba asustado. No podía creer lo que acababa de escuchar. Esa pregunta se la había hecho mil veces. Sobre todo últimamente. Porque al fin y al cabo esa era su sospecha desde hacía poco más de un mes. Pero escucharla en boca de otro... Sabía que tenía que ganarse de nuevo la confianza de Raquel. Pero con el tiempo, todos sus esfuerzos eran vanos. Ella le había pedido paciencia. Incluso le había sugerido que necesitaba disponer de tiempo para ella. Y eso le tenía muy preocupado, le reconcomía. Quería comprenderla. Pero la verdad es que le costaba. Tenía miedo a perderla. Había sido un idiota y no dejaría de repetírselo una y otra vez. Álex sospechaba que entre Raquel y Miguel se había forjado algo muy especial que no alcanzaba a asimilar. Las fotos que Beni le había entregado como prueba de su trabajo se lo habían confirmado. Se estaba muriendo de celos. Pero lo que tenía muy claro es que no iba a desvelar nada en absoluto. No hasta que pudiera aclarar el asunto con su mujer.

—Tranquilízate —intervino Posada—. Solamente estamos intentando esclarecer las dudas que arroja este caso.

—¿Pero qué caso? —acertó a decir en tono airado y excesivamente alto—. No entiendo nada. Me parece un poco excesivo todo este circo que se está montando a nuestro alrededor. La conversación ha terminado. No voy a seguir contestando sus preguntas.

Se disponía a regresar a la sala de espera cuando a sus espaldas escuchó la

pausada pero clara voz del sargento.

—Ha habido un homicidio. Hemos encontrado a Miguel desangrado en una de las habitaciones del hotel —repuso De la Fuente esperando con avidez su reacción.

Álex se dio media vuelta impresionado por lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo? ¿En el hotel? ¿Muerto? Pero... ¿cómo ha ocurrido?

Álex parecía descolocado ante la información que le acababan de comunicar. Sus piernas flojearon repentinamente. Se apoyó en la pared hasta recuperar la compostura. Una expresión indefinida asomó a su rostro.

—Eso es lo que estamos investigando —respondió De la Fuente impasible. Aunque, en realidad, lo que deseaba contestar era: eso queremos que nos cuentes... pero se controló. Aún no tenía pruebas.

—Y entonces mi mujer...

—Es importante que hablemos con ella para determinar cuáles fueron los hechos —comentó De la Fuente antes de tiempo sin dejar que Álex finalizara.

—Sí, pero ella tiene amnesia, no se acuerda de lo que sucedió... —replicó alterado.

—Disculpen —se oyó decir por detrás—. Están avisando a los familiares de la señora Castro.

El deseo desbocado de la auxiliar por satisfacer al sargento, la empujó a salir en su busca extralimitándose en sus funciones. Ninguno se había percatado de su presencia hasta que ya era demasiado tarde para evitar la escucha.

—Bien. Gracias —contestó secamente De la Fuente, aunque esbozando una medio sonrisa.

—Tengo que entrar —justificó Álex. Y sin esperar respuesta regresó a Urgencias. Ellos lo siguieron.

—Por esa puerta —indicó la auxiliar cuando los vio entrar.

Álex entró sin detenerse si quiera a contestar, seguido de los dos policías. Nada más acceder a la zona de *boxes* divisó al doctor y se dirigió a él con paso acelerado.

—¿Cómo está? —preguntó desde cierta distancia.

—Bien —aseguró—. Ahora está estabilizada. Se va a quedar ingresada por lo menos hasta mañana. Puede entrar a verla, pero sólo cinco minutos. Necesitamos que se mantenga lo más tranquila posible. No le haga preguntas de ningún tipo, advirtió viendo a los acompañantes. Ya habrá tiempo para eso.

—Necesitamos hablar con ella —aseveró De la Fuente, considerando innecesarias las presentaciones.

—Lo imagino, pero no puede ser. Lo siento. La paciente está muy afectada. Supongo que su marido les habrá comentado que tiene amnesia. Probablemente sea temporal y no vaya más allá de uno, a lo sumo dos días, pero tenemos que mantenerla lo más tranquila posible. Ahora mismo no recuerda nada. Así que tampoco les serviría de gran ayuda.

No les sorprendió la respuesta del doctor. De hecho la esperaban desde que Álex

les había comentado el estado de Raquel. Pero eso trastocaba los planes de De la Fuente y no le hacía ninguna gracia.

—¿Nos mantendrá informados de su evolución? Necesitamos hablar con ella lo antes posible. Es importante —dijo dándose por vencido.

—Sí —afirmó el doctor—. Les avisaré si hay algún cambio.

—Gracias —le dijo entregándole una tarjeta para facilitarle el contacto.

Álex no se despidió de su pesada compañía, simplemente se puso en marcha en busca de su mujer. Quería abrazarla y darle todo su amor. Ella lo necesitaba más que nunca y él sería su apoyo incondicional. Miguel estaba muerto, así que problema resuelto, se dijo impasible. Aún así, quería saber hasta dónde había llegado Raquel con él. Solo de pensarlo le reconcomía el espíritu. Un ardiente escozor se había emplazado una vez más en su alma. Le urgía calmar esa ofuscación. «Él estaba muerto», se repetía. Y se obligó a aplacar su furia pensando en que ellos dos nunca más volverían a estar juntos. Todo volvería a ser como antes.

1922

D. Enrique, alertado por los gritos, había corrido escaleras arriba hasta tomar la torre. De cerca le seguía D^a. Mercedes. Al llegar, abrió enérgicamente la puerta sufriendo la desgracia de ver cómo sus dos hijos se precipitaban al vacío. Corrió tras ellos, atravesando la terraza, en un ilusorio intento de salvarlos. Su impulso le hizo oscilar peligrosamente hacia el otro lado. Pero ayudado por la fuerza de la cordura, se agarró al balcón logrando frenar su cuerpo. Incrédulo y tembloroso, sus ojos le mostraron la imagen de los cuerpos inertes de sus dos hijos. D^a. Mercedes no llegó a tiempo de avistar el macabro suceso. Pero el presagio de la fatalidad al ver la expresión de su marido, le provocó un espasmo que atravesó su cuerpo. Un instinto más fuerte que la curiosidad le impedía acercarse a mirar.

—Enrique, por Dios —sollozaba— ¿qué pasó? —le preguntaba temerosa con el corazón en un puño.

Pero él no podía contestar. Lo que acababa de presenciar no se podía describir con palabras. Ante su insondable silencio, ella se acercó aterrada a su marido. Se asomó a través del balcón y los vio. Un escalofrío recorrió su alma hasta quedar liberado por un grito tan desgarrador que hizo temblar la tierra. Sus dos hijos... muertos... Su marido y el ama de llaves, que igualmente había acudido alertada por el alboroto, se vieron obligados a sujetarla para que no sucumbiera ante lo atractivo de reunirse con ellos siguiendo su mismo destino. Los gritos que surgían de sus entrañas debilitaron repentinamente su cuerpo como si con ellos se le fuera la vida. D^a. Mercedes extendía las manos hacía sus cuerpos en un intento absurdo por liberarlos del tétrico final.

—¡No!, ¡no!, ¡no! —eran las únicas palabras que salían de su boca entre gritos y sollozos.

Las fuerzas abandonaron definitivamente a D^a. Mercedes que cayó rendida a los pies de su marido, llorando amargamente. El ama de llaves la rodeó con sus brazos en un intento vano por consolarla.

Elena permanecía acurrucada, temblando y sollozando dentro de la torre, con un solo pensamiento: Enrique estaba muerto.

D. Enrique enmudeció. No podía hacer ni decir nada. Absurdamente una idea

cruzó por su mente: podían estar vivos. Agarrándose a ese pensamiento desesperado, cruzó la terraza y penetró en la torre a grandes zancadas, y sin saber cómo llegó a la entrada principal de la casa.

Dª. Mercedes reparó en Elena cuando con ayuda del ama de llaves, pudo levantarse para seguir a su marido.

—Vete —le dijo cuando llegó a su altura con una furia arrancada de lo más hondo de su ser sin poder mirarla a los ojos— y jamás vuelvas a cruzarte en mi camino. Pagarás por lo que has hecho —dijo con odio infinito segura de que ella era la causante de su desgracia—. Me aseguraré de que no encuentres trabajo en ninguna casa del concejo ni fuera de él. Pondré todo mi empeño en que tu vida sea tan desgraciada como va a ser la mía sin mis hijos.

Elena, mareada, se levantó a duras penas. Bajó de la torre encogida por los dolores físicos y más aún por los anímicos. Apoyada en la escalera para no desvanecerse, alcanzó la primera planta, cruzó el sinuoso pasillo y accedió a la escalera de servicio. Flor, que también había subido a la torre, bajó tras ella ayudándola. Elena se desvaneció poco antes de llegar al cuarto que compartían.

Al salir del hospital les sorprendió la noche. Apresuraron el paso huyendo del frío hasta acercarse al todoterreno. Posada deseaba comentar el interrogatorio, pero parecía que él no estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Posada mientras arrancaba.

—Al cuartel —respondió.

Durante el camino de regreso a Llanes se mantuvieron en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. De la Fuente no sabía qué opinar. No dejaba de darle vueltas a la extraña sensación que tenía. Había algo que le había dejado intranquilo. La reacción de Álex al enterarse de la muerte de Miguel parecía auténtica. Daba la impresión de que desconocía el suceso y que no tenía nada que ver con él. Sin embargo, una y otra vez se repetía mentalmente la conversación que habían mantenido con Álex, llegando siempre a la misma conclusión: ocultaba algo. Eso estaba claro. Pero ¿el qué?

A Posada no le encajaban las piezas. Su reacción ante la posibilidad de que Raquel tuviese una aventura lo había puesto muy nervioso. Como si sospechara o creyera en esa posibilidad. Pero no le parecía el tipo de hombre que matara ni por celos ni siendo sincera, por nada. Simplemente no encajaba con él. Aunque por otro lado le generaba una gran desconfianza. Y su intuición no le solía fallar.

En el cuartel estaban ansiosos porque la peculiar pareja llegara con novedosas noticias. De la Fuente preveía la avidez de información que tendrían. Antes de asomarse por la recepción y de que tuvieran oportunidad de asaltarlos a preguntas, organizó el siguiente paso con Posada. Le pidió la cámara para descargar las fotos en su ordenador y le ordenó que convocase al equipo en media hora en la sala de

reuniones del cuartel; el capitán se la había cedido como improvisado despacho. Entraron juntos. Pero en poco tiempo, cada uno andaba por su lado. Ella retenida por San Román en la recepción, ansiosa por enterarse de los detalles. Sin embargo, él avanzó por el escueto pasillo hasta el despacho del capitán. Estaba impaciente por mantenerlo escrupulosamente al tanto de la investigación y despejar posibles suspicacias. Entretanto, Posada ponía al día a sus compañeros.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido? —preguntó la Guardia San Román.

Pili San Román tenía el don de enterarse de todo antes que los demás. Lo sabía todo de Llanes y de sus gentes. No había persona, familia o hecho acaecido en Llanes y sus alrededores del que no supiera. Sabía de quién era amiga, hija o vecina casi de cualquier individuo en cincuenta kilómetros a la redonda. A sus cuarenta y seis años estaba aún de muy buen ver. Aunque algo entradita en carnes, sabía muy bien cómo apañárselas para disimular sus redondeces y hasta aparentar un tipo bastante estilizado. Sus alegres ojos oscuros y su marcada sonrisa le proporcionaban un aspecto agradable a la vista de casi cualquiera. De hecho, era la alegría y el alma del cuartel. Y en su haber tenía un don muy valorado por todos: sabía mantener a raya al capitán. Y esa cuestión era altamente importante, sobre todo cuando se desmadraba dando órdenes, técnica que el capitán utilizaba para encubrir su inseguridad.

—La verdad es que no hemos sacado nada en claro —tuvo que reconocer Posada—. Raquel tiene amnesia, al menos temporal, y por lo tanto no recuerda nada de lo que ha sucedido. A estas alturas, Posada ya había conseguido que todos se arremolinaran alrededor de ella.

—¿Amnesia? —casi llegó a gritar San Román con los ojos saliéndose de la órbita, animada ante el jugoso cotilleo que Posada les estaba aportando.

Pili estaba exultante. Tenía que quedar con sus amigas, pensó. Ya se veía con cuatro pares de ojos pendientes de todas y cada una de las palabras que salieran de su boca. Esto les daría tema de conversación durante un buen rato. Le encantaba su trabajo. Siendo consciente de esa verdad, se sonrió satisfecha con su vida.

—Bueno, al menos eso es lo que asegura el neurólogo.

Sin pretenderlo se había organizado un encuentro informal en plena recepción, lo que facilitó a Posada la tarea de convocar la reunión que el sargento había planeado.

Por su parte, De la Fuente se detuvo delante de la puerta del despacho del capitán. Llamó en el preciso instante en que, alertado por el revuelo que se había organizado en el cuartel, estaba asiendo la manilla de la puerta para cerciorarse de lo que pasaba.

—Supongo que tengo delante de mis narices el causante del alboroto ¿no es así? Ya me imagino que el guardia San Román no habrá dejado dar un paso a Posada sin antes ponerla al día —dejó caer haciendo un mohín. De la Fuente se sonrió de medio lado ante el acierto del capitán. Estaba claro que sabía lo que se cocía en su equipo.

—Venía a comentarle que voy a reunir al personal que ha puesto a mi disposición en media hora. Quiero informarles «oficialmente» de la situación. Aunque me parece que pocas novedades les voy a contar... —dijo en un tono condescendiente lanzando

un gesto hacia la recepción—, aprovecharé para organizar la investigación —reseñó—. Le agradecería su asistencia. Siendo como es el máximo representante en la Comandancia, sería de gran ayuda contar con su presencia.

De la Fuente se acababa de ganar una pequeña parcela de confianza del capitán, aunque eso sí, muy pequeña por su acusada desconfianza hacia el ser humano.

—Por supuesto. En media hora me tendrá usted allí.

—Perfecto entonces. Nos vemos. Capitán...

—Sargento.

Dándose media vuelta se condujo a buen paso hacia la sala para planificar la reunión con una sonrisa de medio lado que afloró a su perfecto rostro. Su don para obtener de los demás lo que quería era su mejor arma. Lo curioso es que únicamente consistía en dar a cada uno lo que deseaba.

El capitán se quedó pensativo mirando cómo se alejaba De la Fuente. Demasiado bueno para ser cierto, se decía. Eso o había encontrado al subordinado perfecto, lo que ponía en tela de juicio. Tendré que estar alerta, se recordó seguro de que esa era su mejor opción.

De la Fuente aprovechó el poco tiempo que le quedaba hasta que comenzara la reunión para echar un vistazo a las pruebas que Posada había recopilado del lugar del crimen; tenían que enviarlas por mensajería urgente al laboratorio de Madrid. Entre ellas le llamaba poderosamente la atención un martillo de unos treinta centímetros, que encajaba perfectamente como arma del crimen. Tendrían que esperar las conclusiones de la forense y del laboratorio, pero algo le decía que ese era el objeto que el presunto homicida había utilizado para asestarle a Miguel el golpe mortal. Seguramente lo dejó en su sitio, contando con que nadie sospecharía de una sencilla herramienta que además estaba a la vista. O simplemente por deshacerse de ella sin mucho esfuerzo. Seguro que no tenía ninguna huella ni resto orgánico que lo delatase; el presunto homicida tampoco sería tonto y lo dejaría impoluto, especuló.

Con intachable puntualidad se fueron acercando a la sala los cuatro integrantes de la investigación: Posada, Guzmán, López e indudablemente San Román, a la que el capitán siempre incluía en los grupos de investigación por esa capacidad para conocer a toda persona que se moviera por la zona. Prefería ver el lado positivo de Pili y no aquel del que había que resguardarse para evitar que de su boca saliera cualquier comentario, que, sin lugar a dudas, camparía por todo el concejo. Además, le caía bien.

En toda la instalación abundaba una espantosa combinación de mobiliario nuevo y usado. Se había aprovechado cuánto había sido posible, independientemente del efecto visual que causara. Lo importante era no derrochar. Sin embargo, en la sala de reuniones, cuya disposición era muy práctica, todo el equipamiento era nuevo: una mesa de trabajo individual ubicada en la parte derecha de la sala presidiendo varias filas de sillas de brazo y, por detrás, asomaba una pantalla de proyección desenrollada casi en su totalidad junto a la que se hallaba una pizarra.

Nada más entrar, San Román se dirigió a la esquina de la cafetera eléctrica, convencida de que sus compañeros le agradecerían un café que, aunque no se trataba del famosísimo *Nespresso*, era bastante bueno. En la improvisada mesa disponía de todo lo que necesitaba, además de un variopinto juego de tazones de café.

—Pili, eres un amor —agradeció Posada—. ¿No tendrás por ahí unas galletitas de esas tuyas, verdad? ¡Es que tengo un hambre tal que me comería un camello!

Posada sentía la debilidad propia de alguien que desde el desayuno no había probado bocado, a excepción del café que se había tomado a media mañana. Ese pensamiento le llevó a recordar a Carlos. Por una vez no habían tenido problemas con su horario y eso merecía una celebración. Pasaría por Aramburu para comprar un par de buenos solomillos y un Ribera de Duero de los caros, decidió. Sólo de pensar en el succulento festín, se sentía más débil, pese a que estaba dando buena cuenta de un par de galletas que Pili le había ofrecido. Organizaría una cena romántica con velas incluidas; al menos quería mostrarle su agradecimiento por comprenderla, aunque tan solo fuera por una vez...

Posada volvió en sí al advertir que comenzaba la reunión. El capitán presentó al sargento ante los asistentes. Él se mantuvo serio, pero su expresión era cordial y por supuesto más cálida que la que le dedicaba a ella, al menos durante el intenso medio día de trabajo que habían compartido. Cuando el capitán cedió la palabra a De la Fuente, este mostró su lado más educado y seductor. Agradeció la colaboración de todos y por supuesto el incondicional apoyo del capitán. Posada quedó ensimismada en su cautivador rostro. La voz era fuerte pero serena, los ojos arrebatadores. Y la expresión alentadora incitaba a integrarlos en un todo único pensante, estimulándolos a trabajar en una única dirección, con un único objetivo: encontrar al presunto homicida de Miguel. Era sorprendente cómo en un momento había conseguido la admiración y empatía de todos los asistentes. Sin embargo con ella era tan distinto... Quizá se debía a la inquietud del primer momento. El desconocimiento de los hechos acarrea en muchas ocasiones un componente de ansiedad que podía perturbar a cualquiera. Ella lo había visto y experimentado cuando trabajaba en la comandancia de Oviedo. Podía ser... Resolvió darle otra oportunidad, deseosa de que así fuera.

—A estas alturas sé que todos conocéis la información que rodea el asesinato de Miguel, soy consciente de ello, pero si me lo permitís me gustaría realizar una exposición de los hechos. Lo considero fundamental para evitar equívocos. Además, considero esencial conocer vuestra valoración. Esto es un trabajo de equipo y a buen seguro, entre todos podremos resolver este asunto —enfaticó.

El hombre perfecto —pensó la guardia San Román. ¿No decían que no existía?

De la Fuente no podía dejar de admirar el interés que cada uno de los presentes habían puesto en sus palabras; la expresión de sus caras se lo decía. Estaba convencido de que iba a ser relativamente sencillo trabajar con aquel equipo. Le gustaba lo que veía a primera vista. Solamente hubiera deseado cambiar a su compañera. Se encontraba a disgusto trabajando con una mujer y hacerlo le

distorsionaba en demasía. No era machista ni mucho menos, pero prefería trabajar con hombres. Su confrontación con las féminas era irrefutable. Por otro lado, ella no le había dado motivos para solicitar un cambio, más bien todo lo contrario. Así que tendría que soportarlo.

—La situación es la siguiente, continuó: tenemos un hombre, Miguel, de mediana edad, cuyo cadáver se ha encontrado en la habitación de un hotel en obras ubicado, como todos sabéis, en Póo, del cual él era el contratista. Se había citado con la propietaria del hotel, Raquel Castro, por algún motivo que aún desconocemos. Las circunstancias que rodean a Raquel son un misterio, tiene amnesia y por ahora no hemos podido hablar con ella. La llamada a emergencias la hace un tal Juan, que es el pintor con el que habitualmente suele trabajar Miguel, o más bien solía —matizó—. La cabo Posada atendió la llamada del 112 y fue la primera en presentarse en el hotel junto con Guzmán. Posada dio aviso a Álex, marido de Raquel, desde su móvil. Se presentó en el hotel en menos de quince minutos. Álex acompañó al hospital a su mujer que, por ahora, permanece ingresada y bastante inestable. Hasta el momento sólo hemos podido hablar con Álex.

—¿Algo que aportar Posada?

Julia quedó helada. No se esperaba en absoluto que él la hiciera partícipe de la exposición que tan bien había realizado. Pero se recompuso rápidamente.

—No mi sargento.

—Bien —prosiguió—. Decía que hasta ahora solamente hemos podido hablar con Álex. Y la verdad es que no he llegado a ninguna conclusión firme. Sin embargo sospecho que podría ser el presunto homicida. Tuve la sensación de que ocultaba algo. Sobre todo en lo que se refiere a la relación entre el contratista y su esposa. Aunque tampoco tengo la certeza de que ello implique que haya matado a Miguel, ya que, su reacción, cuando se lo contamos, pareció bastante real. Por el momento, parece que el *quid* de la cuestión está en la relación que mantenían Miguel y Raquel. Ahí podría estar la clave que nos lleve a descartarlo o no como sospechoso. Quiere a su esposa o eso nos quiso hacer ver. Lo que no sabemos es si ese amor le ha llevado a dar un paso más allá ante la sospecha de que pudiera tener algo con Miguel. Estamos hablando de que los celos podrían ser perfectamente el móvil del crimen. Posada, tú fuiste la primera en hablar con él ¿cuál es tu impresión?

—Estaba en un sitio cerrado, muy probablemente en su casa. De fondo se oía la televisión, concretamente dibujos animados —aclaró—. Él afirma que estaba con los niños; será fácil comprobar su coartada.

—Bien. Pues lo haremos. ¿Y Álex? ¿Qué opinión te merece?

—Opino lo mismo que el sargento —dijo mirando a sus compañeros—. Es cierto que su preocupación por el estado de salud de su mujer era palpable, pero tengo dudas razonables respecto a la sinceridad con la que ha contestado a nuestras preguntas. Efectivamente, podríamos estar ante un marido celoso —concluyó.

—Sí, esa es una de las posibilidades que tenemos que barajar. Bien, por concretar y dado que aún no podemos descartar a nadie, tenemos los siguientes sospechosos — aclaró cogiendo un rotulador de *velleda* para esquematizar los datos en la pizarra.

Escribió en primer lugar el nombre de Álex. A continuación, dibujó dos aros entrelazados anotando a su lado el nombre de Raquel. Se dio media vuelta y explicó:

—Por ahora, Raquel es toda una incógnita. No hemos podido hablar con ella y por lo tanto desconocemos si ella ha tenido implicación o no en la muerte de Miguel, pero estaba en el escenario del crimen, lo que la convierte en sospechosa por el momento. Sí, parece estar claro que se ha caído por las escaleras, aunque tampoco sabemos si se ha tropezado o la han empujado. Pudo haber descubierto al presunto homicida y este pudo pretender eliminarla o pudo haber sido ella la que matara a Miguel y simplemente se precipitó por las escaleras... Es todo un misterio.

Juan —prosiguió De la Fuente tras girarse y escribir su nombre—. ¿Realmente qué estaba haciendo en el hotel un domingo? ¿Había quedado con Miguel, o simplemente sabía que se lo iba a encontrar en el hotel? Parece que no está del todo claro. De hecho, según el informe de Posada, su explicación hace aguas. Tendremos que acercarnos mañana a hacerle una visita para formularle estas y otras preguntas. Con respecto a la viuda de Miguel, capitán usted es el que ha comunicado el terrible suceso, ¿podría contarnos su impresión?

—Por supuesto sargento. A primera vista —comenzó prudente— la viuda está desconsolada. Le ha dado una crisis severa, por lo que ha tenido que ser atendida por Alfredo, al que me había llevado por si fuera necesaria su intervención, como así fue —dijo orgulloso de sí mismo ante el evidente hecho de su previsión y profesionalidad.

Tras pasar unos cuantos minutos explayándose con el relato, el capitán, desganado, pero falto de más argumentación, cedió de nuevo la palabra al sargento.

—Gracias capitán —expresó De la Fuente con gratulador por volver a retomar las riendas del asunto—. Tendremos que citarnos con ella —apuntó—, podría darnos alguna pista sobre quién pudiera tener interés en la muerte de Miguel.

El sargento volvió a dirigirse a todos. Su tono de voz era firme y se había incrementado dos decibelios en cuánto ordenó las tareas para el día siguiente.

—Tenemos mucho trabajo por hacer. La cabo Posada y yo intentaremos hablar con Raquel. Cabo —dijo el sargento dirigiéndose a Posada— necesito que mañana a primera hora contactes con el hospital para conocer su estado. Tenemos que conseguir cuánto antes una entrevista con ella. No admitas un no por respuesta. No podemos dejar que esto se dilate indefinidamente. Ella puede ser la clave del asunto. Guzmán, López, necesito que os deis un paseo por Póo. Concretamente por la urbanización en la que viven Álex y Raquel y los alrededores del hotel. Puede que alguien haya visto algo sospechoso ese día. Tendréis que interrogar a los vecinos. Parece ser que llevan poco tiempo viviendo en Llanes, pero estoy seguro de que preguntando sacaremos conclusiones del tipo de pareja y relación que mantienen.

Además, necesitamos confirmar la hora de salida de Raquel al hotel. Sería bueno dar con alguien que la hubiese encontrado. De paso tampoco está de más que indaguéis si alguien vio salir a Álex entre la diez de la noche del sábado y las nueve del día siguiente. En definitiva, toda información que podáis obtener será buena para aclarar este caso. Por otro lado, —continuó— tendréis que investigar las cuentas bancarias de Miguel. Necesitamos introducirnos en su vida: dónde come, vicios ocultos, sus hobbies, cuál es su tipo de vida; en resumen, en qué gasta su dinero con toda minuciosidad. Quiero que me lo describáis. No dudéis en comentarme cualquier detalle que os llame la atención, por pequeño e insignificante que parezca, lo que sea. No lo dudéis —enfaticó—. También debemos estudiar sus llamadas telefónicas. A quién llama y quién le llama. ¿En sus efectos personales estaba el móvil?

—Sí —confirmó Posada.

—Necesitamos ver sus mensajes y las llamadas que recibe —dijo enviando una mirada hacia Guzmán y López.

—Yo me encargo —confirmó Guzmán asegurándose ese trabajo administrativo.

—Y yo puedo echarle una mano —apuntó San Román con ganas de implicarse en el caso. Eso la convertiría sin lugar a dudas en la protagonista. Sus amigas se morirían por conocer los pormenores. Aunque no pensaba contar nada relevante hasta que no se hubiera resuelto el caso, les iría soltando pequeñas dosis de información para mantenerlas en vilo durante un tiempo.

López, sin embargo, prefería dedicarse a investigar en la calle. No quería ni ver delante un trabajo administrativo tan aburrido como el que se imaginaba punteando facturas de teléfono y averiguando a quién correspondía cada número. Además, ese no era un trabajo digno de él.

—Perfecto. Pues en ese caso López te encargarás de ir a Póo. Y tú Guzmán, te dedicarás al papeleo. Si necesitas colaboración, acudes a San Román. Bien, por último, necesitamos ir a la oficina de Miguel y hablar con los empleados.

—Miguel tiene un socio —aclaró San Román—, Manolo. Podemos hablar con él para organizarlo.

—Buena idea. ¿Podrías localizarlo? Posada y yo pasaremos por allí por la mañana a ver qué nos cuenta. Que te deje un móvil para localizarlo. Lo llamaremos en el momento en que podamos acercarnos —aclaró—. Y localiza también al pintor. Necesito hablar con los dos mañana sin falta.

—Sí señor, contestó sin levantar la vista de su libreta mientras hacía las anotaciones oportunas.

—¿Algún comentario? —preguntó el sargento ansioso porque se vieran implicados en el caso.

De la Fuente había cogido las riendas del asunto, se sentía eufórico. Era un líder indiscutible. Solamente esperaba que el capitán no se sintiera desbancado. Barruntaba la desgana con la que le había cedido la palabra y deseaba evitar conflictos debidos a su personalidad arrolladora.

Todos permanecieron en silencio. Ni tan siquiera habían digerido el asesinato de Miguel.

—Bien señores. Eso es todo por ahora. ¡A trabajar!

Guzmán sudaba en frío. Iba a tener muchos problemas y lo sabía. El sargento era concienzudo. Era bueno, muy bueno, no cabía duda y él tendría muchos problemas. No lo podría ocultar eternamente. Su preocupación iba incrementándose sin remedio.

Mientras recogían y todos se iban levantando para abandonar la sala, Posada se acercó a De la Fuente con esperanzas renovadas.

—Sargento, San Román se ha encargado de cogerle una habitación en un hotel. En otras ocasiones, lo hacemos en el Hotel Sablón porque está excelentemente ubicado en primera línea de playa y es de tres estrellas; el capitán no nos permite reservar en hoteles de más categoría —aclaró—. Pero en esta época, está cerrado. Lo intentó en otros, pero no lo ha conseguido, así que la habitación la tiene en uno de cuatro estrellas, el Hotel Don Paco. Es uno de los mejores de Llanes, le va a gustar. Está ubicado en el centro del pueblo, en un edificio histórico. Si quiere le puedo acompañar antes de irme.

De la Fuente se dio cuenta de que no había pensado en eso ni tampoco en comer. Estaba hambriento y cansado y agradeció que se hubieran ocupado de resolver esa cuestión.

—Gracias, pero no. No necesito que me acompañe —expresó categóricamente. Era lo que menos deseaba en ese momento—. Es suficiente con que me dé la dirección.

Su tono de voz seguía siendo educado, pero seco y distante, por lo que Posada sufrió una gran decepción. Esperaba que su actitud hubiese cambiado. Pero parecía que entre ellos se había interpuesto una inconexión insuperable. Además, no le había pasado desapercibido que la había tratado de usted, poniendo una barrera infranqueable entre ellos.

—Como quiera —replicó—. Se dio media vuelta y se marchó a buen paso para darle lo que le había pedido. Estaba agotada, así que no iba a dilatar más la extraña situación que les envolvía. Por ese día se había acabado la jornada. A los pocos minutos regresó con un *post-it* en donde figuraba el nombre, la dirección y el teléfono del hotel.

—Hasta mañana —se despidió educadamente.

—Adiós —contestó él.

1922

Enrique estaba muerto. Era evidente. Su cuerpo había impactado contra los escalones, seccionándole la cabeza y posiblemente, a tenor de la extraña postura que ofrecía su cuerpo, la columna vertebral. Además, por el suelo corría un abundante charco de sangre que se iba extendiendo hasta llegar al jardín y que fácilmente se podía deducir que procedía de su cabeza. Francisco, en cambio, había tenido la dicha de caer en el jardín. Parecía que respiraba. D. Enrique le tomó el pulso y, aunque débil, aún se mantenía con vida.

—Llamad a un médico —bramó el padre—. ¡Respira por Dios, respira! ¡No te mueras tú también! —rogó—. ¡Que alguien llame a un médico por favor!, ¡por favor! —gritó abatido.

Se volvió y se arrodilló ante su hijo Enrique. Lo cogió en brazos estrechándose contra el cadáver llorando dolorosamente. Era su preferido. Siempre lo había sido. Su esposa, se arrodilló a su lado. Acogiéndole la mano, aún caliente, entre las suyas la llevó contra su pecho y lloró amargamente, mientras se balanceaba en un intento por aliviar la pena.

El ama de llaves, sintiéndose traicionada por la confianza que había depositado en Elena y por la situación delicada en la que quedaba por ser quien la había contratado, la echó sin compasión, aconsejándole, por misericordia, que volviese a la casa de su padre. Pero ella no tenía nada que ofrecerle y además se sentía insegura respecto a cómo iba a ser recibida.

Abatida y con el corazón despedazado, Elena, recogió las escasas pertenencias sin tan siquiera detenerse a meditar el futuro incierto que la esperaba, sólo podía pensar en que Enrique, su amor, había muerto. No tenía adónde ir, ni qué comer ni tan siquiera un lugar para dormir. Pero ese no sería su único problema...

Flor, en un intento por paliar el desgraciado momento que su amiga estaba viviendo, se ofreció a acompañarla a la casa de su abuela para que pudiese permanecer con ella unos días. Elena aceptó la caridad de su amiga.

Julia salió del cuartel en dirección a Aramburu, una tienda de delicatessen en el

centro de Llanes, con la intención de cumplir su plan nocturno. Se olvidaría de todo y disfrutaría con Carlos de una romántica velada. Estaba tan cansada que por una vez se había permitido aparcar el coche en la zona de carga y descarga próxima a la tienda, a tan sólo unos pasos. A esas horas y con la gélida noche acechando no había prácticamente nadie por la calle. Únicamente algún que otro vecino apuraba una respetable copa de vino en solitario en alguna de las vinotecas de la Plaza de Parres Sobrino, con la vista centrada en el partido de fútbol que televisaban. Nada más entrar, el propietario salió a atenderla muy amablemente a pesar de ser domingo y casi la hora de cierre. Pero tanto él como ella, tenían prisa o estaban demasiado cansados, por lo que conversaron menos de lo habitual.

Cuando llegó a casa con la compra, el peso de las horas del día se amontonó repentinamente en su cuerpo. Se sintió agotada, pero una sensación de bienestar envolvió su ser, felizmente alentada por la noche que había proyectado. Y también porque el acogedor, aunque sencillo, apartamento que habían alquilado, la animaba nada más entrar por la puerta. Y hoy era uno de esos días que agradecía y necesitaba sentirse reconfortada.

Contaba con que él tardaría en regresar al menos una hora. Viendo que ella tenía trabajo para toda la tarde, había decidido acudir a la oficina y ponerse al día con gestiones que habían dejado pendientes a costa de la campaña del IVA, lo que le permitiría disponer de un precioso tiempo para prepararlo todo antes de que llegase. Se deshizo rápidamente del uniforme y se enfundó un chándal de andar por casa. La comodidad era importante, pero además estaba el hecho de que a Carlos no le gustaba verla con él; daba gracias porque en la Policía Judicial no solía utilizarse. Aunque su ojeriza iba más por otro camino. En realidad no le agradaba en absoluto su trabajo, concluyó descorazonada mientras sacaba la compra de la bolsa. Apartó de su mente esos pensamientos, pues no quería que nada estropease la noche.

Sin más, comenzó con los preparativos de la cena. Pensó en aderezar una buena ensalada de pasas y pimientos con cebolla caramelizada para acompañar el solomillo. Y si le sobraba tiempo prepararía la salsa al cabrales que a él tanto le gustaba. Mientras preparaba la cena, el cansancio iba pesando en ella. Pero seguía animada ante la perspectiva de pasar un buen rato con Carlos. Lo necesitaban. No se dejó amilantar y continuó a pesar del agotamiento. Listo el menú, se encaminó al salón y encendió las velas que había adquirido en su última visita a *IKEA*. Estaban estratégicamente colocadas y destilaban un ambiente irresistiblemente cálido. Echó un vistazo a su alrededor y, satisfecha por el resultado, pensó en darse una ducha para aligerar su lasitud; el cuerpo se la pedía a gritos. Para ella, no había nada como la sensación del agua caliente recorriendo su cuerpo. Sus músculos se relajaban y sus nervios se calmaban. Era tonificante.

Mientras el agua caía sobre su rostro y su cuerpo se abandonaba al placer del líquido masajeadando sus músculos, su mente revivió una vez más su tirante relación con el sargento. La sensación que experimentaba la afligía y le provocaba una

congoja difícil de borrar. No alcanzaba a comprender el porqué de su actitud con ella. Difería mucho con el resto de la gente. Tenía la certeza de que no era de su agrado, pero ¿por qué?... Ella buscaba la perfección en su trabajo y el reconocimiento por el buen hacer. Le gustaba hacer bien las cosas y anhelaba sentirse valorada. En definitiva, se esforzaba por ser una buena profesional. Él no la conocía. Sí, eso era lo que tanto le dolía de la actitud del sargento: la había juzgado sin conocerla, sin apenas darle una oportunidad. Tras varios minutos dando vueltas a su deplorable conexión con él, se acogió un vez más al pensamiento que anteriormente la había reconfortado y que se recordaba como un mantra: la investigación no duraría eternamente. Y finalizada, él se marcharía. Podía superarlo. Podía soportarlo. Se obligó a no pensar más en el sargento y a centrarse en la cena con Carlos. Su cara se iluminó ante la perspectiva. Aprovecharía y se pondría algo atractivo, pensó reconfortada.

Con la toalla enroscada alrededor del cuerpo salió del baño para llegar hasta el armario ubicado al fondo de la habitación. Eligió un conjunto de lencería de encaje negro carísimo que guardaba como oro en paño. Se había dado el capricho de comprarlo para la boda de su hermana el año anterior, aunque ciertamente no se lo podía permitir. Como quería deslumbrar a Carlos, decidió ponerse el vestido de punto color morado de manga corta que disimulaba sus caderas y realzaba su figura más de lo que nunca hubiera imaginado. Pasaría frío, pero quería estar atractiva y eso, exigía ciertos sacrificios. Completó su atuendo con un largo collar de piedras del mismo tono engarzadas en plata. Lo había comprado en una de las tiendas más atractivas de la zona peatonal de la Villa. Se regocijó ante el recordatorio de que levantaba ampollas a más de una. Sonrió al moderno espejo, cuyo marco era de un material que imitaba al cobre, por su excelente resultado. Estaba satisfecha con lo que veía. Siempre se podía mejorar, por supuesto, porque esas caderitas que tanto la obsesionaban podían no estar ahí. Pero como no tenía solución... Lo único que ella podía hacer era mantenerse a raya para que no se vieran incrementadas sustancialmente. Y eso ya lo hacía; hoy sería una excepción. Corrió al baño con la presión del poco tiempo del que disponía, antes de que llegara Carlos. Faltaba un buen retoque de maquillaje. Se acicaló y se roció con el perfume de *Dolce&Gabbana* con el que tenía el éxito asegurado a tenor de los tiernos comentarios que él le hacía cuando se lo ponía. Se volvió a mirar al espejo buscando la aprobación final sonriéndose satisfecha. Cuando ya lo tenía todo dispuesto echó un vistazo al reloj para cerciorarse de la hora. Tenía la sensación de que había pasado mucho tiempo desde que había llegado, por lo que, inquieta, decidió enviarle un *WhatsApp*. Además era domingo, por lo que su tardanza era más sorprendente aún. No hubo respuesta. Resolvió escuchar algo de música mientras lo esperaba, tomándose una copa de vino. Y como siempre que se encontraba un tanto romántica con una pizca de melancolía, escogió el CD de *Aerosmith*. Subió el tono hasta que su aparato marcó el ocho asegurándose de que podría oírlo lo suficientemente alta para que la música

invadiera su cuerpo. Puso directamente la séptima canción, «*I don't wanna miss a thing*», a sabiendas de lo que iba a ocurrir. En un segundo comenzó a sonar esa maravillosa voz de *Steven Tyler*. Esa canción conseguía llevarla a otra dimensión. A una realidad diferente. Se quedaría escuchándola eternamente. Cerró los ojos y se dejó llevar una vez más, aislándose del universo. Su mente recreó el ambiente mientras su cuerpo permanecía inmóvil. Solo ella y esa canción que le hacía soñar. Según iba sonando notaba cómo la seducía, cómo se aceleraba su corazón, cómo palpitaba vigorosamente. Deseaba inspirar en alguien lo que parecía sentir el cantante al interpretar la canción. Cuando imaginaba esos momentos de profunda atracción entre dos personas, le invadía una tristeza sin parangón por no vivir con esa intensidad. Se lo imaginaba tan antojadizo como si el nombre de todas las mujeres se introdujera en una urna que decidiera quién sí y quién no. Para ella era no. Al menos no con Carlos. Y aunque sabía que con él nunca conseguiría sentirse tan plena de pasión, lo amaba y por ello transigía. Se conformaba prescindiendo de ese sentimiento que tanto ansiaba. Lo quería y eso lo zanjaba todo.

Volvió repentinamente de sus pensamientos, cuando el ruido que emitía la llave al cruzarse con el bombín llegó a sus oídos. Al instante Carlos entraba por la puerta. Ella acudió a su encuentro con una copa de vino y una dulce sonrisa, con el corazón aún trepidando animada por intentarlo una vez más. Al fin y al cabo, lo quería. Se acercó a él y le dio un tierno beso en los labios.

—¿Qué se celebra? —dijo sorprendido ante el despliegue de medios. Ella prefirió no comentar la cancelación de la comida pues aún no se creía del todo su asombrosa reacción.

—¿Es que hay que celebrar algo para que tengas una sorpresa al llegar a casa? —acertó a decir ladeando la cabeza con una dulce sonrisa en su rostro.

—Se agradece porque estoy reventado —respondió aséptico.

—Pues siéntate que en dos minutos estará todo listo.

Ella le tendió la copa acompañada de una pícaro mirada que dejaba claras sus intenciones para esa noche.

—¿Qué tal el día? —preguntó esperando una respuesta fácil.

—Mal —respondió seca y contundentemente mientras se dejaba caer en su sillón favorito—. La nueva ha metido la pata hasta el fondo —aclaró—. No supo ni dar al *intro* para enviar las liquidaciones de IVA. El plazo finalizaba ayer y llevo toda la tarde identificando las que no han sido remitidas. Así que tengo un montón de clientes a los que no les hemos presentado la liquidación en plazo y a los que tendré que llamar mañana para dar la cara —explicó iracundo.

—¡Buf! —pensó Posada— la situación está fea.

Él era muy exigente y concienzudo y no era permisivo con los errores. Cuando Carlos tenía un problema, todo a su alrededor se desmoronaba; al final ella terminaba siendo la culpable de cuanto sucedía y casi siempre acababan enzarzados en alguna discusión. Tenía que eludir ese tema o podía complicarse la noche. Valoró por un

momento si contarle su mal rollo con el sargento. La conclusión era evidente: no podía ni mencionarlo. En su lugar se acercó a él, lo rodeó lenta y plácidamente con sus brazos hasta que sus caras quedaron en contacto y susurrándole al oído le dijo:

—Olvídate de todo por una noche.

Lo besó y se dirigió a la cocina para finalizar su exquisita cena.

Pero ella no las tenía todas consigo. Algo le empujaba a pensar que la cosa no iba cómo debiera y no solo por el problema de la oficina; había algo más. Su actitud había cambiado, él estaba diferente. Una sensación de intranquilidad se instaló sin previo aviso en su cabeza. Desconocía a qué obedecía, pero detectaba una adulterada normalidad que la perturbaba.

Se acercó a la cocina que se integraba magistralmente en el salón. Estaba independizada por una ventana en forma de arco que se apoyaba en una barra que hacía las veces de mesa. Mientras calentaba la salsa mecánicamente su mente circulaba a una velocidad inaudita. Ni tan siquiera le había preguntado por el caso. Ella, cuando esa mañana lo había llamado achicada para cancelar su cita con él, ya le había adelantado la espantosa noticia. No era habitual ni con mucho que sucediera un homicidio en Llanes. Sería el tema de conversación de la Villa por mucho tiempo. Además, estaba segura de que la noticia ya había llegado a la calle pese a que conjeturaba que la prensa aún se mantenía al margen. No podía entender que a él no le llamase la atención ni tan siquiera el puro cotilleo. Salvo que en su cabeza rondase un asunto que lo mantuviese literalmente desbordado, que le absorbiese de tal forma que lo demás se volviese insignificante. El problema del trabajo no le parecía lo suficientemente traumático como para que ese fuese el *quid* de la cuestión. Tenía que haber algo más. Y lo había...

El silencio que se había emplazado entre ambos se había dilatado en exceso. Cuando ella volvió de sus pensamientos y aterrizó en la cara de Carlos, él la escrutaba con extrañeza.

—¿Te pasa algo? —preguntó Carlos sin rodeos.

Eso es lo que a ella le hubiera gustado preguntarle a él. Pero eso desencadenaría una posible respuesta que no podía permitirse en esos momentos si quería disfrutar de la velada con él.

—No... bueno..., yo también estoy cansada —vaciló por un instante al darse cuenta de que no tenía bien argumentada una excusa para que él no leyera fácilmente sus pensamientos si mentía al respecto—. Pero nada que no pueda resolver una buena cena como la que nos espera —alegó dejando entrever una de sus más hermosas sonrisas—. De hecho, nos podemos sentar cuando quieras.

Ambos se sentaron en la elegante mesa que ella había preparado rememorando las enseñanzas de una de sus mejores amigas. Cuando vivía en Oviedo lo tenía más fácil para quedar con ella y en muchas ocasiones organizaban cenas en su casa. Ella era una verdadera innovadora en la decoración de una mesa.

Cuando casi no habían ni empezado sonó el más que reconocible soniquete del

WhatsApp. Posada no se había acordado de apagar el móvil. Sin pensárselo demasiado se levantó para cogerlo de encima de la mesa de la zona de estar y echarle un vistazo, curiosa por ver quien era. En la pantalla se veía un número sin identificar seguido de un texto. Alarmada, un impulso le hizo deslizar su dedo índice por la pantalla para desbloquearlo y leerlo con detenimiento. Su sorpresa fue descomunal. Los ojos de Julia se escapaban de sus dominios. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Le temblaban las manos, no por el mensaje en sí, sino más bien por la certeza de que el mensaje había sido enviado por el presunto homicida o alguien cercano a él; la conocía, y muy probablemente ella a él. Se levantó precipitadamente tirando la silla al suelo. Desorientada, dudaba qué hacer, a quién llamar; se paseaba nerviosa de un lado a otro sin rumbo fijo. Pensando sin pensar. Su expresión y sus descontrolados movimientos asustaron a Carlos.

—Julia. ¿Qué pasa? —dijo con un tono acorde al impacto que acababa de presenciar.

—Nada —respondió— me ha llegado un mensaje —dijo nerviosa—. Tengo que hacer una llamada. Y encerrada en sus pensamientos se olvidó por completo de la cena, de Carlos y de su vida privada. Se precipitó hacia la habitación que usaban a modo de despacho. Al entrar, se sorprendió por el desorden con el que eran capaces de convivir en aquella estancia: libros repartidos por el suelo y por la mesa de despacho entremezclados con montones de papeles y archivos *AZ* de los que usaba Carlos en la oficina colocados sin un orden concreto, una silla que ella utilizaba para ir a la playa ubicada delante de la librería color *bengué* de *IKEA*, una bicicleta estática, un considerable volumen de revistas de decoración de tirada mensual apiladas en una esquina del suelo... Una habitación caótica donde las haya. Tengo que poner orden aquí, se repitió por enésima vez en lo que iba de mes. Apartó de su mente el evidente desorden y se sentó en la silla giratoria ubicada en la parte posterior de la mesa para buscar en el portátil el teléfono del hotel. Aún no era muy tarde. Encontraría al sargento despierto y si no, tendría que despertarse. Solo rezaba para que estuviese en el hotel. No había tenido la precaución de anotar su móvil. Un tono fue más que suficiente para que al otro lado se oyese un saludo profesional aunque algo monótono.

—Buenas noches, soy Julia Posada —se presentó sin poder argumentar nada más. La persona del otro lado dio muestras de conocerla.

—Hola Julia, buenas noches, soy María.

—¡Ah! Hola María. ¡Vaya! ¡Esta noche te ha tocado!

María era la hija de los propietarios de la panadería donde ella solía coger el pan. Cuando no tenía turno en el hotel, se la podía encontrar en la tienda ayudando a sus padres. Era una chica alegre de veintipocos, que más bien parecía una cría por lo menuda que era. Pasaba desapercibida en todos los sentidos: ojos castaños ni grandes ni pequeños, pelo más bien liso también de color castaño, tez clara... Era una de esas personas anodinas que nunca llamaba la atención ni para bien ni para mal.

—Pues sí. Me toca el turno de noche toda esta semana. ¿Qué necesitas? —dijo afablemente.

—Quisiera hablar con el sargento Javier De la Fuente, ¿podrías pasarme con su habitación, por favor?

—Por supuesto...

—¿Si?

Se oyó decir al sargento en su papel de hombre espléndidamente educado y seductor, con esa voz fuerte y varonil que tanto llamaba la atención a Posada. Seguramente no le ha dicho quién soy, se dijo apenada. Tendría un tono más seco si supiera que soy yo la que llama.

—Me acaba de llegar un *WhatsApp* de un desconocido —dijo sin rodeos—. Estoy convencida de que está relacionado con el caso.

Él extrañó la voz. No esperaba que nadie lo llamase y menos ella. Le costó unos segundos identificarla. Ella casi pudo oír el mecanismo de su cabeza al cambiar al «modo desagradable con Julia».

—Reenvíemelo, exigió. Y tras darle el número, colgó. Ella anotó el móvil que él le había dado y se lo envió al instante. Acertó a guardar su número casi de casualidad, su mente estaba bloqueada y tuvo que intentarlo en dos ocasiones. No estaba asustada, pero su cerebro no aceptaba lo que estaba pasando en Llanes. En Oviedo no le hubiera sorprendido en demasía, aunque se caracterizaba por ser una ciudad objetivamente tranquila. Pero al fin y al cabo, ciudad.

Estaba en estas cavilaciones cuando una idea llegó de forma tan inesperada como apremiante. Se había olvidado por completo de Carlos. Volvió hacia el salón en un rápido acto reflejo. Su plato estaba prácticamente acabado. El de ella parecía una imagen pétrea de arte moderno. Seguramente estaría incomedible, especuló. La expresión de Carlos lo decía todo. No hacía falta hablar, pero ella lo intentó fracasando estrepitosamente.

—No digas nada —dijo él levantando la mano hacia ella. Y con un gesto de negación en su cara, se levantó posando la servilleta de mala gana en la mesa, encaminándose hacia la habitación—. Me voy a la cama. Mañana hablamos.

Dios mío, se decía Julia. ¿Qué querría decir con eso?, se dijo angustiada.

1922

Elena salió precipitadamente del palacete, con la idea de no volver a saber de aquella familia ni de aquella casa. Solo quería mantener vivo el recuerdo de la inolvidable noche que había pasado con Enrique. Nada más.

Entre tanto, Flor la estaba esperando a las afueras del pueblo, escoltada por Andrés. Ella había observado cómo la miraba con ojos de enamorado y aunque no le correspondía, no dudó en pedirle el favor de que las acompañara: necesitaban un transporte y tampoco les vendría mal un hombre que las protegiera.

Andrés era el mozo que los Sres. Valverde tenían empleado para hacer un poco de todo: chófer, jardinero, recadero... Y además, cuidaba de los caballos. Él sabía que tomar prestados dos caballos para conducirlos hasta Toriellu, el pueblo donde vivía la abuela de Flor en el municipio vecino de Ribadesella, conllevaba un riesgo muy alto. Si los señores se enteraban, podía tener muchos problemas. Pero por otro lado, merecía la pena arriesgarse si con ello conseguía que Flor se fijara un poco en él. Al menos le debería un favor. Y eso, seguramente ayudaría para que ella se dejase cortejar.

Cuando Elena los vio de lejos esperándola junto a los caballos, agradeció en silencio la determinación de su amiga Flor, pese a que los dolores que sentía en su cuerpo no serían fáciles de soportar subida a un caballo. Aunque, bien pensado, le daba igual sentir más o menos dolor físico. Eso no significaba nada en comparación con el sufrimiento que albergaba en su corazón. Lo único que le importaba era alejarse cuanto antes de aquel lugar.

Al llegar a su lado, el dolor le impidió continuar caminando. Andrés la cogió en volandas y la subió a la grupa del caballo. Después, ayudó a Flor a montar tras ella. En pocos segundos, los tres se pusieron en marcha. Tenían un largo camino hasta Ribadesella y, además, Andrés y Flor tenían que regresar antes de que los echaran en falta a ellos y a los caballos.

El viaje fue un horror. Cada cabalgada, Elena sentía unas punzadas que le atravesaban el cuerpo y sus fuerzas estaban tan mermadas que Flor tenía que hacer verdaderos esfuerzos por mantenerla sujeta.

Durante el camino todos iban dando vueltas, para sus adentros, al desgraciado

suceso de aquella noche. Sabían que, de una u otra manera, les marcaría para siempre. Elena, sobremanera, se lamentaba del vuelco que en tan poco tiempo había tenido su vida. Se ahogaba en su tristeza. En vano, intentaba reprimir las lágrimas que luchaban por aflorar al exterior, hasta que la presión que le atravesaba la garganta se le hacía insoportable. Entonces, rompía a llorar con un dolor abrasador, debido a su insistencia por reprimir el llanto; no quería que los demás la oyeran. Unas horas atrás, era la mujer más dichosa del mundo. Y en nada, la desgracia se había cebado en ella. Estaba convencida de que era el peor día de su existencia.

Cuando llegaron a Toriellu, hacía tiempo que había pasado la media noche, pero al visualizar a lo lejos la humilde casa de piedra de su abuela, Flor percibió cómo la calma se asentaba en su ser. Le disgustaba la idea de despertarla, pero contaba con su bondad y comprensión. Atravesaron la polvorienta calzada hasta pararse ante aquella casa de reducidas dimensiones. Al detenerse el caballo, Elena dejó caer su cuerpo y Flor, que tenía los brazos insensibles por el esfuerzo de sujetarla durante todo el camino, la retuvo malamente hasta que vio a Andrés al lado de ellas dispuesto a cogerla.

Flor se acercó a la puerta de doble hoja y mientras la golpeaba, llamaba a su abuela advirtiéndola de su presencia.

La casa, aunque de planta pequeña, disponía de dos alturas. En la de abajo se guarneecía el ganado; una vaca y una mula. Y en la planta superior discurría una humilde vivienda en la que se acomodaban su abuela y un hermano de esta. Los gruesos muros eran de piedra, de aproximadamente unos setenta centímetros, aislando del frío en invierno y del calor en verano.

—¿Abuela? Soy yo, Flor, tu nieta —insistió mientras aguzaba el oído a la espera de escuchar algún movimiento en el interior.

En unos segundos, se oyó el crujir de las escaleras que daban acceso a la planta baja. Su abuela abrió la parte superior de la puerta, ataviada con un enorme camisón que le llegaba a los pies y una mañanita tejida por sus propias manos. La vela que llevaba para alumbrarse emitía una parpadeante luz que se reflejaba en el dulce pero confuso rostro de la anciana.

—Flor. ¿Qué pasa? ¿Por qué has venido a estas horas? ¿Pasa algo? —preguntó intrigada la anciana.

—No pasa nada abuela. Tranquilícese —le dijo—. Déjenos pasar.

Ella se hizo a un lado para descorrer el pasador de la parte inferior de la puerta haciéndoles entrar con un jubiloso gesto. Aunque preocupada, estaba encantada de ver a su nieta.

—Qué alegría verte. ¿Cómo estas? ¡Cuánto tiempo ha pasado! Y esta gente. ¿Quién es?

—Ella es una amiga —contestó Flor—. Necesita ayuda y he pensado que podría quedarse con usted una temporada hasta que encuentre un trabajo. Él nos ha acompañado.

La abuela de Flor elevó el candil que sujetaba en su mano derecha hasta alumbrar el rostro de la desconocida.

—No es preciso que me cuentes lo que te ha ocurrido, en tus ojos puede verse la tristeza —le dijo.

Aunque Elena había intentado disimular su congoja, tenía los ojos hinchados y enrojecidos, por lo que no podía engañar a nadie: había llorado todo el camino.

—Podrás quedarte conmigo cuanto quieras. En esta casa vivimos mi hermano y yo —aclaró—. Él está impedido desde su infancia y yo ya soy muy vieja, por lo que siempre me vendrá bien una ayuda. Arriba no hay sitio para los tres —continuó—, pero podrás quedarte aquí abajo, en la cuadra.

Elena agradeció su ayuda, más con la mirada que con la palabra. Seguía sin encontrarse bien.

Posada se quedó chafada. Todo su plan se había desarmado en un segundo como un castillo de naipes ante una inesperada corriente de aire. Estaba abocada al desastre en su vida con Carlos. Era como remar contracorriente, por más que se esforzaba, no podía disfrutar de algún remanso de paz en su relación. Como un torbellino que iba y venía para aniquilar lo que poco a poco iba construyendo y que tanto esfuerzo le costaba. Era incompresible cómo se veía una y otra vez enzarzada con él en situaciones tensas. Pero le quería, y se consolaba pensando en que todas las parejas pasaban por momentos difíciles.

De repente se despabiló. En esos momentos no podía pensar ni en Carlos ni en ella. Su mente volvió al caso, al *WhatsApp*, al sargento, a Miguel y a Raquel. Hizo acopio de su practicidad y sin detenerse a pensar, cogió el bolso y el abrigo y salió de casa con la intención de reunirse con el sargento. Necesitaba hablar con él, conocer su impresión. No podía quedarse así hasta mañana.

Bajó al segundo sótano para coger su coche mientras su mente repetía las mismas palabras una y otra vez. La conocía, el presunto homicida o alguien relacionado con él, la conocía. Y lo más importante, ella podía conocerlo a él...

Cuando llegó al hotel saludó efusivamente a María y aprovechándose de su confianza no dudó en embaucarla para conseguir el número de la habitación en la que se alojaba el sargento. Le llevó un tiempo deshacerse de ella; a esas horas estaba aburrida y quería conversación. Por el contrario Posada no. Pero no le quedaba más remedio que aguantarse. Sin embargo, una pregunta contestada distraídamente se convirtió en una fácil y sencilla pista que María siguió, segura de que no le interesaba en absoluto lo que le estaba contando. Ella le indicó por dónde quedaba la habitación y la dejó marchar.

Posada se dirigió presurosa por el pasillo hacia la habitación que María le había indicado. Cuando picó con los nudillos en la puerta, un nerviosismo recorrió todo su cuerpo. No estaba muy segura de lo que estaba haciendo, al fin y al cabo estaba

siendo bastante desagradable trabajar con él. Pero le podía la intranquilidad en la que se había sumido desde que recibiera el mensaje. Eso tenía más peso que su forma de tratarla o su hasta ahora bastante deplorable relación. La visita fue tan inesperada como desagradable. Él abrió la puerta despreocupadamente con la intención de deshacerse presuroso de su interlocutor. Estaba convencido de que alguien del servicio de habitaciones venía a recoger la bandeja del *room service* con los restos del sandwich que le habían servido de cena. Vestía unos vaqueros que llevaba algo caídos dejando entrever sugerentemente sus caderas y una camisa por completo desabrochada que se puso en el último momento y que dejaba parte de su musculada complexión al descubierto. Su sorpresa fue mayúscula y su expresión lo decía todo.

—¿Qué pasa, nunca tuvo una mujer en su habitación? —le lanzó sorprendida por su inesperada pregunta.

—¿Va a alguna fiesta o su cita la ha dejado plantada? —su tono surgió de su boca con mayor crudeza de la que él hubiera deseado. Pero no se arrepintió en absoluto, pese a que tenía que reconocer que ella estaba deslumbrante.

Posada no contestó al provocador comentario, pero se reprochó no haber pensado en cambiarse. Se había puesto ese vestido con la intención de seducir a Carlos y ahora desearía llevar unos vaqueros y cualquier par de zapatillas. Por su mente cruzó la idea de lo que podía haber imaginado María: una mujer elegantemente vestida le sonsaca el número de habitación de un hombre que acaba de llegar a la Villa y que además está de muy buen ver; es decir, blanco y en botella. Todo inducía a una cita de medianoche. ¡Cómo se podía ser tan estúpida! No sabía muy bien cómo, pero tendría que arreglar ese malentendido. Su ego estaba herido, pero el vino que había bebido mientras esperaba a Carlos, la había envalentonado lo suficiente como para recuperar la agilidad que necesitaba para enfrentarse al duelo verbal que sostenía con el sargento.

—¿No pensaría que me iba a quedar tan tranquila, no? —objetó.

Él enmudeció. No se esperaba que ella respondiese tan airadamente a su comentario sin apenas verse afectada por el golpe bajo que acababa de asestarle. No estaba acostumbrado a que le rebatieran de esa manera y menos una subordinada con la que acababa de empezar a trabajar.

Los ojos de Julia se vieron arrastrados inevitablemente a echar un vistazo a la escultural e irresistible figura que se entreveía a través de la abertura de la camisa. La fuerza que emanaba de su torso requería muchas horas de gimnasio. —Dios mío, ¡qué cuerpo!, pensó Julia ruborizándose por segunda vez al descubrir cómo se lo comía con la vista. De la Fuente fue consciente del examen por el que acababa de pasarle y se apresuró a abotonarse la camisa cohibido por primera vez desde hacía mucho tiempo. Él se hizo a un lado y la dejó pasar.

Posada quedó gratamente sorprendida por la calidez de la habitación. Las paredes estaban pintadas de un luminoso tono *beige* que transmitía serenidad. O quizá ese efecto sedante fuera causado por las cortinas que combinaban a la perfección con las

colchas del mismo tono claro. O por la luz indirecta que proyectaban las lamparitas ancladas a ambos lados de las camas en coordinación con la de lectura del pequeño escritorio. A ciencia cierta, Posada no sabía identificar qué era lo que le transmitía esa inmejorable sensación de bienestar. La habitación, por otro lado, era lo suficientemente amplia como para disponer además de una mesa de centro con dos sillas tapizadas a juego con las cortinas que, junto al ventanal, permitía disfrutar de una hermosa vista.

Su mirada se detuvo en la pequeña zona de estar. Se sorprendió por el ingente despliegue de medios que el sargento había dispuesto en la mesa de centro. Evocaba una imagen más propia de ver en las películas que en la realidad. Un portátil, una pequeña impresora, una cámara digital, fotos repartidas por la pequeña mesa; todo en perfecto orden.

—Supongo que vendrá por el mensaje ¿no? —dijo tan secamente como pudo.

—¿Quién ha podido enviármelo?

—¿«Cuando la traición te abraza, el traidor camina contigo»? —recitó de memoria—. Probablemente se trate de alguien que conoce al presunto homicida o sospecha quién puede ser.

—¿Y por qué no el presunto homicida?

—Porque nunca se hubiera llamado a sí mismo traidor. Más bien todo lo contrario. Así que podemos descartar que el mensaje haya sido enviado por él.

—¿Y si considera que el traidor es Miguel?

—Podría ser. Pero no tendría ningún sentido que después de matarlo enviase el mensaje. ¿Para qué hacerlo? ¿Qué sentido tiene? ¿Para justificarse?

—Quizá le remuerda la conciencia...

—Si fuera así no lo tendría todo tan orquestado. Este homicidio es premeditado lo que anula la contrición. Ninguno se arrepiente de haber perpetrado un asesinato cuando probablemente le haya llevado mucho tiempo planearlo.

—Premeditado...

—Sí, premeditado. El asesinato se acometió un domingo. El homicida sabía que Miguel iba a estar hoy en el hotel —dijo comprobando en su reloj que aún era domingo.

—¿Y si lo sorprendió robando o era un indigente pasando la noche?

—¿Robando? No hay nada que robar. Cuatro herramientas y poco más. Yo no he visto nada de valor. Y un indigente no mata porque lo sorprendan durmiendo donde no debe. Están acostumbrados a hacerlo.

—¿Y si lo que quiere es mostrar que es más inteligente que nosotros y retornos a que lo cojamos?

—En ese caso no enviaría este tipo de mensaje. Con él nos está dando una pista y si la intención del presunto homicida fuera retornos, jugaría con nosotros. No nos lo diría tan claramente.

—No nos diría tan claramente ¿qué?

De la Fuente se quedó mirándola arqueando la ceja con un gesto desafiante. Escrutó detenidamente la expresión de Posada. Para él era tan evidente la información que transmitía el mensaje, que dudaba de la intención que podían tener las preguntas que Posada le estaba haciendo. Pero tras observarla, tuvo la certeza de que acababa de ver los mismos sinceros e inocentes ojos que había descubierto nada más verla hacía ya unas horas en el despacho del capitán.

—«Cuando la traición te abraza, el traidor camina contigo» —repitió—. Está claro. El presunto homicida pertenece al círculo de Miguel. Es alguien cercano a él. Quién le haya enviado el mensaje nos está acotando la búsqueda. El homicida no regalaría un indicio como este. Sería un idiota si así lo hiciera. Y no lo es. Es o al menos se cree inteligente, está seguro de sí mismo, no tiene miedo, es meticulado y calculador y además el suceso no es fruto de la casualidad o de un accidente. Ha sido planificado con todo detalle. Sí. Meticulado —aseveró ante la expresión de incredulidad de Julia— lo mató en un sitio diferente al que lo hemos encontrado y posteriormente lo colocó en otro. ¿El por qué? No lo sé. Pero esa es la realidad.

Ella estaba estupefacta. ¿Realmente había llegado a todas esas conclusiones en media hora? No dejaba de sorprenderla. Tenía que reconocer que, a pesar de la baja opinión que tenía de su persona debido a su relación con ella, era indiscutiblemente perspicaz. Sabía muy bien lo que se traía entre manos. A Posada se le habían acabado los argumentos.

—Bien. Entonces está claro que el mensaje no lo envió el homicida —resopló con cierto alivio.

—Eso es —afirmó De la Fuente—. Hay que averiguar a quién pertenece el móvil del mensaje. Si encontramos a su propietario, es muy probable que este nos lleve al presunto homicida. Estoy seguro de que quiere ayudarnos. Pero o bien por miedo, o bien porque se siente amenazado, no se atreve a delatarlo. Simplemente confía en que el mensaje nos ayude a realizar nuestro trabajo. «El mensajero» puede encontrarse incluso en peligro. Aunque por otro lado, no lo vamos a tener tan fácil —meditó desalentado.

—¿No? —dijo perpleja.

—No —respondió tras unos segundos—. Me atrevo a conjeturar a que el móvil desde el que le envió el mensaje es robado. Y además, seguramente, se trata del modelo más comercializado en el mercado. Por desgracia, será difícil que nos dé alguna pista, pero habrá que investigarlo para no dejar cabos sueltos. Nunca se sabe.

Posada estaba alicaída. Parecía que el razonamiento del sargento tenía sentido y le inquietaba saber que «el mensajero», tal y como él lo había bautizado, fuera alguien conocido por ella, en peligro.

—¿El móvil al que le ha llegado el mensaje es particular o es del cuartel?

—Es mi móvil particular, pero San Román lo tiene anotado por si me tiene que localizar. No sería la primera vez que se lo da a alguien que llama preguntando por mí —apuntó sagaz—. Nunca me ha parecido importante comentarle que es de uso

personal.

—Bien. Mañana a primera hora hay que consultarle si últimamente llamó alguien preguntando y se lo dio. Sería un comienzo...

—¿Y si fue así...?

—Es pronto para determinar el porqué la ha escogido a usted y no a otro. Lo que quiero decir es que puede simplemente haber acudido a usted sin más o puede ser que vaya más allá y que tenga algún interés en que usted sea «la protagonista» de esta historia —dijo alzando las manos haciendo el gesto de comillas a los lados. Ambos quedaron por unos segundos en silencio, cavilando.

—¿Trajo el móvil? —quiso saber.

—Sí —contestó Posada abriendo el bolso para hacerse con él.

Y sin preguntar por qué ni para qué, aunque imaginándolo, se lo entregó. Él extrajo un cable universal de su maletín para conectarlo al portátil y extraer los vídeos que Julia había grabado de la escena del crimen, necesitaba estudiarlos detenidamente. Posada rastreaba sus certeros movimientos en el ordenador hasta que su mente se perdió atraída por la noche que lucía a través de la ventana. El viento había amainado y la lluvia había cesado, aunque según las noticias por poco tiempo. Él levantó la mirada y por un momento la observó hermosa.

Cuando De la Fuente finalizó la descarga, se quedó mirando abstraído al móvil. Pensó en devolver la llamada al mensajero misterioso. No es que tuviera muchas esperanzas de que le cogiera el teléfono, pero había que intentarlo. Copió el número en su móvil y pulso el botón de llamada. La tan conocida vocecita dulce e impersonal que anunciaba el estado apagado o sin cobertura salió a su paso. Resignado, cortó la llamada a la par que decidía dar por terminado su encuentro con Posada. Sin más preámbulos la citó al día siguiente a las ocho en punto de la mañana. Se acercó sutilmente a la puerta para abrirla, y con un elocuente gesto de la mano, la invitó claramente a marcharse. Ella estaba tan exhausta por todo lo que había sucedido a lo largo del día y de la noche que le importaba bien poco la actitud que él tomase con ella.

—Adiós —dijo tan secamente como pudo. Cogió el móvil y se marchó pasando por delante de él sin recibir respuesta alguna. Cuando llegó a la recepción no se le ocurrió cómo justificar a María la situación. Prefirió no hurgar más en el tema y dejarlo correr.

Con la mano aún en la manilla de la puerta cerrada de su habitación, De la Fuente retomó la conversación que acababa de tener con Posada. Las preguntas que ella le había realizado le habían dado pie a plantearse algunas cuestiones que inicialmente le habían pasado desapercibidas. Sin duda, se dijo, el interrogatorio que le hizo y la posibilidad de escuchar su argumentación en voz alta le habían ayudado a aclarar sus ideas. Se dio media vuelta y se acercó al ordenador para visualizar detenidamente los vídeos que Posada le había proporcionado. Eran elocuentes. Mientras los visualizaba, el caso seguía rondando por su mente: no había nada que robar o al menos eso creían.

Y entonces... ¿Dónde están las herramientas y maquinaria propias de una obra? En la profunda inspección que realizaron en el hotel habían encontrado unas pocas herramientas que, a estas alturas, estarían en algún almacén a la espera de ser trasladadas al laboratorio de Madrid a primera hora del lunes. Pero ¿y el resto de la maquinaria?, se suponía que en una obra debería de haber montones. ¿Dónde están?

De regreso a su casa, Posada se sentía totalmente abatida, derrotada. Mentalmente hizo un resumen de su desastroso día, lo que fulminó el poco optimismo que le quedaba; no era ni su sombra. Entre su fracaso con Carlos y la infame relación con «el nuevo», se le caía el mundo encima. Cuando llegó a casa, Carlos estaba profundamente dormido. Eso la tranquilizó. No estaba preparada ni física ni mentalmente para un altercado con él. Mañana sería otro día.

1922

Habían pasado tres meses desde que Elena había llegado a la casa de la abuela. Su ánimo seguía sin mejorar y su salud tampoco iba muy allá. Además, empezaba a tener ciertas sospechas que enflaquecían aún más sus menguadas fuerzas. Se decía a sí misma que no podía ser, pero por otro lado... Ayudaba cuánto podía con las tareas del campo y de la casa. La abuela estaba encantada con ella, le había cogido mucho cariño. Elena se hacía querer y era una buena compañía. Más que su hermano que, con los años, se había vuelto huraño y no paraba de protestar por esto o aquello.

Poco a poco con el paso del tiempo se fueron confirmando sus sospechas: estaba embarazada. Y lo peor era la desoladora duda que no se alejaba de su pensamiento: la incertidumbre de quién era el padre. Si tuviese la certeza de que fuera de Enrique, al menos tendría algo de él, y eso mermaría su desdicha. Pero en su corazón albergaba un temor sin respuesta que la reconcomía; su hijo podía ser fruto del verdadero amor o del odio, del aborrecimiento, del desprecio... Llevaba pensándolo mucho tiempo, quizá demasiado. Pero no era capaz de elegir una palabra que definiese lo que sentía por lo que él le había hecho. Para su desgracia, se obcecaba creyendo que su hijo era de Francisco y se le retorcían las entrañas. Solo de pensarlo, se ponía enferma.

Pasaron los meses y su barriga comenzó a evidenciar su estado. La abuela no tardó en darse cuenta, pues había dado a luz a siete hijos y, aunque había pasado mucho tiempo, esas cosas no se olvidan. Recordaba muy bien todo lo concerniente a un embarazo.

—¿Estas preñada, verdad? —le dijo en uno de esos días que la invitó a tomar un poco de leche caliente a media tarde.

—Sí —le dijo echándose a llorar.

—¿Quién es el padre?

A ella esa pregunta le dolió en el alma y más aún la respuesta, pues no podía asegurar su nombre y se avergonzaba de lo que le había ocurrido. Lloró desconsoladamente por su desgracia, por estar embarazada, por no saber quién era el padre y porque su gran amor había muerto. No había vuelto a pensar en las palabras que le había dicho Francisco. Resolvió no poner en duda los sentimientos

de Enrique respecto a ella, no merecía la pena. Prefirió olvidar y recordarlo para siempre como su gran amor.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó la abuela. Al ver que no podía ni contestar, ella la calmó—. Aquí te puedes quedar cuánto quieras. Con y sin hijo. A mi edad, ya no importan las habladurías. No tienes por qué preocuparte.

Elena se lo agradeció infinitamente. Al menos, por ahora, tenía un lugar para criar a su hijo. Sin embargo, la pena no mermó en absoluto.

Posada se levantó al alba. Había pasado una de esas noches en las que la preocupación no le dejaba descansar. Tenía la sensación de haber permanecido en un estado de semiinconsciencia casi toda la noche sin alcanzar la profundidad del sueño reparador. Notaba el cuerpo como si le hubiesen dado una paliza. Decidió ducharse y prepararse un buen desayuno saltándose la rigurosidad de su dieta habitual. Necesitaba recobrar energías y minimizar en lo posible el cansancio que notaba. El día anterior no había comido ni cenado y probablemente parte de la debilidad que sentía viniese por ahí. Sin embargo, fue un sueño que no se hizo realidad. Parecía como si Carlos hubiese estado esperando el momento justo para evitar que la tentación corriese por sus venas.

—¿Cómo te levantas tan temprano? —preguntó con voz melosa con la intención de engatusarlo. Conocía muy bien a Carlos y por ello preveía lo que se le venía encima. Cuanto menos a esa hora de la mañana la discusión tenía hora límite, pronosticó. No podría alargarse más de lo que suponía el tiempo hasta marchar al trabajo. Y estaba en lo cierto. No duraría mucho, pero por un motivo muy diferente para el que ella no estaba preparada.

—Julia —dijo en tono firme y lo más sereno posible en un conato de evitar una embarazosa escenita— no podemos seguir así —continuó.

—Tienes razón —lo interrumpió ella quizá en un intento de evitar lo inevitable—. Sé que no tenemos un buen momento, pero te prometo que lo superaremos. Estoy segura de ello —dijo en tono de súplica.

—No, Julia —contestó mirándole a los ojos—. No lo vamos a superar. Lo nuestro es imposible —ella se quedó helada ante tal afirmación—. Nuestra relación no es lo que debería ser. Tu trabajo se interpone continuamente entre nosotros. Y mi vida no es tu trabajo. A mí me gustan las cosas con un orden y tú eres incapaz de formar parte de ese orden. Comprendo que te debes a tu profesión, pero es más importante que yo. Y, sinceramente, no me gusta ser el segundo plato.

Ella presentía que ese era el final. Sólo de pensar en ello, las lágrimas se agolparon en sus ojos. Sin poder evitarlo, se desbordaron sin contención posible rodando por su mejilla.

Un abismo se abrió entre ellos. Él estaba rompiendo con ella después de haber solicitado el traslado hacía algunos meses, de haber dejado todo lo que le importaba:

su familia, sus amigos, su casa... para vivir con él e iniciar una «relación formal» como a él le gustaba llamarlo. ¡Y ahora la estaba dejando!, caviló incrédula. Se sentó tambaleándose en uno de los taburetes de la barra de la cocina, desolada y sin saber qué decir. El plástico del taburete le pareció más frío que otras veces cuando atravesó la fina tela del pijama de florecitas rosas y fondo verde agua engañosamente cálido. Sintió un escalofrío, como un latigazo recorriendo su ser.

—En cuanto pueda trasladaré mis cosas —afirmó—. Lo siento. —Ella se resistió a escuchar lo que sus oídos le transmitían.

—Pero... ¿tan claro lo tienes? —preguntó.

—Esto no resulta Julia —le dijo severamente en su insistencia por zanjar el tema y olvidar lo antes posible—, ¿no te das cuenta?

—No, no me doy cuenta. Todas las parejas tienen malos momentos. Nosotros estamos viviendo uno pero no tenemos por qué tirar por la borda todos estos años... —De improviso un amargo pensamiento la abordó—. ¿O es que ya no me quieres? —expresó atemorizada imaginando una respuesta que no quería escuchar.

—Te quiero, pero no estoy enamorado de ti —aclaró. Y de su interior salió sin pretenderlo una explicación que la hundió—. Mi amor ha girado con el tiempo hacia el cariño. Lo siento.

—¿Y se puede saber cuándo te diste cuenta? —preguntó notablemente alterada y fuera de sus casillas.

—Lo sé desde hace tiempo Julia, pero ayer por la noche tuve la confirmación de lo que llevaba tiempo sospechando.

Esa respuesta no era la que ella quería escuchar. Anhelaba una oportunidad, pero su corazón le decía que él no se la iba a dar. Él desapareció en el dormitorio dando por finalizada la discusión. Al poco, se había marchado para siempre. No quería alargar innecesariamente una relación que no tenía otra alternativa más que la que ya había tomado.

Posada llevaba poco tiempo en Llanes como para haber forjado alguna amistad que la consolara, que la comprendiera, con la que compartir ese momento tan íntimo, tan doloroso. Tras meditar unos instantes pensó en las dos únicas personas con las que había congeniado algo más aparte de Carlos: Roberto, su compañero, y Pili. Pensó primero en Roberto y, tras escasos segundos, acordó no contarle nada; tenía bastante con lo suyo. Luego en Pili. Se llevaba bien con ella, pero su propensión a cotillearlo todo la echaba para atrás. La conclusión era clara: no podía contar con ellos; tendría que sobrellevarlo como pudiese, al menos por ahora. Posada se vio sola y sin nadie a quién acudir y eso la hizo sentirse inmensamente vacía. Su desazón era tal, que la habitación se cernía sobre ella como si las paredes cobraran vida, encogiéndose varios metros para envolverla en una atmósfera insoportable. La angustia que sentía en su corazón la dejó paralizada durante lo que parecía una eternidad. Las lágrimas rodaban incesantes por su demacrado rostro. Su voluntad se había volatilizado abandonándola en segundos como si se hubiese fugado con Carlos

en su ansia por permanecer con él. Su mirada perdida en un punto escogido al azar daba muestras de abandono. No estaba preparada para el golpe que acababan de asestarle y no era de las que necesitaba tiempo para asimilar los hechos. Pero aquello era su excepción.

Por un momento sintió la necesidad de huir, de echar a correr y dejarlo todo atrás como si con eso fuera a evitar el sufrimiento. En su desaliento, añoró a su madre. La necesitaba. Necesitaba uno de sus reconfortantes abrazos para sentirse a salvo, acorazada, protegida de todo y de todos como solo ella podía hacer. Hacía tres años de su muerte y la seguía echando de menos. La llamó en voz alta, sollozando, anhelando su presencia. Durante algunos minutos, pensó en ella. Tras ellos, recordó su doctrina y, aunque a duras penas, se recompuso. No, no podía huir. La habían educado para enfrentarse a los problemas. Para luchar. Para no dejarse vencer. Dio gracias por lo enraizado que tenía ese pensar y por lo insistentes que habían sido sus padres en inculcárselo, sobre todo su madre. Desconocía cómo, pero tenía que conseguirlo. Al menos, tenía que intentarlo. Con esta idea, meditó sobre cómo enfrentarse al día que le esperaba. Se le presentaba un reto ciertamente difícil, pues por nada del mundo quería que trascendiera su situación personal en el trabajo. Y menos con el nuevo sargento rondando. Debía sacar fuerzas de flaqueza, recomponerse para no levantar sospechas. Por un instante se rió de sí misma lamentando la paradoja del momento: se sentía como un trapo viejo, abatida y sin empuje, pero tenía que disimular ante los demás como si no ocurriese nada. El amargo llanto se acentuó.

Poco a poco comenzó a salir de ese estado de amodorramiento, de la nebulosa en la que se había sumergido. Tenía que ir al trabajo. Y lo más importante: tenía que fingir su estado de ánimo. Sobre todo delante de Pili, que era una experta lectora de mentes. Con ese pensamiento fuertemente arraigado, respiró hondo y lidió por sentirse serena, pero no pudo. Un agudo dolor le atravesaba el corazón con tal intensidad que se le hacía insoportable. Fantaseó con que el dolor que sentía fuera algo físico que pudiera arrancarse y dejarlo escondido en cualquier rincón de su casa. Una vez más las lágrimas afloraron insaciables. El hipo que le provocaba el llanto descompasaba su respiración tornándose desordenada. Decidió tomarse una *Valeriana* para amortiguar la ansiedad. Fue al baño y abrió la portezuela del armario que quedaba oculto tras el espejo. Sus ojos se tropezaron con el *Lexatín* de Carlos. Tomaba esas pastillas cuando era incapaz de conciliar el sueño. Se quedó mirando la caja fijamente. Necesitaba algo más fuerte, concluyó, algo que le quitase esa tremenda angustia y, a ser posible, que la liberase del abatimiento que pesaba sobre su corazón. Cogió el vaso del lavabo y sin dar tregua se tomó una de las de Carlos.

Se enjuagó las lágrimas antes de trastabillar hacia la ducha con la esperanza de que el agua se volviera mágica y borrara parte del pesar. Pero cuando finalizó seguía ahí. Persistiendo. Adentrado en su ser como si la hubiese acompañado toda su vida en hibernación hasta ese momento. Como si se tratase de un ente de enormes

prolongaciones que serpentease por todo su cuerpo aferrándose a ella con vida propia, con voluntad de permanencia. Incapaz de abandonarla.

Meditó cansinamente sobre el día que le esperaba. No sabía si por suerte o por desgracia pero le quedaba por delante un largo día de trabajo. Casi agradeció estar tan ocupada. Le vendría bien no tener tiempo para pensar. Siempre había escuchado a su madre que cuando se siente una aflicción como la de ella, lo mejor es tener la cabeza ocupada. Su madre... Hacía mucho que no se acordaba tan intensamente de ella. La necesitaba tanto... Su convencimiento se vino abajo cuando, puesta en situación, recordó a su arisco compañero. Podía asegurar que pasaría el día entero con él. Y eso no tenía claro que pudiera soportarlo con entereza. No en las condiciones en las que se encontraba. Debilitada y entristecida necesitaba palabras de aliento y no su aspereza, reprochó a los azulejos del baño.

Al salir de la ducha se asomó al espejo con la intención de vislumbrar el aspecto que tenía. Por entre los restos de gotas y zonas aún empañadas por el vaho, pudo distinguir el semblante más horripilante que jamás había tenido. Se obligó a dejar de llorar por el simple hecho de que desapareciera el enrojecimiento de los ojos. Preocupada, deseó que no se le hincharan por la llorera. La punzada seguía presionando su garganta. Con perseverancia, terminó por convencerse de que no podía seguir llorando. Decidió maquillarse a conciencia para disimular las ojeras y suprimir el horrendo color blanquecino de su tez. Perfiló sus ojos para mitigar la línea que aún permanecía enrojecida. Finalizó su intento poniendo un poco de brillo en los labios. Por último, optó por llevar el pelo suelto, al menos eso le taparía parte de la cara y le ayudaría a evitar miradas indiscretas. No era una obra maestra, pero había conseguido mejorar sustancialmente su aspecto provocando un efecto directo en su estado de ánimo.

A pesar del forzado ayuno del día anterior, no tenía apetito. Estaba tan afectada que se le había formado un imponente nudo en la boca del estómago. No obstante, se obligó a tomar un yogur bebible bajo en calorías. Quería evitar llevar el estómago completamente vacío.

Pesarosa entró en la habitación que hasta el momento había compartido con él y abrió el armario. La holgura que observó en la parte izquierda del perchero le ratificó la decisión de Carlos. La opresión que sintió en su pecho al ver que se había llevado parte de sus cosas era indescriptible. Apurada escogió lo primero que vio sin pensárselo dos veces: unos vaqueros y un jersey. Y cerró presurosa las puertas del armario. No quería ni verlo. Si lloraba de nuevo no iba a poder disimular ni tan siquiera ante el sargento que ni se dignaba a mirarla. Pensó en ponerse las zapatillas de deporte que tanto había añorado la noche anterior. Pero finalmente eligió unas botas marrones de caña alta. Ahora no estaba tan segura de sí misma y el recuerdo de ese comentario la doblegó y sumió en un desasosiego si cabe mayor del que ya tenía de por sí. Alrededor del cuello enroscó informalmente una bufanda bastante gruesa y de color indefinido. Sin mirarse por última vez antes de salir, agarró el pomo de la

puerta de salida, hizo un enorme acopio de fuerzas, y liberó un resoplido que se hubiera escuchado al otro lado de haber estado alguien esperándola. Pero no había nadie. Ni lo habrá en mucho tiempo, pensó deprimida. Impaciente, bajó trotando las escaleras de los cuatro pisos que la distanciaban del garaje. Curiosamente, en escasos minutos, el apartamento había pasado de ser un remanso de paz a convertirse en un ingrato habitáculo. Tenía prisa por escapar de él. Se sonrió ante el evidente sarcasmo que la vida estaba teniendo con ella.

Las campanas de la Basílica de Santa María no habían tocado las siete y media. Aún no había amanecido y ya se presagiaba el tormentoso y desapacible día. Aunque no llovía, los charcos acumulados aquí y allá evidenciaban que lo había hecho copiosamente hacía poco. Además, pese a la escasa iluminación que ofrecían las farolas, se podía observar cómo el pesar de las gotas en los árboles hacía que las ramas languidecieran encorvadas como si se reverenciaban ante el irritado temporal. Durante el recorrido hasta el cuartel condujo abstraída recordando las palabras y la expresión de Carlos al dejarla. Pero al introducir su coche por la amplia entrada del cuartel, sus pensamientos se volcaron de nuevo en el tedioso día que presagiaba en compañía del sargento.

Cuando llegó, el sargento ya estaba trabajando. Por el rabillo del ojo pudo observarlo a través de los espacios libres de los estores venecianos. Con su costumbre recién adquirida, resopló mientras cerraba los ojos, quizá para amortiguar la cruda realidad. No tenía ni pizca de ganas de encontrárselo. Todavía no. Precisaba un poco más de tiempo. Ansiaba toparse con alguien conocido. Con Guzmán, por ejemplo. O mejor con Pili, pensó. Necesitaba bullicio para eludir sus pensamientos y enfrentarse a la frialdad del sargento sin miedo a derrumbarse vencida por sus desaires. Y para eso, Pili era la mejor. Era la alegría de la huerta. Avanzó sigilosa por el pasillo hasta llegar a su zona de trabajo. Se sentó en la silla agazapada, ocultándose tras la pantalla del ordenador procurando pasar desapercibida, al menos hasta que llegasen los demás.

Cuando estaba en su casa, consideró una excelente idea la de escabullirse de aquella melancolía. Apostó por llegar al trabajo y sumergirse en el ajetreo propio del cuartel. Y ahora, vista la experiencia, reconocía que había sido una de las peores ideas que podía tener. Del equipo solo estaban el sargento y ella. Justo lo que quería esquivar. Pero... ¿a dónde hubiera ido sino? La respuesta era sencilla: a ninguna parte. La única fórmula que se le ocurría para no entrar en un bucle autocompasivo que la devorara hasta dejarla sin aliento, era rodearse de gente y de excesivo trabajo. Así que, ahí estaba. En la mejor de las peores opciones que tenía.

Mecánicamente encendió el ordenador sin prever ninguna tarea en concreto. Esperó pacientemente hasta que terminó de arrancar y le pidió la contraseña. Para entonces ya había decidido probar suerte buscando en *Internet*, el texto del mensaje que le habían enviado. Probablemente diera con algo interesante. Aún le costaba

asimilar que, en su municipio, hubiera un presunto homicida que actuara como los protagonistas de exitosas películas americanas interpretadas por *Denzel Washington*, *Morgan Freeman* o alguno de esos actores famosos. Su cuerpo y su mente se volcaron en la tarea que se había impuesto. Su concentración era tal que no se percató de la presencia del sargento hasta que estaba demasiado cerca. Justo al lado de ella. ¿Lo habría hecho tan sigilosamente que era imperceptible?, ¿o es que ella tenía anulados los sentidos? Se estremeció pensando en los efectos adversos del *Lexatín*. Su trabajo le exigía estar despierta, espabilada. Y por un momento temió que el sedante fuese a entorpecer su labor. Velozmente desechó añadir una preocupación más a las que ya tenía. ¡Solo se había tomado un tranquilizante!

—En cuanto hayan llegado todos reúna al equipo en mi despacho —dijo en su habitual tono seco y distante.

—Sí, mi sargento —contestó ella con una efímera mirada por si aún quedaban en su rostro evidencias del penoso momento que estaba viviendo.

Por la mente del sargento se había deslizado fugazmente la sensación de que había una mirada extraña en Posada. Pero había sido un pensamiento tan breve que ni siquiera fue consciente de ello hasta mucho más tarde. Cuando ató cabos.

A lo lejos, se escuchó una puerta cerrarse. El sargento tuvo la impresión de que correspondía al despacho del capitán. Con su acostumbrada sutileza y la intuición de que el capitán era uno de esos recelosos de su puesto, decidió informarlo sobre la improvisada reunión que acababa de promover y, de paso, contarle su contenido. Sería excesivamente escrupuloso de momento. Por lo menos hasta que le cogiera el tranquilo. A buen seguro se evitaría un conflicto innecesario.

Ese día el capitán se había levantado con las pulgas revueltas. Aunque no había mucha similitud, de alguna forma se habían removido en su memoria aquellos momentos que tanto le había costado enterrar y que ahora surgían para atormentarlo como antaño. Había soñado con el recuerdo de la peor experiencia de toda su carrera profesional y que se remontaba a cuando él era un joven y prometedor capitán en Mieres. El regreso del sufrimiento acechando una y otra vez había provocado que su carácter se hubiese agriado nada más despertarse.

—Sí, mi capitán. Parece que este tema se complica... —confirmó De la Fuente tras valorar la opinión que le había dado—. Voy a mantener una reunión con el equipo para informarles de la nueva situación. Será a las ocho —dejó caer—. Si a usted le parece oportuno, estaré encantado con su asistencia.

—No, sargento. Puede usted mantener la reunión con el equipo. Yo estoy desbordado de trabajo y no puedo acudir. Delego en usted —le dijo consciente de lo que sus palabras implicaban.

El capitán desbordaba de trabajo como había comentado al sargento, pero su primera justificación para rechazar la invitación era la del malestar que sentía en su conciencia por el recuerdo soñado. Le urgía estar solo.

El primero en llegar fue Guzmán. Posada notó en él algo diferente que no sabría

matizar, pero optó por hacerse la loca. El profundo temor de que él notase algo la tenía bloqueada. Y si llegaba el caso, desconocía cómo salir airoso. Volvió a centrarse en su búsqueda. Encontró lo que quería vertiginosamente. Era una frase que podía encontrarse fácilmente en cualquiera de los infinitos buscadores alojados en *Google*. Si cualquiera tiene acceso a ella como pista tenía poco valor, pensó. Quién fuera que enviase el mensaje, tuvo mucha precaución en no aportar pistas. Estaba claro que no quería ser localizado. El sargento tenía razón y por algún motivo no le extrañaba que así fuera. Andaba en estos pensamientos cuando, inesperadamente, una señal de alarma llegó a modo de mensaje a su cerebro. Recordó una de las tareas que el sargento le había encomendado: contactar con el hospital; debían entrevistar a Raquel lo antes posible. Suspiró convencida de que eso nunca le hubiera pasado en condiciones normales... sus reflejos estaban debilitados.

Repentinamente, una taza de café apareció en su mesa. Alzó la vista buscando la pertinente explicación encontrándose con la cara de Guzmán.

—Por la cara que tienes, lo necesitas tanto como yo.

—Gracias Guzmán. Tienes razón. Era justo lo que necesitaba —le dijo dándose cuenta de la verdad que acababa de decir y de lo perspicaz que era su compañero.

Tomó las galletas que había tenido la precaución de coger antes de salir de su casa y, pese a que continuaba sin apetito, comió cuatro acompañando al aromático café. Estaba convencida de que necesitaba tener algo en el estómago para amortiguar el excesivo efecto del tranquilizante.

Algo recuperada, se centró en ejecutar la tarea que el sargento le había ordenado el día anterior con la esperanza de obtener buenas noticias. Tuvo suerte al dar con el médico que había atendido a Raquel; estaba de guardia ese día y aún permanecía en el hospital. Mientras esperaba a que le pasaran la llamada, rogaba para que les permitiesen mantener al menos una pequeña conversación con ella. Estaba demasiado ensimismada en sus pensamientos, cuando una voz algo más aguda de lo propio en un hombre la sorprendió.

—Buenos días, cabo —saludó directamente.

—Buenos días doctor. ¿Qué tal va la paciente? —preguntó sin rodeos.

—Sigue con amnesia, pero ha pasado buena noche y no parece que vaya a haber más complicaciones. A lo largo de la mañana, le daremos el alta.

—¿No recuerda nada? —se interesó.

—No recuerda lo que le pasó, pero es una amnesia localizada. Tras la conmoción inicial que le impedía hablar y que la sumió en un estado de *sock*, la hemos conseguido estabilizar. Al despertar ha recordado todo salvo lo que le ha ocurrido. Le haremos revisiones en principio cada semana si no hay novedades.

—¿Cuánto tiempo puede estar así?

—Lo desconocemos: horas, semanas, meses. Es impredecible. Puede incluso que nunca llegue a recordar. El cerebro puede ser muy caprichoso.

—Nos acercaremos en breve. ¿Puede esperar a darle de alta hasta que lleguemos?

—Las altas comienzan a media mañana, así que si se acercan en breve, como dice, no habrá problema. Pero dense prisa, porque como, comprenderá, no podemos retenerla sin motivo.

—Bien. Muchas gracias, doctor. Lo tendremos en cuenta —agradeció Julia.

El resto del equipo se había incorporado paulatinamente. Cuando colgó el auricular ya estaban todos en sus mesas con un café humeante para comenzar bien la mañana. No hizo falta mirar el reloj; la impuntualidad era inaceptable.

Posada respiró hondo, exhaló un soplido y se encaró a ellos para comunicarles la inminente reunión con el sargento. Las caras de extrañeza se dejaron ver. No podía ser de otra forma. En la reunión del día anterior a última hora de la tarde habían quedado perfectamente definidas las tareas de cada uno. Una nueva reunión les parecía incomprensible. Las protestas que se dejaron escuchar no conmovieron a Posada. No dio explicaciones ni opción a que le preguntasen: directamente, se puso en marcha hacia el despacho del sargento. De hecho, así lo había planificado. Todos la siguieron, incluida San Román, a la que había avisado con una llamada interna.

Al entrar, Posada decidió sentarse en la silla más alejada y menos visible respecto a la posición del sargento. El resto se fueron acomodando ordenadamente, situándose a continuación, en la que iba quedando libre.

—Buenos días —comenzó De la Fuente. Todos habréis deducido la posibilidad de que hayan surgido novedades, considerando el poco tiempo habido entre la reunión de ayer y la de hoy, y no estáis equivocados —comentó con su acusada debilidad por ir al grano—. A la cabo Posada le ha llegado un mensaje de alguien relacionado con el caso. Es muy probable que se trate de un testigo.

Las expresiones de asombro no se dejaron esperar y los comentarios se escucharon abiertamente. Todos se giraron hasta dar con los ojos de Posada haciéndola notar excesivamente protagonista. No había previsto ser el centro de atención. Su cabeza iba más lenta de lo habitual en su casi estado permanente de letargo desde que se había tomado la pastilla, a pesar de que el ligero desayuno la había espabilado un poco. De la Fuente recondujo rápidamente la reunión acallando los comentarios. La suspicacia que aún sentían ante el recién llegado era suficiente para que ninguno se atreviera a contrariarlo. El sargento comentó ampliamente el perfil del presunto homicida apoyándose en un esquema que previamente había dibujado en la pizarra y que resumía la conversación que había mantenido la noche anterior con Posada.

—San Román, quiero que indagues por *Internet* algo más respecto al mensaje —ordenó deduciendo que por sus dotes de «saberlo todo de todos» tendría habilidad en la búsqueda por *Internet*. A ella le entusiasmó la idea de participar tan activamente en el caso.

—¡Ah!, también necesito que investigues a quién pertenece el número de móvil desde el que se ha enviado el mensaje. A ver si tenemos suerte. Posada te lo facilitará.

—¿Todos habéis estado en el hotel, no? —preguntó el sargento sorprendiendo a

todos los presentes.

—Sí, —contestó López—. Todos menos San Román, —apuntó.

—¿Alguno encontró un lugar donde estuviera almacenada herramienta o maquinaria perteneciente a la obra?

—Sí —respondió Guzmán atropelladamente—. Hay una caseta en el jardín, oculta tras un seto. En ella he visto herramientas y maquinaria de jardinería y de obra. No me había dado cuenta hasta que usted lo mencionó —se disculpó—. Pero ahora que lo pienso, estoy seguro de que parte de lo que se almacena ahí es de la obra.

—¿Estaba abierta?

—Sí —aseveró.

—En ese caso, necesito que vayas y realice un inventario de todo lo que encuentres.

—¿De todo? ¡Hay piezas pequeñas desde tornillos hasta aparatos de todo tipo!

—No. Solamente de la maquinaria. Al menos, de momento —aclaró sin más explicaciones—. López, acompáñalo.

López puso los ojos en blanco. Esa era una de las tareas que más aborrecía. Contar objetos y anotar en una hoja... ¿Por qué demonios tenía que hacer algo tan aburrido y poco significativo? Ese era un trabajo para el endeble de Guzmán, pensó recordando el aspecto que tenía cuando llegaron por primera vez al hotel. Pero no para él, se dijo malhumorado.

—¿Alguna pregunta? —Lanzó De la Fuente ansioso por finalizar la reunión e iniciar con su ajustado plan.

Con la explicación tan completa y trabajada que les había dado el sargento, sobraban las preguntas. Les costaba creer que un vecino al que posiblemente conociesen, o al menos hubiesen oído hablar de él, fuese un homicida. Y por lo que les había comentado el sargento, se trataba de un vecino. Todos miraban fijamente al sargento esperando que diera por finalizada la reunión para desahogarse.

—Bien. En ese caso, pongámonos a trabajar.

En menos de un minuto el improvisado despacho había quedado vacío, a excepción de la presencia de Posada. A pesar de lo poco que le apetecía, debía informarle sobre la conversación que había mantenido con el doctor. Mientras, él continuaba recogiendo sus cosas sin prestarle excesiva atención. Por vez primera agradeció su frialdad, prefería no tener que evitar su mirada. Eso le hacía sentirse protegida de insidiosos comentarios.

—Nos vamos al hospital. En cinco minutos la espero en la puerta —ordenó.

Posada asintió y con las mismas salió del despacho.

—¡Julia! —llamó San Román impetuosa.

Posada cerró los ojos y conteniendo la respiración se giró para enfrentarse a esa inconfundible voz de «sé que algo está pasando y me lo tienes que contar».

—Dime, Pili —quiso decir en un tono desenfadado. Julia tenía la vana esperanza de que quisiera consultarle cualquier tema relacionado con el trabajo.

—Ya sabes que a mí no me la puedes dar. Te pasa algo y lo llevas escrito en la frente. Me preocupa esa expresión de tristeza marcada en tu rostro.

Ella se ruborizó ligeramente ante la veracidad del comentario.

—¡Qué dices Pili! —intentó disimular sin éxito alguno.

San Román entornó la cabeza y la miró con una expresión de incredulidad. Posada se vio obligada a inventar en segundos la explicación que le iba a soltar.

—Eres una verdadera lectora de mentes. Tienes razón —cedió ante la presión—. No he dormido nada bien y tengo un dolor de cabeza insoportable.

Posada se acarició la frente con la mano para enfatizar su declaración.

—El mensaje me ha dejado *K.O.* Me preocupa —continuó.

De soslayo examinó la cara de su compañera, comprobando, con gran satisfacción, que la verdad a medias había sido suficiente. De momento, se había librado.

—Sí. No me extraña que estés preocupada. Yo estaría temblando si recibo un mensaje así. San Román observó la cara de «eso no es lo que quería oír» y, seguidamente, se dio cuenta de su resbalón.

—Lo siento. No quería preocuparte más —se disculpó. Es que realmente es aterrador. Pero no te inquietes. Todo se va a resolver.

En realidad Posada estaba encantada. No sabía cómo pero San Román había tragado el anzuelo. Podría estar tranquila por unas horas.

—Sí —afirmó Posada—. Eso espero. Y cuando pretendía continuar con alguna explicación más que aportase mayor peso a su evasiva y sentenciase la cuestión, San Román ya no le prestaba atención. Se extrañó al ver la cara de embobamiento de su amiga. Era bastante inusual en ella.

—San Román, Posada —saludó a su paso el sargento.

Julia pudo observar por el rabillo del ojo cómo dirigía a Pili una media sonrisa cargada de ¿complicidad...? ¿O lo soñaba...? Fuera lo que fuera, la desesperó. No alcanzaba a comprender por qué narices ese hombre le había cogido tal aversión. Era encantador y agradable con todos menos con ella. Pili no desaprovechó la oportunidad para devolverle una de sus más agradecidas sonrisas. Posada enarcó las cejas estupefacta.

—¡Menudo hombre! ¡Y es encantador! ¿No te parece? —comentó San Román sin sofoco alguno—. ¡Tiene un cuerpazo que no me quiero imaginar lo que sería capaz de hacer con él! —se sonrió picarona.

—¡Pili! —exclamó Posada ciertamente sorprendida.

En los meses que llevaba trabajando con ella, nunca había mostrado ese lado tan... atrevido. Pero San Román seguía pasmada siguiendo los pasos del sargento hasta que salió del cuartel haciendo caso omiso a los comentarios de Posada.

—Me voy —le dijo cortante poniendo los ojos en blanco con incredulidad—. Me estará esperando.

—¡Que suerte tienes! —pudo oír mientras se dirigía a la puerta.

—Sí, sí suerte —se dijo en voz baja con retintín cuando estaba a medio metro de ella.

Súbitamente, una idea atravesó rauda por la cabeza de Posada. ¿Cómo podía haberlo olvidado? —se dijo pesarosa.

—¡Pili!, ¡espera! —le vociferó mientras se daba la vuelta—. Una pregunta, ¿recuerdas si últimamente has dado mi móvil a alguna persona que haya llamado preguntando por mí?

—¿No me digas que sospecháis de alguno que se haya puesto en contacto con nosotros?

—Cabe esa posibilidad...

—Pues es que... sí... La verdad es que... ayer mismo... Estuve de guardia y llamaron preguntando... le di el móvil distraídamente.

—¿Sí? —gritó alarmada avanzando hacia ella—. ¿Y qué recuerdas? ¿Qué te dijo?

—Pues nada. Me dijo que era del Instituto de Medicina Legal y que necesitaba hablar con la persona que llevase el caso. Yo le dije que no estabas y, cuando me pidió el móvil, se lo di. No pensé en nada extraño. Le dije que si quería dejarte algún mensaje y me explicó que no. Según me dijo intentaría contactar contigo a través del móvil. ¡Lo siento Julia!, le dijo afligida.

—¿Era chico o chica? —preguntó Posada visiblemente afectada.

—Un señor. La voz no me pareció de un chaval, más bien de una persona madura. Y muy educado, por cierto.

1922

Pocos días antes de las Navidades, Flor fue a visitarlas. El embarazo de Elena era más que evidente. Sobre todo porque su barriga había aumentado considerablemente, mientras que el resto de su cuerpo había adelgazado. Al ver su estado, el rostro de Flor dejó escapar una expresión de lástima. Su belleza se había disipado. Las marcadas ojeras y la extrema delgadez marcaban sus pómulos en exceso. Los almendrados ojos verdes estaban apagados, sin vida. Su estado de salud y de ánimo eran preocupantes. Incluso la encontró más deprimida de lo que la había dejado. Los esfuerzos de la abuela por mantenerla alimentada y sana eran inútiles. Parecía como si la vida no quisiera permanecer en ella. Flor se abalanzó sobre ella y la abrazó durante largo rato. Quería transmitirle su apoyo incondicional. Desconocía que estuviera embarazada, pero eso no era lo que más le inquietaba, sino lo desmejorada que la encontraba. Durante el resto del día procuró animarla. Aunque había mucho que hacer con los animales y en el pequeño huerto de la abuela, pasaron largo tiempo charlando relajadamente. Entretanto, obvió hablar de lo ocurrido. Pero cuando llegó la noche, no pudo postergarlo más. Tenía que contarle los últimos acontecimientos, tarde o temprano se enteraría. Y prefería que fuera por ella que no por algún desalmado. Llevaba tiempo dándole vueltas al tema y por fin había decidido como empezar.

—Las cosas no han ido bien en el palacete.

Ella la miró. No dijo nada. Poco le importaba.

—D. Enrique ha muerto —continuó.

La sorpresa se dibujó en el rostro de Elena.

—¿Qué ha ocurrido? —acertó a preguntar.

—Durante estos meses la amargura se ha apoderado de ellos. D. Enrique y D^a. Mercedes no han podido superar la muerte de su hijo. Francisco sobrevivió, pero su salud es extremadamente delicada. Le cuesta respirar a causa de una lesión en un pulmón y eso le impide hacer grandes esfuerzos. Además, el doctor le ha dicho que no va a andar nunca más. Está postrado en la cama. A veces, pocas, se sienta en una silla de ruedas —aclaró tomando aire ante la sensación de ahogo que sentía. Elena la miró impasible. El rencor que corría por sus venas no le permitía tener compasión

por aquel desgraciado.

—D. Enrique —continuó— se dio a la bebida. Yo creo que eso fue lo que le mató. Apareció un día, hará un mes, muerto en la cama después de una de sus borracheras. La señora ha decidido cerrar la casa y marcharse de nuevo a México. Allí vive toda su familia. Anhela sentirse arropada, querida. Está cansada de luchar y necesita que los demás luchen por ella. Y según dicen, los mexicanos lo dan todo por su familia. El ama de llaves comenta que los necesita tanto como alejarse de esa casa. Para la señora está llena de desgracias —aclaró como si no fuera obvio—. Todo lo que hay en ella le recuerda a su marido y a Enrique. Ella no quiere recordar más. El ama de llaves se encargará de cuidar la casa y el resto del personal hemos tenido que buscar otro trabajo. D^a. Mercedes se ha ocupado de recomendarnos a otras familias de indios.

Elena desechó hacer comentarios de la familia Valverde. Sentía el desgraciado final de D. Enrique. Era bueno con ellas. Pero el odio que sentía por Francisco estaba muy arraigado. Él se lo había quitado todo. Y lo aborrecería por el resto de sus días. Además estaba el resentimiento que sentía por D^a. Mercedes. Ella la había acusado de su desgracia cuando el verdadero culpable de todo era Francisco. La había echado de su casa humillada, vejada, dolorida y sin nada qué comer ni un lugar dónde ir. Pasó la mano por su vientre. El niño que llevaba dentro era de su sangre, quizá de la de Francisco... Eso la atormentaba. Dos personas a las que por desdicha estaría ligada de por vida. No, no sentía lástima por ella. Por el contrario, se alegraba de que se marchara. Cuánto más lejos, mejor.

Flor había eludido comentarle que con cada recomendación que hacía para el personal, especificaba en una nota el rechazo personal hacia Elena. Durante aquellos meses la había censurado tan abiertamente, que ninguna familia en el Oriente de Asturias se arriesgaría a contratarla. D^a. Mercedes había cumplido su promesa.

Esa noche cenaron los cuatro juntos. La velada no se alargó mucho, pues al día siguiente, Flor tenía que madrugar para presentarse en el nuevo trabajo. La esquina de la cuadra a la que Elena ya estaba acostumbrada y que incluso encontraba muy acomodada, las acogió a las dos esa noche. Fue una de las mejores noches de Elena, pues junto a su amiga se sentía reconfortada.

De madrugada Flor se levantó para emprender su camino. Mientras se adecentaba, se quedó mirando largo rato a su amiga. Rogaba que la vida le deparara mejores momentos. Pero Elena necesitaba un milagro...

Aunque había amanecido, la escasa claridad proporcionada por las lóbregas nubes aceradas hacía que las farolas permanecieran encendidas, dando la impresión de que el día se empeñaba en no despertar. Posada, por el contrario, llevaba unas cuantas horas despierta y por suerte el café y la actividad habían surtido el efecto deseado

espabilándola. Su ánimo estaba bastante restablecido. Y en su empeño por no dejarse amilanar, había llegado a la conclusión de que ni Carlos, ni De la Fuente iban a poder con ella.

El camino hasta el hospital se le había hecho bastante corto, tal vez porque tenía demasiadas cosas en la cabeza. Al llegar, aparcó en la misma plaza del día anterior aunque estaba algo alejada. Hicieron a pie el tramo que les distanciaba de la entrada principal, pese a que el viento arreciaba incansable y la lluvia resurgía con fuerza. Anclada en la misma silla giratoria de atención al cliente, se hallaba la auxiliar que bebía los vientos por el sargento. Cansina, se desplazaba por el reducido recinto ayudada por las pequeñas ruedecillas, sin más esfuerzo que el propio impulso que se daba con los pies. Mirándolo con incredulidad, quién sabe si por verlo aún más atractivo vestido de calle o por la siempre inquietante presencia de la Guardia Civil, se arrastró con la silla hasta topar con su mesa de escritorio para estrechar la distancia entre ellos.

—Buenos días —saludó cortésmente el sargento con media sonrisa y chispeantes ojos.

—Buenos días sargento —respondió sofocada por sus pensamientos.

—El doctor Gómez nos está esperando. ¿Podría darle aviso, por favor?

—Sí, cómo no —respondió recuperándose de la sorpresa—. Pasen a la sala de espera. Ahora mismo contacto con él y, en cuanto pueda recibirles, les aviso —dijo esbozando una sonrisa.

—Gracias. Es urgente —matizó. Le agradecería mucho que así se lo transmitiera —sonrió.

—Sí, sí. No se preocupe —respondió con empatía.

Posada se dio media vuelta y se dirigió exasperada a la sala de espera. Le pareció más gélida y desoladora que el día anterior. Quizá porque no había familiares esperando y su frialdad se agravaba sin sentimientos vagando por el ambiente, o simplemente, su bajo estado de ánimo incidiera en su apreciación. El sargento se dirigió a la máquina expendedora de café, la cafeína era un estimulante al que no podía renunciar. Lo tomaba en grandes dosis desde su época de estudiante aunque desde hacía aproximadamente un año pasaba muchas noches en vela.

—¿Café? —preguntó. Posada lo miró asombrada. ¡El sargento tenía un soplo de amabilidad con ella!

—Sí, por favor —ella también ansiaba la cafeína para espabilarse definitivamente.

Posada observaba los precisos movimientos de De la Fuente. Los cambios de ánimo que tenía no dejaban de sorprenderla. Tenía un toque cautivador que suprimía en cuanto se dirigía a ella. Sospechaba profundamente que el gran problema era la compañía. ¿Por qué sino iban a enviarlo solo sin un compañero? Sí, eso debía ser. Tales pensamientos tranquilizaron la conciencia de Posada. Pensar que fuera quien fuera, por el simple hecho de ser su compañero, él se comportaría exactamente igual,

no era lo mismo que concluir que la hostilidad venía por ella como Julia Posada. Pasaron unos minutos de incómodo silencio hasta que Posada, asfixiada, recobró parte de su esencia y se lanzó a comentar sus últimas investigaciones. Primero lo del mensaje y luego lo del móvil. Lo soltó a bocajarro sin esperar comentarios, percibiendo cómo la rabia se agitaba en su interior al detectar la poca importancia que el sargento estaba dando al hecho validado de que San Román hubiese facilitado su móvil al presunto testigo. A él, ninguna de las dos cuestiones le sorprendió lo más mínimo, aunque llegó a concebir la esperanza de que el mensaje fuera algo más selectivo para que aportara una pizca de luz al caso. En cuanto a lo de que San Román había dado el móvil, era de esperar. El incómodo silencio volvió a emplazarse entre ellos. Pasados unos minutos la auxiliar irrumpió en la sala para anunciarles que el doctor los estaba esperando. Como buen médico, los hizo aguardar más de lo que hubieran deseado. A Posada le pareció una eternidad.

Por desgracia para la auxiliar, tenía que privarse de acompañarlos y de disfrutar unos segundos adicionales en compañía del sargento. El día anterior ya se había ganado una reprimenda por haberse saltado las reglas y le disgustaba ser amonestada. Así que muy a su pesar, pero sin prisa, regodeándose en el momento, les dio las explicaciones pertinentes para moverse por los entresijos del hospital. Al no llevar uniforme pasaron por unos visitantes más; sin murmullos, cuchicheos, ni miradas de reojo. Por lo que tampoco levantaron sospechas sobre la investigación que estaban llevando a cabo. Eso les daba tranquilidad para trabajar, teniendo en cuenta que media España ya estaba al tanto del suceso según les había anunciado San Román. Avanzaron por un extenso pasillo iluminado con grandes fluorescentes que emitían una luz excesivamente blanca, incluso dañina a la vista. Las paredes eran de un tono verde agua desgastado. A lo largo del camino, se disponían sillas de plástico del mismo tono anaranjado que las de la sala de espera. A medio recorrido advirtieron un letrero que les anunciaba el control de planta. Allí habían quedado con el doctor. Tras el mostrador, varias enfermeras trajinaban con documentos, medicamentos y utensilios de todo tipo. El doctor estaba esperándolos en la parte interior, releendo el informe de Raquel.

—Buenos días doctor, —saludó De la Fuente.

—Buenos días —contestó.

—Si no le molesta —comentó De la Fuente impaciente— necesitamos ver a Raquel lo antes posible. Le agradecería la máxima agilidad —reseñó.

—Por supuesto. Les estábamos esperando —dijo como si el tiempo transcurrido en la sala de espera no hubiese existido—. ¿Me acompañan, por favor?

El doctor Gómez los acompañó hasta una zona en cuya entrada rezaba «Corta estancia». Entretanto les exponía el parte que ya había avanzado a Posada a primera hora de la mañana. Atravesaron la puerta y penetraron por un límpido pasillo de una estructura similar a los *boxes* de urgencias. Estaba flanqueado por varios habitáculos aislados por cortinas con las mismas letras desvaídas anunciando el hospital.

—Pasen —les dijo descorriendo una de las cortinas. Allí estaba Raquel. Él realizó las presentaciones oportunas y se retiró.

La escasa intimidad que aportaba aquella estancia incomodó a De la Fuente. Cualquiera podía escucharlos. Aún así inició la conversación, pues no se podía permitir andar con miramientos.

—Hola Raquel. Soy el sargento Javier De la Fuente. Estamos llevando a cabo una investigación sobre lo que sucedió ayer en el hotel y necesitamos que nos cuente todo lo que ocurrió —el sargento dejó pasar unos segundos antes de continuar—. Usted había quedado con Miguel, el contratista ¿no es así?

La expresión de Raquel era de sorpresa. Ella aún no recordaba que había visto a Miguel muerto en el suelo de una de las habitaciones, por lo que la presencia de la Policía Judicial carecía de sentido.

—Sí. Habíamos quedado en reunirnos en el hotel, pero desconozco cuál era el motivo. Miguel fue bastante misterioso. Supuse que debía de ser algo importante por lo ansioso y alterado que estaba —conjeturó.

—Cuéntenos. ¿Qué fue lo que hizo el domingo?

—Salí por la mañana temprano para dirigirme al hotel. Cuando llegué ya estaba la furgoneta de Miguel... No recuerdo nada más —explicó cabizbaja—. Me han dicho que debí de caerme por las escaleras. Pero no lo recuerdo.

Raquel tenía un tono de voz afligido que provocaba en De la Fuente un inevitable sentimiento de protección. Era evidente que ella era incapaz de recordar y de comprender lo que le había pasado. Estaba tremendamente asustada. La idea de estar hablando con ellos, tampoco ayudaba mucho. Nunca se había visto envuelta en una situación similar.

—Su marido, ¿iba con usted? —preguntó Javier en un tono amigable con una medio sonrisa y una mirada amable que convencería al más necio.

—No. Habíamos acordado que él se quedase con los niños. No tenemos familiares en Llanes, así que tenemos que organizarnos si no queremos dejar el sueldo en niñeras.

—¿Qué opinión le merece Miguel?

De la Fuente buscó una fórmula sutil para indagar sobre la relación entre Raquel y Miguel. No quería estresarla más de lo que ya estaba. Además, quería seguir su filosofía de mantener interrogatorios afables.

—¡Es genial! —de su rostro brotó una expresión de júbilo que no les pasó desapercibida—. La verdad es que hemos tenido mucha suerte dando con él. Está siempre dispuesto y nos resuelve todo tipo de problemas. Incluso los que no le atañen. No llevamos mucho tiempo viviendo aquí —explicó—. Y él es todo un lujo. Siempre tiene una respuesta para todo. Y si no la tiene, la busca.

—¿Habló en alguna ocasión de su familia?

De la Fuente se daba cuenta de lo escogidas que debían ser sus preguntas. No quería que Raquel se enterase antes de tiempo del destino final de Miguel. Era una

información que prefería guardarse para el momento oportuno.

—De su mujer no. De su hijo en alguna ocasión hizo algún comentario desesperado. Parece que le da muchos quebraderos de cabeza. Es uno de esos adolescentes que se dedican más a salir de juerga que a cumplir con sus estudios. Pero tampoco sé mucho más. —Raquel tensó el cuerpo. Temía que el sargento profundizase en la vida privada de Miguel. Y ese no era un camino por el que ella quisiera avanzar.

Pasaron unos segundos casi imperceptibles antes de que De la Fuente continuara. Pero para Raquel fue suficiente. Impulsivamente preguntó lo que llevaba barruntando desde que le habían comunicado que la Policía Judicial hablaría con ella sobre lo ocurrido.

—Disculpe sargento, pero... es que... no comprendo por qué me hace estas preguntas... Supongo que caerme por la escalera no será suficiente... así que... — cuestionó con un hilo de voz casi inaudible.

—Si me lo permite —la cortó Javier tan suavemente como pudo antes de que continuase— me gustaría hacerle alguna pregunta más... para no perder el hilo. De la Fuente ladeó la cabeza y alzó los hombros para apoyar su aparente, aunque ficticia facilidad para despistarse. Quería evitar una situación que impidiese que ella continuase entera. Tal y como la necesitaba. —En cuánto acabemos y no queda mucho, contestaré a todas sus preguntas. —No dio opción a que fuera de otro modo —. Bien, retomando... ¿Qué tal la relación con su marido?

—¿Cómo? no comprendo... ¿con mi marido? Ella se envaró.

—Sí. Es una pregunta rutinaria.

—Nuestra relación es buena... como la de todos los matrimonios con hijos pequeños. Ya sabe los niños acarrear alguna que otra discusión. Son... incansables. Si no llora uno, lo hace el otro y sino el tercero... Raquel no decía toda la verdad y ambos se percataron de ello, pero tampoco mentía. Álex no había elegido tener un tercer hijo. Eso había perjudicado su matrimonio.

—Sí. Tiene razón —le dijo como si él tuviera experiencia en ese sentido.

—Pero ¿y el cambio? Por lo que tengo entendido, lo dejaron todo en Oviedo para trasladarse a Llanes y montar un hotel ¿no?

—Por ahora nos va bien... Mucho trabajo como supondrá... pero no tenemos queja... Sabíamos que al principio nos llevaría mucho tiempo. Pero vivir en el campo no tiene precio —dijo animada—. Los niños han asimilado muy bien el cambio.

—Cuando llegó al hotel, ¿recuerda lo que hizo?

De la Fuente quiso retomar la cita de Raquel con Miguel en el hotel. Era una forma de encaminar lo que le tenía que anunciar. Pero también quería ponerla en situación para ver si la hacía recordar.

—Bueno..., como le dije, vi la furgoneta de Miguel. Dí por hecho que él ya estaba en el hotel... Recuerdo que entré en el edificio, pero nada más. Después mi mente tiene un vacío...

—A ver si la puedo ayudar... usted entró en el edificio y subió las escaleras buscando y llamando a Miguel, pero él no le contestó...

—Sí. Supongo... —contestó Raquel algo tensa. Su respiración se había acelerado. Aquello tenía que conducir a algo. Miraba al sargento con la angustia propia de aquel que espera una mala noticia.

—Pero no está segura, ¿no?

—Pues no. La verdad es que no.

—¿Recuerda que algo le llamase la atención, no sé, algo inusual o diferente...? —preguntó Posada. Raquel meditó durante unos segundos antes de contestar.

—Pues sí. La verdad es que ahora que lo pienso... tengo la sensación de que había algo... pero no sé... No lo recuerdo... Había algo, de eso estoy segura, pero no sabría decirle... —contestó desesperada.

—Una última pregunta Raquel —insistió De la Fuente.

—¿Sabe si Miguel podría tener algún enemigo?

—No lo conozco tan en profundidad, pero es muy alegre y parece llevarse bien con todos... —contestó extrañada.

En esos momentos Raquel tenía la certeza de que el sargento iba a comunicarle una mala noticia. Sus sospechas eran fundadas y De la Fuente podía leerlo en los asustadizos ojos. No quería dilatar más la incertidumbre en torno a lo que había pasado en el hotel, así que decidió cumplir con su promesa.

—Le parecerán extrañas mis preguntas..., pero tienen una explicación —dijo dejando pasar unos segundos para darle tiempo—. Siento comunicarle que hemos encontrado a Miguel muerto —le soltó sin más preámbulos.

Los ojos de De la Fuente y de Posada estaban fijos en todos los movimientos de Raquel. Ella comenzó a hiperventilar. Sus manos se agarraron fuertemente a las sábanas. El dolor que se agolpaba en su garganta era tal que parecía como si algo le estuviera presionando fuertemente su faringe. Las lágrimas se apoderaron de sus ojos. No pudiendo reprimirse por más tiempo, se dejó llevar por su angustia y lloró amargamente. Un incesante temblor recorría todo su cuerpo anunciando una crisis de ansiedad. Posada se acercó a ella volviéndose presente por segunda vez desde que entraron en la habitación. Le cogió la mano y trayéndola sobre sí, intentó tranquilizarla, pese a que no era, ni con mucho, la más indicada para consolar a otro. Por la mente de Raquel deambulaban infinidad de preguntas, pero estaba bloqueada y no podía hablar. De la Fuente salió en busca de ayuda. Nada más abrir la puerta, se topó con la intensa mirada de Álex. Le habían informado del interrogatorio e impaciente esperaba en el pasillo, justo enfrente, apoyado en la pared. De la Fuente captó su atención mientras explicaba la situación a la enfermera. Comprendiendo lo que acababa de escuchar en el control de enfermería, Álex se lanzó en una espectacular y frenética carrera hacia su mujer. Ella lo necesitaba, pero una enfermera entró presurosa tras él ordenando a Álex y a Posada que abandonaran la zona, dando por finalizado cualquier intento de continuar con el interrogatorio. Posada se reunió

con De la Fuente en el control. Álex accedió a salir de mala gana y al verlos se acercó vehemente y con paso apresurado.

—¿Qué pasó? —preguntó notablemente alterado.

—Tranquílese —le dijo De la Fuente sereno—. No ha pasado más que lo esperado en estos casos. Le hemos informado sobre la muerte de Miguel y se ha resentido. Eso es todo.

—¿Y no podían esperar? ¿Qué tipo de personas son ustedes? ¡No tienen conciencia ni sentimientos! ¡No respetan nada! ¡Me dan asco! —gritó. De la Fuente no pudo mantener su templanza.

—No sé si se ha percatado de que pertenezco a la Policía Judicial y mi misión es investigar un homicidio —bramó entre dientes—. Las primeras horas son cruciales para resolver el caso. Su mujer —continuó señalando hacia la habitación— ha estado en el mismo lugar y en el mismo momento en el que ha habido un homicidio. Así que debería de preocuparse más por eso y facilitar que nosotros podamos hacer nuestro trabajo, ¿no cree?

Ambos se mantuvieron la mirada durante lo que pareció una eternidad. Uno frente al otro. Casi rozándose. Amenazándose. Como si se tratase de dos fieras defendiendo su territorio. Posada se acercó a De la Fuente. Cogiéndole del brazo intentó apartarlo de Álex con un ligero movimiento, segura de que era lo mejor que podía hacer. Antes de que se complicaran más las cosas debía separarlos. De la Fuente desvió la mirada de su adversario. Miró a Posada con la misma fiereza. Sus ojos emanaban fuego. Ella permaneció inmóvil, serena. Sorprendentemente no estaba impresionada. Comprendía su furia. Él repentinamente, dio media vuelta y enfurecido, recorrió el recinto a grandes zancadas hasta desembocar en el exterior del edificio. Ella lo siguió.

—¡Joder! —rugió abriendo la puerta de un golpe.

De la Fuente se agarró fuertemente a la barandilla exterior masajeándola, permitiendo que su rabia se desahogara con ese elemento inmaterial. Intentaba recomponerse y recuperar su control mental. Con la cabeza entre los hombros, inspiró lentamente para llenar sus pulmones de oxígeno y ralentizar el ritmo cardíaco, pues su impetuoso corazón bombeaba sangre a extraordinaria velocidad. Estaba ciertamente afectado; hacía mucho tiempo que no se descontrolaba de esa manera. En su mente afloró la última vez. Se había prometido que nunca le volvería a ocurrir y la promesa incumplida le martilleaba en la cabeza, le dolía haber roto ese juramento. Pero la idea de que lo catalogasen como una persona sin conciencia, le alteraba más de lo esperado. Álex había conseguido sacarlo de sus casillas, algo bastante improbable. Sus acusaciones, la firme convicción de que no era trigo limpio y la sensación de que algo ocultaba estaban haciendo mella en él.

—¡Vamos! —dijo a Posada pasados unos segundos.

Algo más relajado, se dirigió al aparcamiento a buen paso. Posada lo seguía de cerca. De la Fuente aprovechaba cada zancada que daba para relajarse. Respiraba profundamente y el oxígeno renovado parecía envolver su ser en una incipiente

tranquilidad. El ventoso frío de la mañana, con el temporal de nieve acechando a cotas cercanas al mar, se precipitó sobre sus cuerpos amilanando su acaloramiento. Al cabo de unos segundos su ritmo cardíaco se apaciguó. Volvía a estar bajo control. Pero una incómoda sensación se apropió de su mente. ¡Tantos esfuerzos por controlarse y lo había echado todo a perder en unos segundos! Ahora sentía miedo. Miedo porque hubiera una ranura en su coraza por la que pudiera colarse su mayor pesadilla. Miedo porque hubiese sido el principio del fin de lo que tanto tiempo le había llevado dominar. Miedo porque él se creía seguro y ahora tenía la certeza de que no era así. A Posada sin embargo le había gustado verlo desbocado. Le pareció que por primera vez había visto el lado humano del sargento. No era una máquina programada para ser encantador, camelador y todo lo que se pudiera decir. Salvo con ella claro, recordó. ¡Tenía reacciones humanas! No era perfecto y eso la aliviaba. Apenada, comprobó que había durado escasos minutos, al cabo de los cuales todo volvió a ser como siempre.

Próximos al todoterreno, Posada alzó la vista al frente, pero para su desgracia era tarde.

—¡Mierda!, ya tardaba en merodear por aquí...

De la Fuente la miró desconcertado.

—¿Qué pasa? —preguntó secamente.

—Ella es lo que pasa —repuso— y con un gesto de cabeza señaló a una chica menuda que se acercaba hacia ellos con paso firme. Mecánicamente se preparó para el golpe segura de que lo habría. Aunque no sabía por donde vendría. Era impredecible.

—¡Hola Julia! ¿Cómo va todo? ¿Así que tenemos un asesino suelto por ahí? ¿Interesante no crees? —dijo sin dar tregua—. Seguro que mis lectores estarán encantados de que les cuente todos los detalles. ¿Me los vas a dar tú o tengo que enterarme por mi cuenta?

—Vas a tener que buscar en otro lado, Lara. No tengo nada que contarte —le espetó tan seca como le fue posible.

—No me esperaba menos de ti —sonrió enarcando las cejas—. A propósito, ¿no vas a presentarme a tu guapo acompañante? ¿O lo quieres todo para ti? ¡Oh no! —continuó con su interpretación— ¿no me digas que ya te has buscado al sustituto de Carlos? Te abandona esta misma mañana y ya tienes a otro... ¡Eres rápida amiga! ¡No se puede negar! Me voy. Lo siento pero no puedo entretenerme contigo. Tengo mucho que investigar —comentó con una sonrisa cínica. Y tan pronto como había llegado se marchó.

Un acaloramiento irrumpió en las pálidas mejillas de Posada avergonzándola más de lo que podía prever. En su vida se había encontrado en una situación tan violenta como la que acababa de experimentar. La rabia se entremezclaba con la desesperación, el odio y la desazón alternándose incesantemente sin permitirle tener un único y claro sentimiento. Ciertamente no sabía qué sentir. Pero sí qué pensar: ¡esa

mujer era odiosa! Ocultó su cara de la vista del sargento con la esperanza de que le concediera un mínimo de intimidad para sobreponerse. Su mente maquinaba con celeridad. ¿Cómo podía saberlo? ¡Era imposible que lo supiera! ¡No habían pasado ni unas horas! Pensaba en las posibilidades y era del todo improbable. A no ser que ¡Carlos hubiera retomado su relación con ella y estuviese todo orquestado! Sí. Eso era. Y eso le dolía más que la escenita que, sin pretenderlo, acababa de protagonizar. Aunque, por otro lado, acababan de descubrir sus cartas y precisamente ante el menos indicado. ¡Era lamentable! Quería llorar, gritar. Llorar y gritar era lo único que le apetecía hacer. Pero no estaba sola para poder hacerlo y no le iba a dar esa satisfacción ni a él ni a la bruja de Lara.

El sargento estaba estupefacto, pero intuyendo que ella también necesitaba tiempo para reponerse, decidió concederle unos minutos mientras aprovechaba para realizar una llamada a la oficina.

—San Román, buenos días. ¿Tienes algo para mí? ¿Has conseguido hablar con alguno...? ¡Bien hecho! Muchas gracias. ¿Cuánto tiempo nos llevará llegar hasta allí? Bien, confírmale por favor, que pasaremos en... aproximadamente media hora —concretó De la Fuente una vez consultado el reloj.

La escena que acababa de presenciar le había dejado perplejo. No quería entrar en detalles, pero necesitaba saber de qué iba el tema, teniendo en cuenta que se había hablado del caso. Así que lo abordó sin más preámbulos.

—No quiero conocer los detalles personales, pero ¿hay algo que deba saber?

Posada lo miró y por primera vez vislumbró en su rostro una mirada menos hostil que en anteriores ocasiones. O eso le parecía.

—Lara trabaja para un periódico local llamado «El Oriente». Como habrás deducido no nos tenemos mucha simpatía. Ella... Mi...

—No tiene por qué darme explicaciones. Las cuestiones personales son de cada uno y mientras no interfieran en su trabajo...

Ella lo miró extrañada. Y su rostro, ahora relajado y sin acritud, le pareció hermoso.

—Tendré que acostumbrarme, así que no tiene importancia... Carlos, mi novio, bueno mi exnovio concretamente desde esta mañana como ya sabe —reconoció— la dejó por mí. Ella nunca lo superó. Eso es todo.

Posada, se había imaginado la situación de otra manera. Desde luego el sargento no era la primera persona a la que ella hubiese pensado, ni mucho menos querido, comunicar su ruptura. Pero después de hacerlo, sintió una especie de sosiego que la ayudó a aligerar su pena.

—Bien. Creo que lo mejor será que nos pongamos en marcha —respondió De la Fuente zanjando el tema—. San Román ha contactado con el socio de Miguel y hemos quedado en sus oficinas en veinticinco minutos.

Posada no continuó con la conversación. Abrió la puerta izquierda del todoterreno y se puso al volante.

—¿Qué dirección tomamos?

—Polígono de Bricia... Nave 3B.

Ambos mantuvieron un silencio sepulcral durante todo el camino. Las emociones de la mañana abarcaban su atención.

Durante aquella espantosa noche, Juan, había estado martirizándose pensando en lo que había hecho el día anterior cegado por el amor a sus hijos. Todo se justificaba en que ellos necesitaban el dinero. Sin embargo no era así. La rabia se había apoderado de él cuando vio a su exmujer acompañada de aquel patán que se había vuelto millonario de la noche a la mañana. Para su desgracia, así había descubierto que no había tal necesidad. Y eso dismantelaba su sacrificio. Él no se consideraba una mala persona, más bien todo lo contrario. Tenía la firme convicción de que se podía realizar el mayor pecado del mundo si detrás había una buena acción. Pero esa buena acción no era necesaria, por lo que tampoco el pecado. Como conclusión, no había justificación posible para lo que había hecho, y por ello, el remordimiento martilleaba su conciencia. Con todo, poco a poco, su congoja fue desapareciendo para dar paso a una nueva convicción. En el albor del día, había llegado a la conclusión de que no le importaba lo que el otro pudiera darles. Él era su padre, y por tanto, el responsable de su bienestar. Y eso es lo que había hecho: garantizar su bienestar. Dios lo entendería. Se trataba del amor de un padre por sus hijos, y esa era suficiente justificación, hiciese lo que hiciese. Cuestión aparte era lo de su exmujer. Ella era mala persona. Él no podía permitir que se quedara con ellos, no tenía los valores necesarios para educarlos. De una u otra manera tenía que solucionarlo. Deseaba fervientemente que una desgracia recayese sobre ella. Cualquier cosa serviría. Una enfermedad terminal, por ejemplo. Pero era bastante improbable, ella era fuerte como un toro y como le decía su anciana madre: «mala hierba nunca muere». Tal vez un accidente en la carretera, pensó, eso era más factible; ella era ciertamente alocada al volante y ya había tenido algún que otro susto. Si Dios quisiese que así fuera y se la llevase..., le haría un gran favor. Eso lo resolvería todo. Quizá con un poco de suerte, el temporal le echara una mano...

El polígono en el que se habían citado con Manuel, discurría a lo largo de una explanada de reducidas calles paralelas y perpendiculares perfectamente trazadas. Los edificios nido, adosados, transmitían una idea de uniformidad chocante para un polígono. Salvo por las diferentes alturas y por los descomunales luminosos que se observaban en las zonas más altas, las naves eran análogas unas de otras. El gran letrero de «Contratas Llanes», era visible desde muchos metros de distancia. Posada aparcó el todoterreno en una pequeña explanada, justo delante del portón de entrada. Tantearon con la vista, buscando un timbre o similar que les permitiera comunicarse con el interior. Posada lo descubrió en el extremo opuesto. Llamó con determinación y en pocos segundos, el portón comenzó a elevarse ruidosamente. Impacientes

atravesaron la entrada, agachándose, cuando la apertura aún era escasa. En el interior no había nadie esperándolos. La nave era diáfana y de forma rectangular. Salvo por la luz que penetraba a través del portón, abierto ya en su totalidad, y el rayo luminoso procedente de los fluorescentes de las oficinas ubicadas en la primera planta, el lugar era bastante lúgubre. Se dirigieron hacia unas pronunciadas escaleras que encontraron en el extremo derecho y que daban sin lugar a dudas a las oficinas. Eran de hierro, con peldaños cortos y muy próximos unos de otros, por lo que el ascenso hacia el primer piso era complicado. Sin embargo, ocupaban tan poco espacio como debían pretender. De la Fuente echó una ojeada al resto de la nave mientras ascendían. El desorden y la proliferación de herramientas por todas partes eran evidentes. Prácticamente la totalidad del suelo estaba lleno de algún cachivache, herramienta o resto de alguna obra. Las paredes estaban formadas por grandes bloques de hormigón y del techo pendían grotescas lámparas fluorescentes que se suponía que iluminaban las oscuras instalaciones de la nave. Al llegar se toparon con una puerta que distribuía otras dos: un despacho y una pequeña oficina con varias mesas enfrentadas unas con otras. Un diminuto hombre los estaba esperando en el despacho. Estaba sentado en una antigua silla de oficina de cuero roído. Aparentaba ser muy cómoda, quizá por lo amoldada que estaba a su cuerpo. Al verlos se levantó raudo para recibirlos. Era calvo y de bigote. Sus ojos eran temerosos. Podía ser que tuviera algo que ocultar y el miedo aflorase sin concesiones a su rostro. A Posada más bien le parecía su expresión habitual. Las profundas arrugas que surcaban su cara presagiaban una piel extremadamente morena y curtida para su edad. Seguramente era debido al demoledor esfuerzo de trabajar a la intemperie. Su excesivo contorno dejaba parte de la oronda barriga al descubierto a pesar de que llevaba alguna talla más de la que necesitaba por su tamaño. O eso parecía por el buen trozo de tela que se acumulaba en las mangas de la camisa a cuadros blancos y azules. Manolo abrió la puerta dejando escapar parte del calor que emitía el radiador eléctrico, y que amortiguaba el helador ambiente de la nave.

—Buenos días. Soy Manolo —se presentó imaginando quiénes eran.

—Buenos días Manolo. Yo soy el sargento Javier De la Fuente y ella es mi compañera la cabo Julia Posada. Se imaginará para qué hemos venido ¿no?

—Sí, sí. Una desgracia, la verdad... Aún no me puedo creer que Miguel haya muerto —dejó caer en tono lánguido y visiblemente afectado.

—Ya me hago una idea, al fin y al cabo ustedes llevaban... ¿cuánto tiempo?

—Sí... casi veintidós años. Toda una vida...

—Comprenderá que tenemos que hacerle algunas preguntas...

—Sí, sí, por supuesto. Lo que necesiten —contestó complaciente.

—Muchas gracias. Si no le incomoda vamos a grabar la conversación. Es más práctico —aclaró ladeando la cabeza.

—Sin problema —dijo levantando ambas manos en señal de aprobación.

—Gracias... veintidós años son muchos años... ¿cómo se conocieron?

Manolo suspiró ante el recuerdo de aquellos tiempos. Rememorarlos le devolvió una sonrisa.

—Los dos somos albañiles... bueno... éramos... bueno... yo lo sigo siendo... él...

—No se preocupe —le tranquilizó De la Fuente —me hago cargo.

—Gracias —dijo con un desconsolado movimiento de cabeza—. A finales de los noventa trabajábamos para la misma empresa. Un negocio de poca monta cuyo propietario, nos contrataba para realizar algún unifamiliar y alguna que otra reparación. Ya sabe, canalones, tejados y esas cosas. Teníamos una gran amistad y en aquel momento, visión de futuro y ganas —resopló sonriente—. Pensamos que lo mismo que hacíamos para aquel pobre hombre, lo podíamos hacer por nuestra cuenta y además ganar mucho dinero. Los trabajos los hacíamos nosotros —justificó—, él no pegaba palo al agua. Los comienzos fueron muy duros —continuó—. Trabajábamos incluso los domingos para sacar el negocio adelante, hasta que nos empezó a ir mejor. Con el *boom* de construcción que hubo en Llanes tuvimos que rechazar alguna obra. ¡Qué tiempos aquellos! —rememoró. De la Fuente percibió la añoranza en la voz de Manolo.

—Y ahora. ¿Qué tal va el negocio?

—Ahora... mal... para qué les voy a engañar... Cuando conseguimos la contratación del hotel no nos lo podíamos ni creer. Esa obra, junto con algunos pequeños arreglos y chapucillas por aquí y por allá, nos salvaba el año.

—Es decir, que es la obra más importante que tienen si no lo he entendido mal.

—Efectivamente. De hecho llevamos un ligero retraso y no dudamos en trasladar más personal al hotel para cumplir el plazo.

—¿Qué tal la relación con los propietarios?

—Poco puedo decirles... El que estaba llevando esa obra era Miguel, yo no me enteraba de nada.

De la Fuente miró de soslayo a Posada y ella lo miró a él. A ambos les dio la sensación de que él se callaba algo.

—¿Y a la hora de pagar...?

—Puntualmente. Pagaban siempre que Miguel les entregaba una factura o necesitaba dinero. Y eso es de agradecer —aclaró.

—¿Quién decide en qué momento se debe facturar? ¿Usted, Miguel...?

—En una obra se factura según se van realizando las certificaciones de obra, así que ese suele ser el momento... Aunque... también puede ocurrir que si hay que pagar a algún proveedor, necesitemos que el cliente adelante una cantidad.

—¿Cómo acordaron el precio de la obra?

—Nosotros les hicimos una propuesta. Al principio ellos nos pedían un presupuesto detallado. Nosotros no trabajamos así. En realidad desconocemos cómo hacer ese tipo de presupuestos. Querían que se lo detallásemos para que ellos tuvieran los conceptos claros —explicó—. Pero eso es imposible... depende de los materiales

que ellos escojan y de otras muchas cosas —dijo vagamente—. Al final, aceptaron el presupuesto sin discutirlo. La única exigencia que nos trasladaron, sobre todo él, es que la obra estuviese bien hecha y, por supuesto, finalizada en el plazo acordado. Eso lo sé porque cuando aceptaron trabajar con nosotros fuimos a verles los dos —explicó acalorado.

—¿Quién de los dos llevaba las negociaciones? ¿Él o ella?

—Él, por supuesto. Ella es más la de los detalles y la decoración.

—¿Cuántas veces los vio?

—Dos o tres a lo sumo.

—¿La obra les dio algún problema?

—Supongo que no. Como ya le he dicho, no estaba muy al tanto. Miguel no me comentó nada. Así que supongo que no.

—Y... ¿Por qué cree usted que Miguel querría ver a Raquel un domingo? ¿No le parece extraño?

—Bueno, titubeó... No sé qué decirle... —se rascó la cabeza pensativamente—, supongo que querría hablar de algún tema con ella... Por el retraso que llevábamos quizá...

—Sí pero... ¿tan urgente era que no podía esperar al lunes?

—No tengo ni idea. La verdad es que no sé por qué habían quedado —se excusó nervioso.

—Bueno. No se preocupe. Es lógico que usted no sepa las intenciones que pudiera tener Miguel... Al fin y al cabo, él no le comentaba sus planes... —alegó De la Fuente en un intento por ganarse la confianza de Manolo.

—Sí, tiene razón. No me comentaba gran cosa... últimamente nos veíamos poco. Cada uno liado en sus obras...

—Y a Juan el pintor. ¿Lo conoce?

—Sí. Todas las obras que tenemos las pinta él.

—¿Sabe por qué él se había acercado a la obra?

—¿Que Juan se acercó a la obra? —preguntó estupefacto.

Manuel se puso más nervioso de lo que podía controlar. Se removió en su silla y se frotó la frente con una mano. Su cuerpo se envaró... De la Fuente y Posada fueron conscientes de ello.

—Sí. De hecho fue él quien dio el aviso.

—Bueno, dudó... la verdad es que no tengo ni la menor idea... Habría quedado con Miguel... Ya le comenté que no estaba al tanto de todos los detalles. Lo siento —dijo echando balones fuera.

Esa respuesta no les convencía. Tendrían que seguir ese camino para ver a donde les llevaba —pensó De la Fuente. Decidió cambiar de tema. La intuición le decía que poco iban a obtener de Manuel al respecto de Juan.

—Tengo una curiosidad —dijo De la Fuente. —¿Supongo que ustedes ponen su maquinaria a disposición de la obra, no?

—Sí, sí. Por supuesto.

—¿Dónde la almacenan mientras tanto?

—Pues si no hay un lugar, alquilamos una caseta de obra.

—Pero, en el hotel no hay caseta...

—No. En el hotel nos han permitido utilizar la caseta que tienen oculta tras los arbustos, casi al final de la parcela. Es algo incómoda por la lejanía, pero nos ahorramos el alquiler.

—¿Y no tiene miedo que les roben?

—Bueno. Puede ocurrir. Pero tenemos mucho cuidado en cerrarla con llave.

Posada recordó el comentario de aquella mañana de Guzmán: ¿Quién la habrá dejado abierta? Se preguntó. Algo le decía que no había sido un despiste.

—Me surge una duda —continuó—. Siendo ustedes dos albañiles, todo lo que no corresponde a su oficio, ¿lo subcontratan o tienen personal propio?

—No, no. Lo subcontratamos, si se refiere al electricista, al carpintero...

Manolo volvía a estar relajado. El peligro había pasado.

—En ese caso y si no es mucha molestia, nos gustaría disponer de una lista completa con las personas que han contratado para ejecutar la obra del hotel. Y otra con los empleados que tiene la empresa, en la que figuren los que están trabajando en el hotel y los que estén en cualquier otra obra. Incluso el personal administrativo —puntualizó mirando hacia la otra zona de oficinas. Necesitaremos hablar con todos ellos. Cuestión de rutina, ya sabe —aclaró De la Fuente—. También necesitaremos ver las cuentas de la empresa y las llamadas realizadas por Miguel. Siento tener que pedirle tanta información, pero cualquier pista nos podría llevar a resolver el caso.

—Sí, sí, no se preocupe. Se lo diré a mi contable para que lo prepare todo. Aquí no tengo nada. Se lo llevo a ella y ella es la que me lo pone al día. Lo dejo todo en sus manos. Esta tarde lo tendrá.

—Perfecto. Dígale que lo lleve al cuartel.

—Se lo diré. No se preocupe.

—Bueno, pues me parece que eso es todo, Manolo. Nos ha sido de gran ayuda. Si recuerda algo, lo que sea que considere que debemos saber, llámeme, se lo ruego. En la tarjeta figura mi móvil —dijo entregándosela con una agradable sonrisa que lo ayudó a relajarse aún más. Manuel abrió el ruidoso cajón de metal de la primitiva mesa de despacho tipo años noventa y le correspondió entregándole la suya.

—Muchas gracias por su colaboración.

—Gracias a ustedes. Espero que cojan al asesino.

—No lo dude —comentó De la Fuente mientras se levantaba dando por finalizada la reunión.

Los tres se encaminaron hacia la puerta de salida para volver a bajar por la tortuosa escalerilla que daba a la planta baja. Manuel los acompañó hasta la salida. No estaba acostumbrado a realizar tales cortesías, pero lo había visto recientemente en una película y le gustaba la idea. El protagonista acompañaba a la policía hasta la

salida como si se debiera a su esmerada educación, teniendo en realidad como objetivo el de asegurarse que no fisgonearan lo que no debían.

—¡Ah! Una última cosa —dijo el sargento girándose al llegar al último escalón—. Su relación con Miguel era buena supongo... Es que me viene a la cabeza que a mí, sinceramente, me costaría relacionarme con una persona que después de tantos años, no me comentase algo tan especial como quedar un domingo con la dueña de la obra...

—Sí, sí... ¿Por qué no lo iba a ser? —respondió atropelladamente.

De la Fuente y Posada quedaron observando la inquietante reacción de Manolo. Javier decidió lanzar la última hondonada.

—Porque... ¿No tendrían una cita, no? Todo es posible —dijo riéndose simulando que se trataba de una broma.

—¡No! ¡Qué va! —contestó categóricamente—. Miguel no era de esos. No miraba para otras mujeres. Nunca le oí hacer comentarios como a otros muchos.

De la Fuente quedó en silencio. Tras escuchar esa respuesta algo no encajaba. Se despidieron y se encaminaron hacia el todoterreno mientras De la Fuente consultaba su reloj para reestructurar su esmerado plan para el resto del día.

Manuel quedó inmóvil en el portón de la nave, mirando cómo ambos se alejaban. El ingrato momento había pasado. Podía respirar sin temor. E inhalando una bocanada de aire llenó sus pulmones y se relajó. Estaba convencido de que había salido airoso de la situación. Pero tenía que hablar con Juan. Ese indeseable siempre le estaba complicando la vida, se dijo iracundo.

Era casi la una y media. Mientras avanzaban por el ajetreado polígono, De la Fuente decidió proponer a Julia una rápida comida. No le apetecía mucho comer con ella, pero en algún momento tendrían que hacerlo y por supuesto, era hora de tener un intercambio de impresiones. Y ese era tan bueno como cualquier otro. Además, no iba a dejar que su trabajo se viera perjudicado por tener compañera en lugar de compañero.

—¿Dónde podemos comer algo rápido? —preguntó sin darle opción a que decidiera por si misma.

La propuesta le cogió por sorpresa. Pero sin pensarlo contestó la elección que siempre tenía en la cabeza cuando se trataba de comer bien y con un servicio rápido.

—En la «Sidrería El Cuera» Tienen un menú del día muy rico y a buen precio y, al tratarse de menú, el servicio es rápido.

—Bien. Pues ese mismo —decidió De la Fuente—. Vamos para allá.

Posada arrancó el coche e inmediatamente giró el dispositivo de la calefacción. El radical choque de temperaturas al salir del despacho de Manolo la había destemplado. Necesitaba entrar en calor.

1922

Elena se puso de parto antes de lo previsto. La abuela resuelta, la llevó a su camastro, en la parte de arriba de la casa para que estuviera cómoda. Recordando sus alumbramientos, preparó agua caliente y paños limpios para auxiliarla. No tenía experiencia como partera pero, aunque estaba algo asustada, recordaba, sin duda, lo que era un parto. Y, por supuesto, estaba dispuesta a echarle una mano mientras no llegase la comadrona a la que habían tenido que avisar de inmediato. Además, había enviado a un vecino en busca de su nieta. Rezaba porque alguna de las dos llegase a tiempo. Pasadas unas horas, no había llegado ni la una ni la otra. Elena aguantaba los dolores con valentía, pero ya no podía más: el momento había llegado, por lo que la temprana intranquilidad de la abuela, se fue agravando. Desde que Elena había comenzado con las contracciones, tenía un mal presentimiento, y cada vez era más persistente. Con el valor característico en una anciana que lidió con la vida para sobrevivir a la miseria y subsistir con dignidad, inspiró una bocanada de aire y se preparó alejando de su mente los temores que la sometían. Nada más comenzar se percató de que el niño venía de nalgas. El mal augurio volvió a rondar por su cabeza. El parto se complicaba, pero logró ocultar sus pensamientos a la futura madre, porque de sobra sabía que los hijos que ella había perdido habían sido precisamente los que venían de nalgas. Mal presagio. De improviso, la puerta se abrió de golpe y la cara estupefacta de Flor hizo su aparición.

—¡Dios mío! —dijo la abuela—. Gracias a Dios. ¡Ayúdame!

Flor desconocía cómo actuar. Sin embargo, al ver la frente de Elena perlada de gotas de sudor, reaccionó. Cogió un trapo, lo humedeció y se lo pasó por la frente amortiguando su malestar.

—Tranquila —le dijo—. Ya estoy aquí.

Los ojos de Elena se iluminaron al verla, pero Flor no pudo más que entristecerse. Su rostro no reflejaba salud precisamente. La veía más desmejorada que cuando los había visitado en las Navidades. Estaba excesivamente delgada y ojerosa. Parecía que la vida se le escapaba. Flor tenía la misma corazonada que su abuela, quizá sugestionada porque parecía que Elena estaba envuelta en un bucle en el que todo se volvía adverso.

—No pasa nada —le dijo animándola—. Todo saldrá bien.

Tras varias horas de gritos y empujones, la abuela tenía cogido al bebé por los pies, pero necesitaba que Elena realizase un último esfuerzo para que lo expulsara. Si tardaban mucho más el bebé moriría asfixiado. Ella respondió con las últimas fuerzas que le quedaban. Al tercer empujón consiguió que saliera. La abuela lo cogió en brazos y se lo dio a Elena para que lo viese.

—Es una niña —le dijo—. Una niña preciosa.

Ella la besó en la mejilla y la abrazó, pero no pudo mirarle el rostro, temía descubrir en él el vivo retrato de Francisco. Entre sollozos la llamó Amelia, como la abuela de Flor, agradecida por todo lo que había hecho por ella. Flor se la llevó y al poco regresó con la niña lavada y envuelta en una pequeña mantita. Pero Elena, no la quería coger, como tampoco tenía ganas de vivir. Aquella noche con Enrique había tocado el cielo. Se sentía afortunada porque había conocido el amor verdadero. Y ahora sin él, la vida no tenía sentido. Además, no estaba segura de poder soportar a su hija sabiendo que, el padre, podía ser su violador. Y la niña no era la culpable, así que no se merecía que su madre la odiase de por vida o que simplemente no fuera capaz de quererla. Había aguantado el embarazo, porque su hija merecía vivir, además, una parte de Amelia le pertenecía. Sin embargo en ella se había disipado la voluntad de vivir. Era mejor así; ya no sufriría más... y la niña podría crecer sin notar el desamor de su madre. Flor y su abuela se harían cargo de ella. Y ella podría reunirse con Enrique.

—Me muero. No tengo fuerzas y me encuentro muy mal. La vida se me va —le dijo en un susurro a su amiga.

—No digas eso —respondió Flor con un nudo en la garganta.

Flor no estaba preparada para ese momento. Su afligido corazón por tan penosa situación hizo un esfuerzo sobrehumano por evitar mostrar la tristeza que sentía.

—Tranquila —le dijo Elena ante la cara de pánico de Flor. Me voy a reunir con Enrique. Eso me hace feliz. Pero antes quiero contarte lo que pasó. Cuando mi hija sea mayor, quiero que sepa el porqué de su existencia. No permitas que se sienta humillada, ni engañada. Ella no es la culpable de todo esto y no se lo merece ¿me lo prometes?

Elena la tranquilizó de nuevo, pero la serenidad que mostraba no hacía más que agudizar la angustia de Flor. Le contó con todo detalle lo que había ocurrido. Su amiga atendía entre sollozos. Elena había aceptado su destino y le hizo prometer que su hija, Amelia, sabría la verdad y que siempre cuidaría de ella. Flor se lo juró.

Elena resopló. El esfuerzo había sido sobrehumano y el recuerdo de todo le había infligido más dolor del que podía soportar. Flor salió de la habitación para que pudiera descansar. La niña seguía en sus brazos...

La comadrona llegó al poco tiempo. Presurosa, se acercó primero al bebé, alegrándose de su buen estado de salud. Seguidamente, visitó a la parturienta. Nada más verla frunció el ceño. Tenía mal aspecto. Había perdido mucha sangre y su

cadavérico aspecto era impactante. Dudaba de que su fortaleza la ayudase a superar ese momento tan crítico. Elena no sobrevivió a esa noche.

Al día siguiente llegó José, su hermano mayor. Flor había enviado recado a su familia a través de un amigo del pueblo. Cuando llegó se encontró a su hermana sin vida y con un bebé.

—¿Y el padre? —preguntó.

Todos se mantuvieron en silencio. Ninguno sabía que responder. Su hermano rechazó a Amelia. Elena había pecado y fruto de ese pecado había nacido una niña. Desde aquel momento auguraba que sobre ella había caído una maldición. No quería saber nada de ella. No la reconocería como un miembro de la familia.

El recorrido hasta la Plaza de Parres Sobrino donde estaba ubicada la sidrería les llevó unos escasos quince minutos. Al entrar, De la Fuente pudo deducir fácilmente que Julia frecuentaba el lugar. Todos la trataban por su nombre y la saludaban efusivamente.

El ambiente alegre y distendido que se respiraba, hizo sonreír al sargento. Era como si aquella gente, apostada alrededor de la barra, hubiese dejado sus problemas aparcados en un invisible buzón ubicado en la entrada, obligándoles a mantener un estado de jovialidad contagioso. La cuidada decoración tematizada en la sidra con toneles de madera de roble antiguos, botellas vacías de sidra colgadas a distintos niveles como si se tratara de una exposición de arte moderno y varios escanciadores saciando a los clientes, ayudaban a buen seguro a favorecer la animación que se palpaba. También Posada se dejó contagiar por el regocijo generalizado. Parecía que el día se iba reconduciendo, pensó equivocadamente.

Mientras seguían al camarero que les guiaba por entre las mesas, divisó a lo lejos a ¡Carlos! ¡Comiendo con Lara!... inconcebible, pensó... ¡Estaba con ella!... Entonces... ¡Ese era el motivo por el que la había dejado! ¡Por ella! Sus sospechas se habían confirmado. La sangre comenzó a bullirle por la rabia que, primero se apoderó de su mente y finalmente de todo su cuerpo. Y su cerebro comenzó a recibir mensajes que avivaron un desmedido rencor hacia su ex.

—Vengo en un segundo —comentó al sargento mientras giraba y se dirigía encolerizada hacia la mesa en la que estaban sentados.

—¡Hola Carlos! —saludó socarronamente al llegar. Ahora entiendo la situación. Pero... ¿no crees que ya somos mayores para andarnos con estos juegucitos?

Ambos se quedaron espantados al oírla. Estaban tan concentrados en su conversación que no habían previsto la interrupción. La cara de pánico de Carlos carecía de desperdicio.

—Me lo podrías haber dicho claramente. Me hubieras ahorrado una escenita... ¿No ves que así es más fácil?... Tú, con Lara... yo, con mi compañero —alardeó. Cuando se enterara de la mentira, él ya habría sufrido el mal trago. Y en esos

momentos era su mayor deseo—. Tú misma lo has dicho Lara: el chico merece la pena ¿no? —dijo señalando con un gesto hacia donde había dejado a De la Fuente.

—Yo... —intentó explicar Carlos. Pero Julia no le dejó. Poco le importaba lo que tuviese que decir.

—No, Carlos. Si es mejor así. Solamente que podíamos habernos evitado la escenita de esta mañana —dijo con un tono prodigiosamente sereno.

La arpía de Lara apoyó conscientemente su mano sobre la de Carlos y él, estupefacto ante la situación, no lo impidió. Ella sonrió con descaro.

—Todo para ti —le dijo inclinándose hacia ella amenazadoramente—. No merece la pena. Yo ya me di cuenta y por ello te llevo ventaja —le soltó orgullosa, suprimiendo la sonrisa bobalicona que se había dibujado en su cara.

—*Ciao* Carlos —dijo con chulería. Y con las mismas se fue satisfecha de haberse desahogado.

—¡Julia! —oyó decir de lejos. Pero no se volvió. Ya no quería nada con él.

De regreso a su mesa estaba eufórica a la par que desolada. Su corazón rebotaba incesantemente contra su pecho con tal fuerza que sospechaba seriamente que se podría percibir a través del jersey. Sus sentimientos hacia Carlos aún estaban ahí, aunque, en esos momentos, ya no estaba segura de que fuera amor. Reconocía que su relación hacía aguas desde tiempo atrás, pero lamentaba que la ruptura hubiera sido tan precipitada... Y bien pensado, le quería... no lo podía evitar, pese a todo, le quería... Estaba empezando a hundirse cuando de su conciencia emanó un pensamiento que siempre había tenido y que no quería ni podía olvidar: si alguien no tenía interés por ella, ella menos por ese alguien. ¿Cómo se va a sufrir por quién no te quiere? Y ahora lo tenía muy claro, se dijo orgullosa. No me voy a arrastrar por un hombre. Sin embargo, aunque sus palabras eran claras, su corazón no lo era tanto. Pero tenía que convencerse, necesitaba esa coraza para no sufrir. Su empeño sería ese, se dijo. Al llegar a la mesa se sentó frente al sargento aún afectada por el momento. Le temblaba todo el cuerpo y lo peor de todo era el inevitable y evidente tembleque de sus manos. Las escondió bajo la mesa e intentó serenarse, pues tampoco estaba con la persona adecuada para mostrar sus debilidades.

—¿Esa no era la periodista de esta mañana?

—Sí. Y él mi exnovio de esta mañana —le contestó mirándole fijamente con sus verdosos ojos. En ellos se veía una aguda tristeza, pero también coraje. Deseó haber tenido esa determinación cuando la necesitó a primera hora de la mañana.

—Voy al baño —se disculpó.

Precisaba disponer de unos minutos a solas para serenarse y poner orden en su cerebro. Incluso para autodisciplinarse. Pretendía convencerse de lo que había pensado. Por su bien. No merecía la pena sufrir por un hombre que estaba claro que no la amaba. Pero se trataba de una ruptura tan radical como inesperada y no estaba preparada para ello. Aún así, poco importaba ya. Había ocurrido como había ocurrido y ya no tenía remedio. No iba a sufrir en vano, se prometió mientras veía su imagen

reflejada en el modesto espejo del aseo. Persuadida por tales pensamientos, se sintió admirablemente tranquila.

En cuánto regresó a la mesa, el camarero se acercó resuelto. Recitó el menú animadamente y tomó nota dejándolos despachados en segundos. La decisión fue rápida. Pidieron lo mismo: menestra de primero, carne con guarnición de segundo y un arroz con leche de postre. Posada no tenía muchas ganas de pensar y se dejó llevar por la elección del sargento.

—¿A qué conclusiones has llegado hasta ahora? —preguntó el sargento retomando el caso.

Posada meditó por unos segundos, a pesar de que tenía muy clara su valoración. Necesitaba tiempo para orientar sus pensamientos hacia el caso y olvidarse de Carlos.

—Todos ocultan algo. Ella, su marido y el socio de Miguel. Todos.

De la Fuente se sorprendió ante la conclusión sencilla y concisa a la que había llegado Julia. Él opinaba lo mismo. Pero no lo habría resumido en tan pocas palabras.

—¿Y eso? —tentó.

—Bueno, es bien sencillo. Cuando hablamos con Álex, el interrogatorio iba en su línea. Sin aspavientos ni nerviosismos más que el propio de la situación. Pero mintió al responder la pregunta de por qué Raquel se iba a reunir un domingo con Miguel. Pretendió darnos muestras de que aprobaba tal decisión y que era hasta cierto punto normal. Pero, realmente, él no lo cree así. Se notó su inquietud. Incluso sus ojos se engrandecieron y sus pupilas se dilataron ante la pregunta de si sospechaba que hubiese algo más entre Miguel y Raquel. Reaccionó en seguida y mantuvo la compostura, pero se descontroló por décimas de segundos. Él oculta algo. Eso está claro. Además —reforzó— recordará que hubo un momento en que no quiso continuar con el interrogatorio. Lo que me trae despistada es su reacción al conocer que Miguel había muerto. Pareció sincera. Eso nos lleva a la conclusión de que o es muy buen actor y miente más que habla, o realmente no tuvo nada que ver con la muerte de Miguel. Pese a todo, le puedo asegurar que sabe algo o sospecha algo que no nos ha querido decir. De eso estoy segura.

De la Fuente escuchaba sorprendido el impecable razonamiento de Posada. Pero a esa conclusión ya habían llegado en la reunión del día anterior. Ella continuó.

—Por otro lado, con respecto a Manolo, el socio de Miguel, ¿percibió cómo reaccionó cuando le preguntó por la relación entre Miguel y los propietarios? ¿Y cuándo le comentó si no le extrañaba que quedasen un domingo? ¿O cuando le preguntó por qué el pintor fue al hotel? Él quería hacernos creer que no sabía nada. Quiere quitarse el problema de encima. Muy buenas palabras, pero al final no nos ha dicho nada. Fíjese. Resulta que no sabe nada ni de la evolución de la obra, ni de la relación de Miguel con los propietarios. Pero en cambio tenía claro que pagaban puntualmente. Me da la espina que encubre algo.

De la Fuente miraba con extrañeza a su compañera. Posada percibía como su mente estaba funcionando a velocidad inaudita.

—Por último, Raquel. Ella también oculta algo. Lo que no sé precisar es cuánto no recuerda por la amnesia y cuánto desconoce o quiere desconocer. Su reacción más extraña fue a resultas de la familia de Miguel. Se puso tensa. Pero ¿por qué?

Javier la miraba fijamente a los ojos impresionado, no sólo por el excelente análisis que le acababa de ofrecer sino porque estaba empezando a pensar que no había tenido tan mala suerte como pensaba teniéndola por compañera. Aunque ese pensamiento duró escasos segundos, seguidamente lo rechazó. Sin embargo, en esta ocasión manifestó su acuerdo con ella.

—Exactamente, esa es la conclusión a la que llego yo. Efectivamente todo indica que tanto Manolo como Álex, saben algo más de lo que han declarado en cuanto a la relación entre Raquel y Miguel. El que me descoloca es Juan, el pintor... ¿por qué iría al hotel un domingo?

Julia pasó del segundo y del postre, pero no del café. No tenía mucho apetito después de los acontecimientos del día, pero además debía mantenerse firme en su dieta.

En una hora escasa habían finalizado el almuerzo. Decidieron pasar por el cuartel para comprobar si había llegado la información que Manolo quedó en enviarles, hacer algunas llamadas y cerciorarse de si había habido algún avance por parte de sus compañeros.

Mientras De la Fuente pagaba la cuenta, Posada fisgoneó con la mirada hacia la mesa de Carlos. Tenía curiosidad por saber si continuaban allí. Durante la comida se había olvidado completamente de ellos. Ya no estaban, lo que la llenó de satisfacción. Posiblemente se les había atragantado la comida. Ni tan siquiera se habían atrevido a despedirse de ella. Pero ella, Lara, era vengativa y Posada descubriría hasta dónde llega la venganza de una mujer encolerizada.

Sorprendentemente Posada había disfrutado de su comida con el sargento. No había habido nada especial y precisamente por eso le había gustado. Simplemente dos compañeros comiendo e intercambiando valoraciones del caso. Sin más. Sin acritud.

Raquel conseguía serenarse a duras penas gracias a la medicación, pero la tristeza que la embargaba iba a más; la muerte de Miguel la había sumido en una profunda depresión. Durante los últimos meses él había sido su desahogo. Con él, lograba olvidarse del desconsuelo que padecía cada vez que pensaba en Álex abandonándose en brazos de otra. Ella intentaba con todas sus fuerzas darle una oportunidad y olvidarse de que la había engañado, pero no podía. Cada vez que lo miraba, lo veía desnudo revolcándose con aquella espectacular mujer. Y ella no se sentía con fuerzas para luchar y ganar la batalla a aquel bellezón. Ya no tenía veinte años, había pasado por tres partos y aunque se mantenía delgada y hacía algo de deporte, había que reconocer que su cuerpo no tenía la tersura de antes, habían asomado las primeras arrugas y tenía que ir a la peluquería a teñir las canas, al menos una vez al mes. Sin embargo con Miguel era todo muy diferente. Él le hacía sentirse bien, le hacía

sentirse mujer. Seguramente sería por la forma de tratarla, siempre pendiente de ella para que nada le ocurriese por la obra, o por cómo la complacía cuando le pedía algo, siempre tan atento. Con él se sentía feliz. Lograba que se olvidase de todo y que el tormento que arrastraba su corazón se difuminara por unos minutos como por arte de magia. No era de extrañar que Raquel ansiara pasar con él cuántas horas fueran necesarias. De hecho en alguna ocasión anheló que Álex fuera como Miguel, porque, secretamente, ella quería un Miguel en su vida. Y ahora... ya no estaría con él nunca más. Las lágrimas rodaban por la mejilla de Raquel.

No era consciente de la intensidad con la que cavilaba en sus pensamientos hasta que una enfermera la interrumpió y la devolvió a la realidad.

—Él no quiere verla en este estado. Tiene que sobreponerse por él —le dijo haciendo clara alusión a Álex con ojos amables y voz dulce y serena.

No atinaba a adivinar si esa enfermera tenía un don especial para leer los pensamientos o si simplemente se trataba de una frase acertada en el momento oportuno. Y aunque estaba claro que se había confundido de hombre, lo cierto era que Álex no querría verla así. —Su marido está fuera. Preocupado. Si usted lo desea, puedo decirle que entre a verla.

Raquel quedó pensativa. Era extraño, pero no tenía muy claro que quisiera ver a Álex. Le quería. Pero últimamente habían cambiado muchas cosas y ya no estaba segura de nada. Miguel había marcado un antes y un después.

—Sí, por supuesto —acertó a decir—. Dígale que entre por favor.

A los pocos segundos, Álex cruzaba la puerta descorazonado.

—Cariño, ¿cómo estás? —dijo postrándose ante su cama.

—Bien. Tranquilo. Me encuentro bien. ¿Qué tal los niños? ¿Con quién están?

—Con Rosa —contestó con una mueca.

Raquel estaba convencida de que Álex tenía celos de ella. Y no le extrañaba. Entre Raquel y Rosa se había fraguado una amistad difícil de describir y, sobre todo, de encontrar a su edad. La experiencia suele decir que las grandes amistades se forjan en la infancia y esas son las que perduran en el tiempo. Pero el afecto que se había forjado entre ellas era tan fuerte que Raquel se felicitaba francamente por su dicha. Agradecía tanto tener con quién hablar... Y ella cuidaba con mimo de su relación a pesar de que Álex no estaba muy a favor.

Él cogió su mano entre las suyas y la besó con tal fervor que Raquel quedó impresionada, pues a pesar de los años, o precisamente por ellos no esperaba tal apasionamiento. La actitud de Álex afloró en ella remordimientos que se clavaron como punzantes agujas en su corazón.

—No te preocupes por nada. Solamente piensa en recuperarte para ir cuanto antes a casa. Los niños y yo te echamos de menos.

Con lágrimas en los ojos, Raquel encaró una pregunta inevitable.

—¿Qué está pasando, Álex?

—Bueno, ya sabes que Miguel ha muerto y que... —buscó las palabras con las

que expresarse— parece ser que fue un homicidio. La Policía Judicial está investigando.

Álex no había sabido interpretar la pregunta de Raquel, pero bien pensado, ella, prefirió quedarse con la respuesta que le había dado y dejar pasar su verdadera preocupación para mejor momento.

Contra todo pronóstico el doctor dio el alta a Raquel a pesar de la crisis nerviosa que había sufrido a primera hora de la mañana. Desde el hospital no podían hacer nada más por ella. Al menos por ahora. Los resultados del TAC y de las radiografías que le habían efectuado no reflejaban ningún problema adicional a la amnesia, de la que no se podía detallar el momento en el que se recuperaría. Según palabras textuales del doctor, el factor emocional era clave a la hora de determinar la profundidad y la duración. Posiblemente desaparezca y se resuelva por si misma en el momento en que Raquel afronte o destape ese factor emocional, había afirmado.

Cuando De la Fuente y Posada llegaron al Cuartel, los estaban esperando con gran expectación. San Román les cortó el paso a la entrada para informarles de sus avances en la investigación. Había indagado en *Internet* sobre el mensaje sin obtener ninguna conclusión clara, probando infinidad de combinaciones y la respuesta siempre era la misma. Parecía pertenecer a una colección denominada *ROEV*, de la que no se podía obtener más información. Opinaba que simplemente se trataba de una forma de englobar frases, poemas y demás formas literarias, pero sin un autor que lo respaldase. El mensajero, tal y como lo había denominado el sargento, o el testigo, si es que finalmente lo era, demostraba tener mucha habilidad. Era evidente su intención: quería proporcionarles una pista y permanecer en el anonimato. Posada quedó estupefacta ante la actitud de San Román. Ella lo había descubierto a primera hora de la mañana y había sido realmente sencillo. No entendía tal expectación. Aunque bien pensado, tuvo que reconocer que no se le había ocurrido comentarlo con nadie más que con el sargento. A todos los efectos San Román, había realizado un trabajo innecesario, que Posada achacó a los bajos reflejos de primera hora de la mañana.

—Sin embargo, hay buenas noticias —les comentó ciertamente alterada— tenemos una pista de a quién pertenece el móvil.

—¡Estupendo! —exclamó De la Fuente—. Posada, reúnelos a todos. En mi despacho en cinco minutos. El sargento había abandonado el formalismo con ella; la tuteaba como al resto de sus compañeros. No era de los que abusara de su condición de superior ni pretendiese que le rindiesen pleitesía cada vez que se dirigieran a él, lo que facilitaba el trabajo de equipo.

Mientras esperaba a que el resto se acercara a su despacho, abrió el correo electrónico con la esperanza de encontrar un mail de la asesora de Manolo con la información que le había pedido. Su entusiasmo fue creciendo al confirmar que había llegado al menos una parte. Imprimió varias copias para distribuir el trabajo. Este

solía ser uno de esos trabajos que todos rehuían. Sin embargo, era tan importante como cualquier otro. Y alguien tenía que hacerlo.

Estaba ensimismado en sus pensamientos cuando se percató de que todos estaban a la espera de que iniciase la reunión. No les hizo esperar más. Él también deseaba conocer los avances de los que consideraba ya, su gente.

—López, ¿has averiguado algo? —dijo haciendo clara alusión a sus indagaciones entre los vecinos.

—No. Nada concluyente —contestó López excesivamente técnico—. Hemos estado con sus vecinos de urbanización. Todos nos han confirmado que son una familia tranquila y nada problemática. Un poco desbordados con los niños porque son aún muy pequeños, pero nada que no sufra el resto de los mortales con hijos de corta edad.

—¿Y alguno se tropezó con ellos el domingo?

—No. Ninguno —respondió con un mohín. De la Fuente lamentó no contar con la fortuna de que algún vecino los hubiera visto salir de casa.

—¿Y el inventario?

—Aquí lo tiene —respondió Guzmán acercándose.

—Perfecto. ¿Algo que destacar?

—No sé mucho de maquinaria de obra, pero todo apunta a que es la habitual.

—¿Estará completa, no?

—Nos ha llevado un par de horas y lo hemos hecho a conciencia —justificó Guzmán. De la Fuente le echó un rápido vistazo y seguidamente la apoyó en su mesa.

—San Román, cuéntanos tus averiguaciones con respecto al propietario del móvil.

—Sí, cómo no... El móvil pertenece a un tal Avelino Gutiérrez, de Oviedo. Tengo todos sus datos personales si los quiere.

—¡De Oviedo! —exclamó De la Fuente.

Lamentaba que el propietario del móvil no estuviera registrado en los alrededores. Tenía la esperanza de que se tratara de un testigo «más cercano».

—¿Y del mensaje? —preguntó pese a que tenía la información que Posada le había transmitido. Quería que los demás estuviesen al tanto de toda la información.

—Si le soy sincera no me ha llevado mucho tiempo. No ha sido difícil. Es una frase famosa de un autor desconocido, pero que está muy divulgada por *Internet*. Se puede encontrar en varios buscadores e incluso esta colgada en *Facebook* con comentarios recurrentes de despechados.

San Román continuó su explicación hasta que dio todos los detalles. Todos escucharon impacientes. Pero para De la Fuente era preferible perder unos minutos antes que cometer el error de restar importancia a un dato que les pudiera dar la clave del caso.

El sargento repitió para sí mismo la frase, buscando sin demora la explicación más plausible. Seguía opinando lo mismo que en el momento en el que había recibido

el mensaje remitido por Posada. No había nada nuevo. Aún así todos quedaron pensativos, escudriñando su cerebro.

—Nosotros habíamos pensado que «el mensajero» podría tratarse de alguna amante desechada o incluso de su propia mujer —apuntó López.

—Eso podría acercarse a la realidad, pero según el socio de Miguel, parece que era bastante formal... Aún así, hay que investigar esa hipótesis. Puede ser que Raquel mantuviese una relación extramatrimonial con Miguel y que su mujer se haya enterado, o incluso puede tratarse de Álex, el marido de Raquel...

Los ojos de extrañeza del resto del equipo, anunciaron a De la Fuente que debía comentarles sus pesquisas y las sospechas que tenía de los entrevistados.

Tras una extensa y concienzuda explicación en la que Posada hizo varias intervenciones, tenían varias líneas de investigación abiertas, así como sospechosos. De hecho, aún no podían descartar a nadie. Las sospechas giraban en torno a una premisa de la que en principio decidieron partir: la posibilidad de una relación más allá de la propia vinculación contractual entre Raquel y Miguel. Alrededor de esta idea, que se iba postulando como la más prometedora, podía haber un marido o una mujer celosa, e incluso un problema entre socios. Lo que no encajaba en el puzzle era la participación de Juan, el pintor. Pero bien podía haber sido casual.

De la Fuente volvió a reorganizar el trabajo. Ahora ya disponían de la relación del personal empleado en la constructora y de los oficios que subcontractaban. Además, mientras estaban en la reunión, habían llegado dos cajas con documentos pertenecientes a «Contratas Llanes», enviadas por la asesora. Mientras, él y Julia irían a visitar a Juan. Él había garantizado a Pili que se encontraría en su casa toda la tarde. Había decidido cogerse el día.

Guzmán se hizo con todo el material documental, principalmente telefónico y bancario, para iniciar la investigación. Ante la sorpresa de todos, había ratificado su ofrecimiento para revisar cuentas y llamadas de teléfono. Últimamente no se encontraba muy bien por algún virus que según Alfredo, del Centro de Salud, le estaba dejando las defensas bajo mínimos. Así que su renovado ánimo para participar tan activamente en el caso dejó boquiabierto a más de uno. Por su parte, López se ofreció animosamente a entrevistar al personal de la constructora; se había librado del papeleo y estaba eufórico. La constructora tenía contratadas directamente a seis personas. Tres personas más, sin tener en cuenta al pintor, constituían los oficios. En total nueve. Tenía bastante trabajo por delante, pero lo prefería sin lugar a dudas al de Guzmán.

1922

La niña fue criada por la abuela de Flor como si se tratase de su propia nieta. Incluso durante muchos años, tras su muerte, Amelia siguió viviendo en la casa de la abuela. Flor era su heredera y ella, en recuerdo a Elena y cumpliendo su promesa, le dejaba que usase la casa y que viviese de una vaca que había comprado con sus ahorros y del huerto que Amelia seguía trabajando. Pero aquella felicidad fue efímera. La bondad que la vida le había concedido, pronto se disipó. Flor recibió una visita inesperada en la casa donde trabajaba como doncella. Un señor bien aparente reclamaba la propiedad de la casa de su abuela y ella no disponía de ningún documento que demostrase que era suya. Solo tenía la palabra de su amada abuela. Con gran pesar se vio obligada a renunciar a ella y a comunicarle a Amelia que debía abandonarla cuanto antes. Por aquel entonces, un paisano del pueblo estaba interesado en Amelia. La pretendía desde hacía algún tiempo y ya le había propuesto matrimonio en un par de ocasiones. Ella no le prestaba excesiva atención, pero cuando Flor le comunicó la situación, la tranquilizó al contarle alegremente su intención: aceptaría la proposición de aquel chico. En su fuero interno, Amelia sabía que lo hacía porque no le quedaba más remedio; si quería sobrevivir dignamente tenía que aceptarlo en matrimonio. Al poco tiempo, se casó con él.

Al año siguiente Flor recibió una carta de Amelia. Durante sus años de infancia no había ido a la escuela, pero la abuela le había enseñado a escribir. En ella le comunicaba el nacimiento de sus hijos mellizos. Flor se inquietó. Aquella era una gran noticia y sin embargo no veía expresada esa felicidad en las líneas que Amelia le había escrito. Algo no iba como debía. Flor la entendía muy bien y su carta no reflejaba la Amelia que ella conocía. Con el tiempo descubriría el porqué de esa inquietud.

El edificio donde vivía Juan, el pintor, era uno de tantos que se habían rehabilitado hacía ya algunos años con el plan de fachadas que subvencionaba el Ayuntamiento para embellecer la villa. A pesar de que se podía observar la belleza de su arquitectura y que se había logrado mantener como la original, el edificio necesitaba

una buena mano de pintura. Y, por supuesto, barniz en los marcos de las ventanas de madera y, sobre todo, en la maciza puerta de entrada con la que el sol de mediodía se había ensañado. Estaba ubicado en la calle Bolera, muy próxima a la estación de autobuses. Al llegar pulsaron en el telefonillo del piso que San Román les había anotado en el *post-it*. Alguien les abrió la puerta sin preguntar. Ante ellos se descubrió una escalera de madera de pino con el barniz desgastado en su parte central por el uso. La escalera tenía menor inclinación de lo usual y era extrañamente larga, con infinidad de peldaños. Posada, acostumbrada a la arquitectura de la zona, dedujo rápidamente la inexistencia de ascensor. Y sin más, comenzó a subir por las frías y húmedas escaleras; la temperatura había bajado por lo menos dos grados respecto a la calle. Juan les estaba esperando en el rellano de la primera planta con un aspecto bastante desmejorado. El pelo alborotado y la barba de al menos un par de días lo dejaban claro. Su rostro dibujaba abundantes arrugas alrededor de la comisura de los labios y de los ojos, envejeciéndolo. Todo su semblante parecía preocupado. Su complexión era normal, aunque su figura estaba encorvada hacia delante. Completaban su descuidado aspecto una camiseta barata con el cuello bastante cedido y bajada de color y unos vaqueros rotos a la altura de la rodilla.

—Buenas tardes Juan —saludó cortésmente el sargento nada más verlo. Soy Javier De la Fuente, sargento de la Policía Judicial de Gijón —dijo tendiéndole la mano. Juan les invitó a entrar haciéndose a un lado.

—Buenas tardes —contestó vagamente.

—Tengo entendido que a la cabo Posada ya la conoce, ¿no?

—Sí. La conocí ayer en el hotel. Buenas tardes.

—Buenas tardes —correspondió Posada al pasar por delante de él.

La entrada del apartamento disponía de un ridículo recibidor adornado únicamente con un perchero que parecía hacer las veces de armario; estaba repleto de todo tipo de ropa. El intenso olor a tabaco que se percibía nada más entrar, entremezclado con el olor a fritanga, era insoportable. A Posada se le revolvió el estómago imaginando el aspecto de la cocina. La puerta de madera que daba paso al salón discrepaba con el resto del ambiente. En el centro tenía una cristalera con grabados florales poco apropiado para un apartamento de soltero. En las solitarias paredes lucía un luminoso verde seco algo desconchado que desdecía con el estampado azulón de dibujos geométricos del sofá de tres plazas. Una sencilla mesa de madera con revistas de coches dispuestas aleatoriamente, restos de polvo y huellas de vasos enquistadas se interponía entre el sofá y un aparador que reposaba en la pared contraria. En él descansaba una televisión de grandes dimensiones, seguramente se trataba del último modelo del mercado. Juan les ofreció el sofá para que tomaran asiento. De la mesa de cristal que había en la entrada, que tenía los mismos restos de suciedad que se advertían por toda la sala, cogió una silla para acercarla a la zona de estar.

De la Fuente rompió el incómodo silencio que los acorralaba.

—Como ya le habrá comentado la guardia San Román, necesitamos retomar el tema con usted. Comprenderá que es lo suficientemente grave como para cumplir con el proceso de investigación escrupulosamente —justificó amablemente.

—Sí —respondió—. No tengo inconveniente en contestar de nuevo sus preguntas. Aunque tampoco tengo muy claro en qué puedo serles útil —dejó caer.

—Si le parece, podría empezar por contarme lo que pasó cuando llegó al hotel, así lo escucharé de primera mano.

Juan respiró tan hondo como pudo. Parecía como si soportara una gran losa a sus espaldas que le impidiese respirar. Tomó prestados unos segundos como si precisase ordenar sus ideas, tras los cuáles resumió escuetamente los hechos a su modo y manera.

—Llegué al hotel a eso de las nueve y media de la mañana. Al entrar vi aparcada la furgoneta de Miguel, lo que me confirmó que él ya estaba dentro, posiblemente con la dueña. Bordeé la furgoneta y accedí a las escaleras principales del hotel y al llegar a la entrada, la vi. Estaba tirada en el suelo, al pie de la escalera, boca abajo. Me asusté y llamé al 112. Salí del hotel y estuve esperando fuera a que llegara la ambulancia, vigilando de cuando en cuando para ver si ella se movía. Cuando llegó la ambulancia y la Guardia Civil, esperé como me dijeron para que hablaran conmigo. Eso es todo. No sé nada más —contestó dando por finalizada su versión.

—¿Por qué fue usted al hotel? —le preguntó directamente De la Fuente.

—Había quedado con Miguel.

—¿Un domingo?

—Sí, un domingo. Lo llamé el sábado y él mismo me dijo que me acercara al hotel el domingo temprano y así lo hice —contestó tajante.

—¿Y no le pareció extraño que trabajase un domingo?

—Bueno... —dudó— iban retrasados con la obra y en casos así puede ocurrir que se trabaje un domingo para avanzar. Así que no. No me pareció extraño.

—¿Le importaría decirnos qué era tan urgente como para quedar un domingo?

—Necesitábamos concretar la pintura de la fachada. Miguel me había pedido que pintara varias muestras en distintos tonos. Aún no me habían confirmado las diferentes tonalidades. Mi trabajo también lleva tiempo. Y el retraso me afecta directamente —mintió.

—Comprendo lo que dice, pero sigue extrañándome que no se haya planificado para el lunes o mismamente para el sábado... Un domingo...

—No entiendo qué le extraña tanto. ¿Usted no ha trabajado el domingo? ¿Por qué nosotros no podemos? —respondió airado.

—Ya —contestó incrédulo—. Y ¿cuántas muestras diferentes llevaba en la furgoneta? Porque ya que estaba usted allí pondría las muestras que Raquel hubiese elegido ¿no? ¿O solamente iba a por la información?

—Siempre llevo algunas en la furgoneta. Las más solicitadas. Pero en este caso iba únicamente a que la propietaria se decidiese por cuatro o cinco colores —contestó

iracundo.

—¿Y la paleta de colores? Cuando yo lo vi, no la llevaba con usted —preguntó Posada.

—Suponía que se la había prestado Miguel. Él tiene una —le espetó.

De la Fuente hizo caso omiso de los bramidos de Juan. Decidió cambiar de tema.

—¿Vive usted sólo?

—Sí. Estoy divorciado desde hace un año —reveló dejando entrever la profunda herida que aún sentía.

—¿Estuvo usted en algún otro sitio o con alguna persona que pueda confirmar a que hora fue usted al lugar del crimen?

—No —contestó secamente.

—¿Nadie le vio llegar al hotel?

—No, que yo me haya dado cuenta.

Juan obvió mencionar a la anciana que lo había estado observando. Estaba convencido de que le traería problemas, por lo que decidió hacer como si no la hubiera visto.

—¿Cómo era su relación con Miguel?

—Buena. Llevábamos colaborando muchos años. Me contrataba en casi todas sus obras...

—¿Sabe si tenía algún enemigo? —intervino Posada.

—Que yo sepa, no. Era bastante conocido en Llanes y los alrededores y tenía muy buen talante. Se llevaba bien con todo el mundo. Aunque... bueno... ahora que lo pienso... Hace poco me comentó que había tenido que echar a un obrero. No acabó muy bien con él. Tenía algún problema familiar y marchaba del trabajo antes de tiempo. Se ausentaba a media mañana... Vamos, que no cumplía con su horario. Los clientes se quejaban, así que tuvo que echarlo.

—¿Hace cuánto de eso?

—Hará un año aproximadamente.

—¿Recuerda como se llama?

—No. Pero sé donde vive. Un día que Miguel me llevaba a ver una obra, paramos en su casa. Él tenía que entregarle no sé qué papeles. Vive en Cue, en una casa de piedra que hay a pie de la carretera al lado de una cuadra que está medio derruida en el margen derecho. Según se va para el campo de golf. Es la última casa habitada.

Posada anotó escrupulosamente las indicaciones que les había dado Juan. Seguramente el sargento querría hablar con ese tipo.

—Muchas gracias por su tiempo. Estaremos en contacto —advirtió De la Fuente.

—De nada —contestó mientras les acompañaba a la puerta de mala gana.

Javier se dio media vuelta para despedirse y estrecharle la mano. Aprovechó para escrutar su reacción haciéndole la última pregunta.

—Mientras estuvo fuera a la espera del 112, ¿vio a alguien merodear por los alrededores?

—No. A esas horas de la mañana no había un alma.

—Por supuesto —contestó De la Fuente.

—Y usted, ¿no buscó a Miguel?

—No. Me asusté cuando vi a la chica en el suelo.

—Bien. Muchas gracias —dijo tendiéndole la mano.

Mientras bajaban las interminables escaleras su mente iba procesando toda la información, encajando las piezas del puzzle. Juan no tenía coartada. Y sus argumentos hacían aguas por todas las esquinas, meditó De la Fuente. Lamentablemente, según avanzaba la investigación había más cabos sueltos. Tendrían que diseñar muy bien la estrategia a seguir para ir acotando el cerco o se les escaparía de las manos, pensaba.

Al salir del edificio, el viento y la lluvia arreciaban implacables. Corrieron hasta guarecerse en el coche que tenían aparcado en la acera de enfrente. Protegidos del borrascoso día se detuvieron por unos instantes antes de continuar.

—¿Qué te pareció? —preguntó De la Fuente sin rodeos.

—Que habrá que hacer una visita al que tuvo problemas con Miguel, ¿no?

—¿Y él?

—Parecía sincero cuando explicó que no había buscado a Miguel, pero el resto de su historia... cojea...

—Sí, es cierto —contestó De la Fuente sin dejarla acabar—. Además, no tiene coartada y estaba en la escena del crimen. Y, la explicación de por qué estaba en el hotel un domingo es poco creíble. Desconocemos qué era tan urgente para que Miguel quisiera reunirse con la propietaria. Pero elegir las muestras de pintura, parece un tema que bien puede esperar. Y más cuando ni tan siquiera lleva consigo la paleta de colores... Algo no me encaja. Comentó resoplando ante la evidencia de que esa frase estaba siendo muy repetida en la investigación.

Durante unos segundos estuvieron parados al otro lado de la carretera, delante de la casa del obrero que había tenido problemas con Miguel. Por las indicaciones de Juan, tenía que ser esa. No se veía movimiento alguno, pero el humo que emanaba la chimenea confirmaba que había alguien. Mientras la observaban, la incesante lluvia golpeteaba contra el cristal provocando un desagradable ruido. El parabrisas era insuficiente para evacuar la ingente cantidad de agua. Y a los lados de la carretera, corrían ríos que avanzaban a gran velocidad pendiente abajo. Era el momento menos indicado para salir del coche, pero el tiempo apremiaba. No podían andarse con miramientos.

—Vamos allá —ordenó el sargento sin más.

Y con las mismas salió del coche y cruzó la angosta carretera local. Posada lo siguió. Resguardados bajo el umbral de la puerta de entrada, rastrearon los alrededores en busca del timbre sin encontrarlo. Posada cogió el picaporte y golpeó repetidas veces. Tras unos segundos interminables, una señora de mediana edad, asomó por la parte superior de la puerta de doble hoja.

—¿Sí? —dijo sin más con la puerta entreabierta.

—Buenas tardes señora, ¿es usted la dueña de la casa?

—Sí —respondió desconcertada.

—Soy el sargento Javier De la Fuente de la Policía Judicial. Ella es mi compañera, Julia Posada. Ambos mostraron la identificación que llevaban oculta. Estamos llevando a cabo una investigación, ¿nos permite pasar? Tenemos que hacerle unas preguntas —dijo en tono amable.

—Sí, sí, por supuesto —respondió haciéndose a un lado para abrir la otra hoja de la puerta y dejarlos pasar.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó asustada con un hilo de voz.

—No queremos que se preocupe, señora, únicamente necesitamos hacerle unas preguntas. Eso es todo. ¿Nos podría decir el nombre y la edad de todos los que viven con usted?

—Aquí vivimos únicamente mi marido y yo.

—¿Cómo se llama su marido?

—Rafael Fernández.

—¿Está en casa?

—No. Seguramente estará en la sidrería del pueblo tomándose algo.

—Perdón, y usted se llama...

—Cecilia.

—Cecilia, ¿sería tan amable de llamarlo para que venga?, tenemos que hacerle unas preguntas.

—Sí, sí, por supuesto, siéntense por favor. ¿Desean un café?

—Si es tan amable... De la Fuente percibía que su cuerpo clamaba su dosis de cafeína.

Cecilia desapareció con una agilidad difícil de imaginar en una mujer tan gruesa. De lejos, escucharon partes de una conversación a través del móvil.

La casa de los Fernández era una de esas casas de aldea de piedra y madera de pequeñas dimensiones, pero muy acogedora. Ambos se sentaron uno al lado de otro en un sofá cercano a la chimenea de leña. Estaba encendida y emitía una sensación de calidez inmejorable en un día tan desapacible como aquel.

—Es agradable la sensación que transmite la chimenea —dijo Posada en un intento por romper el hielo viendo llegar de nuevo a Cecilia.

—Sí. A mí me encanta. Cuando mi Rafa dijo que reformaría esta casa para mí, sólo le pedí que tuviera chimenea. Lo demás no me importaba. Siempre había soñado con tener una.

—¿Rafa ha realizado toda la reforma?

—Sí. Toda —dijo orgullosa. Le ha llevado su tiempo y ha ido poco a poco, pero al final la terminó.

—Si le soy sincera —dijo Julia— me encanta cómo ha quedado.

—Sí, tiene buena mano. Y además adora su trabajo. Eso también es importante

para el resultado final.

—Y usted, ¿trabaja?

—No. Yo no puedo trabajar. Estoy delicada de salud —justificó mostrando su cuerpo con las manos.

—Lo siento —contestó Posada sin saber cómo reaccionar.

—No se preocupe. Estoy acostumbrada. Hace año y medio me han diagnosticado esclerosis múltiple. Me muevo con dificultad y eso junto con la medicación que tengo que tomar, provoca que tenga esta obesidad. Cuando tengo un brote, no me puedo ni mover de la cama. Pero ya estoy habituada. Y mi Rafa también.

—Debe ser duro —comentó Posada.

—La verdad es que sí. Si no fuera por mi Rafa... Él siempre está pendiente de mí. Llevo una temporada bastante buena. Parece que la enfermedad se ha estancado —sonrió—. Estamos muy contentos. Aunque en estos casos uno no se puede confiar.

La puerta crujió al aparecer Rafa con el rostro atemorizado.

—Hola cariño —saludó Cecilia.

—Hola —dijo— ¿qué es lo que pasa? —preguntó dirigiéndose a la extraña visita.

—Rafael, buenas tardes, se presentó De la Fuente. Solamente queremos hacerle unas preguntas.

El aroma a café recién hecho se había esparcido por toda la sala. Cecilia desapareció momentáneamente. Regresó con una bandeja con cuatro tacitas de diferentes colores a juego con el plato, una jarra para café, otra para la leche y el azucarero. En un platito colocó galletas de diferentes tipos. De la Fuente y Posada agradecieron el detalle.

—Usted ha trabajado con Miguel Rodríguez, ¿no?

—Sí. He trabajado con él —respondió desanimado. Ya había leído la noticia en la prensa.

—Tenemos entendido que entre ustedes no acabó bien la relación.

—No. Por desgracia no acabó muy bien —resopló—. Mi mujer padece esclerosis múltiple.

—Sí, ya nos ha comentado —interrumpió De la Fuente.

—Entonces comprenderá la compleja situación a la que nos enfrentamos.

—Mientras estuve trabajando en una de las obras de Miguel —continuó— tuvo uno de sus brotes. En esos casos, no se puede valer por sí misma. Tengo que atenderla para todo.

Cecilia, se acercó a él y lo abrazó cariñosamente.

—Ese brote fue uno de los más virulentos. Me tenía que ausentar del trabajo para ver cómo estaba y asegurarme de que tomaba la medicación. Un compañero me cubría. Así que no tenía por qué trascender. Pero tuve mala suerte: Manolo se enteró. Eso generó una discusión entre Manolo y Miguel. Y Miguel terminó por echarme.

—Y su relación con Miguel hasta ese momento ¿cómo era? —preguntó Posada.

—En realidad, muy buena. Él me comprendía. Pero tenía problemas con su socio

y no se lo podía permitir. Vino un día hasta mi casa y discutimos. Yo lo acusé de cobarde y él se puso histérico. Al final terminé enemistado con él. Durante mucho tiempo lo odié. Pero sabe el Dios del cielo que, aunque no he vuelto a hablar con él, siempre lamenté no mantener su amistad. Era buena persona.

—Y usted, ¿encontró trabajo después de aquello? —dijo De la Fuente.

—Sí. Después de aquello, me di cuenta de que necesitaba un trabajo que me permitiera cierta libertad para poder atender a Cecilia sin problemas. Así que me decidí: monté mi propia empresa. Es pequeña, pero me va bien. Pensándolo detenidamente, se lo debo a él —dijo entristecido.

—Muchas gracias a los dos. No queremos entretenerlos más. El café excelente Cecilia —halagó De la Fuente.

A ambos les había quedado muy claro que Rafael no había tenido nada que ver con la muerte de Miguel. De la Fuente decidió no perder más tiempo y regresar al cuartel. Ansiaba saber si los demás tenían buenas noticias.

El impacto de salir de nuevo a la intemperie alejándose de la calidez de aquella casa derrumbó a Posada. Sus pensamientos volvieron repentinamente a su desastrosa vida personal. La euforia vivida durante la comida, había sido pasajera. Y ahora tras la visita a Rafa y a Cecilia anhelaba una vida como la de ellos. Si no fuera por la enfermedad de Cecilia, envidiaría esa vida. Rafa no era un irresponsable como parecía creer el pintor. Más bien estaba profundamente enamorado de su mujer y por ella había sacrificado su trabajo. Era enternecedor.

De vuelta al cuartel, De la Fuente repasaba mentalmente cada una de las entrevistas. Llegaba siempre a las mismas conclusiones y los cabos sueltos permanecían, por lo que decidió que no podían esperar más a mantener la ansiada entrevista con la viuda y el hijo de Miguel. Mañana sin dilación tenían que verlos o el caso quedaría estancado. El único soplo de aire fresco que tenían era la identificación del propietario del móvil. Desde que San Román lo había identificado, De la Fuente estaba ávido por mantener una conversación con el «mensajero», pese a que por su cabeza rondaba la idea de que el «mensajero» y el propietario no eran la misma persona. Aún era media tarde y si se daban prisa, les daría tiempo a llegar a Oviedo a una hora razonable. Tomarían la autovía y en una hora podían estar entrevistándolo. Un portazo sacó a De la Fuente de sus cavilaciones. Habían llegado al cuartel y Posada se había bajado del todoterreno. Ya que estaban allí, decidió entrar por si había noticias nuevas. Era bastante improbable, pues en tal caso lo hubieran llamado. Y efectivamente, no las había. López estaba en la empresa de Miguel llevando a cabo los interrogatorios con los empleados de la constructora y aún no había regresado. Guzmán se había enfrascado en la revisión de las llamadas telefónicas y de las cuentas de Miguel. Y como por ahora no había recurrido a Pili para que le echara una mano, ella se estaba dedicando a las tareas administrativas de siempre. Tras una pequeña ronda informativa, De la Fuente se acercó al área de la policía judicial.

—Posada, nos vamos —dijo sin más preámbulos. Ella, desconcertada, salió tras

él.

El sargento se puso al volante. Tenía ganas de conducir. Y además el camino a Oviedo no tenía pérdida.

El «mensajero» vivía en la parte alta de Oviedo, en un edificio próximo a la ciudad universitaria. Al llegar, encontraron un aparcamiento en zona azul a tan solo trescientos metros. Mientras el sargento sacaba el ticket de la máquina expendedora, Posada consultaba insistentemente el móvil. Tenía la esperanza de recibir algún mensaje de Carlos; por lo menos le debía una disculpa. Tras colocar el ticket a la vista, ambos avanzaron por la acera hasta llegar al portal en el que vivía Avelino Gutiérrez. De la Fuente había decidido aventurarse sin concertar una cita con él. Quería aprovecharse de la ventaja que les podía proporcionar el factor sorpresa. Llamó al tercero izquierda y a los pocos segundos se escuchó una dulce voz.

—Sí. ¿Quién es?

—Buenos días señora. Soy el sargento Javier De la Fuente de la Policía Judicial. Buscamos a Avelino Gutiérrez. ¿Vive ahí?

—Sí. En efecto. Es mi marido.

—¿Puede abrirnos la puerta? Necesitamos hablar con él.

Por respuesta escucharon el timbre de apertura. Entraron en el portal, subieron un pequeño tramo de escaleras, pasaron otra puerta y llegaron a los ascensores. Al llegar al descansillo del tercer piso la mujer de Avelino les estaba esperando. Su expresión asustadiza no les sorprendió.

—Buenos días, ¿es usted la señora de Avelino Gutiérrez?

—Sí. Yo soy. Me llamo Adela.

—Encantado Adela. Necesitamos hablar con su marido, ¿está en casa?

—No. Aún no ha llegado del trabajo. Pero no tardará. ¿Si quieren ustedes pasar...? —les dijo haciéndose a un lado.

—Muy amable —contestó De la Fuente.

—Es por aquí —les indicó ella.

Adela era una señora de unos sesenta años. Llevaba el pelo corto y canoso. Sus ojos eran rasgados y parecían sinceros. En ellos se veía la poca costumbre que tenía de recibir en casa a una pareja de la Policía Judicial. Los condujo hasta un salón con muebles de color oscuro, una lámpara tipo araña y un sofá de color crudo. La estancia era sobria y carecía de adornos, sin embargo algo se respiraba en su ambiente que la volvía acogedora.

—Siéntense, por favor —les dijo ella señalando el sofá para que tomaran asiento. ¿Puedo saber por qué quieren ver a mi marido? —preguntó curiosa.

—Preferimos esperar a que él llegue, si no le importa.

De la Fuente acababa de excusarse cuando oyeron que alguien entraba por la puerta.

—Cariño. Estoy en el salón. Tienes visita —informó.

Avelino entró en el salón expectante. No esperaba ninguna visita. Y menos de la Guardia Civil.

—Buenas tardes Avelino. Soy Javier De la Fuente, sargento de la Policía Judicial. Tenemos que hacerle unas preguntas relacionadas con un caso que estamos investigando —comentó sin preámbulos.

—Bien. Pues usted dirá —contestó con cara de sorpresa.

—¿Tiene usted móvil? —dijo sin andarse con rodeos.

—En estos momentos no. Me lo han robado hace unos días. Aún estoy poniéndome de acuerdo con la compañía para que me den otro —contestó perplejo.

—¿Recuerda exactamente que día se lo han robado?

—Sí. Fue el domingo por la mañana. Mientras mi mujer estaba dándose una vuelta por el Mercado del Fontán viendo los puestos de baratijas, yo entré en un bar, «Ramonín» —aclaró—. Me llamaron al móvil. Al colgar lo apoyé en la barra mientras me tomaba una caña. Cuando lo fui a coger, ya no estaba.

—Ya —contestó De la Fuente decepcionado. Y ¿ha denunciado el robo?

—Sí. Presenté una denuncia en la Policía.

—No tendrá por casualidad una copia ¿no?

—Pues sí. Un momento...

Avelino salió del salón en busca de la copia que escrupulosamente había guardado en la mesita de su dormitorio.

—¿Podemos quedárnosla?

—Tengo que entregarla a la compañía telefónica si quiero que me den otro móvil...

—¿Podemos sacarle una foto? —preguntó Posada ante el asombro de los presentes.

—Sí, sí. Por supuesto.

De la Fuente quedó perplejo. Le pareció una solución del todo original. Pero no dijo nada.

El viaje de vuelta fue tan tedioso como el de ida. Volvían con las manos vacías. No es que esperasen resolver el caso de forma tan sencilla. Únicamente aspiraban a tener alguna jugosa pista que les pusiese en el camino correcto. Estaban contrariados, pese a que De la Fuente se esperaba algo así. Llegaron al cuartel avanzada la noche. Posada no tenía ninguna prisa por marcharse a casa. Nadie la estaba esperando, salvo los recuerdos y la amargura. Cuando los del turno de noche se encontraban henchidos en sus quehaceres, ella permanecía enfrascada en el informe que quería presentarle al sargento antes de marcharse. Mientras tanto De la Fuente seguía dándole vueltas a la información que habían obtenido. El teléfono era robado, así que no había manera de conocer la autoría del mensaje. Por otro lado, le rondaba la idea de que tenían demasiados sospechosos. De eso no tenía duda. Pero para descartar alguno, seguía empeñado en la importancia de mantener esa reunión con la viuda.

Había quedado con él algo antes de lo que hubiera deseado, pero no osó rechistar tras haberlo convencido de que le dejara acompañarlo. Lara había utilizado sus armas de mujer y su mucha experiencia como buena manipuladora que era, para convencer a Carlos de que si ella lo acompañaba, el momento sería menos traumático y, con su ayuda, acabaría antes de recoger las cosas que aún permanecían en el apartamento que había compartido con Julia. Pero su verdadera intención no era esa. Lara daba poca importancia a que él tardara más o menos en recoger sus pertenencias. Lo importante para ella era vengarse de esa mosquita muerta y dejarla con un palmo de narices. A ver si se iba a creer que podía ningunearla de esa manera y quedarse tan contenta. Además, hacía tiempo que se la tenía jurada. Ella le había robado descaradamente su novio y casi podía decirse que delante de sus narices. Cuando él se marchó a Oviedo para estudiar la carrera y ella a León, ambos se habían prometido amor eterno. Y él, a la primera de cambio, la había dejado tirada por la mosquita muerta. Pero ahora, él era suyo de nuevo. Y ella iba a pagar por todas las noches en las que había llorado amargamente por su amor perdido y por la chulería con la que se había comportado en el restaurante.

Lara, había llegado antes de tiempo y llevaba unos minutos esperándolo. La impuntualidad era algo que Carlos no llevaba con paciencia y ella no quería molestarlo con esas pequeñeces. Miraba incansable hacia el lado de la calle por la que esperaba que él llegase, exaltada y con ganas de verlo. De pronto lo vio a lo lejos. Su caminar era trabajoso, lo que le daba una idea de lo poco que le apetecía la situación. Lara, temerosa, pensó en las probabilidades de que él se hubiera echado atrás y quisiera volver con Julia. Ella le puso su cara más deleitosa y con la elocuencia que Dios la había dado, no tardó en convencerlo de que Julia no lo quería. A la postre, había tomado la decisión correcta.

Entraron en el apartamento con la idea de apurar el tiempo y acabar lo antes posible. Una punzada de envidia atravesó el pecho de Lara, cuando tuvo que reconocerse que el apartamento estaba decorado con un gusto exquisito. Primero fueron a la habitación. Él era sumamente puntilloso, pero por una vez hizo caso a Lara y recogió la ropa sin orden alguno, tirándola en una de las dos maletas que había traído. Luego se acercó al baño, pero de allí únicamente recogió sus productos de aseo. Entretanto Lara, colocó una nanocámara de vídeo que había adquirido en la «Casa del espía» en Oviedo para utilizar en alguno de sus reportajes. Sabía que era ilegal, pero si eso le daba la fama que buscaba no le importaba rayar la ilegalidad. Luego se desnudó. No es que tuviera un cuerpo perfecto, pero sabía que la sugerente ropa interior que se había puesto los volvía locos. Y Carlos no sería menos. Él, por supuesto, cayó rendido ante su propuesta, aunque no antes de que Lara tuviera que sacar sus mejores argumentos para convencerlo. Lara lo llevó al séptimo cielo. Al fin y al cabo se trataba de que él apareciera disfrutando como nunca en su vida. Cuando terminaron, recogió la cámara y se la guardó en el bolso. Nada más llegar a su casa,

ávida, extrajo la tarjeta SD y la metió en un sobre para hacérsela llegar a Julia. Su venganza estaba en marcha.

1966

En aquella época no tenían nada, ni tan siquiera para comer. El poco dinero que le pagaban a su progenitor trabajando de cuando en cuando como albañil se lo gastaba en alcohol barato tan rápido como lo cobraba, salvo las pocas monedas que su madre le robaba cuando dormía la borrachera. Ellos apenas sobrevivían con lo que obtenía su madre en el mercado vendiendo la escasa cosecha en la que trabajaban de sol a sol. Sin embargo, ese no era el mayor problema. Para ella, era preferible pasar verdadera necesidad que seguir soportando sus vejaciones. Primero con ella y luego cuando ya era una mujer y corría peligro de quedarse embarazada, con su hermano mellizo. Su madre y su hermano eran débiles. No eran como ella. No servían más que para recibir órdenes. Pero ella era diferente. Y estaba decidida. Si así era, así sería, se decía en más de una ocasión. Lo tenía bien pensado. Además contaba con el apoyo incondicional de su dócil hermano. El próximo sábado había mercado y su madre acudiría a vender la cosecha. Ese era el momento. Su momento. Estaba segura de la ansiedad que corría por las venas de su progenitor a la espera de que llegase ese día para una vez más, toquetearla, mientras lo penetraba a él, los tres en el lecho conyugal. Lo veía en sus ojos. Esos ojos negros como el azabache que despedían una mirada lasciva cuando se tropezaban con los de ella. Él procuraba ocultar su depravación, sobre todo a su mujer. Pero como mujer que era, no la podía engañar. La sucia mirada que veía en él cuando absorto se quedaba mirando fijamente los pechos de su hija, le revelaba la dolorosa realidad. Ella se maldecía por su incapacidad para hacerle frente. Por su cobardía. Pero confiada en la fortaleza de su hija, se consolaba ignorante de la suerte de su otro hijo. Débil como ella.

Él era muy listo, pero ella lo era más. La paga se la daban al finalizar la semana. Lo que implicaba que cuando trabajaba, al caer el fin de semana casi siempre estaba borracho. Hasta el punto de no sostenerse en pie. Si llegaba lo suficientemente ebrio y era muy probable, no le opondría demasiada resistencia. El sábado sería la última vez que él abusara de ellos. La última vez que un hombre la tocara. Le asqueaba tanto que nunca permitiría que nadie más la manosease. De por vida.

La noche fue larga y pesada para más de uno. Julia no lograba conciliar el sueño. Tenía la cabeza enfrascada en el caso y en su situación personal. Saltaba de uno a otro con formidable facilidad ya que había conseguido enlazar ambos en varias ocasiones, a costa de los fugaces encuentros con Lara. La noche había sido insoportable, hasta que vencida por el cansancio había conciliado el sueño casi de madrugada. Cuando sonó el despertador y se levantó, se sintió con la cabeza embotada. Necesitaba despejarse, por lo que decidió tomarse un café bien cargado. Debía despojarse de la apatía o terminaría por inmiscuirse en su trabajo, pensó mientras inhalaba el fuerte aroma del café recién hecho. Curiosamente, a De la Fuente no era el caso lo que le impedía dormir, sino su pasado. Las heridas eran demasiado profundas para olvidar. Aunque llevaba tiempo sin pensar en ello, de alguna manera una chispa había reactivado su memoria. Necesitaba silenciar sus amargos recuerdos y para él, no había nada mejor que salir a correr al alba forzando el cuerpo hasta la extenuación. Cuando salió del hotel enfundado en su ropa de deporte no había amanecido aún y una inquietante niebla se extendía a lo largo de la costa. Los cuatro kilómetros que había recorrido a buen ritmo le habían serenado el alma. Incluso tras la mortífera primera media hora y tras acomodar la vista a la escasa visibilidad, había disfrutado del hermoso paisaje que ofrecía la accidentada costa llanisca. Renovado y hambriento, saboreó un exquisito y variado desayuno *buffet* como el que hacía tiempo que no disfrutaba. De la noche anterior quedaba el cansancio por las escasas horas de sueño y un desasosiego que iba creciendo en su interior.

Cuando De la Fuente entraba por la puerta del cuartel, San Román ya estaba en su puesto.

—Buenos días —saludó animadamente De la Fuente.

—Buenos días —sonrió ella con un insinuante aleteo de pestañas.

Él se dirigió al despacho a paso ligero, ansioso por comenzar cuanto antes.

San Román estaba radiante. Tenía muy claro que él era algo más joven que ella, pero no le importaba. Su corazón se aceleraba con cada sonrisa que le dedicaba. Era encantador. Y ella estaba dispuesta a arriesgarlo todo por una cita con él. Tenía sus pasos bien meditados. Desde su maquillaje hasta el perfume que se había puesto. No lo veía mucho a costa de sus continuas idas y venidas, así que había decidido no dejar pasar una oportunidad. Se acercó a él segura de sí misma, con una mirada insinuadora dibujada en su rostro.

—¿Quieres un café? —le preguntó con un tono deleitoso.

—Es de agradecer —le contestó con su cautivadora mirada. Ella entró en la sala y preparó café para dos.

—¿Qué tal ayer? —comentó desinteresadamente—. Cuando marchaste tenías aspecto de agotado —dijo ella en un tono de complicidad.

—Sí. La verdad es que estaba exhausto. El día fue intenso —comentó animadamente. San Román le acercó una taza de café y se sentó en la silla más cercana frente a él con una mirada pícara.

—No es el mejor café del mundo, pero no está mal —aclaró ella. De la Fuente no hizo comentario alguno, únicamente sonrió—. Conozco un café que no se puede rechazar por mucho que uno lo intente. Al finalizar esta tarde, haré los honores de invitarte a uno. No quiero que vayas diciendo por ahí que el café de Llanes es pésimo. No sería bueno para nuestro turismo —comentó jocosa. San Román había sido muy persuasiva. Estaba convencida de que no iba a ser rechazada, pero el pasado del sargento pesaba demasiado. No tenía ni la más mínima intención de complicarse la vida con nada ni con nadie.

—Muchas gracias, San Román.

—Llámame Pili —dijo abusando de la confianza.

—Bien. Pues muchas gracias, Pili. Desde luego, no se puede decir que no seas una perfecta anfitriona. Pero no voy a poder aceptar. Posiblemente me quede hasta tarde trabajando —alegó con una mueca condescendiente—. Dispongo de tres días para informar de los avances a mi superior y ya ha pasado la mitad. Así que estoy bastante liado. En otro lugar y en otro momento... No puedo permitírmelo —respondió enarcando una ceja con media sonrisa angelical a modo de disculpa.

—Sí. Por supuesto, comprendo que tienes demasiada responsabilidad. Si en algún momento te apetece, aquí tienes una amiga —aclaró cambiando perspicazmente de estrategia.

San Román salió del despacho algo trastornada por su negativa. Solo se trataba de un café. Pero acababa de ser rechazada tan elegantemente que confirmaba su elección rotundamente. Lástima que se involucrara tanto con su trabajo, caviló. Por el pasillo se tropezó con Julia.

—¡Qué olor a café recién hecho Pili! —comentó a sabiendas de que solo ella podía haber tenido el detalle de prepararlo.

—Llegas tarde —anunció—. Acabo de saborearlo con el sargento. Otra vez será.

Y siguió su camino sin más explicaciones.

Posada se quedó sorprendida en todos los sentidos. Y rabiosa. Aún no habían tocado las ocho de la mañana ¡y ya se había tomado el café! Las apariencias confirmaban que la intención de San Román había sido la de tomarse el café a solas con el sargento. Algo inusual en ella. Y además... ¡qué mal le había contestado! ¿Podía ser que a San Román le gustase el sargento? Pues si era así, se lo podía quedar todo enterito, se dijo. Sin embargo, el sentimiento de rabia que sentía la desconcertaba. ¿Estaba celosa? o ¿qué estaba pasando? No lo tenía muy claro, pero lo que sí era cierto es que se encontraba más molesta por el sentimiento que la embargaba que por el hecho en sí egoísta que había descubierto por primera vez en su compañera. Se acercó a la puerta del despacho y sin preverlo soltó un dardo venenoso del que se arrepentiría antes de haber finalizado.

—Observo que no tengo tiempo ni para un café. Parece que se ha dado prisa en tomárselo ¿no?

De la Fuente la escrutó desconcertado. Pero se recompuso antes de que ella se

podiera percatar del asombro que le había causado tal comentario.

—Necesito los informes de todos encima de mi mesa. Házte cargo de ello —respondió secamente—. A las nueve he quedado con la viuda y su hijo —prosiguió. Espérame en el coche.

—Aquí tiene el mío —contestó airada—. Recopilaré los demás. Se dio media vuelta y dejó rauda la sala para en pocos minutos volver con los informes de sus compañeros. Demostraría su valía aunque él se empeñase en no verlo.

El día difería bien poco del anterior. La niebla había desaparecido dando paso a las espesas y ennegrecidas nubes que seguían mostrando su cara más cruel. No daban tregua ni tan siquiera por unos minutos. El viento soplaba brioso esparciendo las hojas caídas de los árboles por el suelo. Posada observó en los copiosos charcos que de nuevo comenzaba a llover.

Aparcaron casi enfrente del unifamiliar de los Rodríguez. Se bajaron del coche y se aproximaron a la verja de entrada. De la Fuente llamó al telefonillo y esperó impaciente a que alguien les atendiera. Tenía una corazonada desde el día anterior y, en consecuencia, estaba ansioso por hablar con ellos. Una apática voz acudió a su encuentro dándoles paso al interior del recinto. Caminaron siguiendo el sendero adoquinado de la parcela. Los pétalos de las camelias que lo bordeaban reposaban pegados en el humedecido suelo. El vendaval los había despojado de la planta sin piedad. Los tonos rojos, rosáceos y blancos contrastaban en colorido con el resto del triste paisaje. El efecto del temporal se podía evidenciar allí más que en ningún otro sitio. Posada miró hacia la casa. En lo alto de la escalera les estaba esperando Raúl. De lejos, se percibía el gusto que le había tomado a ser el patriarca de la familia. A Posada le embargó un sentimiento de reprobación.

—Buenos días —saludó seguro de sí mismo.

—Buenos días —contestaron ambos casi al unísono.

—Pasen. Les estábamos esperando —con un ademán se hizo a un lado invitándolos a entrar—. Por aquí —les indicó.

Raúl se dirigió rápidamente hacia la sala. En ella encontraron a la madre del chico postrada en el sofá. Su estado era lamentable.

—Mi madre no está en muy buenas condiciones, pero esto es necesario, así que cuando quieran.

La serenidad con que los recibió, provocó un rechazo inmediato en Posada. Ese admirable comportamiento, no era lo esperado en un chaval de tan corta edad. Lo propio hubiera sido que se hubiese encerrado en su mundo. O cuanto menos en el de su habitación. Por las indagaciones que habían realizado, Raúl se caracterizaba por su alocada forma de vida, lo cual se contradecía con la imagen que les estaba proyectando. El comportamiento maduro del que estaban siendo testigos no le transmitía confianza.

Como ya era habitual en ellos, De la Fuente fue el primero en iniciar la

conversación. Se acercó a ella para captar su atención.

—¿Cómo se encuentra señora? —se interesó. Ante tal pregunta Charo giró lentamente la cabeza hasta fijar su mirada vacía en los ojos de De la Fuente.

—¿Cómo quiere que esté? —respondió dejando que una solitaria lágrima recorriera su menguado rostro.

—Me hago una idea y sé el esfuerzo que está realizando por recibarnos —dijo intentando calmar los nervios—. Soy el sargento a cargo de la investigación. Me llamo Javier De la Fuente. Siento tener que molestarla, pero comprenderá que es inevitable para avanzar en nuestra investigación —explicó casi en un susurro.

—Lo comprendo —contestó angustiada.

—Algunas de las preguntas que le vamos a hacer son obligatorias en cualquier investigación —advirtió—. Le ruego que se lo tome con calma. Procuraremos ocuparle el tiempo indispensable.

Buen comienzo, tuvo que conceder Posada. Poco a poco, el sargento iba haciendo mella en ella. En su mente se fraguaba un inesperado cambio. A pesar de lo poco amigable que él se mostraba con ella, estaba empezando a encontrarse a gusto trabajando a su lado. La experiencia que estaba viviendo valía el precio que pagaba por ello. Sin embargo le inquietaba ese cambio de opinión hacia él. No sabía por qué, ni cuándo, ni cómo, pero el sargento la estaba cautivando. Resopló. El pánico asomó a su rostro cuando fue consciente de sus pensamientos. Desterró tales ideas para centrarse en el caso.

La viuda de Miguel se le quedó mirando consintiendo con un inapreciable gesto de afirmación que emitió con la cabeza. El sufrimiento se reflejaba en su rostro. Los ojos, enrojecidos y llorosos, eran claros testigos.

—¿Recuerda qué fue lo que hizo Miguel el domingo por la mañana?

Con un hilo de voz Charo comenzó a describir los últimos movimientos que recordaba de su marido.

—Se levantó bien temprano por la mañana. Concretamente a las siete y media. No he cambiado la hora del despertador —aclaró—. Para él no comenzaba bien el día sin un buen desayuno. Siempre con pan recién horneado. Ese día, como cualquier otro del resto del año, se enfundó un jersey y unos pantalones y se acercó a la gasolinera a comprarlo. Volvió y se preparó un desayuno como Dios manda: pan con aceite y jamón y un café recién hecho. Siempre dejaba los restos en la mesa sin recoger. Es fácil deducirlo sin mucho esfuerzo —aclaró con una medio sonrisa que se esfumó antes de que fuera apreciable—. Seguidamente se aseó. Y con las mismas se despidió. No contaba verlo hasta la hora de comer —languideció.

—¿Recuerda a qué hora saldría de casa?

—Es un hombre predecible. Era —matizó con un profundo dolor que fue evidente para los presentes— así que, aunque no miré el reloj, estoy segura de que no me equivoco si les digo que alrededor de las ocho y media.

—Y no volvió a saber de él ¿no? —quiso confirmar De la Fuente.

—No —contestó Charo secamente.

—¿Y tú Raúl? ¿Supiste algo de tu padre? —apuntó Posada.

Él se sobresaltó ante lo inesperado de su participación, pero enseguida se recompuso y contestó tan convincente como pudo.

—No. Yo no lo vi desde la comida del día anterior.

—¿Y eso?

—Había quedado con mi gente para hacer una fiesta en casa de «el Negro», un amigo —aclaró—. Me quedé a dormir allí.

—Esa mañana, ¿recibió alguna llamada? —retomó De la Fuente dirigiendo de nuevo la atención hacia Charo.

—No que yo sepa. Al menos, mientras estuvo en casa.

—¿Y el sábado? ¿Recuerda si tuvo alguna llamada importante, que le desconcertara o que fuera inusual? ¿Algún comentario que hubiera hecho...?

El rostro de Charo se iluminó. Sí, se respondió en silencio. Por supuesto que había algo importante y, a su modo de ver, crucial.

—Tuvo una llamada —contestó nerviosa—. De Juan, el pintor. Lo llamó poco antes de cenar. Discutió con él... Últimamente era habitual en ellos.

Charo sabía perfectamente por qué habían discutido. Estaba tan harta de la presión que Juan ejercía sobre Miguel... Pero no iba a desvelárselo. Quiso ser lo suficientemente hábil como para sembrar la sospecha sobre él. Se lo merecía. Esa era su pequeña venganza. Sabía de buena tinta que la relación entre ambos se había deteriorado considerablemente en los últimos tiempos por las continuas discusiones. ¿Acaso no recordaba todo lo que Miguel había hecho por él? Cuando no tenía dónde caerse muerto le había prestado todo su apoyo. Lo convenció para aprender un oficio y posteriormente le dio trabajo. Lo contrató para todas sus obras. Si ahora tenía algo en la vida, era por él. Y nada más que por él. Era un desagradecido. Repentinamente una idea cruzó por su mente y sin previo aviso soltó la pregunta.

—¿Podría ser Juan el presunto homicida de Miguel?

—No lo sé señora. No le puedo afirmar tal cosa. Pero lo que sí le aseguro es que investigaremos esa posibilidad.

Indudablemente esa pregunta se la habían hecho todos. Menos Raúl.

—¡Eso no puede ser! —dijo en voz alta perdiendo los papeles.

—¡Cállate Raúl! —amenazó su madre—. ¡Qué sabrás tú!

—¿Por qué lo dices? —preguntó Posada.

Raúl la miró a los ojos con amargor.

—Porque son amigos de toda la vida. Desde hace muchos años. Juan no mató a mi padre —expresó categóricamente. ¡Eso es imposible!

—Imposible o no, lo cierto es que no dejaban de discutir. Las desavenencias eran continuas. Yo no digo que fuera intencionado, pero en un arrebato... ¡todos podemos hacer una locura! —gritó con desesperación su madre.

—Tranquílcese. Nos encargaremos de investigar cualquier posibilidad por

pequeña que sea. Se lo aseguro.

Charo se relajó. Había conseguido lo que quería. Empezaba a convencerse de que Juan era el asesino de Miguel. Y pagaría por ello.

—¿Alguna otra llamada? —retomó De la Fuente.

—Bueno... él realizó una... pero no sé a quién. Yo creo que era a algún proveedor... Pero no estoy segura. Yo estaba viendo la tele y él estaba en la cocina. No se lo puedo asegurar.

—¿Fue antes o después de la de Juan?

—Antes. Sería sobre las ocho y media. Poco antes de cenar.

—Después de la llamada de Juan, ¿observó alguna reacción o hizo algo que le llamara la atención? —retomó De la Fuente. Esa llamada le interesaba.

—No. Cenamos juntos y volvió a salir —contestó alejando la mirada de su interlocutor. Según me dijo, tenía que volver al hotel. Pero tampoco se por qué ni para qué. No solía explicarme muchas cosas de su trabajo. —De hecho no le contaba nada desde hacía algunos meses—. Ya no regresaría hasta bien entrada la noche —continuó—. No era la primera vez que se iba al trabajo hasta altas horas de la madrugada cuando algo le preocupaba.

—Pero... ¿nos está diciendo que el sábado por la noche Miguel se fue al hotel? ¿Está segura de eso?

—Sí. Estoy segura. Al menos eso fue lo que él me dijo —justificó.

Con el tiempo Charo, había llegado a acceder a las escapadas de Miguel al trabajo. Tiempo atrás habían constituido un punto conflictivo en la pareja. Pero finalmente había terminado por aceptarlas. Al principio, eran muy de cuando en cuando. Últimamente eran muy frecuentes, pero nunca de fin de semana. Por lo que no estaba convencida de que el motivo fuera tan digno. Esa noche se había decidido a espiarlo. Necesitaba confirmar dónde iba y qué hacía. Y como Josefina le debía un favor bien grande, le había pedido que de paso que venía a jugar una partidita de parchís, se pasara por el hotel para cerciorarse de que Miguel estaba allí. Así que sí. Estaba segura. Aunque a ellos eso no se lo explicaría.

—¿Y no sabe por qué tenía que regresar al hotel ni se lo preguntó?

—No. Ya le dije que él no era muy amigo de contarme nada referente a su trabajo. No quería preocuparme —justificó.

—¿No hubo nada que le hubiese llamado la atención?

—No. Salvo que era sábado.

—¿Sabe si se reunió allí con alguien?

—No. Ni idea —mintió.

—Y usted mientras tanto ¿qué hizo? —preguntó De la Fuente curioso.

—Llamé a Josefina, una amiga, para hacernos compañía mutuamente. Es viuda. Sus hijos viven fuera —aclaró— así que siempre está dispuesta.

—¿A que hora se marchó su amiga?

—A eso de las once y media. Los domingos le gusta levantarse temprano para ir a

misa de nueve. Así que la velada no se alargó excesivamente.

—Tendremos que corroborarlo con ella —apuntó el sargento—. Esta es una de esas partes rutinarias imprescindible en la investigación —aclaró—. Posada, antes de marchar, toma los datos de su amiga para poder localizarla. Posada asintió con la cabeza.

A Charo ese giro de la investigación no le había gustado nada. Pero no podía negarse. Tendría que hablar con su amiga...

—Y usted... ¿Qué hizo cuando se marchó su amiga?

—Me acosté. No contaba con que Miguel llegase pronto. Me fui a la cama.

Sí, Charo se había acostado, pero durante mucho tiempo estuvo dándole vueltas a la cabeza hasta que el efecto del somnífero la dejó dormida. No antes de la una y cuarto, que fue la última vez que echó un vistazo al despertador. Pero esa pista tampoco se la daría. Tenía miedo de que su Miguel estuviese con alguien, ¿y en qué lugar quedaría ella? O, lo que era peor, que estuviese metido en algún lío. Tenía sus sospechas pero ella lo amaba como el primer día y lo defendería hasta la muerte si era necesario.

Las respuestas de Charo habían desconcertado a ambos policías hasta tal punto que les costaba asimilar la información.

—Muchas gracias señora —dijo el sargento con un tono casi de reverencia—. Y tú, Raúl —continuó—. ¿Podrías contarnos qué hiciste en la noche del sábado al domingo?

A Raúl se le encogió la cara. No contaba con que tuviese que detallar lo que había hecho durante la noche, y menos estando su madre presente. Se azoró.

—Hicimos una fiesta en casa de «el Negro». No salimos en toda la noche —aclaró—. Me quedé a dormir en su casa, así que no regresé hasta el domingo. Hacia las doce más o menos.

—¿Un sábado por la noche os quedáis en casa? —preguntó Posada realmente sorprendida.

—Sí. Contestó sin más —mirándola sin pestañear.

—¿Puedes decirme el nombre de los que estaban contigo? —preguntó De la Fuente.

—«El negro», Antón, Lalo y Paquín —contestó ante el asombro de su madre.

—Necesitaremos que nos des sus teléfonos. Tenemos que hablar con ellos. Simple rutina. Ya sabes.

Él se quedó mirándolos asintiendo con un gesto, sin comprender por qué tenían que confirmar su versión. ¿Acaso lo creían capaz de matar a su propio padre? Su serenidad se vio quebrada. Un desasosiego comenzó a crecer en su interior, no le gustaba que indagasen en su vida.

Posada y De la Fuente se despidieron de ambos con la promesa de coger al presunto homicida de Miguel. Julia, sin embargo, no estaba tan segura de ello. Llevaban casi dos días y el caso cada vez se enredaba más.

—¿A casa de Juan? —dejó caer Posada cuando abandonaron la casa.

De la Fuente la miró de soslayo sorprendido por su viveza. En silencio, aceptó su propuesta con un gesto. Estaba demasiado concentrado en repasar la reunión como para emitir algún sonido por pequeño que fuera. Habían obtenido cuantiosa información. Pero estaba despistado. Demasiados sospechosos y demasiadas líneas de investigación abiertas.

La congoja se había adueñado de ella. Aunque siempre podría sugerirle a su amiga que, al relatar los hechos, olvidase parte de la historia. Contaba con su fidelidad. Aún así, Charo no las tenía todas consigo. Había mentido a esos policías. Y si lo descubrían le acarrearía problemas. Josefina había complacido a su amiga. De camino, se había detenido en el hotel, tal y como su queridísima amiga le había sugerido. Por supuesto Miguel estaba allí. Pero no estaba solo. Josefina había conseguido sacar una foto con su móvil. No era buena, estaba oscura y muy alejada. Pero tenían algo por donde empezar. Se la había enviado en un mensaje, confiando en que la pudiera ver mejor. No era así. La pantalla del teléfono era demasiado pequeña para deducir algo. En la foto aparecían dos personas. Una de ellas estaba prácticamente oculta tras la centenaria palmera. Únicamente asomaba parte de un brazo y de una pierna. Miguel apoyaba el brazo en el abrupto tronco con el cuerpo inclinado hacia delante lo bastante próximo al de la otra persona. Fuera quien fuese, entre ellos había algo más que una simple amistad. Había intimidad. Charo no imaginaba de quién se podía tratar. Ni tan siquiera tenía la más mínima sospecha. Desde aquella noche del sábado estaba muy preocupada. Era capaz de perdonarle una cana al aire, sospechaba que algo había desde hacía tiempo. Sin embargo, mientras permaneciera a su lado, no le importaba. Los hombres eran así. Lo que realmente le preocupaba era pensar que Miguel anduviese metido en algo oscuro. Le había recortado drásticamente la asignación mensual. Andaban mal de dinero. Algo a lo que Charo no encontraba justificación. Suponía que la obra del hotel les tenía que estar dando buenos ingresos y en cambio, tenían apuros económicos. La única conclusión posible era que Miguel estuviese metido en algún lío que le ocultaba. Estaba atemorizada imaginándose qué podría ser. Apostaba todo lo que tenía a que Juan tenía algo que ver con todo eso. Y, por supuesto, con la muerte de Miguel. Lo presionaba continuamente. No lo dejaba ni respirar. ¡Era odioso! ¿Y si la mujer oculta tras la palmera tenía algo que ver con Juan?, se preguntaba. ¿Sería la mujer que se cayó?, se repetía una y otra vez. Si era así tendría que decírselo a la Guardia Civil, pero... ¿Cómo se iba a arreglar para explicar por qué tenía esa foto? Ya lo pensaría luego, concluyó. Por ahora tenía que descargar la foto del móvil si quería averiguar de quién se trataba. En la diminuta pantalla de un teléfono como el que ellas tenían, era absurdo intentar descubrir algo más. La cuestión era que necesitaban a Raúl. Porque ellas no llegaban más allá de acceder a la cámara o leer un mensaje. Y ¿cómo se lo podía pedir sin que viera la foto o sospechara?

Como era de suponer, Juan no estaba en casa. Apoyados en el todoterreno, meditaron sobre dónde podrían localizarlo. Su trabajo era itinerante y, por lo tanto, podía estar en cualquier sitio. La cuestión era que querían cogerlo por sorpresa, sin previo aviso. Les había ocultado una información muy valiosa, que lo incriminaba directamente, por lo que una llamada al móvil estaba descartada. De pronto Posada tuvo una brillante idea:

—Cuando interrogué a Juan en el hotel, le pregunté dónde lo podía localizar. Él me habló de una nave en el polígono. Es el mismo que el de la empresa de Miguel. Podríamos probar suerte.

—¡Bien pensado! —se le escapó al sargento. Últimamente se estaba sorprendiendo con algún que otro halago hacia ella y no le estaba gustando. Debía concentrarse más. Ni por lo más remoto quería alentarla. Prefería tener las cosas bajo control. Aún estaba demasiado dolido. Frunció el ceño molesto por su despiste. Ella observó claramente su actitud contradictoria. Eso le hacía imposible entender a su superior. Se devanaba los sesos buscando una explicación plausible. Pero no la encontraba.

En menos de diez minutos llegaron a la nave que Juan tenía alquilada en Bricias. Estaba ubicada dos calles más allá que la de Miguel y su socio. Aparcaron algo alejados de la puerta principal. Cuando se aproximaban a la nave, vieron a Juan. Estaba cargando una *pickup* de color negra con botes de pintura. Justo enfrente de la nave.

—Buenos días —saludó De la Fuente para llamar su atención. Él los miró y se detuvo asustado por la inesperada visita.

—¿Quieren algo? —logró articular con la conmoción reflejada en su rostro.

—Pues sí. Necesitamos hablar con usted.

—Vayamos a mi oficina —comentó apresuradamente mientras se dirigía hacia el interior de la nave.

Juan no pretendía ser amigable, sino evitar que sus vecinos escuchasen la conversación. Ambos lo siguieron.

—Creo que no nos ha dicho todo lo que sabe... —dejó caer De la Fuente antes de sentarse en una de las sillas que Juan le mostraba.

—No sé a qué se refiere —contestó con una mueca de simulado asombro.

—Vamos. No se haga el tonto con nosotros o me veré obligado a llevarlo al cuartel para interrogarlo. Parece que su relación con Miguel estaba muy deteriorada últimamente, ¿no es así?

Se envaró y su inconfundible expresión de miedo lo delató.

—Y si fuera así... Eso no es ningún pecado, que yo sepa —contestó.

—No. Tiene razón. Pero como usted bien sabe, eso le coloca en el primer puesto de sospechosos. Estaba en el lugar de los hechos y su relación con el muerto no era buena. Además, nos mintió al respecto ocultándonos información ¿quiere más? De la Fuente sabía que era circunstancial, pero tenía que tensar la cuerda.

El terror asomó al rostro de Juan. Palideció de tal modo que percibió como la sangre huía de su rostro.

—¡No! ¡Yo no he matado a Miguel! —logró articular—. Teníamos muchas diferencias, pero eso no quiere decir que quisiera matarlo —bramó.

—Y... ¿Podemos saber cuáles son esas diferencias?

—No me pagaba —gritó exasperado—. ¡Me debía mucho dinero! Siempre me prometía que me iba a pagar, pero no lo hacía. O, si era el caso, me pagaba una miseria con respecto a lo que me debía —gritó. Pero nunca se me hubiera ocurrido matarlo. No soy un asesino. Yo también tengo mis problemas, solamente pretendía asustarlo un poco —se le escapó.

—¿Asustarlo?, ¿eso quiere decir que lo amenazó?

—Sí, pero no es lo que ustedes piensan.

—Y entonces. ¿Qué es? —intervino Posada.

—Él necesitaba el dinero para algo. Estaba metido en algún embrollo. No sé cuál. Pero yo sabía que había algo. Así que fingí que lo sabía. Solamente le dije que contaría la verdad. Con eso fue suficiente para que accediera a pagarme una parte importante. El domingo me iba a pagar esa parte.

Ahora resulta que Miguel tenía un pasado oscuro —meditó Julia.

—¿Cuándo vio a Miguel por última vez con vida?

—A mediados de la semana pasada.

—¿Volvió a verlo o a hablar con él?

—Sí. El sábado por la noche. Lo llamé porque no había tenido noticias tuyas. Me aseguró que me pagaría, aunque no todo. Me dijo que pasara por el hotel el domingo por la mañana. Había quedado con la propietaria.

—¿Discutieron?

—Sí. Él intentaba pagarme de nuevo una miseria y yo no acepté.

—¿De qué cantidad estamos hablando? —preguntó Julia.

—Me ofreció nueve mil euros y yo le exigí el doble.

—Eso es mucho dinero —comentó De la Fuente.

—¡Llevaba mucho tiempo sin pagarme!

—Y al final, ¿le pagó?

—No. Ya les dije que no lo vi.

—¿Y entonces cuando llegó al hotel, qué hizo? —insistió Javier.

—Lo que ya les conté. Vi a la propietaria tirada en el suelo y me puse nervioso. Llamé por teléfono al 112 y esperé a que llegara la ambulancia.

—¿Cómo sabía que era la propietaria?

—No lo sabía, pero como ya les dije —explicó a disgusto—. Miguel me había dicho que había quedado con ella. Supuse que era ella.

—¿Sabe para qué habían quedado?

—No me lo dijo y tampoco le pregunté. No era de mi incumbencia —explicó con un gesto desdeñoso.

—¿Algo más que debamos saber? —preguntó hábilmente Julia.

—¡No! ¡Se lo he contado todo! —contestó encolerizado.

—¡Eh! ¡Relájese! —ordenó De la Fuente en defensa de su compañera ante el estupor de Julia—. Sólo espero —comentó el sargento— que nos haya dicho toda la verdad. No vamos a tener tanta paciencia si hay una segunda vez. Y con un gesto lo invitó a contarle lo que pudiera estar guardándose. Juan no hizo más comentarios.

Durante el trayecto Julia se mantuvo en su ya acostumbrado silencio con el sargento. No era su forma de ser. Era afable, comunicativa y bien avenida con todo el mundo, pero su extraña relación con él la obligaba a comportarse de una manera diferente. Aunque hubiera preferido que no fuera así. El silencio la espoleó de nuevo a recordar su corazón herido. En su pecho sentía una persistente punzada que la atosigaba. Más que por la pérdida de Carlos, porque la dejara por Lara. Su autoestima estaba por los suelos. Aunque se aferraba a las enseñanzas que sus padres le habían inculcado, la situación en la que se veía inmersa a nivel personal y laboral no se lo estaba poniendo fácil. Por momentos, se dejaba llevar cebándose en su pena. Se consideraba la persona más desgraciada del mundo, hasta que de nuevo la formidable fuerza de su interior la reprendía. Pero a duras penas conseguía reconducir su pesimismo. De pronto se puso a pensar en el sargento. Él, había salido en su defensa cuando parecía que Juan sacaba las uñas, se recordó. ¿Ansiaba tanto que él la tratase como a San Román sin ir más lejos? Se deprimió algo más. Analizando la situación era penosa, concluyó. De nuevo se tuvo que reprender. ¿Por qué se preocupaba tanto por él? En su interior escuchaba una respuesta que alejó rápidamente. Pero la mente, tan perspicaz como misteriosa, persistía en mantenerla ahí. Latente. Agitó la cabeza como si así lograra despojarse de sus alocados pensamientos. Se sonrojó al percatarse de que sus reflexiones podían ser más evidentes de lo que ella deseaba. Avergonzada, decidió centrarse en el caso. Comenzó por reproducir la reunión con el pintor. Una de sus respuestas le llamaba la atención: Miguel necesitaba el dinero. Y su mujer parecía estar de acuerdo con esa opinión. Pero ¿para qué?

1966

En cuanto lo vio llegar, supo de sus intenciones. Tuvo la certeza de que su plan funcionaría. Como era habitual en él llegaba al alba, después de pasar la noche con alguna furcia en compañía de una botella barata. Su madre se había ido hacía ya un par de horas, en la oscuridad de la noche. Estaban solos y lo sabía. Él, con esa mirada lujuriosa que ella tanto conocía y odiaba, se acercó tambaleándose como había pronosticado. Ella, por una vez, le sonrió ávida. Agarró la azada, que tenía preparada al alcance de su mano, tal y como tenía previsto. No le dijo nada. Dejó que se imaginara lo que iba a ocurrir. Quería que sufriera hasta la extenuación. Aunque nunca conseguiría que le doliese tanto como a ella, le bastaba con que padeciera la agonía de saber que iba a morir. Con una habilidad excepcional y de un certero movimiento, le asestó el primer golpe en su pierna derecha. Casi a la altura del glúteo. Él se tambaleó, en parte por la borrachera y en parte por el impacto del hierro en la carne. Cayó de rodillas, suplicando. Ella lo miró fijamente. Sus ojos arrojaban un odio tan intenso que parecía impulsado por una oleada de fuego. Él tenía el rostro desencajado. Lentamente, alargando su padecimiento y disfrutando del momento, se acercó a su progenitor. Postrado en el suelo le clavó la azada por todo el cuerpo. Le provocó innumerables y profundas desgarraduras hasta que lo dejó sin vida. Cuando por fin dejó de moverse y quedó exánime en el suelo, exhaló una profunda respiración. Sólo entonces dejó de golpearle. La sensación de paz que experimentó su cuerpo, fue, en parte, suficiente para reconfortarla. Su hermano, entretanto, se mantenía acurrucado en una esquina. Observaba complacido como él se iba desangrando. Durante unos minutos ella se quedó de pie, a su lado, sin dejar de observar la agonía marcada en su rostro, a la espera de confirmar que nunca más los volvería a tocar. Entre los dos lo envolvieron en una manta que su madre había tejido con restos de lana de diversos grosores y colores, para trasladarlo a un cercano bosque y enterrarlo.

—Nuestra madre no tiene que enterarse —le dijo a su hermano—. Siendo lo débil que es para todo, posiblemente no lo resista —aclaró.

Él asintió con la cabeza.

Ella tenía escogido el sitio: una zona sombría llena de artos, inhóspita. El sitio

más apropiado para un pederasta violador que nunca debió tener hijos. Cuando terminaron de cavar rodaron el cuerpo con ayuda de la manta hasta que cayó en la zanja. La llenaron de cal como habían visto hacer a su madre cuando enterraba algún animal muerto y la recubrieron de tierra hasta nivelarla con el suelo. Seguidamente, arrancaron artos y otros hierbajos que encontraron por la zona para cegar la tumba de la vista de algún desalmado que pasara por aquel lugar. Desde unos pasos más atrás observó la improvisada sepultura. Casi no se distinguía. Ella se felicitó al ver el excelente resultado que habían obtenido. Estaba serena como hacía tiempo que no lo estaba.

Cuando regresó su madre, ambos negaron haberlo visto. Con el paso de los días, ella, deliberadamente, comenzó a correr la voz de que él la había abandonado. Aunque en los ojos de su hija distinguía un brillo que la hacía sospechar.

De la Fuente había convocado a todo el equipo en media hora. A primera hora de la mañana no le había dado tiempo a leer los informes de todos. Pero ahora había terminado de hacerlo y, satisfecho, completó el esquema que tenían expuesto en la pizarra; esquematizaba la información que cada uno había aportado en la investigación. De la Fuente pasó a contarles lo que habían descubierto a lo largo de la mañana y en vez de disipar la sorpresa de los rostros, se iba afianzando.

—¿Se sabe en qué estaba metido Miguel? —preguntó López.

—No. Lo único que nos ha quedado claro es que le debía bastante dinero a Juan. Tendremos que averiguar en qué estaba metido y si tiene algo que ver con el dinero que le debía. Es una tarea prioritaria a la que tendremos que encomendarnos. Estoy seguro de que desvelará una succulenta información.

—Guzmán, tú estabas analizando las cuentas, ¿detectaste algo anómalo? ¿Alguna extracción de cantidades importantes, por ejemplo?

—He revisado sus movimientos bancarios de un año atrás. Hay una extracción de dinero importante, que precisamente la realizó el domingo a las ocho y treinta y siete minutos de la mañana. Previamente, el jueves, realizó una venta de acciones por un importe similar.

—¿De qué cantidades estamos hablando?

—El domingo retiró nueve mil euros y la venta del jueves fue por algo más de nueve mil quinientos.

—Bien. Eso justificaría parte del pago a Juan, por lo que me surgen dos preguntas: ¿por qué extrajo el dinero de su cuenta personal y no de la de la empresa? Y si no se lo entregó a Juan, ¿dónde está el dinero?

—En la furgoneta —contestó vivamente Posada.

De la Fuente la miró con cara de pocos amigos, pero no reflejaba lo que pasaba por su mente.

—¿La tenemos en el depósito, no?... Bien —dijo sin esperar respuesta seguro de

que así era—. López, Guzmán, quiero que la desarméis si es necesario. Hay que encontrar ese dinero si es que está en la furgoneta.

—¿Puede que el robo sea el móvil del crimen? —se atrevió a conjeturar Posada.

—Lo tendremos en cuenta por si acaso —sentenció sin mirarla— aunque lo dudo.

Guzmán —continuó ciertamente alterado— ¿analizaste las cuentas de la constructora?

—Sí... No andaban muy bien de dinero —vaciló.

—Pero... No me encaja... El hotel tiene que darles cantidades importantes, es una obra grande y recuerdo que Álex nos comentó que ellos les pagaban puntualmente... Una inquietud se cebó en su mente empujándolo a obedecer a su desarrollado instinto.

—Guzmán, quiero que consultes con el socio de Miguel cuándo y cuánto han cobrado de Álex y Raquel.

—Sin problemas.

—¿Cómo vas con el tema de las llamadas? ¿Has encontrado algo interesante?

—No. Nada digno de mención. Casi todas están relacionadas con su trabajo. El resto son de carácter particular a restaurantes, algún comercio... llamadas irrelevantes para el caso —aseveró.

—¿Relacionaste cada número con alguna empresa o particular?

—Sí. Únicamente me queda ordenar la información y finalizar el informe relacionando cada uno de los números con la empresa, y el día y hora de llamada. Estoy a punto de terminar —aclaró.

—¿Incluiste también los mensajes?

—Sí. Está todo.

—Bien, cuando acabes pásame la lista.

—Sí, mi sargento.

—¿Algo más que añadir? —preguntó De la Fuente dirigiéndose a su equipo.

—Sí —contestó López para sorpresa de todos—. Álex fue al bar de la carretera a comprar el periódico el domingo temprano.

—¿A qué hora? —preguntó De la Fuente visiblemente alterado.

—Antes de que dieran las nueve de la mañana.

—¿Cómo lo has averiguado? —preguntó el sargento perplejo.

—El carpintero que contrató Miguel para la obra vive en Póo —aclaró—. Afirma que ese día por la mañana, poco antes de las nueve, se acercó al bar a comprar el pan y la prensa, lo hace todos los domingos. Allí se lo encontró.

—Es decir —aclaró De la Fuente impetuoso— tenemos a Álex fuera de su casa, muy cerca del lugar del crimen, minutos antes de que Raquel se fuera al hotel. Interesante... Pero si es el asesino, ¿para qué arriesgarse a que una decena de testigos puedan confirmar su presencia casi enfrente del hotel a la hora del crimen? Algo no encaja... Hay que comprobar, no obstante, cuánto tiempo estuvo fuera y la hora exacta de la muerte de Miguel con la forense. Muy bien López, eso ha estado muy

bien.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó mientras por el rabillo del ojo observaba como López se inflaba por la alabanza que acababa de recibir.

Todos permanecieron en silencio.

—Nosotros, continuó De la Fuente, volveremos al hotel. Quiero hacer otra inspección. Posada, a las tres en el aparcamiento —concretó— tengo la sensación de que algo se nos está escapando. Eso es todo —expresó dando por finalizada la reunión.

Álex estaba feliz de tener a Raquel de nuevo en casa, sin embargo ella se sentía tan insegura... No recordaba nada de lo que había ocurrido en el hotel y la angustia se le agolpaba reiteradamente en la garganta con una presión que no la dejaba respirar. Las lágrimas acudían a su rostro persistentemente. Buscaban una salida que desahogara la pena. Se encontraba tan abatida y tan dolorida... Quizá el dolor que sentía por todo el cuerpo y en especial en el corazón la hacía sentirse tan desdichada. La tristeza que sentía por la pérdida de Miguel era tal que solo le reconfortaba la idea de estar en casa y ver a sus hijos. Estaba tan afligida que se veía envuelta en unos pensamientos excesivamente depresivos. Quizá lo estaba. De hecho era muy probable. Todo se le venía encima y se le hacía cuesta arriba. Le parecía que el mundo era tan difícil de vivir que en su cabeza rondaba la idea de que tanto sufrimiento tenía que finalizar. Quizá si la premonición del calendario maya sobre el cambio de era fuese cierta, entonces ella no huiría. Se quedaría abrazada a sus hijos en su casa esperando a que el destino se cumpliera sin más sufrimientos ni para ella ni para los suyos. A la espera de que lo desconocido no le exigiese una lucha continua como a la que se había tenido que enfrentar últimamente en demasiadas ocasiones. Por otro lado, Álex estaba tan cariñoso con ella, que le hacía padecer continuos remordimientos. El dolor que le causaba la desaparición de Miguel era excesivo, pero no lo podía evitar... Había sido tan gratificante conocerlo...

Al llegar a casa Rosa y los niños la recibieron con los brazos abiertos. Y ella dejó que las lágrimas volvieran a recorrer su rostro. A pesar de todos sus dolores, se agachó y se fundió en un abrazo con Mateo y Sara. Álex cogió a Ana del corralito y se la acercó. Abrazada a ellos sentía como el calor de sus cuerpecillos la consolaba. Sin embargo, las lágrimas seguían fluyendo. Quería evitarlo, pero su melancolía se lo impedía. Aunque, por otro lado, no se había imaginado que tuviera tantas ganas de ver a sus hijos. Y estar tan unida a ellos la reconfortaba.

—Rosa —dijo dirigiéndose a su amiga— muchas gracias. ¿Cómo podré agradecerte...? Las lágrimas volvieron a aflorar. Ella no la dejó finalizar.

—Shhhhh. No tienes nada que agradecer. Somos amigas ¿recuerdas? —le dijo acariciándola dulcemente.

Raquel la miró tiernamente. Agradeció de corazón su valiosa amistad.

—Os tengo que dejar —dijo Rosa—. Tengo que ir a la floristería —se excusó—.

Si quieres algo —dijo mirando a los ojos de Raquel— no tienes más que pedirlo.

—Gracias Rosa. Eres una verdadera amiga.

Cuando se hubo marchado, Álex la acompañó hasta la habitación para que descansara.

—No tienes nada de que preocuparte —le aseguró—. Yo me encargaré de todo. Raquel lo miró con gratitud. Tenía mucho que meditar. Él se estaba esforzando por salvar su matrimonio y ella... De nuevo se echó a llorar.

San Román se acercó a Posada cuando salían de la sala. Tenía remordimientos por su despertar matinal con ella. No se lo merecía. Además percibía algo extraño en su actitud. La notaba un poco esquiva y por nada del mundo deseaba que su relación se viera afectada. Le había cogido mucho cariño.

—Parece que el sargento te da tiempo libre para comer, ¿picamos algo?

—Sí, me vendrá bien comer algo decente. Y un poco de compañía femenina, también —pensó para sus adentros.

—¡Genial! —contestó Pili. Cojo el bolso y nos vamos. ¿Te apetece la pizzeria? La pasta está buenísima y si tenemos suerte y cogemos una mesa próxima a la ventana, las vistas son magníficas —dijo animadamente buscando su aprobación.

—Perfecto —respondió.

San Román no le pidió disculpas por su arrebatado mañanero. Se conocían de poco tiempo, pero pensó que era mejor dejarlo pasar y no darle importancia. Iban caminando por la peatonal de la calle Mayor en silencio, tímidas y con el dilema de cómo comenzar una conversación para romper el hielo. Cuando enfocaban la calle donde estaba ubicada la pizzería, en Cotiello Bajo, San Román se decidió a preguntarle lo que llevaba barruntando desde hacía un rato.

—Parece que no tienes muy buen rollito con el sargento ¿no? —ella se sonrojó ante el comentario tan directo e irrefutable de Pili. Y ante una verdad que le dolía.

—¡Dios mío! ¿Tan evidente es?

—Teniendo en cuenta lo encantador que es con el resto, sí. Indudablemente sí. ¿Os ha pasado algo? —preguntó curiosa.

—No que yo sepa —suspiró—. Fue así desde el principio —comentó decaída. Algo de mí no le gusta en absoluto y la verdad es que no lo llevo muy bien —se sinceró.

—Y... aparte de eso... hay algo más, ¿verdad? —curioseó suspicaz. Era evidente que Posada había bajado la guardia. Estaba tan alerta con el sargento, que le resultó imposible sostener ese continuo estado en el tiempo. Y por lo visto se había relajado con la menos indicada. Su sagacidad le decía que no podría ocultarlo por mucho tiempo, así que se decidió. Ese era un buen momento para confesar su abatimiento.

—Carlos me ha dejado.

—¡¿Cómo?! —gritó abriendo descomunadamente los ojos. ¿Pero si te has trasladado por él?

—Sí. Lo sé —pudo asentir.

—Pero... ¿Qué pasó? —quiso saber sin creerse aún lo que estaba escuchando.

—Nada. Simplemente piensa que mi trabajo está por delante de él y no quiere ser el segundo plato —relató a sabiendas de que estaba reservando parte de la verdad... Una oleada de melancolía la golpeó nuevamente. La zozobra que llevaba soportando las últimas horas pudo con ella. Se dejó llevar permitiendo que las lágrimas camparan libremente por su rostro. Necesitaba tanto aliviar la tensión acumulada que hasta ella misma se sorprendió por la intensidad de su llanto. Los hipidos no la dejaban respirar y por momentos le faltaba el oxígeno. La cabeza le daba vueltas. Necesitaba desahogarse y por fin lo estaba haciendo.

—¡Ehhh! —dijo Pili—. Y con su instinto maternal la acogió en sus brazos.

Hasta ese momento Julia ignoraba cuánto necesitaba el calor humano. ¡Qué agradable era sentirse querida! —pensó. Se dejó querer por unos minutos...

A las tres en punto, Posada estaba de vuelta en el cuartel. Esperaba al sargento en el aparcamiento cumpliendo sus órdenes. La alegre comida de chicas que había mantenido con Pili, la había animado. Después de un rato desahogándose, todo había vuelto a la normalidad. La comida había sido entretenida gracias a los esfuerzos que San Román había realizado por distraerla y hacerle pasar un rato ciertamente agradable. Era genial contar con ella, meditó mientras esperaba abstraída al sargento. Y aunque suponía que a su regreso todos iban a conocer su situación sentimental, ya no le importaba. Quizá hasta era mejor así, concluyó. Pili iba a dar los suficientes detalles como para que no necesitasen saber más. Agradecía haberse librado de dar explicaciones.

El sargento fue igualmente puntual. Su seriedad seguía marcando su rostro, pero Posada sonrió para su interior recordando una de las frases de Pili: seguro que le hace falta un buen polvo. El interés de Pili por el sargento, la había llevado a investigar sobre su vida pasada y presente. Había averiguado, para su regocijo, que no tenía pareja formal desde hacía algo más de un año. Ella no. Pero San Román fue consciente de que a Posada se le había iluminado la cara precisamente en el momento en que le contó que estaba libre; a Pili no se le escapaban esos detalles. Además le había confesado que, después del trabajo, había quedado en hablar con una amiga de la comisaría de Gijón. Ella le había prometido un cotilleo muy jugoso y estaba ansiosa por descubrir de qué se trataba. San Román se ofreció a llamarla para ponerla al tanto. Posada, aunque aparentaba todo lo contrario, estaba ávida por enterarse de ese chisme. Ante la idea, una sonrisa afloró en su dulce rostro.

No llovía desde mediodía. Por el contrario, el viento arreciaba sin piedad encerrando a las gentes de Llanes en sus casas. Durante el recorrido hasta el hotel se habían tropezado con un par de coches y media docena de personas, a los que ni tan siquiera podían ponerles nombre. Llevaban sus rostros ocultos tras sus gorros de lana, sus pasamontañas o simplemente enfundados en sus capuchas. Introdujeron el

todoterreno en el interior del recinto, aparcándolo frente a la entrada principal de la casa. Posada se bajó del coche, pero el sargento se quedó en su interior observando la sublime fachada y la extraña forma en L del edificio. Al notar que no había movimiento al otro lado, Posada, se giró hasta divisar a través de la ventanilla del coche el perfil del sargento. Por unos instantes se permitió recrearse en su hermoso rostro. Sí. San Román tenía razón. ¡Qué guapo era! Sobre todo cuando su expresión estaba relajada como en ese momento. Y no tanto cuando se dirigía a ella con esa perenne expresión ceñuda. ¡Qué lástima que él sintiera esa animadversión por ella!, pensaba. Algún día se armaría de valor y le preguntaría el porqué, se desafió.

Por el rabillo del ojo, detectó un movimiento que le llamó la atención. Extrañada, giró su cuerpo hacia aquel lugar. Para su sorpresa se topó con los entristecidos ojos de una anciana, parecía que observaba el hotel con melancolía. Con una mano se sujetaba al portón de la entrada. Con la otra, se apoyaba en un bastón. Posada calculó que debía de rondar los noventa y muchos. O eso aparentaban los surcos que el paso del tiempo habían dejado en su rostro. Tenía los ojos pequeños y lacrimógenos a la par que dulces, el pelo ralo y canoso recogido en un moño y medía poco más de metro y medio de estatura. Al verla, el corazón de cualquiera se reblandecía, provocando una necesidad imperiosa de acercarse a ella, de ofrecerle ayuda. Posada se aproximó con una dulce sonrisa en el rostro. La anciana estaba tan ensimismada con el hotel, que no se percató de la presencia de Julia hasta que estaba a su lado.

—Buenos días señora —le dijo cálidamente. Ella la miró con sus ojitos temerosos y de Posada afloró un sentimiento de cariño hacia la anciana—. ¿Necesita algo?

—Esta casa está maldita —dijo en un sollozo con la barbilla temblorosa.

—¿Cómo? Dijo Julia estupefacta. La anciana se dio media vuelta y se dispuso a marchar.

—Por favor —le dijo— por favor... Necesito hablar con usted...

—No puedo. Déjeme. Si me ven hablando... No puedo... No debería haber venido...

—Por favor... —suplicó Posada.

—Déjeme. Se lo ruego.

La lástima que sintió por aquella angustiada anciana hizo que Posada optara por dejarla marchar.

—Esta casa atrae la desgracia, todo es culpa de la casa, es la casa... —repetía mientras avanzaba lentamente pese a que se esforzaba por alejarse lo más rápido posible.

Posada quedó ensimismada observando los inseguros pasos de la anciana. De pronto, percibió que el sargento cerraba de un portazo el todoterreno y se dirigía a la entrada principal. Entonces, regresó. Había comenzado a llover. Las tímidas gotas pronto se convirtieron en un aguacero que ensordecía el ambiente al chocar estrepitosamente contra todo lo que interrumpía su camino. Al entrar en el edificio, un escalofrío recorrió su cuerpo. Seguramente se trataba de las corrientes que

penetraban por los numerosos recodos y de la humedad que se hacía más patente que en el exterior. Pero las palabras de la anciana retumbaban en su mente causándole tormento.

Él la estaba esperando en la recepción.

—Vamos a revisar todo el hotel. Quiero que estés alerta. Cualquier cosa por pequeña que sea puede ser importante. Anota todo lo que te llame la atención. Después lo analizaremos. Yo comenzaré por el primer piso. Tú recorre la planta baja.

—De acuerdo —asintió Posada olvidándose de la anciana.

Él giró sin más. Subió las escaleras, desapareció por unos segundos para volver a aparecer tras la balconada que daba al *hall*.

A Posada le tranquilizó la idea de separarse un rato del sargento. Añoraba la sensación de encontrarse a solas con su trabajo para centrarse exclusivamente en la investigación. Por su cabeza rondaban miles de preguntas sin respuesta... ¿Por qué quiso reunirse con ella un domingo? ¿Cuál era la urgencia? ¿Estaban solos? ¿Qué relación tenían? ¿Por qué murió Miguel? ¿Era un simple homicidio o había algo más? Todas esas preguntas y muchas más revoloteaban sin cesar por su mente. Sería interesante imaginar las diferentes respuestas a cada una de ellas, pensó. Y como disponía de todo el tiempo del mundo, decidió que más tarde, al finalizar su jornada, lo intentaría. Quizá llegase a alguna conclusión. Se centró en la inspección. Cualquier distracción podía implicar la omisión de algo importante. Cerró los ojos, respiró hondo y se concentró en dejar su mente libre de cualquier otro pensamiento. Preparada comenzó por la recepción. Aún no había muebles. Sin embargo los enchufes e interruptores ya estaban fijados, por lo que era fácil deducir donde tenían pensado ubicarla. El suelo era de baldosa hidráulica con motivos geométricos muy coloridos. Se veía gastado, por lo que Posada dedujo que se trataba del suelo original. Un poco más allá, se podían observar restos de tablonos aquí y allá entremezclados con una diversidad de materiales de obra de todo tipo. La suciedad se esparcía por toda la planta. La innumerable cantidad de pisadas, de todos los tamaños y formas, había sido una justificación clara para eliminarlas como pruebas. No perdería el tiempo con ello. Era evidente que analizar las huellas con la idea de encontrar alguna pista no entraba dentro de la lógica. Continuó por el salón verde. La estancia era rectangular. Aproximadamente mediría unos noventa metros cuadrados. En la parte central de la pared más interior, se ubicaba un hogar de grandes dimensiones. Con él se podía calentar todo el recinto. Allí no había nada sospechoso. Se dio la vuelta y se dirigió hacia el otro lado de la planta. Llegó a otra estancia de más o menos la misma medida que el salón verde. En ella había dos puertas. Una a la derecha, la otra al final, de mayor tamaño y con un ojo de buey. Decidió atravesar la puerta más cercana a ella, según recordaba de su primera inspección se trataba de un pequeño *hall* y dos huecos habilitados como aseos. Salió sin detectar nada extraño para encaminarse hacia la otra puerta. Daba a la cocina y a una zona de almacenes. La cocina estaba totalmente equipada con muebles de acero. Por su tamaño se preveía que ofertarían

grandes eventos. Claro que ella no estaba acostumbrada a ver las cocinas de los hoteles, por lo que pensó en lo erróneo que podía ser su juicio. No le dio importancia. Dio un paseo recorriendo las instalaciones, pero tampoco allí encontró nada a destacar. Hasta que de pronto, su mente detectó algo. A continuación de una pared cubierta en su totalidad por enormes cámaras de frío, quiso divisar un rectángulo con las mismas dimensiones que las cámaras, pero mucho más liviano y sin manilla de apertura. Le pareció extraño, pues en el lugar donde debía estar la manilla, había un pequeño agujero de unos dos centímetros de diámetro. Curiosa, se acercó, introdujo su dedo índice y tiró. Se trataba de una puerta que podía abrirse sin problemas. Para su sorpresa se topó con unas escaleras interiores angostas y ajadas. Buscó algún interruptor que las iluminara. Lo encontró, pero no funcionaba. De pronto recordó la linterna que cautelosamente había cogido del todoterreno. Sujetó la puerta con un resto de madera que encontró y que colocó a modo de taco. Eso permitiría que la luz natural penetrara por aquellos lóbregos tramos. Con la linterna en la mano, subió con tiento por aquellas escaleras. Ante su desconcierto se topó con una puerta demasiado cercana al último peldaño. Eso impedía que hubiese suficiente espacio para abrirla cómodamente. A pesar de todo lo intentó, pero estaba atrancada y le fue imposible. Resopló. Tenía que averiguar lo que había al otro lado. Con determinación, asió la puerta con ambas manos y con tanta fuerza como fue capaz, los nudillos se le pusieron blancos. Tiró con todas sus fuerzas hasta que cedió repentinamente. Balanceándose peligrosamente hacia atrás y al borde de caer, una mano fuerte y segura la agarró por el brazo derecho evitando su inevitable trompazo contra las escaleras. Ella miró a su salvador con los ojos anegados en la sorpresa para descubrir que, él, era él, el sargento. La rodeó con su otro brazo atrayéndola contra su cuerpo, hasta que estuvo segura. Pasó una milésima de segundo en la que sus cuerpos estaban en un intenso contacto. El corazón de Julia se desbocó. Tiempo más tarde, Posada seguía sin serenarse. Él únicamente la miró a los ojos por un instante. Rápidamente la soltó y en su arisco y acostumbrado tono con ella le preguntó:

—¿Adónde dan las escaleras?

—A la cocina —titubeó Julia aún conmocionada.

—Que según recuerdo tiene ventanas exteriores...

—Sí. Un par de ellas —corroboró Julia aún aturdida mientras se alisaba la ropa en un ademán nervioso.

—Bien. Puede ser un buen sitio por el que huir, ¿no crees? —Sin esperar respuesta se volvió sobre sí mismo—. Ven. Necesito que veas algo.

La puerta que daba a la escalera estaba en el extremo del pasillo izquierdo de la primera planta donde daba a su fin. Suponían que esa angosta escalera era por la que, antaño, el servicio accedía a las habitaciones. De esa forma evitaban la escalera principal, de uso exclusivo para los señores de la casa.

El sargento la llevó hasta una zona muy próxima a la habitación donde el cuerpo de Miguel había sido encontrado. Se detuvo y apoyó su cuerpo contra la balconada

que daba a la planta baja, frente a las escaleras. Desde esa posición, observó lo que se podía ver del pasillo a un lado y a otro.

—¿Lo ves? —preguntó suponiendo que ella identificaba lo que para él era obvio. Pero Posada no veía lo que el sargento le quería indicar.

—¿Ver qué? —preguntó despistada.

—Fíjate. Observa como están dispuestas las puertas de las habitaciones. Si miras a la izquierda, las puertas que se observan desde aquí están equidistantes unas de otras y el espacio hasta la escalera cumple con esa correspondencia en perfecta armonía. Pero si miras hacia la derecha, entre la primera habitación y el tramo de escalera, hay demasiada distancia. He entrado en la habitación y la pared donde finaliza no parece ser la pared que da a la escalera. Posada estaba totalmente desconcertada con los comentarios del sargento. Nunca ni en sus mejores sueños se hubiera detenido a observar desde aquel ángulo la posición de las habitaciones. Entendía que no era una cuestión a valorar. Eso era trabajo del arquitecto. Pero él estaba cuestionando lo incuestionable. No dejaba que su mente se engañara con la evidencia o se obstruyera empecinado en creer lo que otros querían hacer ver. Sino que buscaba su propio criterio para todo.

—Sí, es cierto. Afirmó abrumada.

—Parece que hay una habitación oculta...

—Puede ser. Pero si la hay ¿por dónde se entra?

—Eso es lo que vamos a averiguar. Vamos a inspeccionar palmo a palmo la habitación donde se encontró a Miguel. Me da la sensación de que se nos ha pasado algo por alto. ¡Vamos!

Ambos caminaron raudos hacia la habitación. Posada entró primero y se hizo a un lado dejando espacio para que entrara el sargento. En el lateral izquierdo de la habitación se encontraba la entrada al baño. Algo más allá en línea con la pared, el armario.

—Si hay una puerta secreta de acceso tiene que estar entre el baño y el armario. Miremos primero el armario.

Se acercaron y comenzaron a examinarlo detenidamente. Buscaban algún resorte o lo que fuera que permitiera abrir una puerta. Él por el exterior, ella en el interior. Con la linterna, Posada iluminó el profundo armario. Era lo suficientemente amplio como para que una persona de tamaño medio pudiese entrar. Posada no lo dudó, entró. Mientras, el sargento seguía examinando el exterior. Colocó la linterna entre sus dientes para disponer libremente de las dos manos. El polvo y la suciedad envolvían la pieza. Comenzó por la parte inferior. En pocos segundos sus manos estaban tan sucias como el armario. Lo palpó lenta y suavemente como si lo estuviera acariciando, como si se tratara del tejido más sedoso y delicado que pudiera tener en sus manos. Poco a poco fue ascendiendo, hasta que sin saber cómo el fondo del armario cedió unos centímetros.

—¡Sargento!

—¡Sí! Contestó De la Fuente prácticamente al oído.

Ambos, dentro del armario, con una proximidad excesivamente íntima, con sus cuerpos rozándose por segunda vez en poco espacio de tiempo, empujaron con fuerza presionando el extremo que había cedido. Posada, percibiendo que su cuerpo anhelaba el contacto con el del sargento, se acaloró más de lo conveniente para que pasara desapercibido de no ser por la oscuridad que se cernía sobre ellos. Pero él seguía concentrado en sus esfuerzos y cualquier efecto en Posada por muy evidente que fuera, pasaría desapercibido.

—No cede —declaró escéptico—. ¿Te das cuenta de si hiciste o tropezaste con algo?

—En esta arista hay algo pero no parece...

No le dio tiempo a finalizar su explicación, el sargento se abalanzó sobre la zona que Julia le indicaba. Sus dedos se manejaban con destreza buscando por el vértice que Posada le había indicado. De pronto un click accionó el fondo del armario haciéndolo girar lentamente. Ante ellos se mostraba una pequeña estancia de no más de seis metros cuadrados. A través de una diminuta ventana, penetraba la vaga luz que rodeaba la estancia. Infinidad de motitas de polvo suspendidas en el aire bailaban a su antojo atravesándola. Ayudada por la linterna, Posada curiosa y expectante rastreó la zona. Las telas de araña invadían la estancia. Se adentraron en aquella exigua y lúgubre habitación con el corazón en un puño. Aparentemente no había puerta de salida. Aquello no tenía sentido. El lugar estaba dominado por objetos polvorientos y destartados que probablemente habían pertenecido a algún miembro de la poderosa familia del indiano. Aquel lugar haría las delicias de un enamorado de las antigüedades, pero a ellos les repelía extraordinariamente. Más detenidamente, auscultaron la estancia en busca de una salida o de una explicación a la existencia oculta de una sala. De pronto, De la Fuente detectó en el suelo algo extraño. Se trataba de una especie de trampilla de unos dos metros cuadrados. Justo en la parte central de la habitación. Avanzó hacia ella. Un orificio surcado en uno de los laterales, escondía un asidero. Con pericia, agarró el asa y tiró con fuerza de ella. La trampilla impactó sonoramente contra el otro lado. El polvo que revoloteó alrededor de ellos, penetró a través de sus orificios nasales haciéndolos toser. Posada iluminó el hueco. Parecía un habitáculo con una escalera más angosta y empinada que la de servicio. Ambos se miraron incrédulos.

—Yo bajaré primero —dijo el sargento dando por entendido el siguiente paso.

—De acuerdo —respondió Posada.

Las escaleras finalizaban en una estancia de reducidas dimensiones con otra trampilla en el suelo. Aquello parecía una estancia de paso. ¿Pero hacia dónde? Posada llegó a tiempo de observar cómo De la Fuente tiraba del asidero de la pesada portezuela. Cedió sin dificultad. Ante ellos se destapó un tenebroso agujero de tierra y piedra sin iluminación de ningún tipo. En esta ocasión, De la Fuente no dijo nada. Bajó por la escalerilla un par de metros hasta tocar tierra. Posada lo siguió. Poco a

poco, sus ojos fueron adaptándose a la negrura, permitiéndoles detectar con mayor precisión el desapacible entorno. La humedad del aire provocaba una angustiada sudoración a la piedra. Allí la temperatura podía ser cuatro o cinco grados inferior a la temperatura externa. Al hablar sus bocas emitían vaho. El frío era insoportable.

—Nos moveremos lentamente. Procura seguir mi huella para avanzar. No sabemos lo que nos vamos a encontrar y toda precaución es poca.

Dicho esto De la Fuente se giró y se aventuró por aquel repulsivo subterráneo.

El corazón de Posada se aceleró aterrada. El temor a encontrarse con algo extraño o simplemente verse encerrada en aquel inhóspito lugar sin posibilidad de escapar, le transmitía una congoja inabordable. Por su imaginación pasaban infinidad de escabrosas posibilidades. Su vello se había erizado solo de pensarlo. Pero su valentía o el hecho de que no quería mostrar su terror ni dar ese deleite al sargento, le hizo continuar. No podía permitirse empeorar su relación con él. Y muy probablemente si se acobardaba, sería el final. A cada paso, Julia tenía que estimularse mentalmente. Él avanzaba prudente, algo encorvado para no tocar con el techo pese a que aún quedaban los suficientes centímetros como para no tropezar. Recorrieron unos trescientos metros de túnel cavernoso, para dar de nuevo a unas escaleras de similares características a las precedentes.

—Espera aquí —ordenó De la Fuente.

Posada asintió sin más. El coraje le había empujado a continuar avanzando, pero el temor le impedía pronunciar una sola palabra. El sargento ascendió por las escaleras hasta encontrarse con una trampilla afín a la anterior. La empujó con todas sus fuerzas, pero algo la obstruía. Insistió. Habían llegado muy lejos como para rendirse. Ella rogaba para que surgiera un rayo de luz. Posada escuchaba desde su posición inferior los golpetazos que el sargento propinaba para abrir la trampilla sin lograrlo. La intranquilidad se acrecentó cuando dejó de oírlos. Por unos instantes el silencio y la oscuridad infinita, inundaba sus vidas, salvo por el insuficiente rayo de luz de las linternas. De la Fuente bajó los peldaños más inseguro de lo que los subió. Estaba exhausto por el esfuerzo. Cuando llegó a su altura ella lo iluminó. Necesitaba ver su cara. Tener la seguridad de que seguía siendo él y no otro. Su detestable pero hermoso y ahora ansiado sargento. Quiso abrazarse a él. Lógicamente, se contuvo.

—Es imposible. Con una mano sola no puedo ni moverla —explicó resoplando—. Necesito tu ayuda —dijo con un tono que Posada percibió con cierta timidez—. Tienes que subir conmigo y sujetar mi cuerpo para que yo pueda utilizar las dos manos.

—Bien —dijo serenamente Posada. ¿Y cómo quieres que lo hagamos?

—Yo subiré primero. Tú te colocas detrás de mí rodeándome con tu cuerpo para sujetarme. Así emplearé toda mi fuerza en empujar contra la madera.

Por fin su tono era diferente. Posada había advertido en su voz, el esfuerzo del sargento al plantearle su propuesta. Aunque no era el momento, se le escapó una sonrisa que él no llegó a ver. Le hacía gracia el apuro que había pasado.

De la Fuente subió de nuevo por las escaleras tras unos segundos que necesitó para recuperar el resuello. Cuando él se detuvo. Ella inició su ascenso superando poco a poco su cuerpo. Sus pies quedaron colocados entre los de él. En el mismo peldaño. Se agarró fuertemente a la escalera. Con sus brazos rodeaba la musculosa complexión del sargento.

—¿Estás preparada?

—Sí.

—Bien. Allá voy.

De la Fuente soltó sus manos de la escalera y comenzó a dar golpes a la tabla. En esta ocasión había ascendido un par de peldaños más. Eso le permitía utilizar su antebrazo a modo de maza. Con su mano derecha, agarraba su brazo izquierdo para ejercer una mayor presión en cada mazazo. Al cuarto intento la trampilla cedió ligeramente. El sargento ascendió otro escalón. Con su cuerpo empujó la tabla y la abrió. Un aluvión de luz dañó momentáneamente sus ojos, impidiéndole descubrir el lugar en el que se encontraban. Subió los peldaños que le restaban zafándose del cuerpo de Posada. Se arrastró por el suelo de aquel misterioso lugar saliendo completamente del agujero. Frotándose los párpados comenzó a intuir el otro lado del túnel. Una polvorienta y ajada alfombra cubría toda la superficie del habitáculo. De ahí la dificultad que había encontrado. Con la vista recuperada, se inclinó sobre el agujero para ayudar en sus últimos pasos a Posada. Julia aún seguía con la vista nublada. Tanto si abría los ojos como si permanecía con ellos cerrados, veía borrones negros que se movían a una velocidad inusitada. Poco a poco recuperó la vista para descubrir que el túnel daba a la caseta del jardín donde, seguramente, habían estado realizando el inventario Guzmán y López el día anterior. La puerta permanecía abierta por lo que la luz exterior inundaba la estancia.

—¡Enhorabuena cabo! —felicitó De la Fuente.

Ella se giró incrédula ante las palabras que acababa de escuchar del sargento. Lo miró a los ojos. En ellos había desaparecido el rechazo. Posada vio o soñó cierta admiración, pero no se quiso engañar con lo imposible.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Ha demostrado mucha valentía y profesionalidad ahí dentro —y sin darle más explicaciones continuó—. Se supone que este agujero estaría cavado desde la construcción de la casa. Imagino que como escapatoria en caso de necesidad. No tengo muy claros los motivos por los que el propietario ordenó construirlo —continuó— pero sí que este pasadizo fue muy a ciencia cierta por donde escapó el homicida. Por lo que, sea quién sea, conoce esta casona. Y es más —continuó— estoy seguro de que esta era la urgencia de Miguel por reunirse con Raquel la mañana del domingo, él también lo había descubierto.

Posada hizo un recorrido a su alrededor. Observaba lo que en aquel lugar había almacenado. De la Fuente hacía lo propio. Recordaba el inventario de sus compañeros. Coincidió con lo que veían, lo que confirmaba que estaban en la misma

caseta. De la Fuente salió al exterior. Posada lo siguió. La caseta estaba situada casi al límite de la finca, oculta por un espeso seto de coníferas. El perímetro del palacete, estaba rodeado de un muro de dos metros de alto y treinta centímetros de ancho, salvo en la parte que daba a la carretera. Caminaron los pocos metros que restaban hasta finalizar la finca. Y allí, en el último extremo, se encontraron con una portezuela de paso al exterior de la finca. De la Fuente accionó el pestillo. Salieron a un camino estrecho y embarrado, pero lo suficientemente ancho como para permitir el paso de un vehículo.

—Alguien podía haberse acercado en coche hasta aquí —conjeturó De la Fuente—. Atravesar la puerta y acceder a través de la caseta al interior del palacete. Mató a Miguel y rehizo el camino para escaparse.

—Tiene lógica —apuntó Posada.

Él se lamentó de la copiosa lluvia caída esos días. Si no fuera por eso, podrían averiguar si el presunto homicida se había acercado en coche o si había ido a pie, y seguramente podrían haber obtenido sus huellas. Y con ellas hubieran logrado mucha información. Pero la lluvia caída había borrado cualquier indicio.

Regresaron al edificio principal. De la Fuente quería profundizar en la posibilidad de que el presunto homicida hubiese escapado por la salida secreta y, con ello, descartar otras alternativas. Además no habían finalizado su exhaustiva inspección y esta vez no iba a desistir, hubiera o no tormenta. Se maldecía por no haber dado con aquella salida secreta en el registro del domingo. O estaba perdiendo facultades o no estaba centrado en el caso, al menos no todo lo que debía. Para él, indudablemente, se trataba de la segunda opción. Y con ello, estaba dejando en entredicho su profesionalidad, se reprochaba.

En el cuartucho del armario, encontraron todo tipo de antiquísimos objetos y muebles. Entre ellos destacaba una mesa de escritorio, enteramente apolillada y repleta de objetos; algunos personales: un reloj de bolsillo con la esfera hecha añicos de plata deslustrada, montones de libros carcomidos por la humedad, un juego completo de escritorio... En un lateral se veía un galán de noche con varios trajes antiguos y polvorientos de caballero, y un cabecero de madera noble seriamente deteriorado. Posada estaba en lo cierto al pensar que se habían ocultado aquellas pertenencias con la intención de evitar que desapareciesen. Había leído en su recorrido por el Museo de Indianos, que aquella casa había sido ocupada y expoliada durante la Guerra Civil española, hacia mil novecientos treinta y siete. A ciencia cierta se trataban de pertenencias de uno de los hombres del clan familiar. Por desgracia, ninguno de aquellos objetos servía en absoluto para su investigación.

Tras más de una hora de inspección, De la Fuente dio por finalizada la fructífera visita al hotel. Había decidido que enviaría a su equipo a rastrear la finca y aquel agujero en busca de cualquier indicio, por inverosímil que pudiera parecer. Por lo que, allí, ya no tenían nada que hacer. Además, empezaba a instigarle la idea de que los del laboratorio tenían que tener alguna noticia y estaba ansioso por mantener una

conversación con Valdés. Era su contacto en Madrid y siempre le echaba una mano. Resuelto, salió del edificio y buscó su número.

—Valdés. Buenas tardes, soy Javier De la Fuente.

—Sí, Javier, ya te había reconocido. Dime.

—¿Sabes algo?

—Acabo de enviarte un mail... Te comento —continuó captando que aún no lo había leído—. Hemos conseguido analizar todas las pruebas que nos habéis enviado. En ninguna hemos encontrado huellas ni restos de ADN. Pero no todo son malas noticias. En el martillo hemos tenido que repetir la analítica. Es curioso, pero es el único objeto que está impoluto y como habrás deducido, es algo inverosímil en una obra. Eso nos ha dado la pista de que alguien se ha encargado de limpiarlo minuciosamente. Así que decidimos echarle otro vistazo y por suerte hemos encontrado parte de una huella, pero no puedo confirmarte nada hasta mañana. Espero darte buenas noticias a primera hora.

—¿Eso quiere decir que alguien pudo limpiarlo para eliminar las huellas? —preguntó sin rodeos.

—Sí, podría ser. La otra versión es que el martillo no estuviese en la obra y que el asesino lo hubiese llevado con la intención de usarlo como lo hizo, pero ¿entonces por qué lo dejó en la obra y no se lo llevó?

—Eso tiene una explicación —dijo— quería deshacerse del arma homicida.

—Posiblemente tengas razón. Tú sabes más de eso que yo. Sea como fuere, nos lleva al mismo sitio. Se trata del arma homicida y puede que la huella nos revele algo.

—Y en el resto de pruebas, ¿no habéis encontrado nada?

—No. El resto de pruebas que habéis recogido no conducen a nada... Una obra es lo que tiene. Hay tantas huellas y restos por todas partes, que es difícil encontrar algo determinante.

—¿Y las huellas recogidas en la furgoneta? ¿Pertenece todas al propietario, a Miguel?

—No. Hemos encontrado huellas de otra persona, pero aún no las hemos identificado. Mañana podremos decirte algo más.

—Gracias Valdés. Estaré ansioso por recibir mañana tu llamada.

—No te preocupes. Te llamaré en cuanto tengamos los resultados.

De la Fuente se apoyó en el todoterreno mientras cortaba la comunicación con su interlocutor. Su cerebro trabajaba a toda máquina con las pruebas que habían acumulado hasta el momento. Posada se lo quedó mirando curiosa. Él también la miró. Compartió la noticia con ella analizando cada una de sus palabras. La forense ya les había confirmado que el martillo encajaba como arma del crimen, así que eso no era ninguna novedad, pero sí les confirmaba sus sospechas. Antes de que pudieran comentar la jugosa información, volvió a sonar su móvil.

—¿Sí? —contestó.

—Sargento. Soy López. Estamos interrogando a los amigos de Raúl. Hemos

descubierto algo que le gustará saber. ¿Se puede acercar al cuartel?

—En cinco minutos estamos ahí —afirmó—. ¡Vamos! —ordenó a Posada. Se subió al asiento del piloto y maniobró rumbo a Llanes.

1969

Durante unos años, los tres fueron felices a su manera. Apenas tenían lo imprescindible para vivir, pero de boca de sus hijos mellizos no salía ni un reproche. No tenían que sufrir las vejaciones, ni perversiones de su progenitor y para ellos eso era suficiente, no necesitaban más. Sin embargo la felicidad no duraría mucho. Su madre, Amelia, cayó enferma y ella tuvo que hacerse cargo del sustento familiar. Su hermano mellizo, sumiso, agradecido, la ayudaba en todo lo que ella le ordenaba.

Cuando su madre moribunda, le desveló su secreto tantos años guardado, por unos insignificantes segundos dudó de su cordura. Pero sus pequeños y sinceros ojos apoyaban sus palabras, y al final la creyó.

Al cumplir los veintiún años, con su mayoría de edad, consumando el último deseo de Elena, Flor, su amiga del alma, se citó con Amelia para desvelarle quién era su padre, no sin que antes le prometiera ocultar el secreto. La familia de su padre era muy poderosa en todo el Oriente de Asturias y si trascendía lo que le iba a contar, nadie la creería. Solamente conseguiría ahondar la desgracia en la que había caído la familia, meses antes de su nacimiento. Amelia, escuchó con estupor, la historia que Flor le narraba. En ese momento, el dolor fue tan profundo e intenso, que en aquel instante en que Flor le desvelaba la cruda realidad, juró que jamás hablaría de su pasado ni del de su madre.

Sin embargo en su lecho de muerte, Amelia, necesitaba ser comprendida, por sus malogrados y desgraciados hijos. Quería descargar su conciencia, y sobre todo, quería el indulto de su hija. Y ahora su madre, que le había ocultado la verdad de su existencia y de su miseria durante sus diecisiete años de vida, precisamente ahora que se moría y que no iba a tener más oportunidad que esa para conocer los detalles, se lo confesaba. No tenía derecho a ocultárselo, pero lo había hecho. Por su cabeza rondaba la idea de que su desgraciada vida podía no haber sido así. Ella lo había permitido callándoselo. Ella podía haberlo evitado. Y por ello la odiaría el resto de su vida. Su cobarde silencio y su inexplicable sumisión los condenó a una vida miserable. Con el último aliento de vida, Amelia, con ojos suplicantes, buscó su compasión. Confiaba en el invisible pero inquebrantable nexo de unión de una madre con su hija. Le tendió la mano para llevarse con ella el perdón y así alcanzar el

sosiego espiritual que le permitiera irse en paz. Pero ella no se lo concedió. El odio que durante su más tierna infancia fue alimentando antaño contra su progenitor, ora con ella, la fue asfixiando aflorando a su rostro sin remedio. Con aborrecimiento y amargura como pago, le confesó la depravación de su progenitor para con ella y con su hermano. Sin omitir detalles. Con tal crudeza que el corazón de Amelia no lo pudo resistir; se fue viendo el odio en los almendrados y bellos ojos de su hija, sin tan siquiera poder despedirse de su hijo. Pero ella no se arrepentía, la había mantenido engañada toda su vida. Y lo que más le dolía era que había permitido su mezquina vida engendrada en su cobardía.

Pocos habían acudido al entierro de su madre y no era de extrañar. Casi no se relacionaban con nadie. Vivían en una cuadra, alejada un par de kilómetros del pueblo más cercano, aislados. El resto de la familia hacía tiempo que se había desentendido, conscientes de la desgracia que se filtraba en ellos, desde que un miembro de la ilustre familia de los Valverde se había encaprichado de su abuela. Solamente se tenían el uno al otro. Y la inquebrantable amistad de Flor.

De la Fuente y Posada estaban completamente exaltados, con la expectación marcada en el rostro. Aún no se habían calmado por los sucesos acaecidos en la última hora y ya estaban con el alma en vilo, ansiosos por la sugerente conversación con sus compañeros del cuartel.

—¿Qué es lo que habéis averiguado? —preguntó el sargento saltándose el saludo.

—Uno de los chicos con los que Raúl pasó la noche es hijo del pintor...

—¡¿Cómo?!

—Los chicos tienen la misma edad y son amigos desde la infancia. Le hemos apretado las tuercas haciéndole ver que sospechábamos de su padre y lo que nos ha contado no tiene desperdicio.

—¿Dónde está?

—Por aquí —le indicó.

López puso al día al sargento antes de que entrara en la sala de interrogatorios. De la Fuente respiró hondo y entró.

—Buenos tardes Lalo. ¿Qué tal estás? ¿Necesitas algo?

—No gracias —contestó tímidamente.

—Bien. Creo que tienes una información que nos interesa ¿no es así?...

Lalo asintió tristemente con la cabeza. Había dejado al descubierto a su amigo y aunque lo había hecho en defensa de su padre, ahora estaba desconcertado. Desconocía cómo habían podido salir las palabras de su boca. Aunque bien pensado, sí lo sabía: lo habían puesto entre la espada y la pared. Estaban acusando a su padre de matar a Miguel y eso no podía consentirlo, pese a que Raúl era su mejor amigo. Para su desconsuelo, tenía la certeza de que lo que había contado le iba a traer problemas.

—El sábado por la noche, ¿dónde estabas?

—En casa de «el Negro». Habíamos quedado para celebrar una fiesta en su casa.

—¿Quiénes estabais?

—«El Negro», Paquín, Raúl y yo.

—¿Alguno salió a lo largo de la noche?

—No. Estuvimos en casa.

—¿Hasta que hora?

—Hasta mediodía. Los padres de «el Negro» iban a regresar el domingo temprano. Teníamos que irnos antes de que llegaran.

—No sabían lo de la fiesta, ¿no?

—No. Si «el Negro» les hubiese pedido permiso, no se lo habrían dado. No se fían mucho de nosotros —explicó remiso.

—¿Y qué fue lo que hicisteis?

—Cenamos pizzas, jugamos a las cartas, vimos la tele... Lo que hacemos todos —dijo restando importancia.

—¿Y qué más?

Lalo estaba con la mirada fija en un desconchado de la mesa en la que estaba apoyado. No se atrevía a sostener la mirada inquisitiva del sargento ni a continuar su relato. Había delatado a su mejor amigo por defender a su padre y ahora tendría que asumir las consecuencias. Lo único que le aliviaba es que al menos su padre quedaría libre de sospechas.

—¿Qué más, Lalo? —insistió De la Fuente pacientemente.

—Paquín y Raúl jugaron al póker por *Internet*.

—¡Ajá! ¿Suelen hacerlo?

—Sí. Están enganchados. Sobre todo Raúl...

—Pero... para jugar por *Internet*... tienes que disponer de dinero...

—Sí. Pero para eso está «el Mafias».

—«El Mafias»... ¿Quién es «el Mafias»?

—No lo conozco. Solo sé que es un tipo con el que Raúl tiene amistad y que le presta dinero para jugar. Se reparten las ganancias —apuntó—. Es bueno —dijo refiriéndose a Raúl— así que suele ganar.

—¿Y esta vez? ¿Sabes de dónde sacó el dinero?

—Supongo que se lo prestaría «el Mafias».

—¿En alguna ocasión tuvo problemas con él?

Lalo se sintió muy incómodo. No quería seguir contestando las preguntas del sargento, se sentía acorralado. De la Fuente se percató de ello, por lo que apretó un poco más al chico para que se lo contase todo.

—Tu padre es el primero de la lista de sospechosos —dijo tenaz—. El dinero siempre es un buen motivo para matar. Y, como sabes, Miguel le debía una buena suma de dinero. Así que salvo que tú nos ayudes y nos hagas ver una realidad diferente, iremos a por él y lo encerraremos de por vida.

Lalo se le quedó mirando. Él sabía que su padre no era capaz de matar. Era trabajador y honrado. Si Miguel le debía tanto dinero como parecía, estaba en su derecho de exigirle el pago. Pero eso ahora no resolvía su problema. No le quedaba más remedio que continuar traicionando a su amigo. Por su padre...

—Hará algo menos de un mes Raúl tuvo una mala racha y perdió mucho dinero.

—¿De cuánto estamos hablando?

—No sé. No le gusta hablar de eso.

—¿De cuánto estamos hablando, Lalo? —preguntó De la Fuente pausadamente.

—Creo que rondaba los diez mil.

—Ya —expresó De la Fuente intentando disimular su asombro—. ¿Y qué pasó?

—«El Mafias» lo amenazó con romperle los huesos de la mano uno a uno, si no le pagaba lo que le debía. No sabía qué hacer. No tenía a quién recurrir. Y, por supuesto, no quería contárselo a sus padres. Pero al día siguiente, su padre lo estaba esperando a la salida del instituto con cara de pocos amigos. Raúl supo en ese momento que su padre lo sabía.

—¿Y qué pasó después?

—Me contó que tuvo una bronca con él, pero resolvió el problema. Al día siguiente su padre fue a entregar el dinero que le debía a «el Mafias». Después de eso, algo pasó entre ellos. Raúl siempre andaba quejándose de su padre, pero cambió radicalmente de actitud a partir de aquel día. Le había prometido que no volvería a ocurrir y parecía que se lo había tomado en serio.

—¿A qué crees tú que se debió ese cambio de actitud?

—Ni idea. No quiso hablar del tema, pero el cambio era palpable. Estaba muy pendiente de su padre, demasiado incluso. Hubo un par de ocasiones en que no salió por quedarse con él. Era extraño. Supuse que estaría agradecido por sacarle del atolladero —concluyó— pero aún así me costaba creer que no quisiera salir.

—Algo tuvo que pasar para que rompiera su promesa, ¿no?

—Supongo que el culpable es el alcohol. Cuando está borracho no lo puede evitar y el sábado nos bebimos varios *gin-tonics*. Él agarró una buena borrachera.

—Ya. Una peligrosa mezcla —aclaró Javier— alcohol y juego. Volviendo a su afición al juego, ¿sabes si era la primera vez que dejaba un pufo?

—Hubo otro par de ocasiones, pero nunca una cifra tan elevada.

—Y dices que «el Mafias» era su prestamista ¿no?

—Sí.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—No tengo ni idea. Yo paso de esos rollos. Ya le dije que no sé ni cómo es...

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí. ¡Se lo juro! ¡No tengo ni idea! Sus ojos reflejaban sinceridad tanto como desesperación, así que De la Fuente no insistió.

—Y la noche del sábado, ¿cómo fue?

—Al principio empezó ganando una buena cantidad de dinero. Pero no sabe

parar. Terminó por perderlo todo. «El Negro» se enfrentó a él y dejó de jugar a tiempo.

—¿Recuerdas algo más que pueda sernos de utilidad?

—No. Ya les he contado todo lo que sé —dijo tristemente consciente de la verdad que acababa de decir.

—Bien. Eso espero, porque está en juego la vida de tu padre —dejó caer de nuevo... Necesitamos que estés a nuestra disposición, así que mantén informado al cuartel si piensas salir de Llanes. Él asintió con la cabeza y casi en un susurro logró preguntar:

—¿Qué le va a pasar a mi padre?

—Por ahora nada. Es pronto aún para decirlo.

Meditabundo y con el ceño fruncido, De la Fuente, fue en busca de Posada.

—Julia, nos vamos a hacer una visita a Raúl. Pero esta vez no vamos a ir por las buenas. —Entre tanto misterio, le estaban haciendo perder mucho tiempo. Y eso le revolvió las entrañas.

Era media tarde, pero las luces del jardín y de la fachada de la casa de los Rodríguez estaban encendidas otorgándole un aspecto bastante más acogedor que a plena luz del día. Llamaron al telefonillo y enseguida les abrieron la puerta.

—¿Alguna novedad? —les preguntó Raúl nada más abrir la puerta.

—Sí. Muchas. Contestó De la Fuente tajante. La verdad es que hemos descubierto muchas cosas que vas a tener que explicarnos. —Raúl enrojeció.

—No sé a qué se refiere —consiguió balbucear.

—Pues yo creo que sí. Así que o nos lo cuentas todo o te llevo al cuartelillo esposado por obstrucción a la justicia —fanfarroneó ante el asombro de Posada.

—Pasen —dijo acobardado.

Raúl agradeció para sus adentros que su madre hubiese insistido en ir a misa. Eso, les daría tiempo para charlar antes de que ella volviese.

Acomodados en el frío sillón de piel del salón, De la Fuente instó a Raúl a que les contara de nuevo la noche del sábado.

—Ya se lo he contado... no salimos de casa...

—Sí, pero no nos lo has contado todo..., por ejemplo. ¿Qué te parece comenzar por tu adicción al juego? —dejó caer ante el estupor de Raúl.

—Y qué quiere que le cuente... expresó derrotado. No lo puedo evitar... Soy bueno jugando... Solo que he tenido una mala racha...

—Una o tres —atacó De la Fuente. La sorpresa de Raúl iba creciendo a medida que era consciente de todo lo que sabían.

—Tres —confirmó afligido.

—¿Y cómo te las apañaste?

—Mi padre me ayudó.

—La última fue gorda ¿no?

—Sí —contestó avergonzado.

—¿Y le habías prometido a tu padre que no volvería a pasar no?

—Sí. Dijo tristemente.

—Pues posiblemente tu padre se haya metido en un follón a tu costa. Y esa puede ser la causa por la que ahora está en el cementerio —acusó.

—No es cierto —saltó acalorado. Mi padre está en el cementerio. Pero no por mi culpa... ¿por qué no le preguntan a su compañero?

—¿A qué compañero? —contestó De la Fuente desconcertado.

—¡Menudos investigadores están hechos! —gritó con lágrimas en los ojos.

De la Fuente y Posada habían quedado tan desconcertados que tardaron en asimilar la información que Raúl les había dado. Su asombro iba creciendo con el caso y lo peor de todo es que parecía que no había límites. Todos tenían algo que ocultar.

Enmudecidos, permanecieron durante un buen rato sentados en el todoterreno encajando todas las piezas. La noche se les había echado encima. Y aunque estaban aparcados en una zona muy próxima a la casa, la escasa iluminación de las farolas y la oscurada, los envolvía en una intensa negrura. Eso impedía a Posada escrutar la expresión de su rostro, y como consecuencia, no lograba dilucidar sus pensamientos.

—Necesito un café. O mejor una cerveza —dijo él de sopetón dando por finalizada la jornada.

—Podemos acercarnos hasta la zona de las vinotecas —dijo ella tímidamente.

—A sus órdenes —contestó dejando entrever que le cedía con gusto el mando.

—Entonces conduciré yo —se atrevió a responder Posada.

Nada más acabar de decir esas palabras, Posada se arrepintió. Le había perdido el miedo, aunque no el respeto. Desconocía de dónde había sacado la osadía de hablar así al sargento. Él se bajó obediente del asiento del piloto, bordeó el coche por la parte trasera y llegó al asiento del copiloto.

2012

Nunca desveló a su pusilánime mellizo la verdad de su existencia. Por el contrario, se propuso olvidar el secreto que su madre le había desvelado, pero su propósito inicial fue en vano. Habían pasado algo más de cuarenta años desde que lo sabía. Y aún así, con el paso del tiempo, la desgraciada historia familiar se tornó más real. En su mente afloraba tan a menudo aquella verdad que rara era la semana que no pensaba en aquellas palabras, rondaban por su mente sin descanso. En su recuerdo casi había olvidado el rostro de su madre. Y le agradaba esa sensación. Sin embargo, podía repetir todas y cada una de las palabras que revelarían su pasado y que habían surgido lenta y temblorosamente de su boca, como si hubiera ocurrido esa misma mañana. Formaban parte de su vida, alimentando su odio y su sed de venganza, ahora enfocados en la familia que le privó de una vida diferente. Distraídamente, como en estado de trance, su mente regresó a aquel tortuoso momento que marcó su vida para siempre... Y ahora, años después de matar a su padre y de la muerte de su madre, sus sentimientos de odio y rencor hacia toda la familia Valverde, por lo que habían tenido que pasar su abuela, su mellizo y ella, se habían intensificado de tal manera que se veía en la necesidad de desahogar de alguna manera la presión que llevaba dentro.

En un principio se lo tomó como un entretenimiento más. Quería saber quién era su otra familia, cómo eran, qué hacían, cómo vivían. Llevó a cabo una concienzuda investigación con la inestimable ayuda de su mellizo, llegando a sorprenderse de lo mucho que le entretenía y le gustaba. Lo sabía todo. Pero con el tiempo eso también fue insuficiente. Necesitaba más. Necesitaba que pagasen por lo que les habían hecho. Necesitaba que fueran conscientes de cómo habían jugado con sus vidas. Necesitaba que conocieran su miseria. Necesitaba llevar a cabo su venganza y por encima de todo necesitaba sacarse de encima el demonio que llevaba dentro y que desde allá por mil novecientos sesenta y nueve, cuando su madre le desveló su secreto, había ido creciendo hasta adueñarse de todo su ser. Y lo haría...

Acudió a su cita puntualmente. Precisaba respuestas y sabía que allí las obtendría.

Cuando lo descubrió su primer sentimiento fue de incredulidad. Después, se convenció de que lo que llevaba comprobando una y otra vez era cierto. Y a la postre, los celos dominaron su mente. Tenía que saber la verdad. Aunque fuera una verdad que le destrozase, que le arrancase el corazón y lo convirtiese en desecho, aunque le quitase lo poco a lo que podía agarrarse en la vida.

Le había propuesto un lugar algo alejado del centro. Por nada del mundo quería que lo viesen, bastantes problemas tenía ya como para acrecentarlos. El faro ubicado a medio camino entre el puerto y la playa de Puertu Chicu estaría bien. No era una zona muy transitada en aquella época. Aunque podía ser que con la mar que había, algún curioso sintiese la necesidad de contemplar su bravura. A él siempre le había impresionado. De hecho, le gustaba acercarse a la costa para disfrutar de ese maravilloso y salvaje espectáculo. Pero, por otro lado, con la tormenta de viento y lluvia que habían pronosticado y estando en alerta amarilla, nadie en su sano juicio se pasearía por la zona a esas horas.

Tuvo tiempo de pasar por su casa para cambiarse. Eligió ropa oscura: un jersey gris marengo de *Gas* que se había comprado en su última visita a Oviedo y un pantalón vaquero negro de *Armani*. Encima llevaría un plumífero también de color negro. Y con el frío que hacía nadie sospecharía si además se enfundaba un gorro de lana bien calado que tenía desde hacía años y que casi nunca se ponía. Así evitaría ser visto. Necesitaba ocultarse en las sombras de la noche, pues no quería que nada lo delatase. Logró sonreír cuando pensó que hasta en esos arduos momentos cuidaba su imagen. Echó un vistazo a su aspecto final y, con una triste sonrisa de aprobación que dirigió al espejo de medio cuerpo ubicado en la entrada, se apresuró a salir.

Cuando alcanzó su punto de encuentro, aún no había llegado. El viento soplaba enfurecido y los ojos le lagrimeaban sin remedio ante el frío invernal. Miró con dificultad el reloj mientras paseaba arriba y abajo por la explanada ubicada delante del faro y que se adentraba en el acantilado, en parte por el frío que le entumecía los miembros, pero sobre todo por la congoja que lo embargaba. La espera se le hizo eterna, hasta el punto de que por su cabeza rondó la idea de que había sido en vano. Estaba convencido de que no se avendría a verse con él. Con todo, estaba equivocado: el interés era mutuo, mucho más de lo que se podía imaginar. Cuando advirtió que alguien se acercaba su corazón se detuvo. Había llegado el momento que tanto había deseado. Paralizado, esperó a que se acercara. Al principio la oscuridad de la noche le impedía ver su rostro, pero al momento estaba ahí, delante de él. En ese preciso instante, enfrentados cara a cara, no sabía por donde empezar; tenía miedo a la verdad, aunque también tenía claro qué respuesta le urgía escuchar. El inconveniente estribaba en que no quería delatar su interés particular. Y aunque se lo propuso, no supo ocultar su preocupación. Cometió un error irreversible, fatídico: dejó que aflorase su desazón. La conversación no alcanzó la media hora. Inoportunamente, la música de un móvil los interrumpió. Provenía del bolsillo de su cita. Él se estremeció. Esa musiquita le resultaba familiar, la había escuchado hacía

poco, pero ¿dónde...? De pronto todo encajó: la había escuchado en el hotel; se trataba de aquella música clásica a la que no lograba poner nombre. Sus bajos reflejos, o su limitada picardía, le pasaron factura y cuandoató cabos ya era demasiado tarde. Se encontraba frente a frente de la persona que había terminado con la vida de Miguel. Ese descubrimiento le aventuró a una muerte segura. Estaba a la vista de todos, pero solo él sabía la verdad, sabía demasiado. Su cita caviló rápidamente: tenía que deshacerse de él. En el faro, al lado del acantilado, era el sitio perfecto... Un empujoncito y asunto concluido. Así de fácil. La naturaleza estaba de su lado. Por una vez en la vida las cosas le salían a pedir de boca. El titánico mar que se alzaba esos días de profundo invierno, sería su mejor aliado. ¿Estaría cambiando su suerte?, se preguntó. Su conciencia se burló de tal insinuación.

2012

No sabía cuándo, pero tenía el convencimiento de que el momento de su venganza estaba cerca. Por fin podría apaciguar el ardor y el odio que a lo largo de tanto años, se había ido acumulando y se repartía por todo su ser.

Cuando lo supo, no lo pudo evitar. La sed de venganza había arraigado en su interior alimentándose con el transcurso de los años hasta convertirse en su dueña. Toda su existencia cobraba sentido en torno a ese instante. La excitación por su proximidad invadió su cuerpo hasta el punto de tener que liberar un estruendoso alarido.

Pronto, muy pronto llegaría el día en que su alma descansase y esa insoportable quemazón le abandonaría. Antes de lo que podía imaginar...

Raquel seguía encontrándose dolorosa y con los ánimos por los pies. Sin embargo, tras varias horas postrada en la cama dándole vueltas a su penosa situación, decidió que necesitaba algo de actividad que le ayudara a distraer su mente. Pese a lo acogedora que era su habitación, toda ella en tonos *beige* en contraste con la madera wengué del mobiliario, no encontraba sosiego. Bajó las escaleras de madera que daban a la planta baja del adosado estilo rural asturiano que tanto le agradaba, con extrema precaución. Estaba insegura y posiblemente esa sensación le durase bastante tiempo.

—¡Cariño! ¿Por qué te has levantado? —le dijo Álex alarmado mientras se acercaba a ella para darle un caluroso abrazo.

—Necesitaba estar con vosotros —dijo enarcando una dulce y sincera sonrisa.

—¡Genial! No sabes cuánto me alegra oír eso —comentó devolviéndole la sonrisa.

—¿Cómo estás? —preguntó mientras la miraba tiernamente a los ojos y la obsequiaba con un dulce beso en la mejilla.

—Mejor —mintió. —¡Estás helado! —se estremeció.

—Necesitaba dar un paseo —titubeó— y fuera hace tanto frío... —contestó sin mirarla a los ojos para evitar que en ellos leyera la verdad—. ¿Quieres cenar algo? —

le preguntó provocando una maniobra de distracción.

—No gracias. Un poco más tarde. Ahora no tengo mucho apetito. ¿Y los niños?

—Sara y Mateo están en casa de los vecinos, jugando. Y Ana ya está acostada. La situación la ha alterado considerablemente y ayer tuvo una de sus pesadillas —aclaró—. Estaba agotada, así que hace un rato le di un biberón y la metí en la cuna. La explicación de Álex no era del todo cierta. Necesitaba librarse de la niña para escaparse y mantener su cita sin levantar sospechas. Ana tenía un profundo aunque intranquilo sueño, pero Álex estaba seguro de que si la dejaba bien dormida no se despertaría hasta avanzada la noche. Eso le permitiría alejarse de la casa durante media hora para verse con él.

En esta ocasión, Posada evitó los lugares que solía frecuentar con Carlos. No deseaba cruzarse con él y mucho menos si iba acompañado de Lara. Prefería dejar tranquilo su corazón sin sobresaltos por el momento. Se acercaron a una vinoteca que habían inaugurado recientemente en la Plaza de San Roque y que Julia tenía ganas de probar. La impoluta decoración íntegramente de color blanco irradiaba luminosidad. Se arrimaron a la barra sentándose en unos taburetes acolchados que permanecían libres. El largo y placentero sorbo que Posada dio a su cerveza según se la sirvieron, dejó boquiabierto al sargento.

—Creí que el que necesitaba la cerveza era yo.

—El primer trago de una cerveza es espectacular. Siempre he mantenido la idea de que deberían vender tragos de cerveza, porque como el primero no sabe ninguno. De la Fuente no dijo nada, pero se sonrió ante la ocurrencia de Posada. Julia estaba viviendo uno de esos momentos desconcertantes del sargento. No le había pasado desapercibido que en el cuartel la había llamado por su nombre de pila, quizá en un exceso de confianza. Y la verdad es que le gustaba cómo sonaba en su masculina voz.

Un par de cervezas más tarde, seguían sentados en el mismo taburete y casi en la misma posición. La conversación había girado alrededor del caso. Lo analizaron desde todos los ángulos y puntos de vista imaginables, llegando siempre a la misma conclusión: todos tenían algo que ocultar. Eso dificultaba extraordinariamente su labor. La confesión que Raúl les acababa de hacer era lo que más les desconcertaba. Su padre y él habían llegado a un pacto y eso lo cambiaba todo.

Por primera vez desde que se conocieron Posada estaba a gusto. Aunque por otro lado comenzaba a desesperarse por el incipiente sentimiento de su necio corazón. Procuraba no pensar en ello, pero le resultaba prácticamente imposible.

Repentinamente, el insistente tono del móvil del sargento los interrumpió sacándolos del pequeño mundo en el que se habían aislado.

—Tenemos más problemas. Necesito que os acerquéis al faro —dijo el capitán—. Una persona fue empujada al mar desde el acantilado. Y sin más aclaraciones colgó.

De la Fuente contempló a Posada por unos segundos y con una mirada inquietante, dejó el importe de las consumiciones en la barra y se levantó.

—Vamos —ordenó.

Repentinamente, De la Fuente cambió su tono relajado hacia otro más arisco como si, de pronto, su mente hubiese olvidado los minutos anteriores.

—¿Dónde queda el faro?

Posada condujo hábilmente por entre las calles de Llanes hasta llegar al Faro Punta de San Antón, pese a la escasa visibilidad. En parte por la poca iluminación, en parte porque había comenzado a lloviznar una vez más. Nada más llegar se toparon con el capitán que estaba dando órdenes a diestro y siniestro. Salvo un pequeño retén, todos los que no habían finalizado su jornada, se habían desplazado al lugar.

—Buenas noches mi capitán —saludó en su cortesía habitual De la Fuente.

—Buenas noches sargento —bramó malhumorado.

—¿Se sabe de quién se trata?

—¡Joder no! Solamente sabemos lo que le conté —gritó malhumorado—. Un pescador que estaba oculto entre la maleza del acantilado fue el que lo vio.

—¿Sabe lo que pasó exactamente? —insistió De la Fuente.

—Estamos interrogando a los vecinos por si han visto lo ocurrido. Por ahora el único que sabe algo es el sujeto que dio el aviso. Está ahí —le indicó de mala gana señalando con la cabeza en dirección hacia un personaje de aspecto rudo situado a unos doscientos metros—. Hable con él si lo desea —le dijo indiferente.

—Gracias —contestó De la Fuente mientras iba avanzando hacia el sujeto. Posada caminó sigilosa a su lado procurando resguardarse del temporal que parecía acrecentar su fuerza por momentos.

El pescador estaba enfundado en un traje de agua verde oscuro que chorreaba. Parecía no incomodarle. Únicamente dejaba a la vista una pequeña parte de la cara. La tenía cubierta hasta las cejas por un gorro de lana del mismo color que el traje. Eso, la abundante barba y la oscuridad de la noche, dejaban entrever muy pocos rasgos de su fisonomía, impidiendo que De la Fuente tuviera una fotografía clara del testigo. Tal circunstancia, le incomodaba en demasía, pero evitó hacer comentarios al respecto.

—Buenas. Soy el sargento Javier De la Fuente de la Policía Judicial. ¿Le importaría contarme lo que ha visto?

—¡Joder! Ya lo he contado dos veces. Si lo llego a saber no doy el aviso, ¡hostia! Me tienen aquí retenido y no sé más de lo que ya he contado —contestó enfurecido.

—Tiene usted razón, comprendo su mal humor pero, ya sabe —comentó como si el testigo fuese un entendido en la materia— muchas veces un detalle es lo que nos da la luz para resolver un caso. Usted es muy importante para nosotros en estos momentos —comentó con empatía... ¿Si no le importa?

La súplica de De la Fuente, su tono de voz, su reconocimiento... Posada no sabría concretar qué era lo que había dado resultado. Pero de una u otra forma era innegable que tenía una habilidad especial para obtener lo que quería. Finalmente, el pescador le contó con todo detalle lo sucedido, dejando a De la Fuente palpablemente

preocupado. El histórico de Llanes estaba impoluto desde hacía unas décadas en lo que a asesinatos se refiere, por lo que la idea de que en tan poco tiempo hubiese dos asesinos era inconcebible. En consecuencia, la deducción más juiciosa era pensar que el asesino de Miguel había vuelto a actuar, lo que implicaba que estaba siendo más astuto que ellos. Estaba ahí, en el mismo pueblo. Y no habían sido lo suficientemente hábiles como para pillarlo. El abatimiento se imponía.

Durante un tiempo indeterminado ambos se quedaron mirando al mar. Mudos. Como muchos de los que por allí circulaban, buscaban desesperadamente un aliento de vida en el mar. Pero el batir de las olas era tan virulento que parecía una utopía. No fueron conscientes de que el capitán merodeaba a su alrededor hasta que se dirigió a ellos con vehemencia.

—¿Qué conclusiones saca...? Si es que saca alguna —puntualizó.

—Poca cosa —reconoció. Dos personas. De mediana estatura las dos. Una de complexión algo más fuerte que la otra. Por la oscuridad, el pescador no supo confirmar si se trataba de dos hombres, aunque afirma que uno lo era. Estaba bastante alterado y sus gritos se oyeron por encima del batir del mar contra el acantilado. De ahí que se fijara en ellos. Además, asegura que la persona de complexión más fuerte empujó a la otra acantilado abajo. De eso no tiene duda. Cuando oyó las voces se asomó hasta ver sus siluetas. No nos puede dar más detalles, la oscuridad solamente le permitió vislumbrar su contorno. Me ha llevado hasta el lugar desde donde los vio y no cabe duda de que dice la verdad. Es una pena que no estuviera más cerca, al menos para escuchar la conversación —observó apenado—. No obstante, tuvimos suerte de que, preocupado por su barca, se hubiera asomado a observar el mar. Parece ser que en más de una ocasión las olas pasaron por encima del dique, provocando daños a los barcos atracados. De no ser así, ni nos hubiéramos enterado.

El capitán quedó trastornado con la explicación. En ningún momento se le había ocurrido pensar en los motivos por los que un pescador estaba rondando por aquellos lugares. Su mente recordó de nuevo a su mano derecha. Si él estuviera le habría advertido a tiempo. A buen seguro, le evitaría el trago de quedar como un patán delante de su gente. Su irritabilidad crecía.

—Si le parece —continuó De la Fuente—, voy a echar un vistazo por la zona donde supuestamente ha ocurrido el enfrentamiento —dijo a modo de sugerencia obviando su notable mal humor.

—Sí, sí. Vaya. Y manténgame informado —dijo con desdén.

—Por supuesto mi capitán.

El capitán Naves estaba seriamente preocupado, desconcertado. En menos de una semana dos asesinatos, ¡en Llanes!, se repetía una y otra vez. Bajo el malhumor encubría su ineptitud. Únicamente se distanciaba de la gente lo suficiente para que no descubrieran su falta de dominio de la situación. Desde aquel escabroso suceso en Mieres, había sido otra persona. Por aquel entonces, había luchado por capitanear el cuartel de Llanes y refugiarse en una villa lo suficientemente grande y representativa

para que su ego no se viese vencido, y que a la par no le acarrease problemas. Un destino en definitiva poco problemático, que escondiese su falta de decisión, que a la postre resolvía dando órdenes a diestro y siniestro, en ocasiones incluso contradictorias. Además, su incuestionable belleza la confería una excelente opción de vida. El lugar perfecto para esconderse. Y ahora... ¿Qué cojones estaba pasando? ¿Por qué le estaba pasando eso a él?

De la Fuente no perdió ni un segundo. Se acercó a la zona acordonada por la Guardia Civil. Observó que sus compañeros de cuerpo lejos de acotar el área de búsqueda la habían ampliado irracionalmente. Empezarían por la explanada que se extendía frente al faro, justo por donde el marinero les había indicado haberlos visto, se dijo. En esa zona, lindando con el acantilado, había una plataforma de cemento bien definida. El resto lo configuraba una basta extensión de maleza y hierbajos. Mientras avanzaba, hizo una seña a Posada para que lo siguiera.

—Quiero una inspección palmo a palmo —le dijo casi confidencialmente en un susurro. Siempre se encuentra algo y no se nos puede escapar.

—No será fácil —contestó Posada— la hierba está muy alta y pisada por las personas que se aproximan a ver el mar. Será como buscar una aguja en un pajar.

—Pues encontremos la aguja —dijo con entusiasmo enarcando una ceja graciosamente. Empezaremos por el rellano.

—Sí, señor —contestó ella dándose media vuelta para comenzar por la parte totalmente opuesta a la del sargento.

Ambos se concentraron en la inspección con ahínco. Posada se agachó y alumbrando con la linterna de alta potencia que había cogido del todoterreno, fue revisando palmo a palmo alentada por el entusiasmo del sargento. El área próxima al faro la rastreó con facilidad. No encontró nada. Avanzó en círculos peinando rigurosamente la superficie colindante a la plataforma de cemento. Tuvo suerte. En una zona muy cercana al acantilado, su dedicación dio resultados.

—¡Sargento! —llamó Posada.

Él se aproximó hasta donde se encontraba agachada observando algo con detenimiento. Entre la hierba se encontraba un botón gris de dos centímetros de diámetro. Posiblemente perteneciente a un chaquetón o abrigo de hombre. Posada lo tomó en sus manos en el preciso instante en que el sargento la alcanzaba. Lo sostuvo entre el pulgar y el índice derechos, procurando tocar la menor porción de superficie posible. Cuando le dio la vuelta para ver su parte posterior quedó perpleja. ¡Tenían la marca del chaquetón! ¡Era de *Zara*!

—El botón aún posee algunos de los hilos con los que estaba cosido a la prenda. ¿Lo ves? —observó Posada.

—Sí. Perfectamente. Le dijo tendiéndole una bolsita. Lo enviaremos al laboratorio a ver que nos dicen. Pero estoy por apostar que en un intento por salvar la vida, el pobre desgraciado que fue empujado consiguió agarrarse, despojando a su presunto homicida del botón. De ahí el que aún tenga algunos hilos colgando. Con un

poco de suerte tendrá alguna huella.

—Eso espero. Porque media España tiene un abrigo de *Zara*. Por desgracia, la marca no nos va a dar ninguna pista.

—Sí, pero al menos tenemos una pista que nos puede conducir al...

—¡Espera! Saca el botón de la bolsa —indicó Posada.

De la Fuente obedeció. Ella cogió su móvil y sacó una foto al botón.

—Muy bueno Julia. ¡Magnífico! —alabó De la Fuente. Ella lo miró exultante.

Allí agazapados, las ráfagas de viento lidiaban con la lluvia en una lucha encarnizada impidiendo que pudieran protegerse. Hacía rato que habían desistido de guarecerse. El agua había empapado su pelo y por su rostro discurrían un sinfín de brillantes gotitas ante la tenue luz de la noche. De la Fuente la miró fijamente a los ojos dejándose embriagar por su inmaculada belleza. Ella posó su mirada en la de él y por unos segundos el mundo se detuvo. Ninguno podía entender ni lo pretendían. Sus mentes, envueltas en sus miradas, habían quedado bloqueadas por el momento. Impasibles con la lluvia rodando por su semblante, se descubrieron con una intensidad difícil de describir. El corazón de Julia palpaba bombeando contra el pecho con fuerza. Su respiración se complicó dejándola sin resuello. Intentaba disimular su excitación, sin lograrlo. Ella se ruborizó pero no se percató hasta que percibió el calor en sus mejillas. Él inconscientemente paseó su pulgar por su aún sonrosada y empapada mejilla. Un chasquido les devolvió al mundo real. Ella se levantó tan presurosa que por un instante perdió el equilibrio. Él permaneció en la misma postura asimilando.

—¿Han encontrado algo?

—Mi capitán —dijo Posada con un tono de voz más agitado de lo que quería mostrar.

Su respiración no había vuelto al ritmo normal, le costaba hablar sin que se notase su acaloramiento. De la Fuente, se levantó lentamente. Desconcertado, pero gracias a su dilatada experiencia, procedió a informarle brevemente.

—Eso ¿qué quiere decir? —preguntó el capitán con la respuesta rondando por su cabeza.

—Que muy probablemente este botón pertenezca al presunto asesino —explicó señalando la bolsita que ahora estaba en su poder.

—Lo suponía. Hablaré con los del laboratorio para que den prioridad a este asunto —dijo exultante—. Buen trabajo.

—¿Que posibilidades tenemos de encontrarlo con vida? —preguntó al capitán retomando la situación.

—A medida que pasa el tiempo, las probabilidades disminuyen sustancialmente. El agua está a tan solo once grados. Como ve, el oleaje se estrella con tal fuerza contra la costa, que las olas saltan por encima del puerto. Si ha quedado inconsciente en la caída, con la fuerza de las olas su cuerpo se batirá contra el acantilado. Si no es así, su lucha contra el mar lo dejará exhausto y acabará de igual forma. En estas

condiciones muy pocos lo superan. Por no decir ninguno. Es más, el 112 me ha confirmado que las posibilidades de encontrarlo con vida son ínfimas. Mañana comenzaran los trabajos de búsqueda con el helicóptero. Hoy poco se puede hacer. Entre la oscurada y las condiciones meteorológicas no tiene ningún sentido arriesgar vidas humanas innecesariamente. Para mañana está previsto que remita el temporal, por lo que parece más sensato esperar. Si logra sobrevivir a esta noche será un milagro. Pero no se puede hacer nada más —aclaró abatido.

De la Fuente meditó las desesperanzadas palabras del capitán. Su sombría expresión reflejaba su impotencia. No podía dejar de recordarse que podía haberse evitado. De pronto, De la Fuente se detuvo en las bonitas y cuidadas casas cercanas al faro. En su cabeza comenzó a formarse la idea de que desde alguna de ellas podían haber visto algo. Pero pronto descartó la idea. Por las explicaciones del marinero, él era el que había estado más cerca de ellos. Y además, ya se habían encargado de investigarlo y ninguno sabía nada. Al menos hasta el momento.

—Váyase al hotel —le ordenó el capitán—. Mañana será un día largo.

—Gracias mi capitán —aceptó con agrado—. Antes, debemos finalizar la inspección —puntualizó.

—De acuerdo. Pero dudo que con la que está cayendo hallen algo más que pueda servirnos.

El resto del registro lo ventilaron en pocos minutos. Ciertamente el capitán había sido muy acertado al apuntar que las extremas condiciones climatológicas imposibilitarían nuevos hallazgos. De la Fuente dio por concluida la inspección haciendo una señal a Posada que comprendió inmediatamente.

Posada se cobijó junto a López que, sagazmente se había atechado bajo un pequeño alero de la casa del faro. De la Fuente se encaminó hacia ellos. Desde esa perspectiva podían observar las maniobras de varios compañeros especializados en rescate. Se habían descolgado por el acantilado alentados por la probabilidad de que el accidentado se hubiese caído por entre las rocas y estuviese con vida.

—El viento racheado y esta maldita lluvia se lo están poniendo muy jodido —reprochó López.

—Sí. Y el capitán asegura que el helicóptero no va a iniciar la búsqueda hasta mañana por la mañana. El riesgo de accidente es elevado —confirmó De la Fuente mientras se sacudía las gotas de lluvia.

—Pobre desgraciado —lamentó López.

De la Fuente se había situado al lado de Posada. Reposó su cansado cuerpo contra el blanquecino faro con las manos metidas en los bolsos de sus vaqueros sin saber qué hacer ni qué decir. Posada volvió a percibir la respiración agitada al apreciar la cercanía de su cuerpo. Ella tampoco sabía cómo actuar. Por de pronto, pensó, me mantendré ocupada, observando las maniobras, se dijo. Estaba segura de que él había notado cómo se había alterado hacía pocos minutos. Se sentía avergonzada, pero también estaba segura de que él, el sargento, la había acariciado. Y eso significaba

algo en todos los idiomas. Aunque ahora estaba indecisa, ella siempre había sido resuelta y tenido las cosas muy claras. Estaba al finalizar su jornada y esta vez era improbable que una llamada del capitán la alargase. Y no quería separarse de él. Ahora no. Quería más. Mucho más. ¡Dios mío!, ¿se había enamorado del sargento? Pero ¿en qué momento? —se preguntó con un creciente desasosiego. Sólo a ella le pasaban esas cosas, meditó. Siempre se enamoraba del menos apropiado... Lo tenía al lado y lo quería tocar, no podía dejarlo marchar. Quería estar un rato a solas con él. Relajadamente. Sin el trabajo de por medio. Pero no sabía como hacerlo. O más bien no se atrevía. Le parecía tan inalcanzable... Su mente bullía en contradicciones. De pronto, el capitán dio orden de suprimir los trabajos hasta el día siguiente. Inexorablemente había llegado el momento de tomar alguna iniciativa y, para sorpresa de Posada, fue él quién la tomó.

—Julia, voy a pasar por el cuartel antes de finalizar la jornada, ¿vienes?

—Sí —contestó tímidamente.

¡Bien! al menos estaré un poco más con él. Parecía una colegiala, pero no le importó. Se sentía feliz por primera vez desde hacía mucho tiempo. Incluso antes de su ruptura con Carlos. Se sorprendió a sí misma dándole la razón a su ex; ella tampoco estaba enamorada de él. Ahora sabía lo que significaba estar enamorada... Lo había descubierto con Javier. Sentía esa sensación de intranquilidad y nerviosismo propia del que está perdidamente enamorado y que le impide vivir un segundo sin pensar en el otro las veinticuatro horas del día.

Caminó atolondradamente a su lado hacia el todoterreno. Parecía que sus movimientos se habían vuelto torpes. El reconocimiento y aceptación de sus sentimientos hacia él eran la causa. Estaba intimidada, avergonzada e insegura. Y seguía sin saber ni qué hacer ni qué decir. Pero también estaba exultante. Y, sobre todo, como un flan.

—¿Quieres conducir? —dijo tendiéndole las llaves.

—No. Se te da muy bien —dijo mirándola con sus penetrantes ojos azules. Posada sintió un hormigueo en su estómago, lo que agudizó su torpeza. Sólo faltaba que se me calara el coche —pensó asustada.

Al llegar al cuartel, ella se bajó precipitadamente y se dirigió hacia el interior como si tal cosa. La fluorescente luz de la entrada en contraste con la tenue luminosidad de las farolas en aquella oscura noche, avivó la inquietud de Julia. Se sentía más segura en la oscuridad. Temía que la potente luz fuera capaz de extraer y evidenciar sus intensos sentimientos hacia él. Con paso raudo se condujo por el pasillo que daba acceso a las diferentes zonas. Necesitaba llegar a su mesa y ocultarse tras la seguridad de la pantalla del ordenador. Pero a medio camino la interceptó San Román. Ansiosa, la estaba esperando desde hacía un buen rato, deseosa de que pasara por la oficina antes de finalizar la jornada.

—¡Julia! —llamó a voz en grito. Posada se detuvo, pero tardó algo más de lo esperado en darse la vuelta. Le daba pánico enfrentarse a Pili. La descubriría, pensó.

Sabría que algo había pasado. Pero no tenía alternativa. Tenía que darse la vuelta y hablar con ella.

—Sí, Pili, dime, no te había visto —dijo con fingida despreocupación.

San Román estaba tan concentrada en su jugoso cotilleo que por una vez no vio la evidencia más clara de un chisme ante sus propias narices.

—¡Ya tengo el cotilleo! —le susurró.

A Julia se le volvió a agitar el corazón. Como no controle esta situación, me va a dar algo, pensó.

—Cuéntame —contestó más nerviosa de lo que quería.

Mientras tanto, el sargento llegó a su despacho. Quiso concentrarse en el caso, pero le suponía un esfuerzo sobrehumano. Su cabeza estaba en otro lugar, en otro momento. Tras varios intentos, lo logró. Reunió todas las piezas de aquel puzzle en su cabeza e intentó recomponerlas encontrando la solución final. Así se mantuvo hasta que Posada llamo a la puerta para despedirse.

—Si no quieres nada más, me voy. Estoy hambrienta y agotada —tanteó.

—Sí. Yo también me voy. Mañana va a ser un día largo...

—¿Quieres que te lleve? Ya tuvimos suficientes mojaduras por hoy ¿no? —dijo risueña—. Tengo el coche aquí.

—Perfecto —contestó—, así me da tiempo a pegarme una ducha antes de cenar.

De la Fuente apagó el ordenador y recogió la mesa. Julia lo observaba desde la puerta de la sala maravillada por su físico.

—¡Julia! —gritó desde la entrada San Román, asustándola, entretanto avanzaba hacia ella—. Se me olvidaba comentarte que han dejado este sobre para ti.

—Bien. Gracias, Pili. —Posada cogió el sobre que le entregaba y distraídamente lo guardó en el bolsillo del plumífero, sin prestarle excesiva atención. Todo su ser estaba pendiente del sargento.

Salieron juntos del cuartel y se subieron al *Golf* de Posada. La distancia no era mucha, así que ella conducía despacio, rogando porque no pasara el tiempo. Se encontraba confundida ante la transformación que había experimentado. Pero también dichosa y esperanzada. Al llegar al hotel, se bajó del coche en un intento por dilatar el momento. Las ráfagas de viento se habían enfurecido. Sin embargo la lluvia había cesado, lo que les permitía charlar sin necesidad de guarecerse. Durante un tiempo, estuvieron ahondando en el caso. Ambos estaban a gusto en compañía del otro y ninguno tenía el propósito de ultimar el día. Repentinamente un silencio los envolvió y con los ojos centelleantes fijos el uno en el otro, Javier se dejó llevar. Dio un paso hacia ella acorralándola contra el muro de piedra que cercaba el hotel. Con la mano derecha en su nuca y con la izquierda en la cintura, atrajo su cuerpo contra el de él. La besó tan apasionadamente como nunca ella había imaginado que fuera posible. Lentamente sus labios recorrieron los suyos. Ella entrelazó las manos alrededor de su esbelto cuello. El deseo recorrió sus cuerpos.

Con las manos apoyadas en la pared de la ducha y la cabeza enterrada entre sus brazos, De la Fuente dejó que el agua recorriera todo su cuerpo. Anhelaba que el líquido arrastrara sus malditos recuerdos. Las imágenes habían aflorado con excesiva brutalidad. Había sufrido tanto... Cuando regresaba un día como tantos otros encontró su nota. Lo abandonaba porque, según su carta, esa vida no era para ella. Desde aquel momento el dolor cicatrizó en su corazón. Fue en su busca, esperanzado y seguro de que su matrimonio no podía finalizar así. Él sabía perfectamente dónde buscarla. Desde entonces, había meditado infinitas veces sobre lo sucedido. Las veces que había deseado no haberla encontrado eran incontables. Ella estaba en casa de su hermana, en Siero, en un adosado de La Fresneda ubicado en la tercera calle. Él aparcó delante de la verja y sin detenerse a pensar, llamó a la puerta. A la tercera llamada, ella le abrió la puerta. Riendo. Jovial. Medio desnuda. A través de la puerta entreabierta pudo ver al otro. Como un huracán, entró en la casa y empujándola con toda su fuerza fue contra él. Se enzarzaron en una virulenta pelea. Ambos eran corpulentos, pero la ira que lo atenazaba, duplicaba sus fuerzas. Le asestó golpe tras golpe con una fiereza sin parangón hasta dejarlo agónico. No pudo detenerse. Ni controlarse. Únicamente finalizó cuando llegó la policía y logró separarlo del otro. Estaba medio muerto. Cuando salió de la casa tambaleándose y esposado, dolorido por fuera y más aún por dentro, vio el odio en los ojos de su mujer. Javier De la Fuente se había prometido que nunca más se enamoraría y así debía de seguir siendo. Por un momento soñó que podría ser diferente, que podría empezar una nueva vida con Julia. Pero sus recuerdos estaban alquitranados a su corazón impidiéndoselo. No quería volver a padecer un desengaño como aquel. Ni sufrir como había sufrido. Ni por supuesto estaba dispuesto a matar a un hombre por amor. Y la única forma de evitarlo era seguir su camino. No podía comprometerse con nadie, ni ahora ni nunca. Erróneamente se había dejado llevar. Algo en ella lo había encandilado desde que la vio por primera vez en el despacho del capitán. Al principio no quiso reconocerlo. Pero su actitud hacía ella y sólo hacía ella le había dado la pista. Por lo general, él era superficialmente encantador con todo el mundo. Inexplicablemente con ella, saltó un automático que le hizo activar el control sobre su mente para evitar lo inevitable. Ahora, tras la relajante ducha que se había dado lo veía todo claro: le pediría disculpas por cómo la había tratado y por hacerle creer que entre ellos podía haber algo más. Y pasaría página.

A la mañana siguiente Posada era un manojo de nervios. Durante toda la noche había tenido un sueño intranquilo. Su mente se había alojado en un bucle agotador. La mirada, la caricia, el beso y los antecedentes sentimentales que Pili le había revelado, bullían en su cabeza y se repetían persistentemente. Al despertar, recordaba con tanta intensidad la despedida con el sargento, que una descarga eléctrica recorrió su cuerpo posándose en el estómago. Sintió el deseo explotando entre sus piernas. Estaba

locamente enamorada de él. Se preguntaba cómo, cuándo había ocurrido. Entonces recordó el día anterior; tras un par de cervezas en las que él se comportó con ella como lo hacía con el resto del mundo, en ese momento, ella sucumbió a sus encantos. Se había enamorado del sargento, se decía mientras se sonreía. Estaba entusiasmada, exaltada y feliz. Aunque también temerosa e insegura. Dudosa, se preguntaba si él sentiría lo mismo por ella. Como de costumbre el sargento la tenía desconcertada. La noche anterior la besó y seguidamente le pidió disculpas. Se dio media vuelta y se marchó con un «Lo siento. Nos vemos mañana»...

Tenía claras dos cosas: la primera: él sentía algo por ella. Aunque parecía reticente a una nueva relación, lo que tampoco le extrañaba después de su anterior ruptura. La segunda: ella estaba perdidamente enamorada de él. Desconocía cómo se iba a enfrentar a aquella jornada trabajando codo con codo con el sargento, enamorada como una adolescente. Regresó a la realidad echando una fugaz mirada al despertador que tenía en la mesita. Se levantó impetuosa empujando la funda nórdica con brío. Se duchó y se arregló en un santiamén. Ansiaba verlo a pesar de que le daba pavor enfrentarse a ese primer momento. Le temblarían las piernas, se dijo espantada. Solo de pensarlo su corazón había enloquecido, asustándola ante la fuerza con la que latía. Pensó qué ponerse; intentaba encajar la comodidad obligatoria por su trabajo, con la ropa que más le favorecía. Estaba dichosa porque en esos días había conseguido bajar al menos un kilo. El ajetreo del trabajo, el escaso tiempo para comer y el poco apetito causado por el estrés sentimental y laboral que había experimentado, habían sido sus aliados. Podría ponerse esos vaqueros ajustados que tanto le gustaban y que solamente se atrevía a lucir en aquellos momentos en que estaba ligeramente más delgada. En poco más de quince minutos estaba lista para salir por la puerta. Ataviada con sus vaqueros, un jersey verde inglés de cuello alto, que resaltaba el color de sus ojos, unas botas de montar marrones a juego con el bolso, un plumífero ajustado en la cintura de color beige y una bufanda del mismo tono verde del jersey, que colocó esmeradamente con sumo estilo. Echó un último vistazo a su aspecto. El maquillaje estaba perfecto. Y las incipientes ojeras que se había ganado con sus poco descansadas noches se habían casi disipado por completo. Estaba satisfecha del resultado final y alentada porque fructificara su meticulosa preparación. Si bien, eran poco menos de las siete y media de la mañana, decidió desayunar de camino un par de galletas integrales para no demorarse.

Ni San Román ni el sargento estaban aún sentados en su mesa. Ella, se dirigió a la suya y se sentó procurando tranquilizar su desbocado corazón. Repentinamente recordó que el 112 podía haber iniciado la búsqueda de quién fuese que habían empujado por el acantilado. Esperanzada con que San Román ya hubiese llegado, avanzó hasta la entrada para consultarlo con ella.

—Escuché que iban a iniciar la búsqueda en torno a las ocho de la mañana. Tienen que estar a punto de empezar —le dijo mientras se acomodaba en su asiento.

—Gracias Pili. Eres un sol.

En ese preciso instante sonó el móvil. Lo había dejado encima de su mesa. Echó a correr por los pasillos del cuartel para llegar antes de que se cortara la llamada. En la pantalla vio su nombre. Su corazón se agitó.

—¿Sí? —dijo con una voz temblorosa.

—Posada van a comenzar la búsqueda con el helicóptero. Acércate hasta aquí.

Ella quedó paralizada.

—Sí, mi sargento —contestó decepcionada.

La estaba llamando por su apellido, meditó. Posiblemente fuera por mantener las formas delante del capitán. Sin embargo, su desarrollado sexto sentido le decía que él había cambiado. Se afligió. Posada salió del cuartel atropelladamente, casi sin despedirse. Cogió el todoterreno que estaba en la puerta y en poco tiempo estaba aparcando en una zona muy próxima al Faro de San Antón. A lo lejos identificó al capitán y al sargento. Se bajó. Al llegar al borde del acantilado, se colocó al lado derecho del capitán, dejándolo entre ella y el sargento. Quería evitar el contacto con De la Fuente, insegura por lo que pudiera ocurrir.

Hacía poco que había amanecido. Aunque la mar se había calmado, aún se observaban coletazos de su bravura. El sol que resplandecía colándose a través de las nubes en el horizonte dejaba un incipiente tono anaranjado de una belleza incuestionable. La luz fluorescente que bordeaba algunas de ellas, dañaba la vista. Lástima que el maravilloso espectáculo que se mostraba ante sus ojos se viera empañado por la desgracia de aquel suceso, lamentó Posada.

Cuando sonó el despertador, Raquel giró hacia la mesita olvidando su magullado cuerpo. Un agudo dolor le atravesó el hombro nada más rodar sobre él. En realidad le dolía todo. Tanto que le costaba encontrar un músculo que no le molestase. Eso bastaba para que su ánimo anduviese por los suelos. Sin embargo anhelaba olvidar todo lo que había ocurrido. La tristeza que la había dominado los últimos días, no era justa ni para los niños, ni para Álex. Y la única manera de superarlo era la normalidad total y absoluta. Con renovada determinación, se levantó con la intención de ducharse y vestirse antes de que los niños tuvieran que prepararse para ir al cole. Entretanto, Álex continuaba adormecido, le costaba espabilarse unos cuantos minutos. Dejó que sus músculos se tonificaran poco a poco. Caminó lentamente hacia el cuarto de baño ubicado en la habitación. Se encerró con sigilo y abrió el grifo procurando no despertar a su marido. Sin embargo, el insistente estallido del agua al chocar contra el plato de ducha lo despertó.

—¿Cómo te has levantado? —le preguntó abriendo de sopetón la puerta del baño.

—Tranquilo. Estoy bien —dijo en el tono más dulce que pudo—. Esto es lo que necesito —respondió en tono suplicante—. Quiero que mi vida vuelva a la normalidad Álex. No quiero estar en la cama postrada hundiéndome en la pena.

La explicación de Raquel había sido lo suficientemente elocuente como para impedir que Álex pusiera alguna pega. Además le satisfacía enormemente la frase

que había utilizado respecto a volver a la normalidad. Eso era justo lo que él quería. Olvidar todo cuanto había ocurrido. Comenzar un nuevo día como si nada hubiera pasado. Como si pudiese empujar los últimos días, incluso los últimos meses desde su desliz con Natalia por un agujero negro suprimiéndolos de sus vidas. Borrando de su mente todo remordimiento por lo que había tenido que hacer para mantener unida su familia. Así, reconciliado consigo mismo, permitió que le echara una mano con sus hijos mayores, mientras él terminaba de prepararse para llevarlos al cole. Después ella tendría que dejarse cuidar. La amaba tanto... Los niños, sensibles a todos los cambios, estaban radiantes de felicidad al constatar que habían recuperado a mamá. Y mientras desayunaban todos juntos como la típica familia feliz de las películas americanas, no dejaban de otear por el rabillo del ojo asegurándose de que ella no los volvía a dejar.

De pronto un sonido repetitivo y por desgracia conocido distrajo su atención. Álex y Raquel se miraron seguros de lo que significaba. La primera vez que lo escucharon recién llegados, se quedaron impresionados. Cuando se enteraron de qué se trataba, un escalofrío recorrió su cuerpo. Igual que ahora. Ese sonido no podía ser más que el zumbido de las aspas de un helicóptero de rescate sobrevolando alguna zona en busca de una persona desaparecida en el mar. Porque la otra opción era un incendio. Y en aquella época era absurdo. A ciencia cierta, se trataba de algún pescador que, de un golpe de mar, había sido arrastrado en su voracidad. El temporal de mar y viento era de los más bravíos que los ancianos recordaban. Álex avanzó hacia la puerta que comunicaba la cocina con la parte trasera del adosado en un intento por localizar al helicóptero. Por la intensidad del sonido que emitían las aspas, no podía estar muy lejos. Raquel lo siguió algo torpe. Ambos salieron al exterior y rápidamente lo distinguieron. Efectivamente se trataba de un helicóptero de rescate del 112. Álex sabía perfectamente en qué lugar estaban buscando: en torno al faro. Le gustaba mucho pasear por esa zona. Desde esa posición se podía ver como las olas saltaban ferozmente por encima del puerto. Con temporal, el mar se alzaba amenazando todo lo que se pusiera a su alcance como si se fuera a engullir la tierra. Era impactante. Raquel especuló con las probabilidades de encontrarlo con vida, le daba tanta lástima que una vida acabase así... Pero Álex aseguraba que era del todo improbable.

Durante largo rato permanecieron en silencio observando las maniobras del helicóptero medicalizado Helimer Cantábrico. A primera hora de la mañana, había salido de su base en Gijón con un grupo de rescate a bordo. De la Fuente estaba empezando a impacientarse viendo que la búsqueda llevaría más tiempo del que deseaban. Entretanto, allí no había nada que hacer. Naves pareció leer sus pensamientos.

—Esto va para largo. Dejemos que hagan su trabajo.

El capitán se giró y abandonó su privilegiada posición de espectador en primera

línea.

—Sí, mi capitán. Tiene toda la razón. Tenía pensado ir a visitar a ese tal «Mafias». San Román lo ha localizado y me pasó el contacto esta misma mañana. Por lo visto, su verdadero nombre es Tomás García y regenta un cuchitril de mala muerte.

—¡Sí, joder! ¡Tomás! Desconocía que lo apodaran «el Mafias».

—Parece ser que no ha sido fácil dar con él. Me imagino que no será un apodo muy popular. El caso es que lo tenemos localizado. Vamos a pasarnos por su casa a ver qué nos cuenta. Le mantendré informado. Mi capitán —dijo a modo de despedida sin querer alargarse más.

—Sargento.

Posada y De la Fuente se pusieron en marcha. Casi se podía ver la tensión que emanaba de sus cuerpos. La musiquilla del móvil del sargento distendió la situación.

La vivienda de Tomás, apodado «el Mafias» para Lalo y pocos más, estaba ubicada encima del bar que regentaba. Se encontraba en medio de la nada, camino de Pancar. Posada conocía a Tomás por varios altercados que habían tenido lugar en el bar, pero en ningún momento sospechó que Tomás y «el Mafias» fueran la misma persona, hasta que el sargento le explicó donde tenían que ir. Aparcaron en un ridículo espacio que había en un lateral de la casa. Desde allí discurrían unas maltrechas escaleras que llevaban directamente a la primera planta. Subieron por ellas. Llegaron a un exiguo descansillo cubierto por un tejadillo que difícilmente cumplía con su misión por su ridículo tamaño. De la Fuente agarró el picaporte. Era de esos a modo de mano con el puño cerrado. Dio un par de golpes secos. Tardaron varios minutos en percibir algún sonido en el interior. Fue tras golpear por segunda vez con algo más de énfasis cuando una chica de veintipocos desmelenada, somnolienta y vestida con tan solo una camiseta varias tallas más grande que la suya, les abrió la puerta.

—¿Sí? —dijo mientras con dificultad se hacía a la luz del día.

—Estamos buscando a Tomás García.

Por detrás de la chica observaron cómo el supuesto Tomás desnudo y con algo de ropa en la mano corría hacia una de las ventanas traseras realizando una maniobra evasiva. No le sirvió de nada. Hábilmente De la Fuente apartó a la chica y se tiró tras él evitando su fuga. Posada cerró la puerta tras ella para mantener una tranquila conversación con «el Mafias». La vivienda sucia, destartada y de reducido tamaño no tenía más de cuarenta metros cuadrados. El desorden que imperaba por todas partes hacía que pareciese aún más comprimida de lo que era en realidad.

—¡Vístete! —le ordenó De la Fuente.

—¡Nos ha jodido!

—¿Qué pasa Tomás? ¿A qué tienes miedo? ¿Tienes algo que ocultarnos? —le increpó Posada airoso.

—¡Vete a la mierda! —le espetó.

—¡Eh! Con tranquilidad o te llevamos al cuartelillo —dijo De la Fuente con la

más absoluta calma.

—¿Qué es lo que queréis? —dijo despectivamente.

—Que nos cuentes un par de historias de un chaval. Raúl, el hijo de Miguel.

—¡Yo no le puse la mano encima! Me llevaba bien con Raúl y aunque juega a cosas de mayores, ¡no deja de ser un crío!

—Sí. Un crío al que le sacas los cuartos, ¿no?

—Se trataba de negocios —gritó.

—¿Ah sí? Y dime, ¿a qué tipo de negocios te refieres?

—¡Me cago en la puta, no tengo por qué contaros nada! —gritó.

—No. Tienes toda la razón. Pero da la casualidad de que tu negocio no es muy legal que digamos... y sabemos perfectamente cómo clausurarlo por una buena temporada. ¿No querrás que eso ocurra? —fanfarroneó De la Fuente.

—¡Sois unos hijos de puta! —bramó entre dientes.

—Puede ser —contestó De la Fuente— pero me estás haciendo perder la paciencia y si no colaboras te aseguro que vas a tener muchos problemas.

—No sé nada. El crío juega al póker por internet —continuó contradiciéndose a sí mismo—. Para jugar necesita pasta y yo se la presto a cambio de la mitad de sus ganancias. Eso es todo.

—No. Eso no es todo. Tú sabes tanto como yo que eso no es todo. Y además no te conviene que sea así. Porque en tal caso me voy a cabrear mucho por el tiempo que he perdido. Y entonces buscaré «otras» cosas en este bar que estoy seguro que no querrás que encuentre. De algún sitio tiene que salir la pasta que le dejas ¿no crees? Así que piénsatelo muy bien —amenazó De la Fuente.

De la Fuente no tenía ninguna certeza de lo que acababa de decir. Pero conociendo como conocía a los de su calaña, estaba seguro de que la amenaza resultaría. «El Mafias» sabía que, si buscaban, encontrarían, lo que le hizo recapacitar.

—El chaval la pifió en tres ocasiones. Perdió más de lo que había apostado y su padre se dedicó a tapar sus agujeros.

—Eso ya lo sabemos. No nos dices nada nuevo. ¿Cuándo y cómo lo hicisteis?

—Él, Raúl —aclaró— me llamaba por teléfono para quedar. Aparecía su padre. No hablábamos. Simplemente me entregaba el dinero y se piraba.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Miguel con vida?

—Hace aproximadamente un mes.

—¿Cuánto dinero te entregó?

—Diez mil pavos.

—¿Dónde estuviste ayer por la tarde, entre las ocho y las diez?

—Aquí joder, ¿dónde quieres que esté?

—¿Estás seguro?

—Pues claro que estoy seguro. Varios clientes del bar lo pueden confirmar. ¡Estuve aquí toda la puta tarde y toda la puta noche!

—¿Y el pasado domingo por la mañana?

—¡Pues durmiendo la mona! ¡Hostia!

—¿Solo?

—No, ¡con la chula! —dijo con un gesto dirigido hacia la chica.

—¿Es esta tu chica?

—¡Pues claro!

—¿Estuviste con él el domingo como dice?

—Si tío... Estoy siempre con él —contestó con un repugnante olor a alcohol que emanaba de su boca.

Álex estaba agotadoramente pendiente de Raquel. Sólo vivía por y para ella de una manera un tanto extremista. Llegaba a asfixiarla. Había tenido tanto miedo de perderla... Además Nacho había insistido en que así fuera. Cada vez que hablaban se lo recordaba. Y si el consejo de un psicólogo era ese, por algo sería, se repetía una y mil veces.

Por su parte, Raquel no estaba del todo recuperada. Seguía sin recordar lo ocurrido aquella fatídica mañana de domingo. Pero necesitaba alejarse un poco de Álex y de sus excesivos cuidados y atenciones. Daba gracias a que sus padres estaban pasando el invierno en Tenerife y tras varios intentos había logrado convencerlos de que no cogieran un avión para ir a verla. No se quería imaginar a los tres desviviéndose por cuidarla. En un arrebato de lucidez, y tras observar detenidamente su aspecto en el espejo del baño, decidió pedir cita en la peluquería. Mar le ayudaría a mejorar su aspecto, y eso, a buen seguro, tendría un efecto inmediato en su estado de ánimo. Por lo demás, le serviría de distracción; Mateo y Sara estaban en el cole y Ana en la guardería, por lo que los días se le hacían interminables sin nada que hacer. Sin pensárselo dos veces, pidió cita. Por suerte podía atenderla esa misma tarde.

El resto de la mañana estaba transcurriendo de lo más tranquila. Álex se había desplazado hasta el mercado de Llanes a comprar los ingredientes necesarios para prepararle un sabroso arroz con marisco, su plato favorito. Entretanto, ella, con movimientos torpes, se mantuvo entretenida poniendo orden en el armario de los críos, pese a los dolores que sentía en su muñeca lesionada, hasta que su cuerpo se dio por vencido y le dijo un «basta ya» muy significativo. Agotada, decidió volcarse en la lectura. Había comenzado a leer un libro un par de semanas atrás y lo tenía algo abandonado. Se acomodó en un sillón orejero ubicado en el salón. Desde él podía ver el porche y el reducido jardincillo; la sensación era agradable. Abrió el libro por el marcapáginas y comenzó la lectura. Ese rincón la relajaba, pero no lograba concentrarse. Aún no había revelado a Álex su cita con la peluquería. Y como últimamente no la dejaba ni a sol ni a sombra, estaba intranquila. No estaba segura de cómo iba a reaccionar, por lo que en su imaginación ensayaba la escena diciéndoselo. No se atrevía a comentárselo porque lo que menos quería era un enfrentamiento, pero tenía que hacerlo. Él tendría que comprender que necesitaba salir un poco de casa y

respirar aire fresco. Estaba saturada. Resuelta, volvió a leer los mismos párrafos, consciente de que no se había enterado de nada. Su concentración dejaba mucho que desear. Había releído varias veces la misma página sin haber captado la esencia de lo que la novela le narraba. Vencida, cejó en su intento lector y en su lugar subió a la habitación y eligió la ropa que pensaba ponerse esa tarde.

—¡Cariño! ¿Qué haces?

Raquel se sobresaltó. No esperaba tan pronto la llegada de Álex. Nerviosa titubeó. Él la había pillado como a una cría haciendo una trastada.

—¡Álex!, me has asustado —le reprochó más bien por ganar tiempo para recomponer su estrategia.

—Lo siento. No era mi intención. ¿Para qué sacas esa ropa? ¿No pretenderás ir a ningún sitio, verdad?

—¡No, qué va! Solamente voy a ir a la peluquería. Tengo unos pelos que me da vergüenza —soltó despreocupadamente.

—A mí no me importa. Estás muy guapa de todas formas...

—Además los niños no llegan hasta tarde. Tienen actividades en el cole y se me hace el día interminable. Álex, por favor, suplicó con una vocecilla casi inaudible y medió llorosa.

—Esta bien, pero en cuanto acabes me llamas para ver cómo estás, y si estás cansada, dejas tu coche en Llanes y te paso a buscar, ¿de acuerdo? Ella resopló desesperada sintiéndose angustiosamente controlada. No obstante, agradeció su propuesta.

Nada más acabar de comer, Raquel subió a la habitación con la intención de prepararse para marchar. No tenía hora hasta las cinco, pero Álex había acabado con su paciencia y necesitaba alejarse de sus excesivos cuidados. Se vistió con un jersey de color gris con el que se sentía favorecida, unos vaqueros ajustados y unas botas de agua muy prácticas. Ante todo buscaba comodidad y ese atuendo se lo permitía. Alcanzó su parka de plumas colgada en el perchero del recibidor y su bolso, y salió por la puerta, dándole un efímero beso a Álex a modo de despedida.

Posada y De la Fuente regresaron al cuartel con la certeza de que «el Mafias» no tenía nada que ver con el crimen. Con la información que habían obtenido en su interrogatorio y tras corroborar su coartada no cabía ni el menor resquicio de duda. Estaban abrumados. No veían una inminente solución al caso. Y aunque se iban acotando los sospechosos, el final parecía aún muy lejano. En el registro a la furgoneta no habían encontrado el dinero. Pese a ello, De la Fuente tenía serias sospechas de que había sido robado. En la guantera encontraron una cartera negra de piel muy apropiada para llevar dinero. Además, tenía la solapa abierta y eso le parecía extraño. En ella había infinidad de huellas, aunque en su momento no habían enviado ninguna al laboratorio. Cuando sus compañeros rastrearon la furgoneta el pasado domingo, no sabían lo que buscaban. En aquel momento la cartera carecía de

importancia. Sin embargo ahora cobraba sentido enviarla a analizar. Para su desesperación el laboratorio tardaría en darles los resultados. Y eso considerando que el caso se había clasificado como prioritario. Por suerte, si lo habían hecho con las huellas extraídas del interior de la furgoneta. Por la mente del sargento rondaba la idea de que alguna coincidiera con uno de los sospechosos; eso le daría luz al caso. Y, por supuesto, si coincidían con las de la cartera, entonces tendrían la evidencia que necesitaban.

Al llegar al cuartel, San Román salió a recibirlos visiblemente alterada.

—Lo han encontrado. Han encontrado un cadáver. El médico-rescatador que lo encontró ha certificado su muerte y lo ha comunicado a través del *walkie* —aclaró.

—¿Se sabe de quién se trata? —preguntó a su compañera.

—No. Aún lo están rescatando.

—¿Dónde? —inquirió apremiante De la Fuente.

—El mar lo arrastró hasta Cue y al bajar la marea quedó al descubierto en una zona de difícil acceso. En uno de los acantilados próximos a la playa de Las Antillas, cerca de los bufones. No tenéis pérdida —dijo intuyendo el pensamiento del sargento. En cuánto lleguéis a Cue, veréis el helicóptero.

—Gracias —contestó a secas—. ¡Vamos!

Aparcaron el todoterreno en lo alto de un acantilado desde el que se podía observar las maniobras del grupo de rescate. Caminaron hasta alcanzar al capitán. El helicóptero estaba sobrevolando un abrupto acantilado de corte vertical unos metros más allá, lo que dificultaba las maniobras de todo el equipo. En su base, muy próxima al agua, se podía ver al médico-rescatador. En esos momentos estaba colocando el cuerpo en la camilla y ajustando las correas y los arneses de elevación para que fuera izado por la grúa. Tardó varios minutos en realizar la operación. Todos los presentes observaban en angustioso silencio a la espera de descubrir la identidad del cuerpo. Tenían el alma en vilo. El sonido de las aspas del helicóptero era atronador, por lo que prescindían de hacer comentarios salvo que fuera necesario. En pocos minutos el rescatador dio la señal para que su compañero del helicóptero elevara la camilla. A pesar de la experiencia de todo el equipo, la proximidad del acantilado proporcionaba a la operación una dificultad añadida, pero con la ayuda del personal de tierra consiguieron dejar el cuerpo en lo alto del acantilado. Los tres se acercaron ávidos por conocer la identidad del muerto. Un estremecimiento recorrió sus cuerpos. Ninguno de ellos podía aceptar lo que sus ojos veían.

El color azulado del muerto bastaba para determinar la causa de la muerte sin necesidad de esperar el informe forense: muerte por asfixia. Sus pulmones se habían inundado de agua de mar en un intento desesperado por tomar aire bajo el agua. Múltiples preguntas recorrían la mente de todos, pero ninguno lograba pronunciarlas en voz alta. La angustia se había agolpado en la garganta de Posada, presionando fuertemente. Su respiración se había acelerado en un intento por contener las lágrimas. Pero sus esfuerzos eran inútiles. ¿Cómo no iba a llorar por su compañero?

¡Lo tenía delante de ella! Dejó que las lágrimas camparan libremente. El azulado color de su piel contrastaba con el moreno perpetuo que siempre lucía. Él, tan lucido como era... Guzmán. Su compañero. Su amigo. Estaba muerto... De la Fuente se acercó a ella. La cogió por la cintura y la abrazó tiernamente. Ella, arropada, reconfortada, se dejó llevar por la tristeza.

Posada tenía la certeza de que las dos muertes pertenecían a un solo caso al igual que el resto de sus compañeros. Pero además, ella era la única que sabía la vinculación entre los muertos. Y por desgracia tenía que desvelar su descubrimiento. Desconocía si la confianza que se había propiciado entre ellos era debido a la tolerancia de la que a ella le gustaba hacer gala, o porque él necesitaba desahogarse con alguien. Fuera lo que fuese, la verdad era que ella conocía su mayor secreto y desdichadamente lo tenía que contar. Por nada del mundo deseaba traicionar a su compañero y por supuesto no quería que se mancillara su nombre, pero esa información era crucial para la investigación y no la podía ocultar. Por lo menos al sargento. Cuando la ambulancia se llevó el cadáver, el capitán fue el primero en marchar. Quería llegar al cuartel y hacerse cargo de la situación. Pero antes tenía que darle tiempo de hablar con Emilio, su mano derecha. Necesitaba una de sus dosis de autoestima. Sin ella, no se veía capaz de enfrentarse a ese desgraciado suceso. Fue entonces cuando Posada vio la posibilidad...

—Sargento —dijo Julia— tenemos que hablar.

—Sí, cabo, lo sé. Y creo que el primero que tiene que hablar soy yo. Tengo que pedirte disculpas. Mi comportamiento de ayer y del resto de días es inaceptable. Lo siento. Probablemente te habrás forjado una idea equivocada. Siento haberte confundido y también haberte besado. Fue un episodio que nunca debió ocurrir y que puedes estar segura que no se repetirá —dijo apenado aunque en su fuero interno deseaba ardientemente volver a besarla.

Ella se quedó fría. Una punzada atravesó su golpeado corazón. Su desencanto no tenía límites. Quería una explicación, pero sus ojos parecían tan sinceros y su espíritu tan melancólico, que no se atrevió a pedirla. Únicamente asintió mirándolo fijamente.

—Ese... no era precisamente el tema que quería comentar contigo —dijo con un hilo de voz que lo enterneció—. Hay una conexión entre Miguel y Guzmán que deberías saber. Aunque contándotelo tengo que romper una promesa, considero que la importancia del asunto lo requiere. Él estaba expectante, la introducción de Posada había acaparado toda su atención.

—Miguel y Guzmán eran amantes.

—¡¿Qué?!

—Cuando Raúl nos dijo que preguntásemos a su compañero, a su pareja... es a Guzmán a quién se refería —continuó—. Aunque por lo que nos ha comentado, lo desconoce. Yo tampoco estaba al tanto. Sabía que Guzmán era gay, pero no quién era su pareja. Lo he descubierto ahora. Por eso él estaba tan afectado cuando subió y lo vio muerto, pensó Posada. Tuvo que sufrir mucho llevándolo en silencio. Sólo de

pensar lo que Guzmán había soportado, volvió a sentir la punzada en su garganta.

—¿Pero...? ¿Estás segura? —preguntó con incredulidad.

—Sí. Lo estoy —dijo con un hilo de voz—. Nunca se lo dijo a nadie; lo llevaba en secreto. Se hizo Guardia Civil por presión de sus padres, pero nunca le gustó su trabajo. Un día, mientras hacíamos patrulla, nos sinceramos. Yo le conté mis problemas con Carlos —explicó ladeando la cabeza y elevando sus perfiladas cejas— y él me descubrió su gran secreto. Lo que nunca me desveló fue su nombre, su pareja —aclaró— pero yo sabía que había alguien.

—¡Joder! —exclamó sin represión—. Entonces, ¡Guzmán llevó a cabo una investigación paralela que nos ocultó por su implicación personal! Descubrió algo y se citó por su cuenta y riesgo con el presunto homicida. Por lo que una de dos, o se le escapó de las manos, o no tenía la certeza de que lo fuera —caviló rápidamente.

—Guzmán sabría que, en cuanto se descubriera su relación con Miguel, todo apuntaría a que él era el presunto homicida.

—Y más cuando se supiera que entre Miguel y su hijo habían cerrado ese pacto.

—¿Qué pacto?

—Según Lalo, Raúl y su padre tenían un pacto. Seguramente, Raúl quería forzar a su padre a que cortara con su pareja —especuló De la Fuente—. ¡Ese debía de ser el pacto! A sus años seguro que le avergonzaba tener un padre gay. ¡Por eso Raúl estaba dispuesto a dejar el juego! Pero..., si eso salía a la luz... ¡Guzmán estaría perdido! Podría deducirse que él lo había matado porque Miguel lo quería dejar. A Guzmán, no le quedó más remedio que investigar por su cuenta para descubrir al verdadero asesino de Miguel.

—¡Algo levantó sus sospechas y ese algo lo tenemos que tener en la punta de la nariz!

—¡Bien pensado! Vamos al cuartel. Necesitamos poner todo en claro y estudiar los documentos y la información que manejaba Guzmán.

Cuando Posada se bajó del todoterreno con la mirada fija en el cuartel, el recuerdo de su compañero caído la sumergió en una tristeza que se le agolpaba en la garganta clamando desahogo. Pensando en Guzmán y en los momentos que había vivido con él, se le desbordaron las lágrimas. Era su compañero hasta que le asignaron al sargento. Posiblemente podía haber evitado su muerte si no hubiera pensado tanto en ella. No había estado a la altura, se repetía. Solo con ver su expresión, el sargento se percató de los pensamientos que tenía. Empezaba a conocerla. Quizá demasiado.

—Tú no tienes la culpa cabo —le dijo en un tono reconfortante a la par que distante. Ella lo miró, pero ni quiso ni pudo hacer comentario alguno. Las lágrimas rodaban incesantes por su rostro. Él sintió la necesidad de abrazarla, de besarla. Pero inmediatamente utilizando su aguzada disciplina militar, se obligó a renunciar a ella.

La noticia de la muerte de Guzmán corría por los pasillos y así lo reflejaban las caras que bajo la luz fluorescente de los despachos quedaban al descubierto. El

capitán había comunicado el desgraciado final, dejando con ello un ambiente desolador.

—Posada, recoge todos los documentos con los que estuviera trabajando Guzmán y llévalos a la sala. Que alguien se encargue de trasladar el ordenador y de instalarlo allí. Esperemos que nos lo haya dejado fácil.

Ella se puso en marcha. Su ánimo era el menos adecuado para concentrarse y menos para hurgar en las cosas de Guzmán, pero se lo debía. ¡Tenía que coger al asesino! Era lo poco que podía hacer por él, ya que no había estado lo suficientemente perspicaz para percibir que su compañero tenía problemas. ¡Qué ciega había estado! Sólo había pensado en si misma y sus desgracias. Y ahora se le antojaban nimias al lado del desafortunado final de Guzmán.

Ya en la sala, con todo el material encima de la mesa, se distribuyeron el trabajo. Ella se encargaría de revisar los *mails* que había recibido y enviado en los últimos tres días. En cuanto acabase, se encargaría de estudiar las llamadas telefónicas, mensajes y *WhatsApp* del móvil de Miguel y las anotaciones que Guzmán hubiese hecho. Y si aún así, no encontraban la pista que lo había llevado ante el asesino, tendría que revisar las llamadas recibidas y realizadas desde el móvil de su compañero. Pero para eso tendrían que esperar a que la central de la compañía les dijera algo del teléfono. Desconocían si podrían recuperar alguna información. Había pasado demasiado tiempo sumergido en el agua dentro del bolsillo del plumífero de su propietario. También habían barajado la posibilidad de que tuviese una cuenta en *Facebook* o en *twitter*, u otra red social, pero tras una corta deliberación decidieron dejar esto como último recurso. Mientras tanto, el sargento revisaría toda la información que Guzmán tenía del caso, incluyendo el esmerado estudio de la vida personal de su compañero sentimental. Aunque primeramente releería sus informes por si había algo sospechoso. Si tenían suerte podrían dar con alguna pista en poco tiempo. Si no, tendrían trabajo para unas cuantas horas, pues a partir de ese momento se dedicarían solo ellos dos al caso. De la Fuente no quería contar con más personal de su equipo. Había miles de preparativos paralelos a la investigación cuando ocurría un desgraciado suceso como aquel, por lo que salvo que fuese estrictamente necesario, no pediría apoyo extra. Ambos, uno frente al otro, en aquella mesa redonda de formica con motas amarronadas en varios tonos, comenzaron el tedioso trabajo de revisar dato por dato. Tenían que encontrar la pista que había descubierto Guzmán y que le llevó a la muerte.

Posada se concentró en los *mails* siguiendo las órdenes del sargento, pero los descartó rápidamente. No había ninguno fuera de lo habitual en su día a día. Nada sospechoso. Cerró el *Outlook* y su mirada se escapó hacia un documento del escritorio de su pantalla, titulado «informe Miguel». Tenía puesta la fecha del día anterior, pero no le prestó más atención. Indudablemente, se trataba de alguno de los informes que De la Fuente estaba leyendo. Continuó revisando las llamadas telefónicas realizadas desde el móvil de Miguel, a sabiendas de que le llevarían más

tiempo. El sargento había insistido en que revisara las facturas de los dos últimos meses. La lista era larga ya que Miguel resolvía muchas cuestiones de la obra por teléfono. Por cada mes había cerca de unas veinte páginas. Sintió una profunda melancolía al ver las anotaciones a mano realizadas por Guzmán. Al principio de la lista, figuraba a lápiz el nombre de a quién pertenecía el número, seguido de la empresa en la que supuestamente trabajaba. Sin embargo a medida que avanzaba, los nombres iban desapareciendo. En su lugar había un número. Posada comprobó que eran correlativos y que cada uno correspondía a una persona o a una empresa. Ayudada con su dedo índice fue repasando uno a uno. Las lágrimas surcaron de nuevo su rostro. Su aspecto era deplorable. Su maquillaje se había decolorado y alrededor de los ojos volvían a percibirse unas profundas ojeras violáceas. Tragó saliva y continuó trabajando convenciéndose de que lo importante era descubrir al asesino. Al cabo de un rato, cuando los números parecían tener vida propia y bailaban ante sus ojos, una fugaz idea cruzó por su mente. Pero no fue consciente de ella hasta que se permitió un descanso... ¡No habían ido a casa de Guzmán!. ¿Y si encontraban algo allí?

—¡Sargento! —llamó de inmediato— quedándose enmudecida ante la fascinación que le provocaba su rostro.

—¿Sí? —contestó concentrado en la lectura.

—¡No hemos ido a casa de Guzmán!, ¡puede que allí encontremos alguna pista...! —dijo exaltada. Él levantó la vista enarcando las cejas con una mirada tan sorprendente como inquietante.

—Es cierto, ¿cómo se me ha podido escapar? ¡Joder! —Posada lo miró estupefacta.

—¿Necesitaremos una orden de registro? —preguntó Posada dudosa.

—Posiblemente, pero no tenemos tiempo que perder. Ya nos apañaremos. ¿Sabes dónde vive?

—Por supuesto.

—Pues vamos.

—¡Un momento! ¡Las llaves estaban entre los restos que hemos encontrado en sus ropas! Voy a por ellas.

—Posada..., sea discreta.

Salieron sin dar explicaciones a nadie a tal velocidad que ni tan siquiera Pili fue capaz de interceptarlos.

El apartamento de Roberto estaba ubicado en el centro, en una de las plazas más bonitas y más populares de Llanes, en la Plaza de Bandos, rodeada de comercios y oficinas bancarias de varias entidades. El edificio había sido rehabilitado hacía pocos años y su fachada aún lucía con esplendor. El último piso abuhardillado era el de Guzmán.

Al llegar a la puerta, un felpudo de fondo negro con letras en gris, daba la bienvenida en inglés. Eso presagiaba la sofisticación que se encontrarían en su

interior. Al entrar se sorprendieron por la claridad que penetraba a través del enorme ventanal que daba a la calle y las diferentes claraboyas que se repartían por el techo. Era un piso completamente diáfano quedando, por tanto, a la vista el dormitorio y la cocina. Las paredes estaban pintadas en blanco con algunos toques aquí y allá de papel pintado con tonos negros y platas. La cocina disponía de una barra con taburetes de piel negra. En la parte posterior, al otro lado de la barra, había una minicocina con la encimera y los electrodomésticos de acero inoxidable. Pese a su tamaño, aparentaba ofrecer todas las comodidades necesarias. En la pared derecha figuraba una estantería con tres estantes donde se exponían exóticas botellas de bebidas internacionales. A la derecha del apartamento se encontraba el dormitorio. Estaba separado por un murete de metro y medio de vidrio gris opaco rematado con madera decapada en el mismo tono grisáceo que el suelo. Había una cama *king size* con una funda nórdica de color negro y varios cojines a juego con el papel pintado. A ambos lados de la cama se distinguían un par de exquisitas mesitas de color plata envejecida, admirables replicas de carpintería antigua. En una de ellas había una radio-despertador digital de pantalla plana tipo *ipod*, una lámpara de lectura ultramoderna de pie negro y de pantalla cristalizada y un libro: *Cámara de Gas*, de *John Grisham*. En contraste con el monocorde colorido del apartamento, el enorme armario empotrado ubicado en esta zona estaba panelado en toda su extensión con una inmejorable fotografía del puerto de Llanes. En ella se veían decenas de barcas amarradas en los pantalanes, y al fondo un intenso y azulado mar en calma, toda ella enmarcada por una deslumbrante bóveda celeste. Por la luz y el color del mar debía de tratarse de una foto tomada en verano. En la zona de salón, había un sofá de cuero blanco con cojines en tono rojo enfurecido, una mesa de cristal repleta de documentos, una televisión plana de cuarenta y siete pulgadas y una chimenea de *pellet*. La sensación de paz que transmitía el apartamento era indescriptible.

—¡Menudo apartamento! —exclamó Posada con cierta envidia.

—¿Su sueldo daba para tanto?

—No, pero sí el de sus padres. Es, bueno..., era hijo único. Y de una familia adinerada.

—¡Eso es innegable! —replicó De la Fuente.

El sargento se aproximó a la mesa del salón. Posada lo siguió. Los documentos esparcidos por toda la mesa eran fotos impresas en folios de tamaño A4. El gran tamaño hacía que la imagen quedara distorsionada, aunque no tanto como para no poder deducir claramente los protagonistas de todas ellas. Mientras las observaban incrédulos una a una, las conclusiones se iban agolpando estrepitosamente en su mente. ¡Tenían el móvil del caso! Y no cabía duda de que era pasional. ¡Todo empezaba a encajar!

En ese preciso instante sonó el móvil de De la Fuente. En la pantalla vio el nombre de Valdés. Descolgó y, sin esperar respuesta, Valdés comenzó a hablar.

—Hemos identificado las huellas del martillo. Corresponden a un hombre: Alejandro Velasco —puntualizó—. Son las únicas huellas que hemos detectado. ¿Te dice algo?

—¿Sí? —replicó estupefacto.

—Sí. No hay duda.

—Del resto, ¿sabes algo?

—Sí, todavía hay más... las huellas de la furgoneta corresponden a Juan Díaz Merodio...

—¡Bien! —dijo rebosante de alegría—. ¡Muchas gracias Valdés!

—No las des. Es mi trabajo.

La mente de De la Fuente cavilaba a gran velocidad: Las huellas de Álex estaban en el arma del crimen y las fotos...

De pronto miró a Posada. Ella estaba ansiosa por saber el contenido de la conversación, pero no quería interrumpirlo, así que permanecía a su lado en silencio. De la Fuente le relató lo que acababan de revelar y en segundos estaban armando el puzzle.

—Si el botón que encontramos en el acantilado corresponde a un chaquetón de Álex... —aventuró Posada.

—¡Lo tenemos! —se jactó De la Fuente—. Habrá que ir a su casa con una orden de registro. Si encontramos el abrigo ¡lo tenemos! Tenemos sus huellas en el arma homicida, un botón que probablemente sea suyo en el lugar de los hechos y sabemos que a primera hora de la mañana del domingo estaba fuera de casa frente al hotel. Además están las fotos que demuestran la relación entre Miguel y Raquel. ¡Álex mató a Miguel por celos! Y a Guzmán porque lo había descubierto. ¡Lo tenemos!

—¿Y las huellas de Juan en la furgoneta?

—Puede que sea su cómplice..., no lo sé... me cuesta encajarlo en toda esta historia. Tendremos que llevarlo al cuartel a declarar... tendrá que darnos muchas explicaciones.

La orden de registro no tardó en llegar. La juez había dado prioridad absoluta al caso, por lo que les costó menos de diez minutos de explicación y un par de ellos más de espera.

Al llegar a la urbanización en la que Álex y Raquel habían alquilado el adosado, Posada se notaba nerviosa, estaban a punto de resolver el caso y le gustaba la idea de cazar al asesino de Guzmán. Sin embargo, cuando pensaba en Álex, no terminaba de encajarle que él fuera el asesino, quizá porque en cierta medida, le daba lástima. Lo recordaba aquella primera vez que habló con él, cuando tuvo que darle la noticia. Su tono era alegre y cariñoso. El de un marido enamorado. Y sí. Era un marido enamorado. ¡Y celoso!, se recordaba. Hasta el punto de llegar a matar por recuperar a su mujer. ¡Qué necio!, se decía, precisamente lo que se buscó fue perderla para siempre. Se pudrirá en la cárcel año tras año sin ver crecer a sus hijos e impidiendo que su vida transcurra con ella.

—Vamos, ordenó De la Fuente a Posada.

—Sí. Vamos —dijo ella espabilándose.

La urbanización discurría alrededor de una pequeña plazoleta con un jardincillo en medio donde uno se podía imaginar fácilmente a los niños corriendo de un lado para otro. Atravesaron una primera portilla que daba paso a un camino de adoquines que se bifurcaba para cada uno de los adosados. Caminaron unos doscientos metros hasta que dieron con la que ponía número tres. De la Fuente accionó la manilla que, chirriando, cedió sin más. Se adentraron en un pequeño sendero que atravesaba un diminuto jardín y que acababa en un porche vacío por completo. Llamaron a la puerta. Álex les abrió.

—¡Hombre! Ustedes por aquí —saludó con un tono lleno de sarcasmo.

—Pues sí. Tenemos una orden de registro —explicó De la Fuente.

—¿Y eso? —dijo Álex con un tono punzante.

—Si no le importa, déjenos pasar —dijo De la Fuente obviando su ironía.

Posada le entregó la orden de registro. Él se echó a un lado con el temor en sus ojos intentando descifrar el documento.

—¿Hay alguien más en la casa?

—No. Mi mujer está en la peluquería y los niños en actividades extraescolares.

—¿Dónde está su habitación?

—Es la de la tercera planta. ¿Por qué? ¡Ahí no van a encontrar nada! ¿Qué es lo que está pasando?

—Se lo explicaremos a su debido momento. Usted primero —le indicó De la Fuente con un gesto claro para que los guiase.

Al llegar a la habitación, Posada ya llevaba los guantes puestos preparada para la que esperaba fuese la inspección más corta de toda su carrera. Abrió el armario y su corazón se aceleró cuando de una ojeada divisó un abrigo de color gris. Lo cogió por la percha y sin mediar palabra, lo giró para que el sargento viese lo que ella ya había visto. El segundo botón no estaba. Extrajo de su plumífero el móvil y accionó la aplicación de la cámara. Buscó la foto que había hecho al botón encontrado en el faro. Era el mismo botón. No había duda. Las huellas en el martillo, las fotos y el botón eran suficientes pruebas para acusar a Álex de doble asesinato en primer grado. De la Fuente le leyó sus derechos y se lo llevó mientras los gritos desesperados de Álex alertaban a toda la urbanización.

A pesar de que se notaba entumecida y dolorida, Raquel se sentía con energías renovadas tras observar en su cabello el resultado de las mágicas manos de Mar. El tiempo que había permanecido en la misma posición no le había favorecido en absoluto, pero aún así, decidió alargar un poquito más su independencia. Recordaba la promesa que le había hecho a Álex, pero quería visitar a su queridísima amiga en la floristería; estaba segura de que todavía estaría abierta. Le daría una sorpresa y le agradecería nuevamente cuánto había hecho por ellos casi desde que se habían

trasladado. Y sobre todo en los últimos días. Una sonrisa afloró en el rostro de Raquel sumergiéndola por unos instantes en un estado de júbilo. Se regodeaba en la felicidad por disfrutar de esos momentos tan entrañables con ella. Decidida, atravesó el parque a pesar de que el camino era algo más largo. Tenía el capricho de elegir las calles más bonitas para ir de un sitio a otro, aunque ello supusiera alargar el trayecto. Le hacía sentirse bien. Y desde luego, el bonito y cuidado parque de Llanes era uno de sus itinerarios preferidos.

La puerta de la floristería de Rosa anunció su llegada con una moderna campanilla. De ella colgaban unos palitos de metal a diferentes alturas que, al abrirla, los agitaba, chocando unos con otros. El tintineo que provocaban advertía a Rosa de la llegada de un cliente cuando estaba trabajando en la trastienda.

—Un momento, por favor —se oyó a lo lejos.

Raquel no contestó. Quería ver la cara de sorpresa de su amiga cuando la viese. Mientras esperaba, cerró los ojos y dejó que el aromático olor característico de la floristería penetrara por su nariz y alegrara su pituitaria. Se acercó a los jarrones expuestos en el lateral derecho, justo enfrente de la puerta de salida de la trastienda. Se alegró cuando su mano se proyectó al que contenía paniculata, una flor pequeña y blanquecina que había llevado adornando el cabello en su boda. Con el tacto percibió la suave textura del olor que acababa de inspirar. Repentinamente, una imagen a modo de flash, un instante que había visto en otro lugar y en otro momento, pasó por su mente desorientándola. La alegría desapareció sucedida por un impulso hacia el despertar de su mente, hacia los olvidados recuerdos de aquel momento. Estaba desorientada y esa sensación de inestabilidad la obligó a fruncir su rostro. Pero quería volver a ver esa imagen que, por algún motivo, la atormentaba, segura de que era importante. Puso todo su empeño en obtenerla, pues anhelaba descubrir aquello que permanecía oculto. Para su desánimo, escudriñaba por la mente sus recuerdos sin obtener resultados. Parecía como si se tratase de una estrella fugaz colándose por un imaginario e inalcanzable agujero negro. Además, le costaba concentrarse. Abrió los ojos y miró detenidamente el ramo de flores. Y ahí estaba. La veía. Veía esa imagen rescatada de lo más profundo de su mente que había querido ocultarse de por vida y que ahora asomaba. Precisamente en ese momento, ambas imágenes se superpusieron: la que recordaba y la que veía, porque eran la misma imagen. En su hotel... el día del accidente... había algo familiar... Ella lo vio. Pero su preocupación y su miedo no le permitieron racionalizar lo que era. Y lo que era familiar era precisamente eso: ¡Paniculata! Su cabeza comenzó a cavilar a una velocidad inusitada. No es una planta que se dé en invierno, necesita altas temperaturas y mucha luz, pensó. Era materialmente imposible que se hubiese cultivado de forma silvestre ni en su jardín ni en el de cualquier otro. ¡Alguien la había llevado hasta allí!, consciente o inconscientemente. Y sólo podía tratarse de alguien que trabajase en una floristería, alguien como... Rosa, pero... Una penetrante punzada atravesó el lado derecho de su cabeza y se propagó hasta alcanzar el globo ocular. El dolor la

obligó a oprimir la sien con el pulgar para atenuar el dolor. Colocó el resto de la mano sobre el ojo en un intento por disminuir el intenso malestar. El esfuerzo por recordar era demasiado para su aún quejumbroso estado... Rosa... ¿Rosa había estado allí poco antes de que estuviera ella? No. No tenía sentido. O sí. Pero... ¿para qué había ido al hotel? Y ¿por qué no se lo había dicho? No. No era posible. No había sido ella. Sería otra persona, se decía sin querer reconocer esa posibilidad.

Aún cavilando, dolorida, alzó la vista encontrándose con la de Rosa. Llevaba un rato observándola, con sus almendrados y bellos ojos marrones, pero ella no había percibido su presencia. Tenía una mirada extraña. Una expresión que nunca le había visto. Sarcástica. Malvada. Lejana. Con un brillo victorioso. La miraba como sorprendida en una travesura. Ella estaba perdida en sus recuerdos.

—Hola Raquel. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó con un tono que reflejaba la verdadera y desconocida Rosa.

—Venía a verte —contestó pusilánime—. Quería darte una sorpresa —continuó.

—Y me la has dado. Me alegro de que hayas venido —contestó en un tono que a Raquel se le antojaba ajeno, como si se tratara de otra persona—. Pasa, quiero enseñarte una cosa. Ven —dijo con seguridad. Y con un gesto la animó a entrar.

Ella dudó por unos segundos. Su corazón le negaba lo que su mente le dictaba. Pero sumisa, la siguió. Rosa se hizo a un lado para dejarla pasar. Aprovechó la ventaja que le otorgaba la confianza ciega de Raquel. Cogió con maestría un cuchillo que tenía posado al alcance de la mano en su mesa de trabajo y la agarró por sorpresa amenazándola de muerte, oprimiendo el cuchillo contra su esbelto cuello. Mientras, con el otro brazo la rodeaba sujetándola por debajo de la barbilla, inmovilizándola.

—Ni se te ocurra moverte o te rajo el cuello —dijo entre dientes.

Raquel se estremeció sintiendo una oleada de pánico que recorrió su cuerpo.

—¡Avanza! —le gritó. Y empujándola por detrás la obligó a caminar hasta una silla tapizada con una tela pasada de moda ubicada al fondo de la trastienda. Raquel la obedeció—. ¡Siéntate! —ordenó.

Se volteó y la miró a los ojos encontrándose con una persona por completo desconocida. Una extraña. Raquel alcanzó la silla con una mano mientras sus temerosos ojos no la perdían de vista. Se sentó como le había indicado. Rauda, le ató las manos en la parte posterior de la silla con una cuerda rústica de las que utilizaba para adornar los ramos, y selló su boca con cinta de embalar. Seguidamente, le ató los pies a las patas de la silla. De dos zancadas se precipitó a la parte anterior de la tienda. Con destreza cerró la puerta con llave y dio la vuelta al cartel que anunciaba «cerrado». Había tenido infinita paciencia hasta llegar ese momento y ahora no permitiría que nada ni nadie le impidiesen saborearlo. Regresó a la trastienda sin demora. De un tirón le arrancó la cinta y mientras Raquel masajeaba su escocida boca, las lágrimas del que se siente traicionado recorrían su mejilla. Rosa la amenazó con matarla si gritaba o no la obedecía, paseándose de un lado a otro, ansiosa, disfrutando...

—Eres más lista de lo que pensaba, primita... Raquel elevó la cabeza y la miró desconcertada.

—¿Qué quieres decir con primita? —titubeó.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!, ¿te sorprende verdad? Tú y yo somos primas, querida... Tú la rica y yo la pobre. Tú la afortunada y yo la desdichada. Tú con una infancia feliz y yo con una infancia desgraciada —dijo mirándola con un odio encendido mientras gesticulaba con los brazos teatralmente.

—No te comprendo...

—Ni falta que hace. Ya te enterarás si me apetece —dijo elevando una ceja con aire de superioridad como el que sabe que domina a su presa—. Por ahora lo que voy a hacer contigo es hacerte sufrir como nunca has sufrido. Y yo simplemente disfrutaré viéndote padecer.

Rosa se había descontrolado. El dominio que habitualmente ejercía sobre su mente había dejado de existir liberando su verdadero yo, devolviendo sus peores vivencias aplacadas durante años para ahondar en el resentimiento contra todo ser humano. Y en especial contra la familia de Raquel. En un principio, había deseado matarla, pero con el tiempo, descubrió que le provocaba mayor satisfacción ver el sufrimiento en Raquel como lo había visto en los ojos de su padre el día en que, con la azada, le segó la vida. La desgracia, ahora, era dueña de Raquel como lo había sido de ella durante toda la vida... ¡Por fin!, se dijo en silencio sonriéndose.

Repentinamente un golpeteo que venía de la tienda la distrajo de sus pensamientos.

—¡Joder! —gritó enfurecida—. ¿Quién será? ¿Es que no ve que está cerrado?

Amordazó de nuevo a Raquel, obligándola a mantener silencio. Cambió su expresión para mostrar su otro yo y, sonriente se asomó para ver quién osaba molestarla. Hubiera sido una buena actriz, se dijo sorprendida ante la facilidad que tenía para cambiar de un registro a otro sin esfuerzo. Sin embargo, por un momento, se desmoronó. Se trataba de Julia Posada, la cabo de la Guardia Civil. Ágilmente se recompuso. Era imposible que supiera que tenía a Raquel secuestrada. No habían pasado ni diez minutos. La despacharía rápidamente y seguiría con su plan. Abrió la puerta mostrando su cara más sonriente y amigable.

—Buenas tardes —dijo.

—Buenas tardes. ¿Es usted la dueña de la floristería? ¿Rosa?

—Sí. La misma. Aunque está cerrada —aclaró— pero si es algo rápido, puedo atenderla. ¿Qué desea?

—Quisiera hablar con usted unos minutos —aclaró Posada agradecida ante tanta amabilidad aunque recelosa.

Rosa observó que la cabo estaba sola y que le resultaría muy difícil deshacerse de ella. Sin pensárselo dos veces la dejó pasar, cerró con llave y le indicó que la acompañase a la trastienda.

—Es mejor así. Nadie nos molestará y yo podré seguir trabajando. Tengo un

pedido urgente que aún no finalicé —explicó señalando hacia el interior con una cara tan dulce que pareció disipar las sospechas de Posada.

Se hizo a un lado y la dejó pasar como había hecho con Raquel. En el preciso instante en que Posada la descubrió maniatada, le propinó un golpe en la cabeza con tal fuerza que el jarrón que utilizó quedó esparcido por el suelo hecho añicos. Posada cayó desmayada.

—¡Ahora tendré que idear cómo me deshago de ella sin levantar sospechas! —se dijo molesta. Luego pensaré en ello. Por el momento tengo trabajo, pensó mirando hacia Raquel con una sonrisa endemoniada.

Rosa continuó con Raquel una vez que dejó atada y amordazada a Julia. Se acercó a ella y le soltó la mordaza. Necesitaba oír su desesperación. Quería recrearse en ella y escuchar sus súplicas.

—Tú mataste a Miguel —dijo acusadoramente Raquel con una mueca en su rostro por el dolor que le había causado.

—Culpable —contestó Rosa soltando una risotada.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué, por qué?... —gritaba desbocada gesticulando con las manos—. Quería vengarme. Arruinarte. Dejarte en la miseria. Tuve mucho tiempo para pensar desde que mi madre me desveló la verdadera historia de mi desgraciada vida hace ya cuarenta años. Intenté olvidarme de todo. Pero me fue imposible. El resto de mi vida giró en torno a aquella confesión en su lecho de muerte. Mi primer sentimiento durante muchos, muchísimos años fue de odio, de rabia, contra mi madre y contra tus antepasados. Pero eso no era suficiente. Sentía una descomunal impotencia porque todos estaban muertos y mi odio no podía proyectarse hacia alguien físico. Hasta que un día se me ocurrió indagar en el pasado. Me costó dar con tu familia... D^a. Mercedes, tu bisabuela, se casó con otro y tomó su apellido. Eso me despistó, pero tras mucho esfuerzo, di con vosotros. De todos, te elegí a ti. Como heredera de la casona, tú habías asumido el papel de tu bisabuela —explicó—. Y entonces, sentí un pequeño alivio porque podía dirigir mi aversión hacia ti. Pero pronto fue insuficiente. Quería más. Quería venganza. Matarte fue mi primera idea, pero con el tiempo lo pensé mejor. No. No quería matarte. No. ¡Quería verte sufrir! —enfaticó—. Es peor mantenerse en vida con el sufrimiento enquistado en tu alma que morir —la seguridad con la que se explicaba Rosa, anunciaba que hablaba por experiencia. Raquel la observó estupefacta.

—Pero... —titubeó— no lo entiendo... —dijo sollozando.

—¡No lo entiende! No te preocupes, primita —dijo en tono jocoso— te lo voy a explicar.

Rosa se dispuso a contarle todo su plan, le excitaba jactarse ante ella de su inteligencia y de lo bien armada que estaba su venganza. Quería contárselo en detalle. Exhibirse. Pues, de lo contrario, nadie lo sabría. Y después de tanto esfuerzo y tanto tiempo que había esperado, no le parecía justo. Podía hacer con ella lo que se le

antojase, podía destrozarle la vida si así lo deseaba. Y por supuesto, eso era lo que más anhelaba. De hecho, era su objetivo en la vida.

—Comprenderás que tuve tiempo para pensar... Después de mucho meditar, llegué a la conclusión de que sufrirías inhumanamente si sembraba la desdicha a tu alrededor. Así que, decidí atacar a los que te rodean y así hacerte profundamente desgraciada. Miguel, continuó, no era más que un inocente que murió por la causa. Nada más. Si lo mataba a él, la obra quedaría parada. Manuel, su socio —aclaró— está convencido de que el hotel está maldito. Eso se lo debemos a mi hermanito —matizó— pero si he de serte sincera, tampoco le ha costado mucho esfuerzo convencerlo. Es de esos que creen que cuando sucede alguna desgracia, los espíritus permanecen en las casas. Es un cobarde, así que no cuentes con que él vaya a continuar con la obra. ¡Te dejaré tirada! Y antes de que encuentres a otro que la finalice, estarás arruinada. Además mi plan va más allá: mataré a cualquiera que quiera terminar el hotel. Por tanto, primer objetivo alcanzado: arruinarte.

Rosa estaba eufórica observando la expresión de terror y angustia que expresaba el rostro de Raquel. La tenía justo donde quería. Decidió continuar y seguir descubriéndole su enrevesado complot. Y sobre todo su poder sobre las personas para hacer de ellas lo que quisiera. Tal y como habían hecho con ella.

—Te voy a sorprender —dijo socarronamente— ¿sabes quién me ayudó desde el principio para que mi plan fuera perfecto? —comentó sonriente enarcando las cejas—. El doctor Ferrán, Nacho, tu queridísimo psicólogo —aclaró—. ¿Sorprendida?

Los ojos de Raquel denotaban el tormento que se mezclaba en su mente. No entendía nada. Su mundo se estaba desmoronando. Su rostro era un claro reflejo de su zozobra.

—¡Me dio asco ese hombre! Pero fue sencillo llegar a un acuerdo con él. Puede decirse que, a pesar de todo, le estoy agradecida.

—¿Qué tiene que ver Nacho en todo esto? —balbuceó mientras sentía la congoja a punto de estallar en su garganta.

—Nacho, ha sido mi principal cómplice. Sin él, nada de esto hubiera sido posible.

Los ojos de Raquel se salían de las órbitas ante tal afirmación. Él, Nacho. ¡Era su amigo desde hacía años! ¡No podía ser! ¡Tenía que ser mentira!, se decía tristemente.

—Sí. Es tu amigo nena. Pero tiene un vicio oculto que mi hermanito ha sabido descubrir. Un vicio que nadie puede saber. Eso lo hace débil ante los demás... ¡Le gustan las prostitutas! —dijo riéndose... ¡Es un asqueroso vicioso como todos los hombres! —dijo con repugnancia—. Con él fue muy sencillo, simplemente tuve que enseñarle los vídeos, muchos de ellos masoquistas, en los que aparece con fulanas. Mi mellizo los grabó sin que él se enterara. Cuando los vio, hasta él se sofocó. Lo amenacé con colgarlos en las redes sociales si no accedía a colaborar. ¿Dónde quedaría su credibilidad si eso salía a la luz? ¿Quién iba a acudir a un psicólogo putero? ¡Arruinaría su vida! Lo tuve comiendo de mi mano. Me contó todos vuestros secretos. Desde el desliz de Álex con su amiguita, hasta vuestra desestabilizada vida

conyugal. Y como tú se lo contabas todo... me desveló hasta tu descabellada idea: ¡convertir la casona que heredaste de tu abuela en hotel! ¡Ja! Una pésima idea para ti, pero muy buena para mí. Con una sola visita fue suficiente para convencerlo de que, o recomendaba a la infeliz pareja trasladarse a vivir a Póo y reconstruir el hotel, o publicaría los vídeos pornográficos que tenía con la ucraniana. Y con ellos destruiría su carrera profesional. El Dr. Ferrán no lo dudó ni un segundo. Toda su vida estaba en juego. Sin hacerse esperar, conmigo a su lado aún en la consulta, os llamó por teléfono para concertar una cita. Fue fácil convencerlos, teniendo en cuenta lo desorientados que estabais... Sólo necesitabais que alguien de vuestra confianza os indicara el camino a seguir. Dóciles como si de un pastor con sus ovejas se tratara, os dejasteis guiar. ¡Era perfecto! Yo os tendría muy cerca, a mi alcance. Lo venderíais todo. Lo dejaríais todo: familia, amigos, trabajo... Por un futuro que yo devastaría. Convencidos de que vuestro futuro debía continuar en Llanes —continuó—, esperé hasta que os trasladasteis. No tenía prisa. ¿Cómo es ese dicho?: «La venganza es un plato que se sirve frío». Entretanto, tenía a mi mellizo vigilándoos de continuo, conocía cada uno de vuestros pasos —explicó en un tono perverso—. Mi siguiente objetivo fue hacerme amiga tuya. No me resultó difícil, teniendo en cuenta que no tenías amistades en el pueblo y, como se suele decir, todos necesitamos un amigo. Yo sería ese amigo. Ese tropiezo «casual» en Las Barqueras... ¿recuerdas? —comentó evocando al pasado—. Estabas esperando tu turno para encargarte la deliciosa empanada de morcilla y puré de manzana con la que querías agasajar a tus padres en su primera visita a tu nuevo hogar. Al poco llegué yo. Mi hermano te estaba siguiendo —dijo sin aclarar más—. No me costó entablar conversación contigo. Eras recién llegada y tenías ganas de conocer gente. Y la verdad es que fuiste muy agradable. Pero yo contigo más. ¡Quería caerte bien! Ese fue nuestro «casual» primer encuentro. Luego me acerqué un día por el hotel, a sabiendas de que estarías, para ofrecerte mis servicios profesionales en jardinería. Fue sencillo convencerte de que me necesitarías. A partir de ahí surgió nuestra «sincera y hermosa» amistad —dijo con retintín—. Fue duro —aclaró—. Me tuve que convertir en alguien encantador y agradable con quien siempre se podía contar. Y yo, como ves, no soy así. Además te odio profundamente. Y eso me lo ponía más difícil. Pero era imprescindible que tuvieras plena confianza en mí y que el resto del pueblo fuera testigo de nuestra estrecha amistad por si las cosas se ponían feas. Dejé pasar el tiempo mientras iba fraguando nuestra relación —continuó—. Esperé hasta que tuvisteis la obra casi acabada, era indispensable que hubieseis invertido todo vuestro dinero. ¡Teníais que estar endeudados al límite! Entonces, y solo entonces, eliminaría al contratista. Y con ello las posibilidades de finalizar la obra a tiempo como ya te conté. Magistral. ¿No crees?

El corazón de Raquel estaba tan acongojado que notaba físicamente el dolor. Había confiado tanto en Rosa que le parecía inaudito lo que estaba sucediendo. Era su peor pesadilla a pesar de que se repetía una y otra vez que estaba despierta, pues le

costaba discernir si lo que estaba pasando era real o no. Al mismo tiempo, se sentía insegura por la inestabilidad de su mente.

—Pero... ¿Y tu maridito? ¿No me preguntas por él? —dijo socarronamente sacando a Raquel de sus pensamientos.

—¿Qué pasa con Álex? —logro articular con un hilo de voz temblorosa.

—Me encanta que me hagas esa pregunta. Él tenía que ser culpable del asesinato. ¡Mi plan era hacerle culpable de la muerte de Miguel! —Los ojos de Raquel se engrandecieron al escuchar la iracunda voz de Rosa y un estremecimiento de pánico serpenteó por todo su cuerpo. El temor de que los deseos de su amiga se hicieran realidad y la certeza de que si se lo proponía lo conseguiría, la sumió en una profunda angustia. Lágrimas desesperadas corrieron por su rostro—. Mi querido Álex... —continuó Rosa— nunca le caí bien... Y con razón. Gracias a que tu confianza en él estaba bajo mínimos —aseveró— porque hubo un momento en que creí que te iba a convencer para que dejaras de verme, pero no confiaste en él. Y eso me vino de perlas. —Rosa se quedó mirando el desencajado rostro de Raquel. Le gustaba ver el sufrimiento que le afligía y como languidecía. Estaba eufórica. Por fin sus planes se hacían realidad—. Yo hice que todas las pruebas apuntasen hacia él directamente —continuó—. Lo convertí en el asesino de Miguel, lógicamente por celos. La profunda punzada que Raquel sentía en la garganta no le permitía hablar, aún así, logró formular la pregunta que la consumía por dentro:

—¿Cómo...?

—¿Cómo? ¿Quieres saber cómo...? Te lo diré —respondió fanfarronamente—. Aquí entra en juego de nuevo mi mellizo... Es un excelente espía. No es muy hablador, pero es el mejor observador que conozco. Y, por supuesto, el mejor fotógrafo a parte de discreto. Lo más gracioso es que tu marido lo contrató para que te siguiera. Tenía la sospecha de que andabas con otro y pagó a mi hermano por un trabajo que tenía que hacer para mí de todas formas. ¡El muy idiota! ¡Cómo se dejó engañar! Mi mellizo —continuó—, consiguió unas fotos muy comprometidas. En ellas estáis Miguel y tú. ¿Te sorprende? Puedes observarlas tú misma —le contestó mientras se acercaba a una destartalada mesa de despacho que había al otro lado de la trastienda. Abrió un pequeño cajón y de él extrajo una carpeta con varias fotocopias en blanco y negro en folios de A4. Se las acercó y se las fue mostrando una a una. En ellas se podía ver a Raquel y a Miguel como una pareja de enamorados: besándose, abrazados... Nadie podría negar que entre ellos había una unión más allá de una buena relación de negocios.

—¡Pero... esto no es cierto! ¡Es un montaje!

—Sí señora. El *photoshop* hace milagros... Esto, junto con el resto de pistas que he ido dejando, señalará, inexorablemente, a Álex. El montaje es muy bueno y con un poco de suerte nadie dudará de su originalidad. Además, todo Llanes sabe de la buena relación que teniais tú y Miguel. Sin quererlo, te has encargado de propagarlo a los

cuatro vientos y has dado muestras más que suficientes durante estos últimos días de lo que sientes su muerte. Si te sirve de consuelo, y no es que me alegre, tu marido no ha llegado a ver estas fotos. Me sirvieron únicamente para hacerle culpable a los ojos de la Policía. Mi mellizo se las iba a entregar como parte del trabajo para el que estaba contratado, pero no fue necesario. Me topé con ese Guardia Civil entrometido, Guzmán. Sí, sí, otro desecho humano. Ese gay asqueroso amiguito de Miguel. Él se encargó de comprobar todas las llamadas. Y estando tan implicado con el muerto, lo hizo a conciencia. El teléfono de la floristería figuraba una única vez —aclaró— pero fue suficiente.

—¿La floristería...? —dijo Raquel sin comprender nada.

Sí. La Floristería. Nadie lo tendría en cuenta, pero ese Guzmán sí lo hizo. La verdad es que cuando cancelaste nuestra cita semanal para correr con la excusa de que tenías una reunión con Miguel, me lo pusiste en bandeja —continuó—. Había llegado el momento de actuar. Sin embargo, estabas tan abrumada, que enseguida me colgaste. No me diste oportunidad de preguntarte donde ibas a citarte con él. Por lo que me vi obligada a llamar a Miguel para cerciorarme del lugar de la cita. Llamé desde la tienda pensando en que nadie sospecharía de una llamada de una floristería. Él no me cogió, pero quedó el registro en llamadas perdidas y al poco tiempo me la devolvió. Inventé la excusa de que quería darte una sorpresa con un diseño del jardín que había esbozado —aclaró—. Ni se me ocurrió que Guzmán por celos o por curiosidad, podría indagar sobre esa llamada. ¿Qué relación podía tener con el caso? Pero claro, siendo su amante, conocía perfectamente todos sus movimientos. Y rápidamente caviló: a su mujer no le iba a mandar flores, era imposible que Miguel hiciese algo así siendo como era de hipócrita su matrimonio, no era más que una tapadera. Los celos le jugaron una mala pasada también a él y le empujaron a llamarme. Quería verme y que le desvelara para quién eran las flores. ¡Iluso! ¡Pensaba que Miguel había encargado un ramo! ¡Debía tener miedo que fueran para ti! ¡Estúpido! Quiso reunirse conmigo en un lugar discreto, donde no nos vieses. Por supuesto lo mantuvo en secreto, porque en realidad se estaba aprovechando de una información oficial para su beneficio personal. El idiota, llegó a pensar que Miguel le estaba engañando contigo. Yo se lo confirmé. Murió con esa angustia en su corazón. Se lo vi en los ojos. Se lo merecía. ¡Por maricón! Le dije que tenía unas fotos vuestras muy comprometidas a sabiendas de su relación con Miguel. ¡Qué fácil! Con lo alterado que estaba, bajó la guardia. No se dio cuenta de que yo era la asesina hasta que sonó mi móvil. ¡Qué inoportuno! Por algún motivo que desconozco y que tampoco me importa, cuando escuchó la llamada, él dedujo que yo era la asesina. Entonces sabía demasiado, y tenía que deshacerme de él, pero antes me di el gustazo de ver su asombro al confirmarle que yo era la asesina. Después, le di un empujoncito y la bravura del mar hizo lo demás. Problema resuelto. Una vez eliminado, sólo me quedaba dejar las pistas falsas. Dejé un botón de un chaquetón de Álex tirado en las cercanías; así lo relacionaba con el lugar del crimen. Después, me acerqué al

apartamento de Guzmán para dejar las fotos en las que tú y Miguel aparentáis tener un idilio. La suspicacia de la policía haría lo demás. Llegaría a la errónea conclusión fácilmente: Álex mataría a Guzmán para eliminar las sospechas que recaerían sobre él si la Policía descubría que entre tú y Miguel había una relación sentimental. Álex habría matado a Miguel por ser el amante de su mujer y Guzmán sería la segunda víctima por descubrir al presunto homicida. ¡Brillante! ¿No crees? Arruinada y con tu marido en la cárcel, te quitarían hasta la custodia de los niños. ¡Irían a una casa de acogida! —se regodeó—. Un excelente plan para arrasar tu vida. Fue perfecto desde el principio —aclaró triunfante—. ¡Sin dinero, sin marido y sin tus hijos! Tal y como le ocurrió a Elena, mi abuela. Con la sutil diferencia de que ella murió al nacer mi madre. No hay nada mejor que ponerse en el lugar de otro para saber lo que se siente. Y ¡tú lo vas a sentir!

La nebulosa que envolvía la mente de Raquel se había agudizado con la última parte de la narración de Rosa, provocándole un estado de semiinconsciencia. Las lágrimas continuaban empapando su rostro ahora inexpresivo.

—¡Oh! ¡Qué pena me da! ¡Qué triste está la pobre Raquel! ¡No me hagas reír! —gritó—. ¡Aún no sabes lo que es sufrir! —bramó.

Mientras Raquel seguía atada a la silla, ella se paseaba de un lado a otro regocijándose.

—¿Por qué? —dijo Raquel sin poder mirarla a la cara. ¿Qué es lo que te hice para que me odies tanto?

—¿Qué hiciste? —gritó desconcertada—. Para mí tú eres el último eslabón de una familia que ha destrozado la mía, que ha devastado mi vida —bramó—. Tu bisabuela era mi también bisabuela.

—¿Cómo? —preguntó turbada.

—Tu tío-abuelo, Enrique, se enamoró de mi abuela, Elena, que trabajaba de sirvienta. Pero el desgraciado de su hermano Francisco, violó a mi abuela. Entre los dos hubo una lucha encarnizada. Cayeron desde la torre de tu maravilloso hotel —vociferó—. Enrique murió en el acto. Francisco quedó muy enfermo. Y nuestra querida bisabuela echó de casa a mi abuela sin nada qué comer, qué vestir, ni dónde vivir ¡y embarazada!, sin saber cuál de los dos era el padre de la niña, pero llevando un Valverde en su vientre. Mi abuela murió al nacer mi madre. La caridad de una buena amiga le permitió vivir sin mendigar por las calles. Pero eso duró unos pocos años. Tuvo que casarse con el primero que la pretendió: mi repugnante y pederasta padre. Él nos violó a mi hermano y a mí durante años hasta que lo maté —la cara de Raquel reflejaba el espanto de las palabras que acababa de escuchar—. Sí, Raquel... esa es mi historia por deseo expreso de nuestra bisabuela —dijo enfurecida—. Pero ahora te haré sufrir tanto como yo he sufrido.

Raquel estaba horrorizada. Conocía parte de la historia contada por Rosa, pero en una versión muy diferente. Nunca había existido una pelea entre sus abuelos. En su versión, Enrique había muerto intentando salvar a su hermano Francisco de una caída

mortal. Sin embargo, algo le decía que acababa de conocer la verdadera historia familiar. Desconocía el pasado de Rosa. Ella era muy reacia a hablar de su familia y a Raquel no le importaba. Bien sabía que las relaciones familiares podían ser muy complejas. Pero lo que menos se esperaba era una vida tan desdichada y un odio acumulado hacia ella de tal envergadura. Habían sido amigas. Incluso le había confiado a sus hijos. Y sin embargo todo había sido fingido para estar cerca de ella, para buscar su desdicha.

Mientras contaba su historia, Rosa se había olvidado de su otra víctima: Posada. Tirada en el suelo, había recobrado la consciencia a tiempo de escuchar toda la confesión y aunque se sentía entumecida por la postura en la que había quedado, intentaba librarse de sus ataduras. Sin pretenderlo, llamó la atención de Rosa. Ella viró hacia donde estaba Posada. Con la mirada más fría que jamás había visto en sus años de servicio sentenció:

—Os mataré a las dos. Este no era mi plan, pero no puedo dejar pistas —dijo mirando burlescamente a Posada—. Que no te parezca mal... A ti no te voy a hacer sufrir —aclaró—. Cuando acabe con Raquel, me pondré contigo. Mientras tanto, voy a deleitarme en su dolor —sonrió enarcando las cejas malévolamente—. Te voy a matar, lentamente, dejándote desangrar hasta que tu cuerpo exhale el último aliento. Me vas a suplicar, me vas a rogar por tu vida y yo seré feliz —le susurró al oído atemorizándola.

En los planes que Rosa había diseñado, contemplaba la acusación de Raquel; sabía que ella podía culparla del asesinato, pero no le preocupaba. Viendo las circunstancias en las que se iba a ver envuelta, todos entenderían su inculpación como un acto desesperado por salvar la situación. No se lo tomarían en serio. Sin embargo, ahora tenía que cambiar sus objetivos y matarla. Sí. La mataría, se reafirmó, con la irrupción de Posada, las cosas eran muy diferentes. Aunque bien pensado, era mejor. Verla morir suplicando por su vida, se le antojaba una buena compensación por todo lo que había sufrido. Eso es. Lo haría y nadie sospecharía, aseveró. Lo organizaría para que pareciese un suicidio, se dijo satisfecha. Y con respecto a Posada... tendría que pensar como deshacerse de ella.

Entretanto, había resurgido en Raquel la necesidad de sobrevivir. De pronto nada importaba tanto como su familia. Esa era la clave. Rosa se la había dado. Tenía que luchar por sus hijos, por su marido, por ella. Costase lo que costase.

—No lo hagas —dijo Raquel—. Tú misma lo has dicho. Somos primas. Podemos solucionar esto —suplicó. Siento muchísimo lo que te ha ocurrido a ti y a tu familia, pero yo no soy quién te lo ha hecho.

—Sí. Pero alguien tiene que pagar. Y vas a ser tú. Los demás están muertos. —Sagazmente Raquel cambió de estrategia.

—Tienes razón. Es preferible morir que vivir la miserable vida que me has preparado. Al menos no seré testigo del infortunio que les espera a mis hijos y a mi

marido.

El comentario descolocó totalmente a Rosa. No esperaba ese giro y no le gustaba. Por unos instantes dudó qué hacer. Pero pronto llegó a la conclusión de que no podía hacer otra cosa más que lo que tenía pensado: Raquel la había descubierto y Posada también, la muerte de ambas era la única posibilidad. Aunque en su fuero interno, le corroía la veracidad de lo que Raquel acababa de comentar.

Posada intentaba aflojar las cuerdas con todo su empeño. Sin embargo la fuerza con la que estaba atada se lo impedía. Además, tenía ese penetrante dolor de cabeza que Rosa le había provocado al golpearla con el jarrón y que le arrancaba parte de su viveza. Por desgracia, no había comentado a nadie hacia donde se dirigía. Así que tenía que hacer algo, porque tal y como lo había organizado, todo encajaba. Se incriminaría directamente a Álex como culpable de los asesinatos de Miguel y Guzmán. El temperamento de Álex estaba bastante alterado y eso empeoraba su situación. De hecho, Posada recordaba lo perturbado que se había mostrado en el interrogatorio que mantuvieron en el hospital y cómo había reaccionado cuando interrogaron a Raquel. Las pruebas lo acusaban directamente. Nadie dudaría de su culpabilidad. Tenía que reconocer que Rosa lo había planificado extraordinariamente bien.

Forcejeando, tropezó con uno de los trozos del jarrón de cristal que Rosa había utilizado para noquearla. Fijó la vista en ella para detectar a tiempo sus movimientos, deseando que no reparase en lo que se le había ocurrido. Torpemente, pero sin descanso, comenzó a cortar sus ataduras. La cuerda era fina pero resistente y la posición en la que estaba no le permitía ejercer la correcta presión con el cristal.

Entretanto, Rosa se dispuso con determinación a cumplir con su propósito. Cogió uno de los cubos que utilizaba para mantener frescas las flores y lo vació echando el agua por el desagüe del váter. Se acercó de nuevo hasta Raquel. Lo colocó en el suelo, en la parte posterior de la silla. Justo debajo de sus manos. Satisfecha por lo que iba a hacer y con la experiencia a sus espaldas de haber matado en más de una ocasión, cogió el afilado cuchillo con el que ya había amenazado a Raquel y le provocó un profundo corte en la parte interior de las muñecas. Gozosa, observaba como manaba la sangre a través de sus dedos para finalizar en el cubo. Pero entonces, Posada logró soltarse de las cuerdas. Sin meditar su siguiente paso, agarró la pistola que llevaba oculta en su pantorrilla derecha y con un torpe movimiento se lanzó contra su secuestradora. La mala suerte la acompañó. Rosa, alertada, giró en una maniobra brusca. El cuchillo que aún llevaba en la mano se clavó en el lado izquierdo del vientre de Posada. Esta apretó el gatillo instintivamente y una bala atravesó el costado derecho de Rosa. Ambas cayeron al suelo, quedando inmobilizadas. Mientras, Raquel continuaba desangrándose.

El rítmico *bip* la alertó. Aún estaba atontada. Semiinconsciente. Le costaba recordar dónde se encontraba, dónde estaba. Una punzada de dolor atravesó todo su cuerpo.

No podía determinar su procedencia, pero la inmovilizaba. Desconocía si era porque el cuerpo le fallaba o porque el dolor le impedía el movimiento. Recordó algo. Estaban en la floristería. Su plan había fallado... En la lejanía escuchaba unas personas hablando. Le costaba distinguir quiénes eran y que decían. Intentó llamar su atención para que la ayudaran, para que la sacaran de ese aletargo. Pero no podía moverse. De pronto un pesado sueño se apoderó de ella. Luchó con todas sus fuerzas para no dejarse vencer. Pero fracasó.

Dar el pésame a unos padres por la muerte de un hijo es algo que le parecía contra natura. Para el sargento no había nada que le atormentase más. Tras el funeral se acercó a los padres de Roberto Guzmán. Se sentía abatido. Ellos lo reconocieron. Sabían que se trataba del sargento al cargo de la investigación. Ambos le agradecieron con lágrimas en los ojos que, para descanso de su alma, hubiese dado caza al asesino de su hijo. De la Fuente, sin embargo, distaba de estar satisfecho. Tenía el convencimiento de que la muerte de Guzmán podía haberse evitado. El destino se había llevado por delante a Miguel, pero a Guzmán... En su conciencia rondaba la idea de que había permitido que Guzmán llevara el peso de una parte importante de la investigación. Se reprochaba no haber estado más atento con el reparto de los trabajos. Además, no había sido capaz de descubrir su implicación. Si lo hubiera sabido, lo habría apartado del caso. Y nada de eso habría ocurrido. Sin embargo, de nada servía lamentarse. Cargaría con ese pesar el resto de su vida.

De nuevo volvía a escuchar ese rítmico *bip*. Continuaba dolorida, pero al menos, había logrado mover una pierna, lentamente, porque tenía un miedo atroz al dolor. Su cerebro recibía continuos mensajes apaciguando su nerviosismo. Sabía que tenía que realizar movimientos suaves hasta comprobar de dónde procedía el dolor. De pronto sintió que le cogían la mano. Sin lugar a dudas se trataba de la mano de un hombre: era fuerte y varonil. Pero quién. Sus pesados párpados parecían pegados. Se esforzaba, pero no podía abrir los ojos para ver quién la acariciaba con tanta ternura. El sopor la venció de nuevo. Se volvió a dormir.

En su tercer intento por despertar, lo logró. En esa ocasión parecía que sus sentidos estaban más espabilados. Las voces eran claras. Se trataba de dos hombres. Ambos conocidos para ella. El que más hablaba era el doctor Gómez. El otro era el sargento. Su corazón dio un vuelco. ¡Tenía que verlo! ¡Tenía que contarle todo lo que sabía! Conocía la identidad del asesino y tenía que desvelárselo. Abrió los ojos. Pero aunque su mente estaba despejada, no lograba articular palabra. Entonces el doctor se marchó dejándolos solos. De la Fuente detectó un movimiento que lo alertó. Miró hacia ella. Sus bonitos ojos azules la estaban mirando. En ellos se veía ternura. Había desaparecido esa mirada fría y distante que tanto había padecido. Él se acercó. Le cogió la mano. Recordaba esa mano. Era la que le había acariciado en su letargo. Ella lo miraba embobada. No quería perderse su imponente físico ni por un minuto. Se

miraron y de repente él la besó. Todos sus sentidos explotaron. Sintió como el deseo recorría su cuerpo por el simple roce de sus labios. El *bip* se aceleró. Y él, asustado, se separó de ella. El corazón de Julia latía alocadamente. El rubor abordó sus mejillas ante la evidencia de su excitación. Él se sonrió y la volvió a besar. Él también estaba excitado.

Cuando ambos se tranquilizaron, ella le relató lo que había pasado:

—Tras la detención de Álex y la confesión de Juan, seguía teniendo una curiosidad que me rondaba por la cabeza. Aquel informe de Guzmán había sido la clave. En un principio, lo había desdeñado pensando que era uno de los que él te había entregado. De eso te encargabas tú, así que no le presté ni la más mínima atención. Pero más tarde, mientras hablabas con el comandante, recordé que en la relación de teléfonos de las facturas, uno me llamó la atención. Charo había comentado que Miguel había recibido una llamada y realizado otra. Nos volcamos en la que había recibido porque ella nos había contado la discusión entre Miguel y Juan. Pero ¿y la otra? Busqué de nuevo ese número para verificar de qué día y hora se trataba. Y encajaba con esa llamada. Al lado del número, en la factura, figuraba: floristería. Seguido de un interrogante. Miré en el informe de Guzmán y curiosamente era el único teléfono que no estaba relacionado. Me pareció extraño. Llamé por teléfono, pero comunicaba. Por lo que decidí acercarme hasta allí. Solamente quería consultarle por qué Miguel la había llamado el sábado por la tarde. Cuando llegué estaba cerrado. Llamé a la puerta por si tenía suerte y la dueña me abrió. Parecía agradable. Ella me hizo pasar a la trastienda. A partir de ahí lo único que recuerdo es haber visto amordazada a Raquel. Recibí un golpe en la cabeza que me dejó inconsciente. Cuando desperté, Rosa estaba completamente alocada. Fuera de sí.

Posada terminó de contarle la historia al sargento. Él se mantuvo en silencio escuchando atentamente todas y cada una de sus palabras. Le interesaba conocer los entresijos del caso, pero además estaba perdidamente enamorado de ella.

—Un momento. ¿Cómo supiste dónde estaba? —preguntó Posada.

—Una corazonada. Me encerré en mi despacho para hablar con el comandante y comentarle los avances del caso. Estuve largo tiempo al teléfono, porque algo no encajaba y cuando fui a buscarte no estabas. Tus compañeros me dijeron que llevabas mucho tiempo fuera. Ninguno sabía dónde andabas. En ese momento algo me dijo que tenías problemas. No eres de las que se escaquea del trabajo, más bien todo lo contrario. Probé suerte con el teléfono. Quizá habías realizado alguna llamada antes de irte. Y efectivamente. En rellamada me salió un número no codificado. Lo anoté. Y lo introduje en *Internet*. Me sorprendió que se tratase de la floristería. Así que me acerqué. Di un par de vueltas buscando aparcamiento y por suerte, vi el todoterreno aparcado una calle más allá. Eso me dio la seguridad de que estabas cerca. Cuando llegué a la floristería estaba cerrada, pero a través de la cristalera pude ver parte de un cuerpo tendido en el suelo. En ese momento pensé que eras tú, y me volví loco —pensó—. Forcé la cerradura y entré.

—Pero ¿cómo podía parecer tan claro que el culpable era Álex?

—Muy sencillo. Rosa lo había organizado todo. Por la fingida amistad que mantenía con Raquel, tenía acceso directo a la casa. Se llevó un vaso con las huellas de Álex. Pasarlas al arma del crimen fue muy fácil. Un poco de plástico de pegar y todo resuelto. El botón lo arrancó ella misma. Por supuesto no tenía ninguna huella y las fotos se las encargó a su mellizo que con el *photoshop* las retocó para que Raquel y Miguel parecieran amantes. Él está acusado de cómplice. Ella es realmente inteligente, casi nos la da. De no ser por ti...

—¿Y cómo se las apañó?

—Accedió a la casona por la entrada secreta que daba de la caseta del jardín a la casa. Esperó pacientemente en el baño a que llegará Miguel. Ella tenía la certeza de que él entraría en esa habitación. Era evidente que él había descubierto el pasadizo secreto. Le asestó un golpe mortal en la cabeza y lo arrastró como suponíamos hasta el baño. Lo curioso es que nos ha confesado que, en aquel instante en que su venganza comenzaba, algo la empujó a recorrer el hotel. Lo hizo, y parece ser que Raquel la sorprendió, por lo que tuvo que escabullirse por la puerta que conecta el salón verde con la cocina. Allí esperó hasta que Raquel se cayó por las escaleras. Entonces, aprovechó para acceder a través de las escaleras de servicio hasta la primera planta y escaparse de nuevo por la salida secreta.

—¿Y Raquel? ¿Cómo supo que era ella?

—No lo supo. Simplemente fue a verla. Las casualidades de la vida hicieron que a Rosa se le cayera una pequeña rama de paniculata en su incursión al hotel. Acostumbraba a llevar algún adorno de flores naturales hecho por ella. Y de hecho, Raquel nos ha comentado que en muchas ocasiones, Rosa, le hacía diademas de flores a Sara, su hija, en las que sobretodo utilizaba paniculata. Raquel recobró la memoria al volver a ver esa flor que, previamente, había visto en el hotel.

De repente una pregunta cruzó por la mente de Julia.

—¿Y Raquel? ¿Está viva?

—Sí. Tranquila. Perdió mucha sangre. Pero está fuera de peligro.

—¿Y ella? —preguntó asustada.

—También. Está en este hospital. La han tenido que operar para extraerle la bala, pero también está fuera de peligro. Está acusada de dos asesinatos.

—¿Y yo? ¿Cómo estoy?

—Tú tienes un buen corte en el costado. Pero no ha tocado ningún órgano vital. En un par de días te mandarán para casa —dijo con una sonrisa que la embelesó.

—¿Y nosotros? ¿Tengo que suponer que tus besos no significan nada? —preguntó sarcásticamente haciendo clara alusión a sus razonamientos.

Él la cogió rodeando tiernamente su cara con sus manos y se acercó a ella hasta besar sus labios lenta y suavemente, disfrutando de cada segundo. Un cosquillero recorrió su cuerpo y sus corazones se agitaron hasta enloquecer.

—Julia... te quiero con toda mi alma... —le dijo con las manos aún sujetando sus mejillas—. Nada más verte en el despacho del Capitán mi corazón volvió a latir cómo hacía tiempo que no lo hacía... De hecho, aunque la razón se impuso al corazón desde el primer instante, poco a poco fuiste derrumbando mi coraza hasta que ya no pude resistirme a ti. Pero...

Su semblante se ensombreció. Estaba enamorado de ella hasta los huesos, pero no se lo podía permitir. Respiró hondo y volvió a la cruda realidad.

—Debemos ser sensatos —contestó—. Tú estás a cien kilómetros de distancia de mi trabajo, cuando estoy en el cuartel —aclaró—. Y como habrás deducido en muchas ocasiones estoy fuera de Asturias. Esto no puede acabar bien. Así que es preferible que no empiece.

—¿No lo estarás diciendo en serio? —contestó Julia con el miedo reflejado en su rostro.

—Sí Julia. Por desgracia esa es la realidad. Tuve... —dudó— una mala experiencia... y bueno... digamos que ha marcado mi camino para el resto de mis días.

—¿Te refieres a que tu mujer te ha abandonado? ¿Te refieres a eso? Porque si es así te recuerdo que a mí también me han abandonado. Y no por eso voy a permitir que la vida pase de largo. ¡Todos tenemos malas experiencias! ¿No te parece que ya es hora de superarlo?

—Sí. Mi mujer me abandonó y ¡casi mato a un hombre!

—Eso no va a volver a ocurrir...

—Ya que estás tan enterada, sabrás que después de que me dejara, la busqué. Sabía donde encontrarla: en casa de su hermana. Cuando me abrió la puerta estaba medio desnuda. Por detrás de ella asomaba el afortunado hombre digno de sus caricias. Me volví loco. Me lancé contra él y ¡casi lo mato! ¡Estuvo durante un mes ingresado en el hospital! Desde entonces me he prometido que nunca más habría una mujer en mi vida. ¡Con ella compartí todo!, estaba tan enamorado de ella, que sabía tanto de mí como yo. Mi confianza en ella era absoluta y de la noche a la mañana todo eso se volatilizó. De repente ya no me amaba y todo lo que habíamos compartido ya no tenía sentido. Según ella, estaba demasiado tiempo sola y, eso había provocado la ruptura de nuestro matrimonio. ¡No quiero estar con otra mujer porque no quiero volver a pasar por esa experiencia! Por eso tengo ese autocontrol sobre todo. Y más sobre mis sentimientos. Contigo no lo he conseguido, pero eso se ha terminado. Tenía que haber acabado con esto antes de que empezara, ¡y lo intenté! Mi comportamiento frío y distante pretendía alejarte de mí, pero tú no lo hiciste y cada vez que te veía... No quiero arriesgarme a pasar de nuevo por esa experiencia. Lo siento...

—¡Pero eso no tiene por qué pasar! Merecemos una oportunidad. ¡Te estás negando a la vida!

—Lo siento —contestó cabizbajo.

—Y entonces. ¿Vas a prohibirte disfrutar del amor?

Julia luchaba desesperadamente por el hombre al que amaba. Haría lo que fuera por hacerle entrar en razón. No lo quería perder, pero De la Fuente estaba obcecado. No hubo respuesta. En ese preciso instante llamaron y la puerta se abrió. Era Raquel sentada en una silla de ruedas empujada por una enfermera. Ambas se dieron cuenta de que habían interrumpido alguna conversación importante. La enfermera salió al paso.

—No había manera de hacerla callar. Insistía en que quería venir a verte.

Raquel empujó la silla con las manos hasta llegar a la altura de la cama de Julia. Ambas se miraron a los ojos. Por sus mentes pasó el dramático momento que hacía escasas horas habían compartido. Sin decir nada, Raquel se levantó a duras penas de la silla y se abrazó a Posada. Durante varios segundos permanecieron unidas. Las lágrimas arrollaban por el rostro de Raquel. Si Julia no hubiese llegado a tiempo, ella habría muerto. Julia lloró también. Pero más por la certeza de renunciar al amor de su vida cuando lo tenía al alcance de su mano.

Aquel lejano día en el hospital, cada uno siguió su camino. Él regresó a Gijón. Ya tenía asignado un nuevo caso. Ella se incorporó a su puesto antes de lo que le recomendaba su médico, necesitaba mantenerse activa. Quería olvidar a Javier.

El primer día de regreso al cuartel, encontró un sobre en su plumífero. En él había una tarjeta SD, pero nunca supo lo que contenía. La tarjeta estaba dañada.

26 de julio de 2012

Elegantemente vestida, sentada en su recién estrenada recepción, Raquel recordaba las vivencias y revelaciones de aquellos últimos meses. Durante algún tiempo le costó asimilar la tragedia familiar que se había vivido antaño. Tanto que había llegado a repudiar a su bisabuela, sobre todo por su frialdad. Poco después, pasado un tiempo, había desistido de juzgarla. Si hubiese perdido a un hijo como le había ocurrido a ella, seguramente habría hecho lo mismo. No por ello dejaba de sentir la suerte que había corrido la abuela de Rosa, Elena, así como su madre, Amelia. Y tras conocer los padecimientos que había sufrido a lo largo de su vida, también sentía lástima por Rosa. Nadie se merecía una infancia tan amarga. Raquel tenía la creencia de que las vivencias de la infancia marcaban el resto de la vida de las personas y como Rosa había dicho, la de ella había sido muy desgraciada. No le extrañaba que el odio se hubiese enraizado en su corazón. Tenía motivos. Por su parte, Raquel la había perdonado y no había presentado cargos contra ella; era lo menos que podía hacer. Aún así, Rosa pasará el resto de su vida en la cárcel. La habían declarado culpable de dos asesinatos y casi de un tercero. Durante el juicio, una auxiliar que trabajaba en la residencia de ancianos de Póo, la había querido acusar de la muerte de la anciana más dulce y amable de todo el geriátrico. Según la auxiliar, la única persona que la visitaba era Rosa y el día antes de su muerte, había ido a verla. La auxiliar estaba segura de que había alguna conexión, pero nada se pudo demostrar. Durante el juicio explicó que en la última semana, la anciana había cambiado de costumbres: en sus horas libres, en lugar de quedarse animando al resto de abuelos, acudía al hotel, se situaba en la acera de enfrente y lo observaba. Pero el médico aseguraba que la causa era muerte natural; simplemente su corazón había dejado de funcionar. Curiosamente durante los últimos días ella temía por su vida, incluso le había confesado que su hora había llegado. Esa dulce anciana se llamaba Flor y, por desgracia, conocía y había vivido de cerca la miserable historia de la familia de Rosa, hasta el fin de sus días. La auxiliar, sin embargo, había logrado convencer a Posada: Rosa tenía algo que ver con la muerte de la anciana. Ella recordaba con cariño a aquella anciana con la que se había tropezado en el hotel previamente a la inspección, en la que el sargento y ella dieron con la habitación secreta. Además, llevaba muy presente en su recuerdo el mensaje que había recibido de Nacho, el psicólogo amigo de Raquel: «Cuando la traición te abraza, la traición camina contigo». Él había sido el que le había enviado el mensaje, con la única idea de ayudar a los investigadores a cazar a Rosa. Posada estaba segura de que había vuelto a ocurrir y creía sinceramente que Rosa estaba implicada en la muerte de la anciana.

Aquel día, 26 de julio de 2012, inauguraban, por fin, el Hotel. La temperatura era tan cálida que arropaba el cuerpo en un placentero manto de calor. En el cielo brillaba el sol sin nada que le estorbase. Y el espléndido jardín con el tupido césped recién cortado y el cierre vegetal formado por *Photinias* «red robin» con su mezcla de hojas

color rojo brillante, verdes y algunas violáceas, emitían la sensación de armonía y tranquilidad que buscaban transmitir en su hotel. Raquel y Álex habían contratado un *catering* para la ocasión que se serviría en el jardín replicando las fiestas que antaño organizaba la bisabuela de Raquel, D^a. Mercedes, con su primer marido, D. Enrique, antes de que la tragedia familiar llegase a sus vidas. Varias mesas ataviadas con manteles blancos hasta el suelo, adornadas con centros de velas y flores silvestres en tonos blancos y verdes, estaban dispuestas alrededor de la solemne palmera, repletas de exquisiteces. Los invitados empezaron a llegar alrededor de las ocho de la tarde. Raquel estaba en la escalera principal esperando ansiosa la llegada de Julia; durante aquellos meses se habían hecho buenas amigas. Con ella estaban Álex y Manuel; entre los dos lo habían convencido para que finalizara la obra. No había sido fácil, pues tenía muy arraigado el maleficio que caía sobre el hotel. Pero necesitaba el trabajo y por supuesto, el dinero. Miguel había utilizado parte del dinero que Álex y Raquel le pagaban para saldar las deudas de juego de su hijo. Manuel lo daba por perdido, incluso apoyaba la determinación de Miguel, pero por ello, tenía demasiadas deudas. La única de la que se había librado era la que tenía pendiente con Juan, pues tras el interrogatorio en el que confesó que había robado el dinero que Miguel llevaba en la cartera para pagarle, Manuel y Juan llegaron a un acuerdo: él convencía a la viuda de que no lo denunciara por robo a cambio de que le condonase el resto de la deuda que tenía con él. Juan, por supuesto, aceptó. Pensar en ir a la cárcel por el robo de un dinero que, en realidad le pertenecía, y no ver una temporada a sus hijos le ponía los pelos como escarpas. Y por su parte, Charo también aceptó. Después de enterarse de que su hijo era el causante de lo justos que andaban de dinero y del motivo, no quería revolver más el asunto. Así que, las deudas que pesaban sobre Miguel y la sinceridad de Raquel cuando le confesó el desastre que se les avecinaba si no terminaban el hotel, lo persuadieron y, aunque no habían llegado a tiempo para iniciar la temporada de verano, tampoco la habían perdido del todo. Los tres estaban complacidos con el resultado final.

Cuando Javier recibió la invitación para la inauguración del hotel, su corazón volvió a latir enloquecido solamente de pensar una vez más en ella. Habían transcurrido casi cuatro meses y él no la podía olvidar pese a que desde su despedida en el hospital no habían vuelto a hablar. En varias ocasiones había cogido el teléfono con la intención de llamarla, pero una vez más la razón se imponía al corazón, cuando segundos más tarde desistía.

Hacía demasiado tiempo que Javier no disfrutaba de unas vacaciones y Llanes le parecía un buen lugar para comenzarlas. Además cuando llamó a Raquel para confirmar su asistencia esa misma mañana, ella había insistido en que fuera su primer cliente. Él aceptó.

Llegó al pueblo con media hora de antelación a la hora prevista de inauguración. Estaba ansioso por verla y la espera se le antojaba insoportable. Decidido, pasó de largo la salida hacia Póo, y continuó hasta el desvío de la entrada oeste de Llanes.

Aparcó el coche frente a su edificio. El portal estaba abierto, así que entró, subió los peldaños de dos en dos y sin darse cuenta se encontró frente a su puerta. Sólo esperaba que en ese tiempo no hubiera decidido cambiar de apartamento. La puerta tardó en abrirse unos minutos que le parecieron eternos. El corazón de Javier galopaba y en el estómago percibía un hormigueo que le dificultaba la respiración. De pronto, ella apareció. Él se sorprendió una vez más de su belleza natural, serena, con aquellos sinceros ojos verdes. Ambos se miraron expectantes, ansiosos, perdidamente enamorados. Él dio un paso hacia ella, y sin decir nada, la estrechó entre sus brazos y perdió la razón besándola. Ella le correspondió. Estaban locamente enamorados. Él ya no podía renunciar a ella. Pasase lo que pasase.

El rostro de Raquel se iluminó cuando la vio llegar. Venía acompañada. Julia y Javier se detuvieron en la entrada admirando el excelente resultado; el Palacete Valverde era digno de admirar. Entraron por el portón elegantemente vestidos para la ocasión. Ambos estaban radiantes. Julia llevaba un vestido estampado de gasa que revoloteaba al ritmo de sus pasos. Javier vestía una camisa a rayas, una americana informal y unos chinos que le sentaban de maravilla. Raquel se sonrió cuando él rodeó con su brazo la cintura de Julia, la atrajo hacia sí y caminaron juntos hasta llegar a los anfitriones. Las circunstancias se lo impedían, pero en otro lugar y en otro momento, Raquel hubiera pegado gritos de alegría. Estaba feliz por su amiga, se lo merecía. Esa noche, Julia y Javier tenían una cita. Su primera cita...



ANA ZARAUZA nació en Oviedo. Finalizados sus estudios de Ciencias Empresariales en la Universidad de Oviedo, desarrolló su carrera profesional en consultoría de calidad. Posteriormente se especializó en el sector turístico, llegando a gerenciar la delegación en Asturias del Instituto para la Calidad Turística Española. Actualmente, es la Directora de la Escuela de Hostelería Principado de Asturias. «Algo que ocultar» es su primera novela.